

La Expedición de Max Uhle a Cuasmal

O SEA

La Protohistoria de Imbabura y Carchi

PREHISTORIA — TOMO I

CARLOS E. GRIJALVA

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
CALLE 10 DE AGOSTO
QUITO

No. 8

CASA DE LA CULTURA
EQUATORIANA "BENJAMIN CARRION"
NUCLEO DEL CARCHI

Colección Rumichaca



Sistema Integrado de Bibliotecas Biblioteca digital UCE

Calle Jerónimo Leyton y Gato Sobral – Cdda. Universitaria
+593 2230757 ext: 808 biblioteca.general@uce.edu.ec

BASE LEGAL PARA DIGITALIZACIÓN DE LIBROS CON DERECHOS DE AUTOR

El Sistema Integrado de Bibliotecas de la Universidad Central del Ecuador, digitalizará su acervo bibliográfico siempre y cuando sea para fines educativos y de investigación. No se permite la reproducción y distribución para la comercialización directa e indirecta del mismo.

La digitalización del material bibliográfico se lo realiza de acuerdo al Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación Art. 212 numeral 9, Literal ii “(...) Una biblioteca o archivo podrá, además, realizar los siguientes actos (...) La reproducción electrónica y comunicación pública de obras de su colección para ser consultadas gratuita y simultáneamente hasta por un número razonable de usuarios, sólo en terminales de redes de la respectiva institución o para usuarios de esa institución bajo su control, en condiciones que garanticen que no se puedan hacer copias electrónicas de esas reproducciones” y literal vii “La reproducción, adaptación, traducción, transformación, arreglo, distribución y comunicación de una obra protegida por derechos de autor o una prestación protegida por derechos conexos, en uno o más formatos accesibles para el uso exclusivo de personas con discapacidad”.

Este material se considera un producto intelectual a favor de su autor; por tanto, la titularidad de sus derechos se encuentra protegida por el Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación. La violación a dichos derechos constituye un delito que será responsabilidad del usuario.

Este libro está disponible físicamente en:

BIBLIOTECA		PISO	
		ESTANTE	
		BANDEJA	
CONVENIO INTERINSTITUCIONAL		UNIVERSIDAD	



SIBUCE



CARLOS E. GRIJALVA

La Expedición de Max Uhle a Cuasmal

O SEA

La Protohistoria de Tulabura y Carchi



CASA DE LA CULTURA
ECUATORIANA BENJAMIN CARRION
NÚCLEO DEL CARCHI

TULCAN - ECUADOR
1.981



CARLOS E. GRIJALVA

La Expedición de Max Uhle a Cuasmal

O SEA

La Protohistoria de Imbabura y Carchi



PRESISTORIA - TOMO I
Núcleo del
CARCHI
PRESIDENCIA
TULCAN, ECUADOR

Colección Rumichaca

CASA DE LA CULTURA
ECUATORIANA "BENJAMIN CARRION"
NUCLEO DEL CARCHI

TULCAN - ECUADOR
1.981

CARLOS E. GRIJALVA

1891
TUGCAN · ECUADOR

MUSEO DEL CARCHI
ECUATORIANA "BENJAMIN CARBON
CASA DE LA CULTURA

COLECCION ETNOHISTORICA

PROPIEDAD RESERVADA



La Protohistoria de Imbabura y Carchi

0 254

La Expedición de Max Uhle a Cuzco

CARLOS E. BARRERA



CARLOS E. GRIJALVA

PRESENTACION

La Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión" Núcleo del Carchi, en el afán de rescatar los valores de la cultura de nuestra Provincia, ha tenido a bien reeditar la obra "La Expedición de Max Uhle a Cuasmal o se la Proto-historia de Imbabura y Carchi", cuyo autor es el señor Carlos Emilio Grijalva Sierra, que la ponemos a consideración en el Volumen No.8 de la colección "RUMICHACA", Organó de la Institución.

En los aspectos histórico y pre-histórico, las obras de don Carlos Emilio Grijalva son de gran valor y abundantes. Desgraciadamente, las ediciones se han agotado, por lo mismo, las actuales generaciones, las desconocen.

Si en verdad, don Carlos Emilio Grijalva Sierra, nació en Quito el 16 de Enero del año 1.885, podemos afirmar que su vida la entregó al servicio de la investigación de la pre-historia e historia de Carchi e Imbabura y su aporte fue invaluable. Sus padres fueron don José Grijalva y la señora Rosa Sierra y Fierro. Sus primeras letras las hizo en el Colegio San Alfonso de Ibarra e ingresó luego al Seminario San Diego de la misma ciudad, donde obtuvo el grado de Bachiller. Luego ingresó a la Universidad Central, donde siguió los cursos de jurisprudencia, obteniendo el 9 de Diciembre de 1.911 el grado de Licenciado.

Su residencia la hizo en el Carchi, habiéndose casado en San Gabriel, el 8 de Septiembre de 1.915, con la señorita Josefina Grijalva.

En Bolívar, se dedicó a las labores agrícolas y al estudio e investigación histórica. Desempeñó algunos cargos públicos como Visitador Escolar, Director de Estudios, Presidente de los Concejos Municipales de Montúfar y Espejo, Gobernador de la Provincia, representante a la Asamblea Nacional Constituyente de 1.930 y Rector del Colegio Nacional "Bolívar", donde le conocí y aprecié sus virtudes cívicas, sus atributos de educador e investigador. Fue en esa época que tuvo la entrevista con el señor Max Uhle, sobre Cuasmal, frente al alumnado del Plantel que regentaba.

Fue desprendido en sus actuaciones. Cuando el Dr. Velasco Ibarra, en el año de 1.935, estuvo en Tulcán, para clausurar el Colegio "Bolívar", que fue acusado de "comunista", el señor Grijalva, dejó que sea el estudiantado el que defendiera el Plantel de las falsas acusaciones y me tocó a mi, hacer la exposición al Primer Magistrado, quien tras el elogio que hizo a la juventud, dejó que el Colegio siga adelante.

Debo a don Carlos Emilio mi carrera profesional, fue él quien me llevó a Quito, con sus propios medios económicos a cursar la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales y luego, me consiguió la Beca del Concejo Municipal.

Son muchas las obras publicadas por don Carlos Emilio Grijalva: "Ecuador". Poesía 1.910 Sugerión Material. 1.918 Cuestiones Históricas. 1.918 "Diario El Comercio" Un Capítulo para la Monografía de San Gabriel. 1.919. Carchi o Hurinsuyo, país de los Fuertes. (Revista Comienzos) San Gabriel. Los Aborígenes del Carchi no son Encabellados (Diario El Comercio 1.919). Carta Abierta al Dr. Elías Liborio Madera Canónigo de Ibarra. ("El Comercio" 1.920). Documentos Históricos. Una referencia a las tolas de Imbabura. Boletín de la Academia de Estudios Históricos Americanos. 1.920. Los Gasparos de Argadoña (Datos biográficos) Artículo publicado en el Boletín de la Academia Nacional de Historia 1.922. Historia de la Provincia Natal. Lcción de Historia en el Centro de Profesores de Tulcán, publicada en el Boletín Escolar, Organo de la Dirección de Estudios del Carchi (1.921). Taques y Tulcán Viejo. Artículo publicado en el Boletín Escolar (1.921) Nombres y Pueblos de la antigua provincia de Imbabura (1.921). Búsquedas del Título de Ciudad conferido a Ibarra (1.921). Notas para el estudio de la Instrucción Pública. Artículo publicado en el Boletín de la Academia Nacional de Historia (1.921) Algo acerca de la Provincia del Carchi. Boletín de la Academia Nacional de Historia (1.921). Las Ruinas de Cuasmal (1.926). El descubrimiento Arqueológico de Cuasmal (1.926). Correspondencia dirigida al señor Director de "El Observador" de Ibarra comentando los estudios filológicos del Poro. Coba Robalino (1.929) Interpretación de las palabras Cayambe y Otavalo (1.929). Interpretación de la palabra Atuntaqui (1.929). Interpretación de la palabra Caranqui (1.929). Tulcán Antiguo (1.929). Datos para la Monografía de El Angel (1.935). Bolívar en Ibarra (1.937). La Expedición de Max Uhle a Cuasmal o sea la Protohistoria de Imbabura y Carchi, (1937-1942) Los indígenas de Otavalo en el descubrimiento del Amazonas. Boletín de la Academia Nacional de Historia. (1.941). Reparó interesante sobre la palabra Guailabamba (1.941). Los Municipios. Tesis previa al Grado de Licenciado (1.911). Luctuoso Aniversario. A la memoria de Juan Gabriel Guzmán (1.912). Desde cuando es delito publicar trabajos guardados (1.928) Primer enfrentamiento con el profesor Max Uhle sobre las ruinas de Cuasmal. Datos Biográficos del Capitán Hernán González de Saa (1.943). Noticias de mi Pegujal. Antecedentes personales de don Martín Sánchez Montero, fundador del Colegio San Diego de Ibarra (1.947) Historia de

la Instrucción Pública en la antigua Provincia de Imbabura, sale a luz "como un homenaje de cariño de sus hijos" Liponimia y Antroponimia del Carchi. Obando, Tuquerres e Imbabura. Quito. Editorial Ecuatoriana: 234 páginas de texto y tres valiosos croquis de las parroquias de la Paz, Mira y El Pun. La introducción, escrita por Don Jacinto Jijón y Caamaño para abrir "Las páginas de esta obra que no leerá el su Autor". Junto a valiosísimos conceptos, cita varias de las producciones ya mencionadas aquí. Aquel investigador ejemplar y desaparecido, dice la introducción, "era el sabio que se había hecho así mismo . . . y, merced a una intuición científica admirable y su juicio crítico acertadísimo, logró hacer deducciones que, a medida que avanza el conocimiento de nuestras antigüedades, van confirmándose". Dice el Dr. Luis F. Madera en su artículo publicado en la Revista de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura, correspondiente al Tomo XII, No.23 del año de 1.979.

Jacinto Jijón y Caamaño, al referirse a don Carlos Emilio Grijalva, dice: "Como Filólogo y Antropólogo fue un auto-didáctico, que llegó a saber mucho a fuerza de estudio y meditación, de incansable y prolijo examen de documentos originales inéditos, de los que extrajo fructuoso jugo a fuerza de paciencia y sano juicio crítico. Era el sabio que se había hecho así mismo en el aislamiento, sin maestros y con muy pocos libros de consulta, que leyó y relejó, cuanto manuscrito de los siglos XVI, XVII y XVIII llegó a sus manos en busca de minucias relativas al indio ecuatoriano, que de estas menudencias, a fuerza de paciencia y merced a una intuición científica admirable a un juicio crítico acertadísimo logró sacar deducciones que, a medida que avanza el conocimiento de nuestras antigüedades, van confirmándose".

Sobre don Carlos Emilio Grijalva se pudiera escribir mucho porque fue un hombre de altura, capaz, estudioso, investigador y sobre todo, de relieves incompatibles con los tiempos en que vivimos.

Sus familiares reciban este homenaje póstumo que le tributa la Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión", Núcleo del Carchi", en reconocimiento a su trayectoria por los difíciles caminos de la investigación y como un aporte más a la cultura del Carchi y del país.

Tulcán, Octubre de 1.981.

Su admirador y eterno agradecido

Dr. Juan A. Navarro Morán
Vocal de la Casa de la Cultura "Benjamín Carrión"
Núcleo del Carchi

IMPORTANCIA DE ESTE ESTUDIO

El Informe que, acerca de las ruinas de Cuasmal, ha presentado el Dr. Max Uhle al Ministerio de Instrucción Pública, en Enero de 1928, solamente he llegado a conocerlo impreso el 13 de Febrero de 1929. Tal informe ha vuelto a poner sobre el tapete de la discusión el estudio de los bohíos de Cuasmal que, en un minuto dado, llamó la atención en toda la República, a causa de las alarmantes noticias que se transmitieron desde San Gabriel, sumamente exageradas; mas, pasado ese minuto, un completo olvido llegó a rodear al asunto, de manera que aún la Prensa publicaba con dificultad algunas noticias que sólo tenían un propósito científico. Únicamente el Dr. Max Uhle y yo quedamos interesados en la cuestión, aunque del todo distanciados en nuestras opiniones.

Empero, esto no puede quedar, así, porque he podido constatar que las ruinas de los bohíos están íntimamente ligadas a las tumbas que dentro de ellas se encuentran y, por lo mismo, a su cerámica, entre la que debe figurar «la cerámica clásica de El Angel», estudiada por el señor González Suárez, cuyas muestras se han recogido y coleccionado, con tanto aprecio, en los museos de Europa y América.

Y no se diga que, aunque la cerámica del Carchi sea hermosa y artística, las ruinas de sus bohíos son despreciables, ya que éstos y sólo éstos pueden darnos

un criterio auxiliar para clasificarla, distinguiéndola entre las de otras ramificaciones indígenas que han habitado en la misma Provincia, ya sea simultáneamente o en tiempos anteriores.

Por más acentuadas que sean las diferencias de técnica y estilo que se encuentre en los objetos de cerámica de una localidad, tales diferencias no nos autorizan a pensar en diferencias de tiempo y origen de las gentes que poseyeron esos objetos, cuando se los encuentra depositados en una misma tumba, como sucede en la época de los incas, porque es muy natural que las ramificaciones indígenas de diverso origen mantengan los conocimientos y las artes de sus predecesores y vecinos, los cuales pueden presentarse mezclados por la coexistencia en una misma localidad; de manera que, sólo por las diferencias de técnica y estilo, es menos lo que se puede concluir fundadamente. Tampoco yo acepto el eclecticismo artístico entre los indígenas americanos, pero esto no quita que se encuentre en una misma tumba objetos pertenecientes a los pastos y a los incas.

Es preciso, pues, para estudiar la cerámica del Carchi referirla a las tumbas en que se la encuentra, clasificando ante todo esas tumbas, porque la diferencia de tumbas implica diferencia de costumbres y presupone diferencia de civilizaciones, pese a las semejanzas que entre unos y otros objetos se podría encontrar. Entonces sí, son fecundas las clasificaciones que sirven de punto de partida, sin lugar a incertidumbres ni errores, que echarían a perder todo un proceso de investigación o que lo estacionarían indefinidamente. El estudio de los bohíos viene, pues, a caracterizar de mejor manera la clasificación de las tumbas, así como las tumbas auxilian para la clasificación de los bohíos, y es así como la Cerámica ha de seguir constatando gentes, períodos de tiempo y, por consiguiente rehaciendo la historia antigua de una localidad.

¿Que es muy pobre y humilde la prehistoria del Carchi? Pues, cosa semejante puede decirse de la prehistoria de otras provincias del Ecuador; entonces, mejor sería no estudiarla, ni en nuestro país ni en ninguna parte; solamente así se puede desconocer la importancia de los bohíos, los cuales vienen aportando un coeficiente más de investigación. Y porque estos bohíos han llegado a desaparecer en la Pro-

vincia de Imbabura, así como en casi todas las demás provincias del Ecuador, tenemos ahora un criterio firme para distinguir una ramificación de gentes en donde quiera que se encuentren tumbas iguales a las del Carchi.

He aquí bosquejado el hallazgo, de no escaso valor por cierto, ya que el límite preciso de una civilización es el principio de otras, y un paso más en la investigación arqueológica constituye un verdadero triunfo de la cultura actual.

A mí me cupo la suerte de poder relacionar las tumbas del Carchi a sus bohíos y, por consiguiente, descubrir una ruta nueva de investigación, entre los azares del estudio y las punzantes espinas de la diatriba y del insulto de que he sido objeto; más, por una justa ley de reacción en el mundo moral como en el físico, después de esgrimir la pluma de la réplica, torno la vista a mi hogar, para encontrar en él la satisfacción del deber cumplido al influjo del afecto, y encontrándolo frío y abandonado, doblo mi cabeza al destino para echarme en brazos del dolor.

Al dar a la publicidad el presente trabajo, no busco propaganda ni recompensas: es un estudio que lo he verificado sólo por gastar horas de profunda tristeza y deseoso únicamente de ejercitar mis facultades intelectuales descubriendo un puñado de verdades que pueden ser útiles a mis conciudadanos; empero, un deber de gratitud me obliga a consignar aquí el Informe presentado por la Comisión encargada de estudiar los trabajos de carácter histórico y arqueológico de la Exposición Interprovincial que tuvo lugar en Ibarra, en Julio de 1929. Tal Informe está suscrito por el Reverendísimo señor Canónigo doctor don Elías Liborio Madera, el que para mí vale tanto como el voto de uno de los literatos más probos que tiene el país y como el de Director y Maestro de mi adolescencia.

El Informe al que me refiero es el siguiente:

«Ibarra, Enero 29 de 1930.—Al Señor Presidente de la Junta Provincial del Ferrocarril Quito - Ibarra - Esmeraldas.—En la ciudad.—Señor Presidente:—De acuerdo con el alto honor con que nos distinguiera la Junta en que

Ud. acertadamente preside; y en cuanto nos alcanza nuestros escasos conocimientos, nos permitimos informar que, en la sección de trabajos sobre Historia y Arqueología presentados en la Exposición Interprovincial de Julio, pueden discernirse las siguientes recompensas:

PRIMER PREMIO:

Las Ruinas de Cuasmal.—Inédito del señor don Carlos Emilio Grijalva.

La Iglesia y el Oriente Ecuatoriano.—Inédito del señor doctor don Juan de Dios Navas.

SEGUNDO PREMIO:

La Música en la Provincia de Imbabura.—Publicación del señor don Luis Moreno.

El Ilustrísimo Sr. Cuero y Caicedo.—Inédito del señor doctor don Juan de Dios Navas.

MENCION:

Guápulo y su Santuario.—Publicación del señor doctor don Juan de Dios Navas.

El Colegio Mayor Real y Seminario de San Luis.—Inédito del mismo autor.

Al Margen de la Ciencia.—Inédito del señor don M. Humberto Aristizábal.

La Provincia de Imbabura; su organización al través de la Historia.—Inédito de Nortense.

La serie de artículos publicados en «El Comercio» por el señor don Benjamín Endara.

Esto no quita el mérito intrínseco de los demás trabajos presentados, y el laudable empeño patriótico que los ha ineptado, y que hay que agradecer.—Atentamente, *E. L. Madera.*—*J. I. Merlo P.*

LA EXPEDICION DE MAX UHLE A CUASMAL

Exposición obligada que Carlos E. Grijalva
hace a los Centros Científicos del País

INTRODUCCION

No he pensado jamás que llegaría un momento en que mi actividad personal había de tener puntos de contacto con la del Sr. Dr. Max Uhle, cuya esfera de acción y cuyos estudios están muy lejos de los míos, y, por lo mismo, ni he buscado su amistad ni sus estudios me han interesado.

Sin cansarme de admirar la exactitud de conceptos, cuando el Sr. González Suárez manifestó que los «estudios de Historia eran los trabajos que más sufrimientos le habían ocasionado», me dediqué a la enseñanza de esta asignatura, en el Colegio «Bolívar», de Tulcán; lugar en donde prestaba, además, mis servicios como Concejero Municipal.

Un acontecimiento pródigo; y en cuanto nos alcanza nuestros
pequeños conocimientos, nos permitimos informar que, en la se-
cción de trabajos sobre Historia y Arqueología presentados en
la Exposición Interprovincial de Julio, pueden discernirse las
siguientes recompensas:

PRIMER PREMIO:

Las Ruinas de Cuasamal.—Índice del señor don Carlos
Escribano Grijalva.

La Ilocosa y el Oriente Equatorial.—Índice del señor
doctor don Juan Nolasco.

LA EXPEDICION DE MAX UHLE

SEGUNDO PREMIO

La Música en el Occidente de América.—Publicación del
señor don Luis...

El Ilustre Sr. Cuervo y Caceres.—Índice del señor
don Carlos...

hace a los Centros Científicos del País

Guaymas y su Santuario.—Publicación del señor doctor
don Juan Nolasco.

El Colegio Mayor y Seminario de San Luis.—Índice
del mismo autor.

Al Margen de la Ciencia.—Índice del señor don M. Huan-
ta...

No he pensado jamás que llegara un momento en que un
actividad personal había de tener tanto contacto con la
del Sr. Dr. Max Uhle, cuya esfera de acción y cuyos estudios
están muy lejos de los míos, y por lo mismo, ni de pasado

La serie de sus trabajos me han interesado
señor don Benjamín Echara.

Sin cansarme de admirar la exactitud de conceptos en-
de el Sr. González para manifestar que los estudios de His-
toria son los trabajos que más entusiasmo le habían con-
rado, me he dado a la tarea de...

la signatura, en el Colegio «Bolivar», de
Tulcán; lugar en donde prestaba, además,
mis servicios como Consejero Municipal.

CAPITULO I

VISITA AL DOCTOR MAX UHLE

El 9 de Marzo de 1926 recibí, a las 10 de la noche, el siguiente telegrama:

«Preferencia»

Profesor Grijalva.

Agradeceré avisarme valor nuevos descubrimientos río Cuasmal.

(Firmado): Uhle.

C. p. pr. 10 ps.

A esa hora se habría cerrado ya la Oficina Telefónica y yo no tenía ningún antecedente; aguardé, pues, el siguiente día para contestarlo.

El día 10, a primera hora, me acerqué a la Oficina Telefónica e hice llamar al teléfono de San Gabriel al Sr. Manuel J. Bastidas, a quien supliqué se dignara trasladarse personalmente a Cuasmal y comunicarme lo que hubiere podido observar. El Sr. Bastidas me manifestó hallarse un poco enfermo y que su excursión no podía hacerla sino al día siguiente, es decir, en aquel en que ofrecí dar mi respuesta al Dr. Uhle. Por la noche, tuve ocasión de ver un telegrama del Ministerio de Guerra en que ordenaba al Sr. Jefe de Zona de esta plaza proporcionar ciertas facilidades al Dr. Uhle, que debía trasladarse a Cuasmal a estudiar aquella región. Entonces juzgué que la contestación ofrecida sería ineficaz, porque al otro día, el Dr. Uhle se hallaría ya en camino; por lo

cual, resolví, no darla y excusarme ante quien en breve podía visitar personalmente.

El día 11, a las 10 de la mañana, el Jefe de la Oficina Telegráfica me exigió la contestación, pedida insistentemente por la Oficina de Quito. El Sr. Rivas, en el deseo de obtener mi respuesta, me manifestó un telegrama que el Corresponsal de Quito enviaba a los principales periódicos de Bogotá. Francamente, aquella correspondencia me pareció vergonzosa para nuestro País, porque comprendí que la Prensa de Quito había echado a los cuatro vientos noticias alarmantes y pueriles que en breve debían ser desmentidas, con el consiguiente comentario que se haría en la Prensa de los demás países. La lectura de aquella comunicación me confirmó en la idea de que se trataba de un grupo de los bohíos, tan conocidos por mí, y que nada tenían de una nueva Pompeya, ni de encontrados en excavaciones a quince metros de profundidad; ni de calles, ni de plazas, ni de carreteras, sino del grupo, que me había hablado el Sr. Vidal A. Pinto hace pocos meses, y, antes que él, algunos campesinos de Bolívar, cuando se verificaba el desmonte de aquella región. Entre los empleados de la Oficina Telegráfica había, pues, verdadera alarma, como la habría en Quito, mediante la circulación de los periódicos, y en las demás capitales sudamericanas, a donde se transmitiría la noticia. Entonces, conseguí en la Oficina el siguiente telegrama:

«Telegrama para transmitir a Quito.—Tulcán, a 11 de Marzo de 1926.—Señor Dr. Max Uhle.—Entiendo que ruinas y sepulcros de Cuasmal suministrarán, ante todo, datos para estudios sociológicos de los Pastos e Imbabureños; los cuales se complementarían con estudio de la sección Pichués y varias otras ruinas de cuenta. Su visita sería provechosa para Ciencia e iniciaría peregrinación científica, originando honor y provecho nuestra Provincia.—Atto., Presidente Concejo».

A las 7 de la noche del día 11 logré tener una conferencia telefónica con el señor Manuel J. Bastidas, quien me comunicó el resultado de su viaje a Cuasmal, e inquieto aún por las noticias que transmitía el telégrafo, las que se habían hecho extensivas a la ciudad de Tulcán, quise complementar mi información anterior, con datos positivos, mediante el siguiente telegrama al Dr. Max Uhle, a «El Comercio» de Quito y al Sr. Roberto Grijalva:

«Acaban comunicarme de San Gabriel que ruinas de Cuasmal, situadas en vega izquierda del río Huaca, en una meseta de tres kilómetros de extensión, se encuentran aproximadamente sesenta bohíos, correspondientes a una antigua parcialidad de los pastos; dentro de cada bohío hay varios sepulcros, según el tipo más común de bohíos y tumbas de esta Provincia; no hay oro ni otros metales y, fundadamente, se cree que existen grupos cercanos; no se trata de ciudades imposibles, ni siquiera de otros grupos raros como los de Puchués, Puebloviejo y Guamialamag, en frontera colombiana.—Presidente del Concejo».

No me desagradó el título y sumilla con que «El Comercio» de Quito publicó este telegrama, en su edición del 13 de Marzo: Mas, la que puso «El Día», en la copia del ejemplar dirigido al Sr. Roberto Grijalva, era inaguantable, ya que en ella se hablaba de ruinas incásicas y cosas por el estilo; tanto y más, que este telegrama se había copiado al pie de un artículo publicado con datos suministrados por el señor Federico Martínez Acosta, que no estaba de acuerdo con mi modo de pensar.

¿Que por qué dirigí una copia del telegrama que antecede a «El Comercio» y otra al Sr. Roberto Grijalva?—Llanamente porque recibí el siguiente de mi primo, a quien debo muchas consideraciones: «Periódicos dan cuenta descubrimiento ciudad prehistórica en Vínculo, va Comisión Científica investigar qué habrá de verdad. Saludo. (f.) Rogrijalva».

Desde el momento de la conferencia con el Sr. Bastidas sabía, pues, a ciencia cierta, que las ruinas de Cuasmal, que tanta alarma habían despertado en la República, no eran otra cosa que un grupo de bohíos, cuyo descubrimiento fue el resultado de mis estudios; el cual, desde 1920 lo había comunicado, sin reserva de ninguna clase, a mis amigos y al profesorado carchense. Todo esto para mí era evidente, pero no sabía el modo y manera cómo se había transmitido a Quito tales noticias; pues, lo único que a este respecto supe, por la conferencia telefónica con San Gabriel, era que el Mayor Izquierdo, Jefe del Batallón «Vencedores», acantonado en esa plaza, se hallaba haciendo excavaciones en Cuasmal y quien, por consiguiente, debió haberlas comunicado. Entonces me decidí a publicar un fragmento del Capítulo III

del trabajo que escribí para el concurso del 17 de Julio de 1923, lo cual púse por obra en dos correspondencias remitidas a «El Comercio» de Quito, en los días 13 y 16 de Marzo y fueron publicadas con algún retardo.

El día 14 recibí un telegrama del Mayor Izquierdo anunciándome la llegada del Dr. Uhle, y el 15 por la noche, recibí otro de mi hermano José Ignacio Grijalva, quien me decía lo siguiente: «Dr. Uhle pregúntame repetidas veces por Ud., creo debe venir. Dícese ser muy importante descubrimiento hecho. Saludo afectuoso. (f.) José Ignacio».

Ardía en el deseo de conocer y visitar al Dr. Uhle, cuanto antes, sin sospechar siquiera que mi segundo telegrama dirigido además a «El Comercio» y al Sr. Roberto Grijalva, hubiera podido disgustarle, ni menos ocasionarle una mala labor por parte de la prensa de Guayaquil. Entonces, con el Sr. Rector del Colegio «Bolívar», acordamos llevar a los jóvenes estudiantes de Prehistoria, para hacer al Dr. Uhle una visita de cortesía ineludible, ya que un Establecimiento de Instrucción Pública no podía ser indiferente a la presencia de un viajero ilustre.

Excusado es manifestar que, ántes de verificar el viaje, había puesto en el correo mi segunda correspondencia, dirigida a «El Comercio» de Quito, la que se publicó en los números correspondientes al 22 y 23 de Marzo; por tanto el día 15, por la noche, despaché la enviada a «El Guante» de Guayaquil publicada por este periódico el 26 del mismo mes.

Semejante procedimiento de mi parte se hallaba justificado, si por lo inofensivo de mis publicaciones, sí también porque era natural que oportunamente hiciera conocer al público el resultado de mis estudios, antes de que la Comisión Científica empezara a comunicar sus primeras noticias. Mi propósito era demostrar al País que tal descubrimiento era el resultado de mis esfuerzos, los cuales no podían quedar relegados al olvido, ni inutilizados mis trabajos, por falta de oportunidad; por lo demás, me era de sumo interés la expedición del Dr. Uhle. Muy justo y muy natural era que sus estudios sobrepasasen a los míos, que tan someras observaciones contienen desde un punto de vista netamente arqueológico; pues, no he querido dedicarme a esta clase de estudios

que demandan gastos que no están al alcance de mis posibilidades económicas.

El día 16 me puse en viaje, y, habiendo dejado a los jóvenes estudiantes hospedados en el pueblo de Huaca, avancé al Vínculo en compañía del alumno Osejos, recordando la invitación que meses antes me hiciera el Sr. Vidal A. Pinto, Administrador de aquella hacienda. Iba convencido del derecho que me asistía para la publicación de mis escritos y ávido por recibir las enseñanzas del Sabio, a quien suponía modesto a medida de su sabiduría y de la cultura que debía caracterizar a un valioso exponente de la intelectualidad alemana. ¡Cuántos propósitos y reflexiones me iba haciendo a este respecto durante el viaje, y cómo deseaba que mi conducta resultara perfectamente arreglada, cuando estuviese departiendo amigablemente con el Sabio!

No pude encontrar al Dr. Uhle en el Vínculo, donde supe que se hallaba ya en su campamento de Cuasmal y esa noche hube de pasar como huésped del Sr. Pinto. Entonces, este señor me recordó de mis excavaciones en Ingatola, (1) de lo que allí conoció y pudo oírme, y, por fin, de la manera cómo el Sr. Pinto hizo, a su vez, conocer al Mayor Izquierdo las ruinas de Cuasmal. A la mañana siguiente partí en pos del Dr. Uhle, a quien pude saludar a las 9 a. m., más o menos. Lo encontré en compañía del Mayor Izquierdo, del Sr. García, de los Ingenieros militares venidos de Quito, de algunos otros Oficiales del Batallón «Vencedores», y, por fin, de muchos soldados de aquella misma Unidad que verificaban las excavaciones. El Sr. Dr. Uhle me recibió cortesmente, y de seguida empezó a reconvenirme, por haber afirmado en mi telegrama que aquellas ruinas pertenecen a los pastos. No juzgaba el momento adecuado para una discusión, la cual podía debilitar la cordialidad necesaria para hacer posible mi permanencia en compañía del Dr. Uhle, por el mayor tiempo posible, y, además, porque en ese momento empezaban a llegar los estudiantes del Colegio, a quienes debía presentar al Dr. Uhle, juntamente con el oficio de saludo de que era portador. Los jóvenes iban llegando y agrupándose a mi lado, en tanto que el Dr. Uhle,

(1) Lugar al Sur del Angel.

cón fastidiosa insistencia, seguía impugnando mi modo de pensar, con las consiguientes intermitencias ocasionadas por las atenciones que le demandaban aquellos trabajos. Los estudiantes empezaban a dispersarse y no había esperanza de que llegara la oportunidad de saludarle a nombre del Colegio y de presentar a los alumnos; fue, pues, necesario interrumpirle sus disquisiciones acerca de pintura negativa de los objetos allí encontrados y de hilvanar unas frases por *brevis et breve* para dar por cumplido nuestro propósito. De igual modo, nos contestó el Dr. Uhle, haciendo culminar, desde luego, la importancia del estudio de la Arqueología en la Historia nacional y halagando nuestro amor patrio, al manifestarnos que el Ecuador no era una nación, a manera de las algas, que flotan en una superficie líquida, sin bases ni fundamentos, los cuales suministra el conocimiento de su historia y de los antecedentes que han influido para la formación de la vida nacional.

Aún no se habían terminado aquellas frases, cuando volvió a su interminable reconvención, por haber afirmado que aquellas ruinas pertenecen a los pastos; nuevos paréntesis de órdenes y disposiciones, uno de los cuales, estudiadamente, lo verificó al hacer saber a los circunstantes, y especialmente a mí, que el Gobierno le encargaba hacer presente sus felicitaciones al Mayor Izquierdo por la actuación e *iniciativa que le correspondía en aquellos trabajos*; luego después, vuelve al interrumpido tema agregando: ¡En aquel telegrama, cuántas afirmaciones! ¿Y por qué dice Ud. que no se trata de ciudades imposibles?—Porque Fustel de Coulanges nos ha dado a conocer el desarrollo de las entidades sociales y este autor afirma que para que una población merezca el nombre de ciudad, desde el punto de vista de sus caracteres étnicos, es necesario que se haya formado mediante el fusionamiento de dos o más tribus de diverso origen; esta es la doctrina más aceptada, seguramente, por los tratadistas de Derecho Político, siendo probable que la doctrina de Bluntschli no discrepe de la anteriormente indicada. ¿Y quién es Fustel de Coulanges? ¿Y quién es Bluntschli? ¡De manera que, según esta doctrina, era necesario fusionamiento de tribus de diverso origen para que surjan las ciudades de Alemania, porque en Alemania también hubo caciques y de esos caciques descendiendo yo! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!... Figúrese, lector, el concepto que íbamos mereciendo ante el grupo de personas allí presentes. de estudios

Desde entonces, y entre las consiguientes interrupciones requeridas por el constante cambio de personas que allí trabajaban, seguía acentuándose el disgusto del Dr. Uhle, quien en ese momento volvió a recordar otra de mis aseveraciones a la Prensa de Quito, y a interrogarme: ¿Por qué afirma Ud. que estas ruinas pertenecen a los pastos?

Vea Ud. los objetos que aquí van encontrándose y luego le manifestaré los que tengo recogidos en mi tolda; todos son objetos de decoración negativa y pertenecen a una época muy remota, la cual puede fijarse hace doce siglos próximamente. Así me decía el Dr. Uhle, quien me condujo a su tienda de lona, en donde, efectivamente, me mostró algunos objetos de barro, todos los cuales aseguraba ser decorados con pintura negativa, en tanto que yo no reconocía en ellos sino un barniz claro amarillento, por fuera, y una pintura en rojo por dentro; me encareció la regularidad de formas de un cráneo y correspondiente maxilar inferior de mujer y regresamos al lugar de las excavaciones; allí volvió a pedirme un fundamento arqueológico en virtud del cual se pudiera afirmar que esas ruinas pertenecían a los antiguos pastos. Yo trataba de rehuír semejante discusión, que la juzgaba inoportuna, y hube de excusarme manifestándole que el objeto de mis estudios no era la Arqueología, ciencia a la cual no había podido dedicarme, y que, solamente espigaba en ella alguna vez, así como de paso; entonces, y como viera cortada toda discusión posible saltó al final por él apetecido, manifestándome que tan solamente por medio de la Arqueología puede llegarse a la interpretación de aquellas ruinas y que no tenía derecho de sentar las conclusiones a que había llegado en mi telegrama en referencia.

Profundo disgusto, pues, había causado al Dr. Max Uhle la lectura de mi telegrama; lectura que tuvo lugar, seguramente, momentos antes de mi llegada, y cuando había venido a anticipar el concepto del público con orientaciones diferentes de las que había hecho él transmitir desde el día mismo de su llegada a San Gabriel, la que tuvo lugar el 15 de Marzo de 1926 y no antes.

Los telegramas que el Dr. Uhle hizo transmitir el día de su llegada a San Gabriel, después de visitar las ruinas de

Cuasmal, fueron los siguientes, que se publicaron en el periódico «El Día», de Quito, con fecha 17 y 18 de Marzo del mismo año:

Opinión del Doctor Uhle sobre el encuentro arqueológico

El Jefe del Batallón «Vencedores», señor Sargento Mayor Izquierdo, ha dirigido al despacho del Ministerio de Guerra, el 15 del presente, un telegrama comunicando lo siguiente: que a las 7 p. m. de la mencionada fecha, ha regresado la Comisión Científica, presidida por el Sabio arqueólogo Dr. Max Uhle, e integrada por varios oficiales y caballeros, que fueron a conocer las ruinas de Cuasmal. Afirma el Mayor Izquierdo que, según opinión del Dr. Uhle, los datos suministrados por él han sido verídicos y que nada hay de exagerado, agregando, además, que nunca ha pensado buscar oro, sino que su afán ha sido sólo el de servir a la Ciencia.—Según lo expuesto por el Dr. Uhle, se sabe que ha manifestado que el Ecuador figurará en primera línea en la evolución de la raza humana y que el mundo agradecerá por los trabajos que aquí se verifiquen; ha opinado, además, que las ruinas no pertenecen a los incas, sino que son de otros tiempos anteriores a la estabilización de la raza incásica, por cuya razón el sabio Dr. Uhle, se ha propuesto exponer después de algunos días la verdadera fuente de este interesante encuentro, es decir, de la raza que haya existido.—El Mayor Izquierdo añade que no se trata de un Cementerio como se ha dicho, porque es de preguntarse ¿qué población da para una Necrópolis tan grande? (1) El Dr. Uhle ha dado las órdenes para el levantamiento de planos y desde mañana se realizarán los trabajos en el campamento de Cuasmal». (2)

(1) Observación oportuna y verdadera.

(2) Tomado de «El Día» de Quito, No. 3921, fecha 17 de Marzo de 1926.

El otro fue el siguiente, suscrito por el Presidente del Concejo del Cantón Montúfar; por lo cual, razón tuvo uno de los periódicos de Guayaquil en pensar que iba resultando este asunto cosa de alcetraces:

“La Ciudad preincaica de Cuasmal”

Optimistas previsiones

Telegrama de San Gabriel, Marzo 15.—Ministro de Municipalidades.—Acabo de llegar con el Dr. Uhle de la ciudad preincaica descubierta en Cuasmal. Opina que este descubrimiento hará que las miras del mundo científico se fijen en el Ecuador. Juzga que la nación que la habitó vino de Centro América, subió aguas arriba el Esmeraldas y se estableció en esta región mil años antes de la dominación Inca. Muéstrase entusiasmado y espera que trabajos posteriores confirmarán este aserto.—Presidente Concejo”. (Tomado de «El Día», No. 3922, 18 de Marzo de 1926).

Justa razón, pues, había tenido el Dr. Max Uhle de indignarse contra mí, con motivo del telegrama en que afirmo que aquellos bohíos pertenecieron a los antiguos pastos, cuando el crédulo del Presidente del Concejo de San Gabriel asegura que se trata de una ciudad preincaica descubierta en Cuasmal, ofreciendo que semejante descubrimiento haría que las miras del mundo científico se fijen en el Ecuador!...

La interpretación estuvo hecha al primer vistazo: la nación que habitó en Cuasmal vino de Centro América, subió aguas arriba el río Esmeraldas y se estableció en esa región, mil años antes de la dominación de los incas; total: la Historia del Padre Velasco viva y efectiva, después de haberla rechazado, condenado y proscrito en una de sus publicaciones anteriores. ¿Para qué la Arqueología, si había sido suficiente la historia del Padre Velasco y sólo breves instantes de contemplación de esas ruinas?

Por lo demás, y dejando a un lado la información de «El Día», en virtud del telegrama del Mayor Izquierdo, referente al Dr. Max Uhle, sólo anotaré la enorme

fanfarronada que ya deja entrever la ruta que iba a seguirse para explotar la curiosidad del público: «Según lo expuesto por el Dr. Uhle, se sabe que ha manifestado que el Ecuador figurará en primera línea en la EVOLUCION DE LA RAZA HUMANA». Adiós ruinas de Egipto, de India, de Persia, de Fenicia, de Grecia, etc., etc.; todo esto es tortas y pan pintado ante las ruinas de Cuasmal interpretadas por el Doctor Uhle. Albricias, ecuatorianos, porque Uhle va a demostrar que nuestros aborígenes han desempeñado un papel en la evolución del hombre, de tal modo y manera, que Atila, los Hunos y todos los bárbaros germanos van a quedar olvidados para siempre en la Historia de Europa. Eureka!

No obstante los dos telegramas de San Gabriel, a que he hecho referencia, la prensa de Guayaquil y Quito había reproducido mi segundo telegrama y tomó el asunto por el lado cómico; algunos periódicos hicieron hincapié en él para dirigir sus motes y pullas contra el Gobierno, y otros, por fin, para dirigir sus ataques personales contra el señor doctor Uhle; lo cierto es que mi telegrama, sin pensarlo, había producido una completa desilusión.

«El Telégrafo» de Guayaquil, en su edición del 14 de Marzo de 1926, en la sección «La semana a golpes de crayón», publicó el siguiente epigrama:

«El programa de Julio ya se ha salvado:

pues un Mayor Izquierdo se fue derecho

y entre mote y alfalfa, pasto y ganado,

descubrió una casita vieja y sin techo.

Brújulas, diccionarios, reglas, compases;

todo cuanto Max Uhle llevó a montones,

comprueban que en esta época ya había alcatraces

y cheques circulares y hasta pimpones».

«El Guante», en su edición del 13 de Marzo de 1926, publicó la siguiente correspondencia:

«El fracaso del descubrimiento de la ciudad prehistórica»

Quito, Marzo 12.—Telegrama para «El Guante».

El descubrimiento de la ciudad prehistórica ha quedado en la nada. El Presidente del Municipio de Tulcán, en telegrama dirigido al sabio alemán Max Uhle, acerca del descubrimiento de la ciudad preincaica, le dice:

«Acaban comunicarme de San Gabriel, que ruinas, vega izquierda río Huaca, en meseta tres kilómetros extensión, encuéntrase aproximadamente sesenta bohíos, correspondientes a una antigua parcialidad de los pastos; dentro de cada bohío hay varios sepuleros, según tipo más común bohíos y tumbas esta Provincia; no hay oro ni otros metales, y, fundamentalmente créese existen otros cercanos. No se trata de ciudades imposibles ni siquiera de otros raros como los de Puchús. Puebloviejo, Huamialmag, en frontera colombiana. (f.) Carlos Emilio Grijalva, Presidente Concejo».

El sabio Max Uhle se ha quedado con las maletas y con los materiales que ya le había facilitado el Gobierno, listos; en vista de ésto, tendrá que agradecerle al Gobierno por las facilidades que le dió.

Se espera que no vuelva a ocurrir otro descubrimiento tan sonado, y que, a última hora, resultó todo un desastre.

«El Guante», al pie de uno de los cuadros de «La Semana Humorística» por Efraín Díez, en su edición del domingo, 14 de Marzo de 1926, publicó el siguiente quinteto:

«Una ciudad que se agrega
al mapa de la Nación;
dizque hay oro, es la ocasión
de hacer la primera entrega
a la caja de emisión».

«El Guante» en su edición del 19 de Marzo de 1926, publica una fotografía de las ruinas de Cuasmal con la siguiente leyenda:

“RUINAS DEL VINCULO.—PROVINCIA DEL CARCHI.— Esta fotografía nos muestra el lugar en que, según las conjeturas del mayor Izquierdo, pudo haber existido una famosa ciudad.

Para estudiar los restos de la supuesta urbe prehistórica, trasladóse de Quito a las montañas del Vínculo, el sabio Max Uhle, quien, como ya saben nuestros lectores, al recorrer las ruinas, no ha descubierto otra cosa que simples bohíos y uno que otro carcomido hueso.

He aquí una bella ilusión perdida para los arqueólogos, quienes habrían deseado encontrar en este humilde rincón indígena, antes que vulgares revelaciones incásicas, más bien las pruebas de una vieja ciudad, cuya civilización se perdiese en la profunda noche de los siglos...”

«El Comercio» de Quito, en su edición de 13 de Marzo de 1926, publicó mi segundo telegrama, con la siguiente sumilla:

“Las ruinas arqueológicas de Cuasmal

No es ciudad prehistórica.—Es una antigua parcialidad de los Pastos.—No hay oro ni otros metales.—Los bohíos son muy comunes.—Ni siquiera son raros como los de Puchués y Huamialamag, (por telégrafo)”.

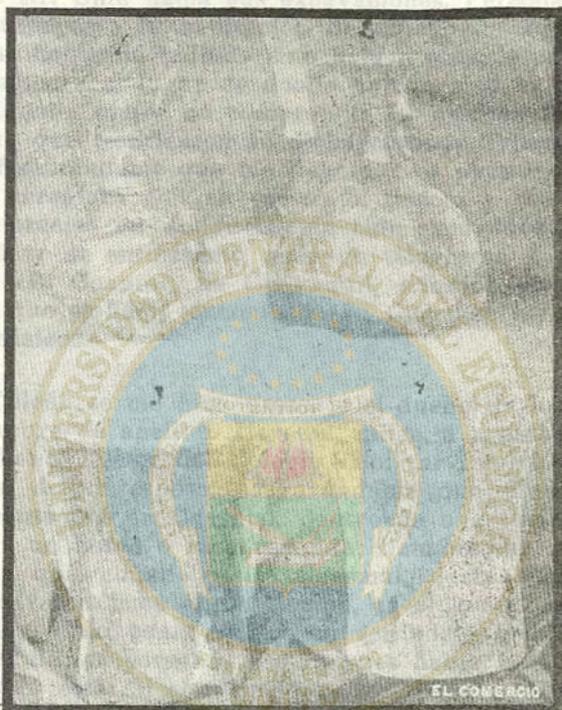
El Sr. Dr. Max Uhle, seguramente ya había previsto la impresión que iba a producir mi telegrama y por eso se manifestó tan contrariado. De mi parte, no hice sino comunicar al mismo Sr. Dr. Max Uhle mi ingenuo modo de pensar, ajeno a toda diatriba política y odiosidad personalista; no obstante, faltó, pues, cordialidad en la entrevista del Sr. Dr. Max Uhle conmigo, y, decepcionado de todo lo ocurrido, hube de regresar cuanto antes a Huaca con mis alumnos.

Llegado a ese lugar, comisioné a los jóvenes para que solicitasen, en compra, objetos arqueológicos, entre las personas por ellos conocidas. Los jóvenes se dis-

LAMINA 1a.

Objetos de cerámica del Cuzco encontrados en Cuasmal.

(Véase Págs. 26, 62)



No. 1.—Vasija antropomorfa que sustenta en las manos un mate semiesférico y tiene junto al asiento un miembro viril erguido, en el que se ha burilado un niño; parte del cuello representa una gorra. (Objeto regalado al Sr. Hull, Ministro de Guerra de Colombia, en 1935).

No. 2.—Jarrita relacionada con una de las muestras de la cerámica del Cuzco, según los gráficos del señor Jacinto Jijón y Caamaño, publicados en un número de la Revista Jurídico Literaria de Quito. La aza de esta jarrita se halla rota.

Nos. 3 y 4.—Timbales peruanos encontrados, como los anteriores, en los bohíos de Cuasmal, por Heredia. Todos los objetos aquí representados existen en el museo del Colegio Bolívar de Tulcán.

persaron en varias direcciones y, poco después un grupo de ellos vino trayéndome dos timbales peruanos, una jarrita, a modo de aribal, y no sé qué otro objeto, asimismo de manufactura imbabureña; preguntadós por la procedencia de aquellos objetos me contestaron los jóvenes que habían sido informados de que fueron encontrados en Cuasmal, en el mismo lugar en que el Sr. Dr. Uhle hacía sus excavaciones. Personalmente me trasladé entonces a la habitación del dueño de aquellos artefactos y no habiendo hallado sino a la esposa, le perurgí para que me indicara el lugar de donde habían sido extraídas esas piezas. Aquella mujer no comprendía el motivo de mi insistencia, hizo que testificasen su dicho otros individuos allí presentes y, facultándome que me llevara esos objetos, me aplazó para que arreglara con su esposo el precio y me asegurara del punto preciso en donde habían sido excavados. Entonces también, lleno de entusiasmo, puse un telegrama a un corresponsal de «El Guante», de Guayaquil, a quien comuniqué la noticia de que se había encontrado en Cuasmal, los antedichos objetos incásicos.

En Tulcán, se me hizo presente el dueño de los timbales: era un hombre de apellido Heredia, quien, a presencia del Dr. César Burbano, Rector del Colegio «Bolívar», volvió a reiterar las noticias de su esposa, asegurándome que dichos objetos fueron encontrados en Cuasmal, dentro de una tumba, correspondiente a un bohío o casa redonda; llamándome la atención al hecho de que, cuando visité Cuasmal, debía haber notado tumbas excavadas hace algún tiempo, en el grupo en que trabajaba el Dr. Uhle, como así fue en verdad; y, por fin, me dió los nombres de las personas con quienes había hecho la excavación, siendo éstos Mesías Enríquez, residente en Huaca, Juan Andino y su hijo, residentes en el Vínculo.

De este modo es como llegué a persuadirme una vez más de que los bohíos de Cuasmal, pertenecieron a los antiguos pastos, en un período de tiempo en que ya habían sido conquistados por los incas, ya que conocían y usaban también artefactos de la cerámica del Cuzco.

No dejaré de hacer constar que, al día siguiente de mi regreso a Huaca, me trasladé con los alumnos al sitio denominado «Paja Blanca», en donde hice prac-

ficar algunas excavaciones de tumbas encontradas dentro de los bohíos; los objetos que pudimos obtener fueron escasos e iguales a los de Cuasmal; uno de ellos tenía la particularidad de haber sido roto desde antes de ser depositado en la tumba. Era un plato de casquete cónico con asiento anular, pintado con un barniz claro por fuera y de color rojo por dentro; a lo largo de las partes quebradas se hallaban las correspondientes perforaciones que bien claro manifestaban haber sido destinadas a recibir una cabuya, que debió haber entretejido los remiendos. Es de colegir en cuánto estimarían esas gentes sus platos y vasijas, a punto de que volvían a utilizarlos recomendándolos. Esto mismo se observó en una botijuela o tinaco encontrada en las sepulturas de El Angel, siendo el Sr. Abelardo Mena el que me suministró tal noticia. También el Dr. Uhle ha encontrado cosa igual según lo refiere en la Pág. 33 de su Informe.

Estas son las gentes de las cinco hermosas civilizaciones que el Dr. Uhle ha encontrado en el Carchi; gentes, algunas de ellas, tan extremadamente pobres, que, para su uso doméstico, se han servido de objetos de barro, remendados con cabuya!

Pero sigamos al Dr. Uhle en su expedición, quien, en fecha 1º. de Abril de 1926, dirigió a Quito el siguiente telegrama:

Para Quito.—San Isidro, 1º. de Abril de 1926.—Señor Ministro de Instrucción Pública.—Comisión Arqueológica saluda atentamente Sr. Ministro, de Puchús cerca Angel.—Aprovecho tiempo después salida Cuasmal para determinar extensión primitiva al Oeste. Por observaciones hechas esta hacienda, rico muestrario civilizaciones primitivas, resulta que la primera, como Cuasmal se extendió con su tipo de bohíos en grupos, hasta esta región, precedente a otra de botijuelas, pintura negativa, representada aquí en gran escala y que debido a la generosidad del Sr. Carlos Freile contamos con numerosos y bellos ejemplares de diferentes clases que obsequia para el museo de la Universidad.—Bohíos originalmente destinados habitaciones techados como chozas. Tipo esta civilización se extendió otro lado río Chota por todo su sistema no sé si también con bohíos por ejemplo Urcuquí, ex-

plicándose ahora restos encontrados allá por la misma inmigración Centroamericana.—Estilo negativo origen centroamericano llegado por Colombia andina fue sucedido por civilizaciones de tipo figurativo tres de las cuales clasifico ahora cronológicamente.—También éste muestra en Pachués contacto estrecho con civilizaciones mayoides de costas ecuatorianas y peruanas por algunas ideas raras comunes en ambas lo que indica repetidas inmigraciones mayoides de origen centroamericano en el sistema del Chota. Mayor Izquierdo bondadosamente nos ha dado doce soldados para continuar excavaciones en Pachués. Hasta hoy no hemos recibido dinero que tuvo gentileza ofrecer, suplicamos no deseuidar solicitud.—Respetuosamente, Max Uhle».

A esta fecha el Dr. Uhle ya había cambiado su modo de pensar; entonces las tumbas y bohíos de Cuasmal constituían un tipo de civilización primitiva, el primero de las civilizaciones por él conocidas; esta civilización había precedido a otro tipo caracterizado por individuos en cuyas sepulturas se encontraban botijuelas y artefactos de pintura negativa, que en Pachués se encontraban en gran número. La primera civilización se extendió al otro lado del Chota, comprendiendo posiblemente Urequí, lo que demuestra una inmigración centroamericana, aunque sea tarasca. El tercer grupo está caracterizado por objetos figurativos y se subdivide en otros grupos, de los cuales ha podido clasificar tres.

De estos antecedentes concluye que la primera civilización, fue asimismo de origen centroamericano, llegada a Cuasmal por el Norte, y que a esta civilización se sucedieron dos civilizaciones más, siendo la tercera la de Pachués, que demuestra contactos o relaciones estrechas con las civilizaciones mayoides de las costas ecuatoriana y peruana; agrega que algunas particularidades comunes a estas últimas civilizaciones indican repetidas inmigraciones, de origen centroamericano, por el sistema fluvial del Chota.

De mi parte, sólo diré que ni en Cuasmal ni en Pachués la cerámica se caracteriza por un estilo exclusivamente negativo, ni creo que por sí solo este estilo pueda darnos una idea de la ruta seguida por las inmigraciones venidas a la Provincia del Carchi. Si, como me manifestó

en Cuasmal, toda esa cerámica es de estilo negativo y si este mismo estilo caracteriza la segunda civilización representada por platos botijuelas, así como la quinta civilización que encontró en Puchués, últimamente relacionada con la cuarta,—según lo asegura en la Pág. 36 de su informe—tenemos entonces que toda la cerámica del Carchi es puramente de estilo negativo. Luego, tal estilo no caracteriza a ninguna de las civilizaciones, y si todo en el Carchi es negativo, hasta el informe, mal puede este estilo indicarnos ninguna ruta.

Era muy natural asignar al Carchi tres civilizaciones para que, siquiera por el número, vayan "paralelas" a las de Cumabayá y luego esto queda comprobado con la información de Aparicio Mier, como se referirá después.

Adiós teoría de los Caras, del Padre Velasco; ahora solamente tenemos una inmigración centroamericana, venida por el Norte, de Colombia; todas las demás vienen por el Occidente del Ecuador y por la costa del Perú; mayas y mayas occidentales; con esto se ha esclarecido la Prehistoria ecuatoriana y se han resuelto sus cuestiones más difíciles.

Veamos su segundo telegrama, dirigido al señor Ministro de Instrucción Pública, también desde San Isidro, dos días después del anterior:

"Para Quito.—San Isidro, 3 de Abril de 1926.—Señor Ministro de Instrucción Pública. Arqueológica saluda muy atentamente al señor Ministro avisándole que hoy concluimos estudio comparativo civilizaciones primitivas del Carchi. Nuestro resultado es, que influencias tipo centroamericano alcanzaron a región por ambos lados del Chota en todos los siglos hasta el sexto. Pero sólo al tiempo de las primeras, como en Cuasmal, fundáronse pueblos con murallas firmes de tierra. Estos pueblos de bohíos redondos se encuentran por nuestro lado río en toda la comarca desde Puchués hasta Huaca. Es probable que los bosques de toda la costa hasta la Cordillera de los Andes cubren todavía vestigios de civilizaciones parecidas que desde allá por el sistema de los ríos hicieron su ascenso a los Andes. Cerca de Martes nos encontraremos de regreso en Ibarra esperando

todavía fondos adicionales según telegrama del 27 allá si no llegan éstos hasta mañana por vía de San Gabriel.—Respetuosamente, Max Uhle”.

El contenido del telegrama precedente puede resumirse así: el estudio de las civilizaciones del Carchi está **concluído**: inmigraciones centroamericanas han avanzado por los sistemas fluviales, en todos los siglos, hasta el sexto de la Era Cristiana. La civilización de Cuasmal ha venido también por la misma ruta y, juntamente con las primeras, construyó pueblos, con casas hechas de tierra firme.

Adiós las tres civilizaciones de Aparicio Mier; no hay tales civilizaciones ni inmigraciones de gente por Colombia interandina, ni por la costa del Perú; no hay sino oleadas de gentes centroamericanas que avanzan por las vegas de los ríos en todos los siglos, hasta el sexto de la Era Cristiana; la prehistoria del Carchi está hecha y tú, lector, quédate satisfecho, porque nada más tienes que saber ni averiguar.

¿Qué diría el señor Ministro Encargado de la Cartera de Instrucción Pública cuando leyó este último telegrama, reformatorio del anterior, como los otros, modificatorios de los precedentes? ¿Diría que es una telda? (telda, palabra inventada por el Dr. Homero Viteri Lafronte)—Nada de eso. ¿Tendría antojo de criticar los versos a la luna?—Tampoco; ya lo diré después, cuando me acuerde.

Si la curiosidad del público, a causa de los bohíos de Cuasmal, hubiera tenido lugar el 3 de Abril de 1926, y se hubiera preguntado al Dr. Uhle, telegráficamente, qué había de verdad en este asunto, él hubiera contestado lo siguiente: “Nuestro resultado es que influencias tipo centroamericano al canzaron la región del Carchi e Imbabura, por ambos lados del Chota, en todos los siglos, hasta el sexto; pero sólo al tiempo de las primeras fundáronse pueblos con murallas firmes de tierra, como en Cuasmal. Estos pueblos de bohíos redondos se encuentran por nuestro lado en toda la comarca, desde Puchués hasta Huaca. Civilizaciones parecidas de bosques occidentales han hecho su ascenso a los Andes por el sistema de los ríos”.

Si a mí me hubiera sido posible contestar al Dr. Uhle después de mi viaje a Cuasmal, habría dicho lo siguiente: "Informo a Ud., de un modo categórico, que en vega izquierda del río Huaca, en una meseta de tres kilómetros de extensión, aproximadamente, se encuentran más o menos doscientos bohíos, correspondientes a una antigua parcialidad de los pastos; en una de las tumbas de esos bohíos se ha hallado artefactos de la cerámica del Cuzco y es lógico concluir que habitantes vivieron en el siglo XVI; no se trata de ciudades imposibles, etc...."

Con informaciones tan contradictorias, el público no se habría quedado satisfecho y es fácil suponer un cablegrama a París, a los señores Vernau y Rivet, ellos habrían contestado: Prenez vous le livre: "Ethnographie Ancienne de l'Equateur", pág. 12, ou vous recontrerai: "Les anciens auteurs ne nous donnet aucun reseignement sur les habitations des pastos; mais, d'après les fonds de cabane que nous avons recontrés en grand nombre aux environs de Huaca, nous sabons q'elles étaient de forme circulaire, de 8 m. a 10 m. de diamètre, avec des murs en terre et une seule porte sans orientation déterminée: la toiture était vraisemblablement paille de Stipa ichu, qui pousse en abondance dans le páramo". (V. Informe del Dr. Uhle, pág. 2).

Sólo así habría terminado pronta y pacíficamente nuestra disputa; mas, como ni el Dr. Uhle ni yo habíamos conocido tal opinión, y como, por otra parte, la cerámica del Carchi acusa ciertas diferencias para los pueblos que habitaron en los estratos geológicos de tiempos anteriores, héme aquí sobre la arena, disputando, afortunadamente, acerca de ruinas que constantemente tengo a la vista.

A este tiempo recibe el Dr. Uhle los números de «El Comercio», de Quito, correspondientes al 22 y 23 de Marzo de 1926, lee mi correspondencia en que me limité a transcribir algunos acápites del trabajo inédito: "Cuestiones Previas al Estudio Filológico-Etnográfico de las Provincias de Imbabura y Carchi", así como una correspondencia a «El Día», enviada de Tulcán, por Alejo Constante; por tan inofensivas publicaciones, monta en cólera y, desde Ibarra, dirige a este último periódico el siguiente telegrama:

“Telegrama de Ibarra.—Abril 6.—«El Día».—Quito.—«En el N° 3.936 de su respetable diario, encuentro Crónicas del Carchi, por Alejo Constante, con algunas indicaciones erróneas supeditadas por ser de interés público y tratarse de Arqueología Nacional, me apresuro a rectificarlas.—En mi expedición, no se trataba del conocimiento anterior de las ruinas redondas del Carchi, las que por notas anteriores del señor Carlos Grijalva, apenas podían reconocerse; otras noticias mejores nunca he recibido anteriormente. El fin de la expedición no consistía en describir las ruinas cuanto que en determinar su significación histórica. Por los datos presentados por el mencionado Profesor, cuya colaboración para la Historia Precolombina deseo se evidencie que el método del Arqueólogo le es todavía extraño. Yerra diciendo que en los bohíos de Puchués se haya encontrado oro, porque los hallazgos de oro de Puchués se han sacado de sepulturas que no son de la civilización de los bohíos. Idénticamente yerra diciendo que las ruinas forman los restos de un conjunto de diferentes civilizaciones, porque la civilización de los bohíos es una sola. Es completamente erróneo el sistema de sacar conclusiones por objetos comprados, de los cuales no hay identificación y perfectamente pueden ser extraños al carácter de ruinas coexistentes en una región. Porque los bohíos redondos de tierra eran testigos únicamente de la primera civilización de origen centroamericano, que emigró por la costa en todo el sistema del Chota. Ninguna de las civilizaciones posteriores en la región, aún la próxima, también de origen centroamericano, usaba construcciones firmes de tierra, como aquella primera.—Max Uhle».

...de cuanto a lo primero, formará su concepto al leer cuando haya terminado la lectura de todo este trabajo; en cuanto a lo segundo, digalo también por la lectura de las tales Crónicas que voy a reproducir a continuación; más, ante todo, agradezco al Dr. Uhle que, al sentir mis conceptos acerca de las ruinas de Casapalca, no se dejó por superabundancia sino por sencillez, de la amabilidad del público ávido de noticias en Quito, en Ibarra, y en todos los pueblos de la Provincia del Carchi, y porque, conociendo que yo me beneficiaría de los trabajos del Dr. Uhle, y Fournier, no tuve po-

CAPITULO II

LA RECTIFICACION DE LOS ESTUDIOS DE GRIJALVA POR TELEGRAFO

"En el N° 3.936 de su respetable Diario, encuentro crónicas del Carchi por Alejo Constante, con algunas indicaciones erróneas supeditadas por ser de interés público y tratarse de Arqueología Nacional, me apresuro a rectificarlas".

Este acápite tiene dos acusaciones: 1ª, la de que las Crónicas del Carchi, por Alejo Constante, son erróneas, y 2ª, la de que tales Crónicas tratan de supeditar los estudios del Dr. Uhle.

En cuanto a lo primero, formará su concepto el lector cuando haya terminado la lectura de todo este trabajo; en cuanto a lo segundo, dígalo también por la lectura de las tales Crónicas, que voy a reproducir a continuación; más, ante todo, sepa el Dr. Uhle que, al emitir mis conceptos acerca de las ruinas de Cuasmal, no ha sido por supeditarle, sino por satisfacer la curiosidad del público, ávido de noticias en Quito, en Ibarra y en todos los pueblos de la Provincia del Carchi, y porque, conociendo tan sólo fragmentariamente los trabajos del Dr. Rivet y Verneau, no tuve no-

ticia del acápite de la Pág. 12 de la "Etnografía Antigua del Ecuador", que el Dr. Uhle transcribe en su folleto intitulado "Las ruinas de Cuasmal", 1928. Este acápite, que es el triunfo de la cuestión fundamental que sostengo contra el Sr. Dr. Uhle, repito que no me fue conocido, sino en el trabajo últimamente dicho; de otro modo, no lo habría sustentado con tanto entusiasmo y afán. Así se explica, pues, que mi segundo propósito fue el de dejar constancia de la prioridad de tiempo con que había verificado mi estudio de los bohíos, o sea del hallazgo que yo creía hecho, sin que hubiera sido conocido ni tratado por ningún escritor contemporáneo. Mis investigaciones propias sobre el terreno datan desde 1919 y justo era dejar a salvo mi esfuerzo, en virtud del cual el Sr. Vidal Antonio Pinto conoció esta clase de bohíos al Sur del Angel y quien, después, reconociendo cosa semejante en Cuasmal, los mostró al Mayor Izquierdo, el que no hizo sino adornar el asunto con su ardiente fantasía y transmitir las noticias a Quito, el mismo día que el Sr. Pinto le hizo conocer.

Las Crónicas de Alejo Constante, publicadas en «El Día», en el N° 3.936, son los siguientes:

"Crónicas del Carchi"

"he solicitado una entrevista al historiógrafo señor don Carlos Emilio Grijalva, quien, en su calidad de Profesor de Historia en el Colegio «Bolívar» de esta ciudad, en días pasados, marchó con los alumnos de 5° y 6° curso de dicho Establecimiento al lugar de las excavaciones, que tanto preocupan hoy al mundo científico; el señor Grijalva, con la gentileza que le distingue, no tuvo ningún inconveniente en dar contestación a las siguientes preguntas:

Pregunta.—Dígnese decirme si las viviendas de los aborígenes del Carchi, que tanto están llamando la atención en la región de Cuasmal, fueron conocidas por Ud. antes de ahora?

Respuesta.— Me fueron muy conocidas desde uno de los primeros días de Diciembre de 1919, fecha en la cual verifiqué una excursión recreativa, desde Bo-

lívar al Pucará, en compañía de mi esposa; de la señora Isabel Grijalva, hoy viuda de Mena, y del joven Institutor de Los Andes, señor Juan de Dios Flores. A principios del año de 1921. como Director de Estudios de esta Provincia, di algunas conferencias a los Centros de Clases Prácticas de Tulcán y de San Gabriel. Pocos meses después, el Director de la Escuela "Abdón Calderón" se encargó de levantar el plano de las ruinas de Pioter. Al año siguiente, el Teniente Samuel Jarrín, levantó, a mis expensas, los planos del grupo "Churo", sección Pucará, el de los grupos en la sección de "El Chaquilulo" y nuevamente el grupo de Pioter. Insistentes noticias di al señor Director de la Academia Nacional de Historia, señor Jacinto Jijón y Caamaño y conservo dos cartas en contestación a este propósito. En 1923 pude presentar el resultado de mis estudios a la consideración de la comisión nombrada por la Academia Nacional de Historia, la que me declaró triunfador en el concurso histórico promovido por el Centro Universitario del Norte; en este trabajo presenté los planos levantados por el Teniente Jarrín, el veredicto está autorizado con las firmas del Dr. Max Uhle, el Dr. Julio Tobar Donoso y el Sr. Alfredo Flores. El Sr. Vidal A. Pinto me encontró estudiando el grupo de bohíos de Ingotola, al Sur de El Angel, hace algún tiempo, y entonces conoció los bohíos o viviendas de los aborígenes de esta Provincia; más tarde fue este señor a administrar la hacienda "El Vínculo" y encontró, en Cuasmal, el extenso grupo de viviendas enteramente semejante al que había conocido en Ingotola; este señor fue quien hizo conocer aquellas ruinas al Mayor Izquierdo, no sin haber comunicado la existencia de las mismas al Dr. Uhle, cierta vez que se encontró en Quito.

Pregunta.—Cree Ud. que estos bohíos tienen o pueden tener la importancia de una riqueza fabulosa, como la que hasta aquí se les atribuye?

Respuesta.—Tres clases conozco yo de bohíos o casas redondas, y, a juzgar por esta clasificación y por las tumbas excavadas en Cuasmal, entiendo que se trata de agrupaciones indígenas que no guardaron oro ni metales preciosos en sus se-

pulturas (1). El tipo del grupo de Cuasmal es de los más comunes en esta Provincia. No sucede lo mismo con el grupo de Puchués, al Suroeste de San Isidro, en donde sí hay oro con relativa frecuencia, pudiendo calcularse que lo recogido excede en más de dos libras; empero, más que el oro vale, para la Ciencia histórica, el estudio de las agrupaciones sociales que existieron en épocas prehistóricas. Hasta hoy la Arqueología ecuatoriana sólo se ha concretado al estudio de la Cerámica y de la Craneología, ahora dispone de un campo más de investigación: las ruinas de las habitaciones indígenas, las cuales, el Ecuador científico, seguramente las creyó desaparecidas para siempre. Desde luego, no me refiero al período incásico, respecto del cual sí se han conocido ruinas como las de Inga-pirca, por ejemplo.

Pregunta.—¿Las ruinas de Cuasmal son restos de alguna gran ciudad incaica y qué importancia científica tienen?

Respuesta.—Las ruinas de Cuasmal entiendo que pueden ser un conjunto heterogéneo de varias civilizaciones; (2) pues, el Dr. Uhle, a juzgar por las primeras tumbas excavadas, les atribuye una remota antigüedad; por el contrario, al regreso de mi excursión a Cuasmal, pude adquirir, entre los campesinos de Huaca, objetos extraídos en las tumbas de aquella región que pertenecen al arte incaico, lo cual demuestra que los que habitaron los bohíos correspondientes a las tumbas en donde dichos objetos fueron encontrados, datan únicamente del año 1500, en fecha aproximada a la de la Conquista de los incas; por cuanto, los dueños de esos objetos conocieron la alfarería de los incas; es decir, los pastos, sin lugar a duda, y no

(1).—Sí se encuentra oro en las tumbas múltiples localizadas dentro de un bohío; lo que hay es que el oro se halla, no en las tumbas que tienen platos y botijuelas, sino en aquellas en que la cerámica se caracteriza por objetos de pintura roja en fondo incoloro; en cuyo caso se ha pintado nuevamente el fondo con color negro y los dibujos con amarillo, formando estrellas, ángulos y rombos.

(2).—Lo que debí haber contestado es: Las ruinas de Cuasmal no son incásicas, y los objetos de cerámica allí encontrados entiendo que constituyen un conjunto heterogéneo de varias civilizaciones, etc

caras ni quillacingas, como lo probaré en escritos que conservo inéditos. Los objetos por mí adquiridos son dos timbales de barro barnizado y dos jarritas, una de ellas de idéntica forma a aquella que el señor Jacinto Jijón y Caamaño da a conocer en la lámina 39 de su obra intitulada "Un Cementerio Incaico en el Ecuador" y que se publicó en el Boletín de la Revista Jurídico-Literaria. Entre los objetos comprados se encuentran también dos ocarinas de estilo pimampireño; hoy pertenecen estos objetos al colegio "Bolívar", de esta ciudad, y allí puede estudiarlos cuando guste.

Pregunta.—¿Qué causas motivaron su viaje a Cuasmal en compañía de los alumnos de quinto y sexto curso del Colegio "Bolívar"?

Respuesta.—Las del cumplimiento de un estricto deber de cortesía que contrajo el Colegio para con el doctor Uhle, ya que un establecimiento de instrucción secundaria, como el "Bolívar", no podía ser indiferente a la venida de un Sabio, que llega a nuestra Provincia a ocuparse de nuestra historia, y, por consiguiente, a formar una época en la investigación científica; lo cual, además de honrarla, va a ser de verdadera utilidad, ya que nuestro territorio en breve llegará a ser muy visitado por científicos y turistas que le dejarán dinero en mayor cantidad que el oro que podía encontrarse oculto en las antedichas tumbas. Los motivos arqueológicos no solamente tienen un valor objetivo, lo tienen uno subjetivo, según el personaje que de ellos se ocupa y así llegan a adquirir un valor de afección muchos de esos motivos estudiados por personalidades prominentes.

Con ésto dí por terminada mi entrevista y me retiré, después de presentar al señor Grijalva mis cumplidos agradecimientos, por los importantes datos que acaba de suministrar-me.

Hasta otra se despide su afectísimo.

Alejo Constante.

Tulcán, a 20 de Marzo de 1926".

"En mi expedición, no se trataba del conocimiento anterior de las ruinas redondas del Carchi, las que por notas anteriores del Sr. Profesor Carlos Grijalva, apenas podían reconocerse, otras noticias mejores, nunca he recibido anteriormente". (1)

Como que el señor Dr. Uhle quiere decir: en virtud de mi expedición a Cuasmal no se trata de disputar al Sr. Grijalva su investigación anterior de las ruinas de edificios que se encuentran en el Carchi, las que, por escritos anteriores de este señor... y en vez de agregar: ya nos eran conocidas, dijo: "apenas podían reconocerse".

El señor doctor Uhle, fue uno de los miembros del Tribunal calificador del trabajo histórico que presenté a la Academia Nacional de Historia; de ese trabajo extracté los acápites reproducidos en los números de "El Comercio" correspondientes al 22 y 23 de Marzo de 1926, y, en virtud de la publicación de mi segundo telegrama al señor doctor Uhle, la prensa en general del País se dió por satisfecha de lo que había en Cuasmal, sin que después ni la prensa ni nadie haya vuelto a acordarse de este asunto; no obstante, el señor doctor Uhle apenas ha podido reconocer esas ruinas por medio de mis escritos.

En una carta dirigida a mi hermano José Ignacio, que se publicó en "El Ferrocarril del Norte", de Ibarra, dí cuenta de los trabajos que había publicado anteriormente, y el mismo Dr. Uhle, en su Informe al Ministerio de Instrucción Pública, su último y definitivo estudio en cuanto a Cuasmal, dice: "en los últimos años (desde 1919) dedicó su atención al estudio de esta clase de ruinas, especialmente, el señor Carlos E. Grijalva,

(1).—"El conocimiento general de la existencia de tales restos en la Provincia del Carchi antigua tierra de los Pastos, no es de nuestros días. Ya Pedro Cieza, etc." Uhle, Informe, pág. 2.

profesor de Historia del Colegio de Tulcán”, etc. Pero entonces, ¿cómo es que las ruinas de los edificios encontrados en el Carchi apenas podían reconocerse por notas anteriores del profesor Grijalva, cuando éste aún “presentó planos que hizo trabajar a técnicos conocidos y él mismo publicó el plano de Chitán de Navarrete, en el número 7.395 de “El Comercio”, de Quito? Pero el caso es que, conocedor el Sr. Vidal Antonio Pinto de lo que significaban las ruinas de los bohíos que existen en el Carchi, notició al Dr. Uhle de los que él encontró en Cuasmal, mucho antes de los telegramas del Mayor Izquierdo, y tal noticia trata de negar ahora.

Mas, volviendo a interpretar la proposición de que me ocupo, y si en la parte primera de este acápite, advierte que no se trata de disputar a Grijalva el conocimiento anterior de las ruinas del Carchi, ¿cómo es que el Mayor Izquierdo “da el primer aviso” “sobre la existencia de ruinas tan importantes en la lejana Provincia del Norte”?...

Y quede aquí constancia de que ni en el telegrama del Presidente del Concejo de San Gabriel a “El Día”, ni en el que el Mayor Izquierdo dirigió al Ministerio de Guerra, el 15 de Marzo, inspirados por el Dr. Max Uhle, ni en el mismo del Dr. Uhle, que en este momento voy comentando, se emplea la palabra bohío, lo cual bien claro manifiesta que le eran desconocidas las Relaciones Geográficas de Indias. ¡Vaya una Arqueología que desconoce la historia antigua del país de que se ocupa, y si el Dr. Uhle conoció aquella obra, también sus notas eran tan oscuras que “apenas podían reconocerse”!

El que esto escribe lanzó, desde su segundo telegrama, la palabra bohío, que es el término propio para la designación de aquellas ruinas y ésto sólo le bastó al público ilustrado del País para darse cuenta exacta de lo que se trataba; una sola palabra en un telegrama: bohíos, lo demás lo decían los diccionarios y los cronistas del siglo XVI.

"El fin de la expedición no consistía en describir las ruinas cuanto que en determinar su significación histórica".

Tampoco yo me he limitado a describirlas: pues, lo que tengo publicado en cuanto a esta materia consta de tres partes: descripciones, clasificación y deducción. Descontando la noticia dada por los Sres. Rivet y Verneau, ya citada en otro lugar, ningún escritor contemporáneo había hablado de ellas, ni menos las había clasificado; la interpretación sí, ha sido hecha por los Geodésicos franceses, aunque yo nada sabía de esos trabajos. Que sí he clasificado la materia, lo dice en su Informe el mismo Dr. Uhle, en la Pág. 24, y que sí la he interpretado, lo dice mi segundo telegrama al Dr. Uhle, y a "El Comercio", de Quito, de fecha 11 de Marzo de 1926.

Dividí los bohíos provisionalmente en cuatro clases o grupos y concluí que los habitantes del pueblo o caserío de Cuasmal pertenecieron a los indígenas conocidos con el nombre de los pastos, quienes habitaron ese territorio en el siglo XVI.

La comprobación de esta consecuencia es materia del presente estudio y su juicio se formará el lector, después de toda la lectura de esta réplica.

"Por los datos presentados por el mencionado Profesor, cuya colaboración para la Historia Precolombina deseo se evidencie, que el método del arqueólogo le es todavía extraño".

Lo que puede deducirse de mis publicaciones anteriores es que mi contribución en lo referente a la Cerámica, es pobre o escasísima, porque no necesitaba apelar a ella para sustentar los conocimientos que me había propuesto dar a conocer al público; pero, por pobre que sea,

digo que es verdadera y que no puede inducir a error a ninguna persona que lea mis escritos; tanto y más, si solamente me he limitado a describir los bohíos.

El Dr. Uhle reconoce que lo fundamental de mi trabajo publicado en 1926 es entresacado de la obra presentada a la Academia de Historia en 1923, y en el plan de esa obra, no encuadra toda una monografía de los bohíos del Carchi, con indicación suscita del estudio seguido para comprobar que esas ruinas tienen un carácter arqueológico; que representan vestigios de habitaciones humanas, que sus dueños o poseedores se habían enterrado dentro de sus propias casas; que lo que se creía panteones no eran propiamente tales, sino que se habían agrupado así, porque los muertos habían sido enterrados dentro de sus propias casas; que los tales panteones, ante todo, representan la localización de entidades sociales que de otro modo ya no se podría constatar, etc., etc. Si hubiera querido suministrar todo el proceso seguido en estas investigaciones, hubiera sido cuento inacabable; se habría echado a perder el plan de la obra como se destruirían los anillos de Saturno si se desprendieran de su centro, en aumentando la fuerza centrífuga que los mantiene en el equilibrio actual.

He espigado en el campo arqueológico escasamente y mis estudios consisten en la investigación conjunta y relacionada de los objetos de cerámica que se encuentran en las tumbas con las tumbas mismas y con las ruinas del edificio que las encierra; cuando se trata de tolas, comparo y analizo los objetos de cerámica con la tola en donde se encuentran, inquiriendo por los edificios que a veces han existido sobre las tolas, y, en uno y otro caso, estudio el grupo o grupos que tolas y bohíos han llegado a constituir, y unos grupos comparo con los demás. Mis escasos estudios arqueológicos no los fundo únicamente en elucubraciones de una Cerámica aislada, y en virtud de comparaciones remotas y distantes en el tiempo y en el lugar; al contrario, creo que son de ningún valor los resultados que de este modo se puede

Ahora, diga el Dr. Uhle si las proposiciones, poco antes enumeradas, no son Historia entresacada de la Prehistoria, no obstante de serme todavía extraño el mé-

todo del Arqueólogo. ¿Cómo es posible que sin un método científico pudiera obtener resultados? Y, vaya si son escasos, en atendiendo solamente a los pocos acápite entresacados del manuscrito ya indicado.

Hay una Providencia que vela por la reputación del escritor, cuando se trata de aplastarlo injustamente; no de otro modo se explica mi carta escrita en San Francisco (del Chota), el 8 de Abril de 1926; es decir, al otro día de publicado el famoso telegrama que vengo comentando. Entonces no había el tren de Quito a Ibarra, ni telégrafo, ni teléfono a mi fundo San Francisco, en donde me hallaba transitoriamente; ningún libro de Lógica podía tener a la mano, ni menos conocer la acusación del Dr. Uhle, en esto de "serme desconocido el método del Arqueólogo". En esa misma carta se puede apreciar el tiempo que tardaron en llegarme los periódicos anteriores; pues, allí consta que el 8 de abril apenas había recibido "El Comercio", de Quito, de fecha 28 de Marzo, entonces próximo pasado.

En esa misma carta se indica el método seguido en mis investigaciones de los bohíos: había descartado fenómenos desemejantes; había recogido fenómenos semejantes, los había comparado; había sentado hipótesis, las había comprobado, y, de esas verdades, había hecho deducciones.... ¿Quiere más método el Dr. Uhle? ¿Cuál es el suyo?

He aquí un acápite de la carta a que hago referencia, la que se publicó en "El Ferrocarril del Norte", el 10 de abril de 1926:

"LAS RUINAS DE CUASMAL.—Importantes aclaraciones de un Miembro de la Academia Nacional de Historia.—San Francisco, 8 de abril de 1926.—Señor don José Ignacio Grijalva.—Ibarra.—Muy apreciado José Ignacio:.....

El reconocimiento de los bohíos que han quedado de los aborígenes del Carchi, implicaba un estudio detenido y prolijo; el vulgo los tenía por trilladeros o eras viejas; había, pues, que descartar esta posibilidad (fenómenos desemejantes); luego después, fué posible observar que

algunos de ellos tenían una especie de entrada y que en su interior, se había practicado excavaciones de sepulcros, cosa que no había sucedido en sus contornos (fenómenos semejantes); entonces surgió para mí la hipótesis de que eran viviendas de aborígenes; para **comprobarla**, fué necesario buscar sepulturas indígenas, al cateo de barra, fuera de muchos bohíos, hasta convencerme de que, en el exterior de ellos, no había tumbas. Asegurado de estos antecedentes, me asaltó la duda de que muchos de los bohíos podían pertenecer a una época propiamente histórica, ya que casas redondas se construyó tanto en el tiempo de la Colonia como en el de la República, y hube de fijarme en la circunstancia de que los individuos enterrados dentro de sus propias casas no podían ser cristianos; pues, según el primer Sínodo del Obispo Solís, había prescripción terminante de que los indígenas fuesen sepultados dentro de las iglesias.

Tales fueron mis primeras investigaciones en cuanto a este asunto; ahora, pues, que el Mayor Izquierdo nos cuente qué proceso de investigación verificó, desde el día en que el Sr. Pinto le hizo conocer los bohíos, hasta la noche de ese mismo día, en que comunicó a Quito noticias verdaderamente absurdas y desfiguradas!"

"Yerra diciendo que en los bohíos de Puchúes se haya encontrado oro. Porque los hallazgos de oro de Puchúes se han sacado de sepulturas que no son de la civilización de los bohíos".

La dehesa o potrero de San Antonio de Puchúes es extensa y, en verdad, cabe que, en el transcurso de los tiempos, varios pueblos del mismo o de diverso origen hubiesen dejado allí sus huellas; ésto está por estudiarse y, ni el Doctor Uhle ni yo podríamos precisararlo, por

ahora. (1) Es de presumir que ese sitio haya sido asiento de varias agrupaciones indígenas; pero, con esto no hemos adelantado nada, ya que mi tesis es probar que hubo bohíos localizados sobre las tumbas del grupo en donde se encontró el oro.

Yo no sé cual sea la superficie que el Dr. Uhle tiene por circunscripción del pueblo cuyas tumbas encierran algunos objetos de oro; se ha dicho que equivocó el sitio y, si esto es así, yo no tengo la culpa ni merezco su refutación. En el supuesto de que tenga por tal aquel en que ví encontrar oro, digo que ese panteón por el lado Norte, no tiene límite determinado, el cual solamente se podría precisar, mediante el cateo de las tumbas de esa extremidad; por el Sur su límite es una grada que tiene el terreno, hasta donde llegarían las aradas de otro tiempo; por el Oeste, puede decirse que el límite del panteón es la misma zanja que deslinda el potrero de San Antonio, y, hacia el Oriente, se extienden las tumbas, a lo ancho del potrero, hasta donde empiezan a esfumarse los bohíos por el N. E.; de manera que, en esta dirección, bien puede decirse que no hay terreno desocupado entre las tumbas y los bohíos, los cuales se destacan notoriamente hacia el Oriente, junto a otra zanja que por ese lado limita también el antedicho potrero. Más abajo, considerablemente separados del grupo, se ve los catorce bohíos de que habla el Dr. Uhle en su Informe, "situados a 400 metros de distancia", ¿medidos hasta qué punto?

Por tanto, digo que las tumbas donde se encontró el oro se hallan localizadas un poco más arriba del centro de la dehesa y el mayor número de las tumbas cavadas formaban un grupo recostado hacia la derecha del observador, si éste se coloca con las espaldas vueltas al Iguán, en cuyas faldas se halla el antedicho potrero.

¿Será un solo pueblo? ¿serán dos, serán tres? Es claro que esto lo han de precisar las excavaciones; el Dr. Uhle dice

(1) Han sido dos caseríos o conjuntos; uno más al Norte del otro.

que no encontró tumbas dentro de los bohíos, así tiene que ser; más, entonces es posible que sus habitantes hayan sido ya cristianos, porque la localización de estos bohíos se habrá subordinado al *camino real* que pasa junto a ellos. (1)

Para asegurar que las tumbas de Puchués, del lugar en donde se encontró el oro, corresponden a los bohíos que han desaparecido, me fundo en lo siguiente:

Los bohíos, por más agrupados que se encuentren en la superficie de un lugar cualquiera, por su misma forma circular, dejan atendibles espacios triangulares desocupados, en los cuales no se encuentra tumbas; porque, como he dicho, las tumbas están localizadas dentro de las habitaciones y se apartan un tanto de la circunferencia de los muros, con tendencia hacia el centro, según el número de las mismas; ahora, pues, si imaginariamente nos fuera dado apartar las ruinas superficiales de los bohíos y dejar sobre el suelo ostensibles las bocas de las sepulturas, observaríamos que éstas no se hallan en el suelo como un manajo de monedas allí esparcidas al azar, sino que se las encontraría formando grupos de tres, cinco, siete o más tumbas y estos grupos, separados de los otros, con alguna mayor distancia de aquella que guardaron los bohíos.

Esto mismo es lo que se observa en las sepulturas de El Angel, y tengo el convencimiento de decir la verdad, porque esas combinaciones binarias, ternarias, etc., no se producen al acaso y, por el contrario, bien claro manifiestan que la circunstancia de hallarse oro en las unas o botijuelas en las otras, no es propiedad diferencial que excluye a los habitantes de

(1) "No todas las casas en que no hay tumba, han de ser necesariamente post-colombinas; pues en tal caso lo serán todas las de la Costa del Perú y del Cuzco y Tiahuanaco"—me dice el Sr. Jijón en carta particular— a lo que contesto que ciertamente cabe tal supuesto, en tratándose de una mera posibilidad pero que esta posibilidad desaparece si se tiene en cuenta que las ruinas de los bohíos sin tumbas dentro de la habitación se hallan tan bien o mejor conservadas que las otras que contienen tumbas, lo cual hace presumir que aquellas son posteriores a éstas, al menos en tanto que no haya otro motivo para presumir tiempos anteriores.

os bohíos. Bohíos son los que saquearon los conquistadores castellanos en la costa de Esmeraldas y Manabí, y en ellos también se encontró oro; así lo aseguran las relaciones del descubrimiento del Perú, en los viajes de Pizarro por la costa ecuatoriana, y, que eran bohíos esas habitaciones, lo dijo Atahualpa, cuando reconvino a los españoles en Cajamarca, diciéndoles: "Y bien sé lo que habéis hecho por ese camino, cómo habéis tratado a mis caciques, y tomado la ropa de los bohíos". (1)

Los huaqueros de El Angel son los que establecen esta clasificación, que desde luego no la desecho en toda la línea: 1º, sepulturas con dos muertos enterrados dentro de un pondón (las urnas funerarias de que habla el Padre Ruiz Amado) sepulturas éstas en que siempre se encuentra algo de oro; 2º, sepulturas de objetos de barro finamente pintados, con figuras, en las que asimismo se encuentra oro; 3º, sepulturas que contienen botijuelas y platos muy bien pintados, en las que nunca se encuentra oro, y 4º, sepulturas dentro de círculos de tierra superficial, en donde es inútil cavar, porque sólo hay groseros objetos de cerámica, sin pintura.

Dije que esta clasificación no la negaba en toda la línea, por aquello de las urnas funerarias. El Dr. Uhle la oyó de boca de Aparicio Mier, en Cuasmal, y aceptó lo de las botijuelas, lo de los objetos figurados y lo de los círculos de tierra, llegando a tener así los tres hermosos tipos de civilización en el Carchi, de que dió cuenta al Ministerio de Instrucción Pública, en su primer telegrama de San Isidro, desechando lo de los pondones, que es lo más razonable de los Mier.

Ante todo diré que semejante clasificación es incompleta, porque lo que de ordinario aparece en las sepulturas del Carchi es lo siguiente:

(1) Francisco de Jerez, Conquista del Perú, Edición de Vedia, tomo 26, pág. 319.

1.—Sepulturas en pequeñas tolas, sin fosa cavada. (Tolas del Pichitán y grupo en un potrero de El Alizo, en la Parroquia de El Angel).

2.—Sepulturas de fosa cavada dentro de las tolas. (Grupo del Chichu, hacienda Pucará de Santo Domingo).

3.—Tolas piramidales, con rampa, como base de habitación. (Una tola en la hacienda San Francisco, situada en la vega derecha del río Chota).

Quedan sin estudiar dos tolas en la Parroquia de La Paz, una en el Churo, muchas en Cuasmal y en la región de Huaca, una o dos en Tulcanquer, muchas en la frontera colombiana, etc., etc.

4.—Bohíos con dos o más tumbas dentro de la habitación (sepulturas de El Angel, en el terreno de Cuaycal; en Santa Rosa; en el terreno de la señora Rosa Herrera de Rosero y en la generalidad de los bohíos conocidos en el Carchi).

5.—Bohíos con una sola tumba central en la habitación (grupo del Churo o más bien dicho en el "Potrero del Molino", hacienda Pucará, de la Parroquia de Los Andes; un grupo del Chaquilulo, al Sur de El Angel).

6.—Bohíos sin tumba dentro de la habitación y con un panteón propiamente dicho, señalado con una tola (grupo de Ingatola, al Sur de El Angel).

7.—Bohíos con varias tumbas pequeñas junto a una tumba central, que contiene una urna funeraria. (1)

8.—Bohíos sin tumba ni panteón (junto a la hacienda La Rinconada, en Tulcán).

(1) Según dicen los campesinos, esta forma de enterramiento se encuentra al S. O. de El Angel, en el lugar llamado "Terreno de Palma"; en Pueblo Viejo, de Mira; en la hacienda Pucará de Santo Domingo, y en Pimampiro, según lo dicho por el Señor González Suárez.

9.—Ruinas de edificios cuadrangulares, sin estudiar (alturas de Guamiálamag, en la frontera colombiana).

10.—Ruinas de edificios rectangulares, mucho más grandes y elevadas (Guamiálamag, en la frontera colombiana).

La clasificación de los huaqueros de El Angel peca también en el supuesto de que las tumbas de los bohíos sólo se caracterizan por una cerámica de estilo inferior y que, como piensa el Dr. Uhle, la civilización de los bohíos es una sola. Todos los objetos representados en las láminas 6, 7 y 8 del Informe al Ministerio de Instrucción Pública demuestran la inexactitud de tal clasificación y que los bohíos no son construcciones de pueblos primitivos, que hubiesen desconocido la pintura, el burilado y los objetos figurados en las ocarinas.

Ahora, pues, sin detenerme por más tiempo en examinar la clasificación de los huaqueros, volveré a considerar la tesis de que me ocupo; es decir, que hubo bohíos localizados sobre la generalidad de las tumbas de fosa cavada conocidas en la Provincia del Carchi; hablo de las sepulturas que no se relacionan con las tolas ni con ciertos panteones incásicos cerrados con muros circulares, de que nos refiere el P. Las Casas en su obra "De las Antiguas Gentes del Perú". (1)

Los huaqueros de El Angel tienen suma habilidad en la exploración del terreno, para la práctica de sus excavaciones. No es posible constatar las tumbas, que se puede encontrar en una localidad cualquiera, solamente con sondajes de baqueta y al cateo de barra; lo primero es enteramente infructuoso, y, lo segundo, muy tardío e implica un grave esfuerzo. Los huaqueros de El Angel se limitan a explorar una región dada, mucho más fácilmente si se trata de aradas o terrenos de secano, concretándose a recoger fragmentos de la cerámica

(1) Hay noticia de que uno de estos panteones existe en la hacienda "Pucará de Santo Domingo", en el sitio denominado "El Ape-readero" y talvez en la "Florida", propiedad del Sr. Federico Martínez Acosta, quien encontró, entre otras cosas, espirales de plata que habían servido como adornos de cabeza, a juzgar por el cabello que en ellas había salido enredado.

aborígen diseminados en la superficie del suelo; cuando se encuentra tales fragmentos, con relativa abundancia, tienen por seguro de que hay, en esa localidad, tumbas cercanas. Luego después, examinan los fragmentos encontrados; es decir, si éstos han sido parte de objetos finamente labrados y qué clase de vasijas se puede reconstruir con ellos; si son ordinarios y sin pintura ni figuras, pasan adelante, porque los sepulcros son muy pobres; si, por el contrario, son finamente labrados, ya vale la pena de hacer la excavación, porque la venta de aquellos objetos recompensa el costo, y, si encuentran figuras, obsidiana y alguna vez huesos de ciervo, tienen por seguro que en aquellas tumbas se encontrará oro. Lo mismo sucede cuando encuentran gruesos cacharros o fragmentos de urnas funerarias; pero, en este caso, desechan las sepulturas pequeñas y se concretan a excavar la sepultura central y más grande, en donde se halla el pondón o urna, y a fe que gastan sus energías con cuenta y medida, no se les escapa tumbas y el resultado corresponde a sus previsiones. Así como donde hay humo hay fuego, así también donde hay cacharros hay sepulturas próximas, y, como es la cerámica de la superficie, así es la cerámica de las tumbas: el signo por la cosa significada.

Si, en un momento dado, un terremoto u otra causa cualquiera destruyese la ciudad de Quito, por ejemplo, y si los años y los siglos tornaran a esta ciudad en un campo meramente agrícola, es claro que la superficie del suelo que corresponde a los edificios estaría llena de cacharros, pero no aquella en que ahora se encuentran los panteones del Tejar y de San Diego, en donde sólo se hallaría pedazos de mármoles y yeso, ya que a nadie, que no sea el panteonero, se le ocurriría ir a cocinar y comer en el panteón; algo semejante sucedería si los aborígenes hubieran tenido lugares de sepultura apartados de sus viviendas; luego, si los objetos de cerámica encontramos en la superficie de sus tumbas o en lugares próximos a ellas, es porque allí tenían su habitación, como lo demuestran los bohíos hallados en el Carchi, y es claro que los cacharros de la superficie corresponden a la cerámica de las tumbas, porque estos no pueden ser sino del tiempo o tiempos en que ese lugar fue habitado. Luego, asimismo, tengo derecho de afirmar que sobre las clásicas sepulturas de El Angel y Puchués, en donde se ha encontrado oro, han habido bohíos y que las tumbas de esos panteones,

impropiamente dichos, indican la localización de los pueblos y caseríos aborígenes. ¡Cuántos errores de Grijalva!

La estratificación del suelo habitado es otra prueba irrefragable de que los aborígenes del Carchi se enterraron dentro de sus propias casas, refiriéndome, desde luego, a las sepulturas de fosa cavada:

Los huaqueros, después de haber explorado una región, por lo que a la cerámica se refiere, proceden al examen de la superficie del suelo, mediante los cateos de barra: un pequeño agujero, de veinte centímetros en cuadro y a profundidad variable de hondo, les indica la capa del suelo agrícola de la superficie; algo más adentro, el terreno arcilloso se encuentra sin ninguna mezcla y en un estado propiamente geológico. Pues bien, después del terreno laborable, se encuentra una estratificación de tierra mezclada con ceniza y partículas de carbón vegetal, a la que los campesinos llaman **riega** y esta **riega** se extiende a igual profundidad, en toda la extensión del terreno, donde se hallan localizadas las tumbas; por ésto, a la **riega** la conocen también con el nombre de **mancha**, cuando tratan de indicar la extensión del estrato sobre el terreno y dicen que siguen la **mancha**, cuando van persiguiendo la localización de las tumbas dentro del estrato.

Es indudable que la estratificación de la tierra, mezclada con ceniza y carbón, está acusando la superficie del suelo habitado por los aborígenes, y, si como es absolutamente cierto, la **riega** indica la localización de las tumbas, es precisamente porque se trata de un caserío o pueblo que ocupó aquella superficie, no porque allí se hubiera construído un panteón; pues, si se tratara solamente de hogueras rituales que se hubieran encendido al tiempo de la inhumación de los cadáveres, la ceniza se hallaría solamente sobre las bocas de las tumbas, a modo de montones, pero no extendida en toda la superficie del suelo, perfectamente mezclada en el estrato de que vengo hablando.

La estratificación inferior del suelo y la tierra de las tumbas demuestran, además, fragmentos de toba volcánica o **cangahua**: ésto, ante todo, determina la superficie del suelo correspondiente al tiempo de la sepultura y

en esta misma tierra se encuentra también, fragmentariamente, roca caliza (caliche) y muestras de las capas del subsuelo, según la profundidad a que ha sido cavada la tumba; de manera que, conocida la estructura de las capas del suelo, en una región determinada, es posible fijar de antemano la profundidad de la sepultura, una vez encontrados estos indicios.

Queda, pues, establecido que los fragmentos de cerámica en la superficie del suelo, con el signo de las tumbas aborígenes y que el estrato que sobre ellas se ha formado demuestra la superficie habitada por los que allí se hallan sepultados.

Si el Dr. Uhle aún no se convence de que hubo pueblos en los lugares donde se ha encontrado oro en las tumbas de Puchué y El Angel, le presentaré otras pruebas, tan convincentes como las anteriores, y que no dejan la menor duda al respecto.

No siempre es fácil constatar las tumbas mediante un pequeño orificio hecho en la superficie del suelo, a pocos centímetros de profundidad; en los terrenos situados al pié de las alturas fácilmente acontece que los aluviones han formado una gruesa capa de terreno sobre la superficie de las tumbas, de manera que los cateos a treinta, sesenta o más centímetros de profundidad no acusan tierra mezclada con las capas del subsuelo, sino cuando se ha alcanzado a perforar toda la capa del terreno de aluvión; a estas sepulturas llaman los huaqueiros hoyos escondidos.

Hay también otra clase de tumbas cavadas en un terreno que ya ha sido removido anteriormente, y entonces no es fácil constatar la segunda renovación del suelo para hallar las tumbas que se busca, en cuyo caso sólo la proximidad de otras tumbas y mucho conocimiento de las tierras mezcladas puede hacer provechosa la excavación.

He aquí, pues, otra clase de tumbas escondidas que prueban elocuentemente que sobre las superficies respectivas hubo habitaciones y pueblos, ya que sólo para este fin se concibe que el suelo hubiera sido aplanado, encontrándose trastornadas las capas geológicas del lugar

que se examinó, de manera que, en partes se halla superficiales las capas inferiores del subsuelo, y en otras, el terreno de la superficie natural, bajo de una gruesa capa de tierra que se ha echado encima, para formar una altura que llega a ser de varios metros. He aquí por qué el Dr. Uhle tuvo mucha razón cuando dijo: *"Como sólo para fines de un cementerio nunca se habría hecho tal trabajo hay que suponer que los arreglos del terreno se hicieron para mejorar la base para un pueblo de los vivos, en cuyo lugar se inhumaron también sus difuntos"*. (1)

Tal es lo que debe haber sucedido en Pachués, lo mismo que ha pasado en El Angel, en una colina que domina toda aquella meseta, en donde ha existido la población más densa de aquella región, la que después daré a conocer con el nombre de Otto von Buchwald.

El doctor Uhle, con sus sondeos de baqueta, no haría nada en un terreno desconocido, como no hizo en Pachués, en donde para estudiar algunas tumbas del conjunto en que se encontró oro, se vió en el caso de hacer descubrir las mismas que ya habían sido excavadas por Elías y Aparicio Mier, y ahora, que nos diga el Mayor Izquierdo: "donde acaba el pensamiento y la palabra del huaquero es límite donde principia la Ciencia". (V. la correspondencia dirigida a "El Comercio", con fecha 27 de Marzo de 1926).

"Idénticamente yerra diciendo que las ruinas forman los restos de un conjunto de diferentes civilizaciones".

Nunca he pretendido afirmar que las ruinas de Cuasmal sean un conjunto de diferentes civilizaciones; lo que hay es

(1) Informe, pág. 42. Tomado de Grijalva, El Comercio, Nos. 22 y 23 de Marzo de 1926.

que, cuando comunicaba mis impresiones del viaje a Cuasmal, a Alejo Constante, Corresponsal de "El Día", en Tulcán; quise disimular mi opinión, contraria a la del Dr. Uhle, por no manifestarme francamente en desacuerdo: "entiendo que las ruinas de Cuasmal pueden ser un conjunto heterogéneo de varias civilizaciones"; mas, en ese mismo reportaje, consta mi modo de pensar y mi interpretación, ya que allí afirmo que la generalidad de las ruinas que ahora forman el grupo de Cuasmal fue un caserío o pueblo de los pastos en el siglo XVI.

Mucha diferencia va de varias a diferentes, como que lo primero implica diferencias entre términos de una misma especie y lo segundo, diferencias de especies entre sí; y luego me inquietaba, entonces, la superposición de las ruinas que había encontrado en el potrero de "Las Huacas", de Piöter. ¿Conque, hay superposiciones en las ruinas de los bohíos? Luégo aquellos grupos no son tan homogéneos que digamos y aquellas superposiciones hay que interpretarlas cuidadosamente. Y, aunque no las hubiera en Cuasmal, lo cierto es que no está fuera de lo posible que junto a las ruinas de un bohío se hubieran construido otros, en un mismo tiempo o en tiempos diferentes; para descartar esta posibilidad, es necesario estudiar todo el conjunto de bohíos, y, mientras esto no suceda, como no sucedió en Cuasmal, no hay derecho para aplicar las mismas conclusiones de los bohíos estudiados a aquellos que quedan sin estudiar.

Por ésto admití la posibilidad del carácter heterogéneo del conjunto en cuestión, que ya había sido apuntado por el Sr. Jacinto Jijón y Caamaño, en carta que hice publicar en "El Guante", de Guayaquil, en fecha 26 de Marzo de 1926. En esa carta se muestra el Sr. Jijón muy reservado y prudente ante las noticias que yo le suministrara acerca de las entidades sociales que pudieron haber existido, según se puede entrever de las agrupaciones que forman los bohíos. Dicha carta dice así:

"Quito, a 28 de Abril de 1921, — Sr. Dn. Carlos E. Grijalva.—Tulcán.—Muy apreciado Sr. y amigo:—Su artículo para el Boletín está ya impreso.—No dudé fueran reales los hallazgos de círculos de que Ud. me habla en

cartas anteriores; tenía sólo cierto recelo para suponer fueran restos de casas; las dimensiones de los círculos dibujados por el Sr. Pankeri eran demasiado grandes, para casas de tipo andino y sólo podían compararse con las de los indígenas del Norte del Brasil y de la frontera de esta Nación con Colombia, tipo de habitación que, si se encuentra entre los arawakos parece más propia de los tukanos; mas, en vista de los nuevos datos contenidos en su carta de Abril 23, no dudo ya un punto de que Ud. ha descubierto casas de un tipo amazónico en el Carchi.

Muy interesante es también su descripción de los hogares de las casas examinadas por Ud.; son hogares de un tipo muy diferente a los de la mayor parte del callejón interandino, y que nuevamente me obligan a recordar los pueblos trasandinos. Los restos descubiertos por Ud. en Ingatola son distintos, por lo que veo en su descripción, de los de las clásicas sepulturas de El Angel, de hermosos vasos polícromos, reproducidos por González Suárez; representan, pues, otra época, probablemente posterior, ya que me inclino a tener la cerámica polícroma de El Angel por contemporánea a la de Tuncahuán. (1)

Si las casas del Carchi son, como ahora parece seguro, habitaciones del tipo de los tukanos, claro está que una misma casa debió ser ocupada largo tiempo; que unas pocas constituirían una población, siendo así probable que cada uno de los grupos descubiertos por Ud. no equivalgan a un solo pueblo, sino a una sucesión de pueblos, que, en un mismo terreno, se sucedieron en el tiempo; ésta es una hipótesis que no debe Ud. perder de vista, en sus estudios; una hipótesis de trabajo que le obliga a Ud. a proceder con más prolijidad en sus estudios y que puede ser fecunda en resultados.... De Ud., amigo y S.—(f.) J. Jijón y Caamaño".

(1) La cerámica polícroma de El Angel representada por González Suárez en su álbum 1910, corresponde a dos o más épocas y estilos: la de Tuncahuán, la del oro y otra del Cuzco, de la época de los incas, si acaso los dos últimos estilos no existieron en la misma época, como trataré de dilucidarlo posteriormente.

Ciertamente, en el Carchi, no se trata tan sólo de case-
rones, en donde una sola casa haya podido constituir la vi-
vienda de toda una tribu, sino de uno o dos bohíos muy gran-
des, formando grupo con muchos bohíos pequeños y medianos;
pero, no es menos cierto también que sí puede darse el caso
de que uno o más bohíos se hayan construído junto a las
ruinas de otros anteriores, como ya se ha dicho.

*“Porque la civilización de los bohíos es una
sola”*

¡Hola! ¿Conque, la civilización de los bohíos es una
sola?... Luego, no hay tales tres ni tales cinco hermosos
tipos de civilizaciones en el Carchi, porque la cerámica de las
clásicas sepulturas de El Angel, la de Puchués, la de Cuasmal,
pertenecen a la civilización de los bohíos. Luego el grupo de
los bohíos en Cuasmal, que caracteriza, según Uhle, la más an-
tigua de las civilizaciones del Carchi, es la que se ha perpe-
tuado en el país hasta nuestro tiempo, porque hasta ahora
existen los bohíos en Pingulmí, (Cantón Cayambe) y, aislada-
mente, en la Parroquia de la Concepción, en el Carchi. Luego,
las personas que habitaron en los bohíos de Cuasmal y todas
las demás que Pedro Cieza encontró en la Provincia de los
Pastos en el siglo XVI, son las que se conoce con el nombre
de pastos. Luego, estoy en lo justo al afirmar que los bohíos
de Cuasmal pertenecieron a los antiguos pastos.

Triunfo barato, en verdad, por el sistema que tiene el Dr.
Uhle de contradecir; pero que no lo acepto, porque lo que
prueba mucho no prueba nada, y, así, estoy persuadido de que
una multitud de ramificaciones de la raza americana vivió
en casas redondas.

Estudiando la proposición “la civilización de los bohíos
es una sola”, se ve que es del todo co-
rrelativa de esta otra: *los bohíos perte-
necen a una sola civilización.* y aquí
viene lo dicho en la Pág. 47 del Informe

al Ministerio de Instrucción Pública, en el que afirma que los bohíos de *tipo redondo* tienen dos *características*, una de las cuales es tener techo cónico independiente de la base, y la otra, usar de tierra para la construcción de la base. Entiéndale quien pueda, si hay alguien que pueda entenderle; lo cierto es que la *primera característica* puede constituir un subtipo, de esta manera: *habitaciones con techo cónico independiente de la base* y *habitaciones con techo cónico dependiente de la base*. La segunda *característica* viene también a constituir un subtipo o género inferior, para la clasificación de otras especies, entre las cuales tienen que enumerarse los *bohíos en que se ha empleado tierra para la construcción de la base, bohíos en que se ha empleado piedra para la construcción de la base, bohíos en que se ha empleado madera para la construcción de la base* ... La mar... ¿Y te fijas, lector, que el Dr. Uhle nos habla de *características* y no quiere emplear la palabra *tipo*? Es que el tipo de los bohíos no es más que uno, no sólo en el género de las habitaciones redondas, sino también en el género de las habitaciones cuadrangulares; (1) de tal manera, que tanto da hablar de los bohíos de Cuasmal, como del palacio de la Alhambra o de la Casa Blanca del Presidente de los Estados Unidos; sus diferencias no pertenecen sino a *características* de un mismo *tipo*. ¿Me has entendido?

Todo esto le sucede al Dr. Uhle por amigo de hacer rectificaciones de Prehistoria, *por telégrafo*, y bueno fuera que sólo ahí quedaran las cosas y que no hubiera pasado a mayores, cuando, cavilando y cavilando, pretende que sí existen en ciertos lugares bohíos DE CIRCUNFERENCIA CUADRANGULAR. (V. Informe, Pág. 17). ¡Qué tal género el del Dr. Uhle!

En seguida, pasa a referirnos que se conoce esta clase de construcciones redondas en el Africa, en el Sur de Asia e islas del Océano Pacífico; que asimismo existen al Suroeste de

(1) "Queda dentro del mismo período del desarrollo de las civilizaciones andinas el hecho de la mezcla de tipos APARENTEMENTE POCO HOMOGÉNEOS uno con otro". V. Informe, Pág. 50.

Norte América, todas las cuales se conocen con el nombre de "Kegeldachhütte" (primera característica de los bohíos). Nos cuenta también que existen bohíos de pared firme en Sudamérica e inquiera su dispersión en este Continente; mas, tan a saltos, tan inconexamente, que la única deducción que ha podido entresacar es la de que el uso de las casas redondas vino por el Occidente Norteamericano. (Cómo así no vendrá ésto de los mayas!)

Luego después trae, por los cabellos, al Padre W. Schmidt, de Viena, en auxilio de sus disquisiciones, y especialmente para hacernos saber que, no obstante los diferentes grados de cultura que ha atravesado el hombre hasta el momento de emigrar a la América, las ruinas de construcciones redondas se encuentran junto a las ruinas de las construcciones cuadrangulares, *aparentemente poco homogéneas*; nos hace saber que, según el Padre Schmidt, la cultura primitiva puede resumirse en tres círculos: el totemístico, el exogámico matriarcal y el matriarcal libre; nos cuenta, entre reservas y vacilaciones, algunas teorías al respecto y, por fin, trata de hacer aplicaciones a las casas redondas de algunos países centro y suramericanos, para concluir con los del Ecuador y especialmente en Cuasmal; empero, los mayas han de seguir monopolizando todo, hasta los círculos de la cultura primitiva, por más progresistas y adelantados como nos los presenta en Centroamérica, de donde vienen al Carchi a edificar casas redondas y cuadrangulares. Luego los mayas vinieron del Asia, pero no se sabe cómo penetraron a Yucatán.

Lo dicho por el P. Schmidt puede ser muy erudito e instructivo; pero es tan distante, tan vago e incompleto lo que corresponde al Dr. Uhle, que no da tela para la interpretación del grupo de bohíos de Cuasmal, que es lo encomendado por el Ministerio de Instrucción Pública.

En resumen, y volviendo a la tesis de que me ocupo, habremos de convenir en que la civilización de los bohíos no es una sola, sino que, aún antes de que el hombre viniera a la América, ya había pasado por tres fases de cultura primitiva, y construido casas redondas y cuadrangulares; que en la América ha tenido tantos entronques y

contactos que se ha dividido incalculablemente su descendencia, según las influencias del medio en que ha habitado, así sea ese influjo de orden puramente físico, climatérico y etnográfico; porque es de saberse que, no sólo una vez, sino muchas, el hombre ha abandonado el Continente asiático, en la antigüedad, para venir a América y sólo así se explica los vestigios del idioma chino, japonés, hebreo, etc., etc., que constituyen las raíces de los idiomas americanos.

En el Carchi he encontrado las cuatro clases de habitaciones de que dí cuenta en mi trabajo publicado en "El Comercio", en 1926, y que el Dr. Uhle ha reproducido, resumiéndolo en la Pág. 24 de su Informe. Tales diferencias, clasificadas en relación a las tumbas, sí, que implican diferentes costumbres y, por lo mismo, diferentes civilizaciones de quienes habitaron en los bohíos. Por lo que se refiere al material de los bohíos del cuarto grupo, éstos pueden clasificarse así:

1.—Bohíos de *bahareque*, como los de la época de la Conquista española.

2.—Bohíos de pared de adobe o de ladrillo crudo, como las ruinas del que actualmente se encuentra en el antiguo pueblo de Chapí, al pié de Guanupamba, en la antigua Parroquia de Pimampiro.

3.—Bohíos con muros de piedra, como el que Cieza de León encontró en la mitad de la plaza de Caranqui, en el siglo XVI, y como las ruinas que actualmente se encuentran en Quilque, Parroquia de Pimampiro.

4.—Bohíos de tapia, como los que describen Ponce de León y el Anónimo de Quito.

5.—Bohíos de *chambas*, como los que actualmente existen en Pingulmí.

6.—Bohíos de tierra amontonada, como el de Tulcanquer, los del Caico y algunos otros.

No pretendo afirmar que los bohíos, clasificados según el material de construcción, impliquen diferencias de civilizaciones; al contrario, presumo que pertenecen a una misma civilización, pero es necesario dejar cons-

tancia de sus variedades para relacionarlos con los que se siguieron construyendo en la época colonial y compararlos con otros que acaso coexistieron en la Provincia de los Pastos, además de los que pudo haber anteriormente.

La civilización de los bohíos no es una sola: afirmar lo contrario, para luego después referirnos que se conoce esta clase de construcciones en el Africa, en el Sur de Asia, en las islas del Océano Pacífico, en el Suroeste de Norte América y en la generalidad de los lugares del Continente suramericano, es afirmar que en todo tiempo y lugar, casi toda la Humanidad, ha constituido una sola civilización, ya que en todo tiempo y desde la más remota antigüedad se han construido casas redondas.

La tesis verdadera a este respecto es que, en el Carchi, he podido constatar cuatro clases de bohíos, clasificados por razón de sus tumbas y que los bohíos que se caracterizan por sepulturas múltiples en su interior pueden pertenecer a una sola civilización, que por largo tiempo ha ido desarrollándose en la Provincia de los Pastos y modificando sus utensilios y su cerámica, merced al influjo de otras gentes y civilizaciones. (1)

"Es completamente erróneo el sistema de sacar conclusiones por objetos comprados de los cuales no hay identificación y perfectamente pueden ser extraños al carácter de ruinas coexistentes en una región".

Lo había dicho antes: al Dr. Uhle le pesa como una montaña el hecho de haber encontrado en Cuasmal artefactos pertenecientes a la cerámica del Cuzco, y claro está que, de aceptar semejante dato, mi tesis fundamental está triunfada, y na-

(1) V. mi clasificación en el Informe de Uhle, pág. 24: "La clasificación de los bohíos".

da más se podría replicar. Ahora no me resta sino proceder judicialmente y pedir juramento a la persona que me vendió esos objetos, a la mujer que me hizo la entrega y a los individuos de Huaca que la presenciaron; a los estudiantes que me acompañaron y ayudaron en la compra y, por fin, al señor Rector del Colegio "Bolívar," que oyó las informaciones de Heredia y me vió entregar el precio.

¿Y por qué no puede sacarse conclusiones del estudio de objetos comprados, en tanto que pueda comprobarse satisfactoriamente su procedencia? Adiós museos de París, de Londres, de Nueva York, etc., etc ... Adiós, colecciones y coleccionistas de objetos comprados, sabed que no podéis sacar conclusiones de vuestros costosos objetos, porque son comprados, porque vienen de segunda mano y no pueden identificarse; por el contrario, pueden ser completamente extraños al carácter de las ruinas "*de la región que representan.*" ¿Son regalados, prestados, alquilados? — No valen nada: es necesario que el que algo escribe se vaya expresamente al Egipto, a la India, al Japón, que vuelva sus riendas a Méjico, que ayune a pan y agua en Centroamérica, que regrese a Tiahuanacu, que se vuelva por Arequipa y, en fin, que descanse en Cuasmal. ¿Y cuando los estudios se fundan en el testimonio de escritores honrados? — Tampoco, no pueden identificarse, ni aunque presenten álbums, fotograbados, fototipias y linotipias!...

Quiero dar por supuesto que Heredia, de Huaca, y su esposa, no obstante de haberme dado testigos y citado nombres de los que cavaron la sepultura, no me dijeron la verdad; fuí engañado yo; fueron engañados algunos individuos que, en Huaca, siendo personas de la misma localidad, presenciaron la entrega y testificaron la procedencia, porque ellos sabían donde trabajaba Heredia y donde vieron las tumbas cavadas; fueron engañados mis alumnos, entre los cuales había algunos muy familiarizados con la población de Huaca; fué engañado el Dr. César Burbano, Rector del Colegio; lo cierto es que nadie falsifica en Huaca objetos de cerámica y que, los viejos y rotos que yo compré, debieron ser sacados de alguna sepultura; esta sepultura debió estar próxima a Huaca, porque son campesinos de Huaca los que me los vendieron y estos campesinos son agricultores de esa comarca; ellos cavaron tal o cual sepultura, aprovechándose de momen-

LAMINA II

Ocarinas encontradas en Cuasmal; olla encontrada en Puchués. Objetos pertenecientes al museo del Colegio Bolívar de Tulcán.

(Página 62)



Nos. 1 2.—Ocarinas que, por su ornamentación, el señor Jijón y Caamaño encontró ser iguales a las que en Imbabura corresponden al último período de habitación en las *to/as*. Me fueron vendidas por Heredia, juntamente con los timbales de la lámina 1a., asegurando haber sido excavadas en los bohíos de Cuasmal.

No. 3.—Olla excavada en las sepulturas de Puchués, en el conjunto en que se encontró objetos de oro; regalada al Colegio Bolívar de Tulcán por el Comandante Julio Martínez Acosta.

tos que les permitían sus ocupaciones agrícolas y, por lo mismo, debieron encontrarlos en el lugar en donde trabajaban, y Heredia es uno de los que desmontó en Cuasmal y a todos consta que allí tuvo sus sembrados.

Supongamos que no hizo su excavación en los bohíos del conjunto estudiado por el Dr. Uhle, pero fué por allí cerea; mas, la tumba que excavó estuvo localizada dentro de un bohío y en bohíos no vivieron los incas. ¿Quién vivió en los bohíos? Persona que fué enterrada con timbales y otros artefactos del Cuzco; luego, esto tuvo que suceder en el siglo XVI y el muerto, aunque no fué peruano, tuvo objetos de procedencia del Cuzco. A los indígenas que vivieron en la Provincia de los Pastos a principios del siglo XVI se les llama pastos, pastuso tuvo que ser el dueño de los timbales.

¿Por qué habla el Dr. Uhle de objetos "extraños y co-existentes en una misma región", en el acápite que vengo comentando?—Para sugerir la posibilidad de que los timbales, aunque hubieran sido hallados cerca de Cuasmal, debieron pertenecer a tumbas incásicas, localizadas cerca de los bohíos; pero, ya lo he dicho: estos artefactos fueron sacados de una tumba cavada dentro de un bohío.

"Porque los bohíos redondos de tierra eran testigos únicamente de la primera civilización de origen centroamericano que inmlgró por la costa en todo el sistema del Chota"

El Dr. Max Uhle sería capaz de contradecir y hacer que prevalezcan sus opiniones, aún en contra del testimonio de los mismos habitantes de Cuasmal, si éstos resucitaran; algo parecido sucedió en Caranqui, cuando lo visitó, de paso al Norte. Fue, pues, el Dr. Uhle, de Ibarra a Caranqui, a estudiar algunas ruinas de carácter incásico que han que-

dado por allí, atrás de la iglesia parroquial: observa el viajero aquellas ruinas y va explicando a los circunstantes sus apreciaciones; al llegar a cierto muro que el Dr. Uhle dijo ser incásico, saltó el dueño del terreno y dijo: no, señor, este muro no es sino una continuación de este otro que yo construí.... El Dr. Uhle se yergue, se enoja, se encoleriza y rechaza la versión de aquel hombre, porque asegura haber visto en el Cuzco una tapia, como las que se hacen en Caranqui, y cada cual se queda con la suya. ¿Cuál es la tuya, lector?

Ahora se dispara contra los cronistas castellanos, no para rectificar sus conceptos y apreciaciones, sino para contradecir lo que ellos vieron con sus ojos, y así asegura que los bohíos redondos de tierra son testigos únicamente de la primera civilización de origen centroamericano, pese al Anónimo de Quito, citado por el mismo Dr. Uhle, en la página 47 de su Informe: «Refiere, de la región entre Pasto y Tiquizambe, la «Descripción de la Ciudad de Quito» que las paredes de los bohíos grandes son de tapia y los otros de bahareque». ¿Conque había bohíos de tapia en el siglo XVI? Ya lo veo montar en cólera al Dr. Uhle y replicarme: Mi decir que bohíos redondos de tierra son únicamente de primera civilización Cuasnal y que es una otra cosa bohíos grandes de tapia di Cronistas; empero, no podrá negar las siguientes palabras de Cieza: «Y cierto, sin los muchos naturales que hay, antiguamente debió ser muy más poblada porque es cosa admirable de ver, que, con tener grandes términos de muchas vegas y riberas de ríos, y sierras y altas montañas, *no se andará por parte (aunque más fragosa y dificultosa sea) que no se vea y parezca haber sido poblada* y labrada del tiempo que digo». (1) Huellas semejantes a las de Cuasnal son las que vio Cieza en el siglo XVI, las que existen hasta ahora, tal como cuenta Cieza.

Ciertamente el Dr. Uhle ya hizo distinción entre las paredes de tapia o adobón tacado y las que en Ibarra y Otavalo se conoce con el nombre de «paredes de mano». Son estas

(1) La Crónica del Perú, 1913, pág. 385.

paredes de mano unas tortas de barro amasado que va colocándose en el lugar que se trata de cerrar o de hacer un edificio; sucesivamente, a medida que se seca y toma consistencia la capa inferior, se coloca otra encima, que se va modelando con la mano; los bordes de estas paredes son más o menos verticales, pero se deja un poco más gruesa la base, consultando la altura que se quiere dar al muro; solamente en su término o remate se cumple lo dicho por el Dr. Uhle, en la Pág. 20 del Informe y que lo demuestra en la representación gráfica de la figura 4ª.

En Ibarra y Otavalo se construye esta clase de paredes con ciertas limitaciones infranqueables, en relación al fin a que se las destina; la pared de adobón tacado es más firme y sólida, y se la emplea en construcciones de buenos edificios y más duraderas cerraduras; las paredes de mano se usa en la construcción de cabañas pobres y cerraduras de menor cuenta; mas, una pared de mano no puede pasar de sesenta centímetros de espesor en la base, por treinta o cuarenta centímetros de espesor en su altura, ya que, si se necesitara mayor espesor del muro habría de recurrirse a las paredes de adobón tacado, que se las trabaja con un grueso de ochenta a ciento diez centímetros. Paredes de mano de ochenta centímetros, ya no cabe en la esfera de lo posible, ya que para eso están las de adobón, que, en estas dimensiones, se las hace de un modo más duradero, fácil y en menor tiempo, mediante una tapialera; amasar barro para muros del espesor de los que el Dr. Max Uhle encontró en Cuasmal, es absurdo. El Dr. Uhle, en la Pág. 23 del Informe, dice: «La valla del bohío grande tiene, en sus diferentes partes, una altura de 1,40 a 1,60 m., vista del lado exterior Sur, una de 2,50; correspondiendo a estas alturas una anchura general de 7». ¿Siete que? ¿Metro o centímetros? Centímetros, absurdo, para un bohío de tales dimensiones; luego, deben ser metros, es decir, bohíos con muros de siete metros de espesor. ¿Qué clase de paredes se adoptó para estos muros? ¿Serían paredes de tapia?—Absurdo. ¿Serían las paredes de mano de que habla el Dr. Uhle?—Más absurdo todavía. No cabe, pues, imaginar sino paredes bajas, de tierra amontonada, como he supuesto en mis publicaciones anteriores, y téngase muy en cuenta la observación del Teniente Samuel Jarrín, que se hace constar más adelante. (3)

¿Conque, los bohíos redondos de tierra eran testigos únicamente de la primera civilización?—No, Sr. Dr. Uhle; si Ud. no quiere estudiar a los cronistas del siglo XVI, si Ud. sólo encuentra errores en mis escritos, y si desea hacer estudios comparados, sin saltos ni brincos, de lugar y de tiempo, estudie por lo menos su mismo Informe, méditelo bien y comprenda el principio de verdad que encierran estas breves líneas: «3.—El potrero de San Antonio (De Puchuás)—La parte central del potrero está ocupada por un vasto cementerio antiguo... El plano del cementerio esta inclinado de Norte a Sur. Dos gradas forman la división del terreno, estando su fin superior de esta manera por unos 20 m. más alto, que su parte más baja Sur. Estas gradas hacen la impresión de artificiales. COMO SOLO PARA FINES DE UN CEMENTERIO NUNCA SE HABRIA HECHO TAL TRABAJO, HAY QUE SUPONER QUE LOS ARREGLOS DEL TERRENO SE HICIERON PARA MEJORAR LA BASE DE UN PUEB O DE LOS VIVOS, EN CUYO LUGAR SE INHUMARON TAMBIEN SUS DIFUNTOS (1)... Muy probable es por eso, que en aquel lugar se había encontrado COMO CENTRO DEL PUEBLO ORIGINAL, UN TEMPLO O LA CASA DEL CACIQUE» (2)...

Tenemos, pues, entonces, que los bohíos redondos de tierra eran también testigos de la quinta civilización, ahora veamos si lo fueron de la tercera y, para probarlo, no hay sino que recurrir al testimonio del Dr. César Burbano, quien en varias ocasiones ha excavado bohíos en un lugar cercano a Tulcán, denominado «La Palizada»; en esos bohíos, que se hallan junto a otras habitaciones de forma cuadrangular, ha encontrado, a porrillo, platos «pintados, pero con un carácter menos figurativo, siendo, además, sus dibujos más lineales y la pintura, siempre roja en fondo, claro, blanco o amarillento». Esos objetos se encuentran en el Colegio Bolívar, de Tulcán; ¿no fuera bueno preguntarle al Dr. Burbano?... ¡He aquí testigos de la tercera civilización del Carchi, sepultados en los bohíos de tierra firme, como la primera!...

Desgraciadamente, son tan frecuentes los errores y contradicciones en un estudio tan festinado como el de que me

(1) Tomado de Grijalva, «El Comercio», Mos. 22 y 23 de Marzo de 1926.

(2) Max Uhle, Informe, Pág. 42.

ocupo, que cada acápite transcrito da margen para nuevas rectificaciones, que tampoco caben en el marco de la refutación que me he propuesto; baste anotar, por ahora, otra garrafal incoherencia al suponer que se ha ido formando, en torno de la casa del cacique, un pueblo original (seguramente quiere decir originario) o sea del grupo y hermosa civilización N.º 1; lo cual implica que el pueblo que así empezó a formarse, se ha ido complementando y modificando con las gentes de las demás civilizaciones, hasta quedar en aquella de figuras y pintura negativa, cuyos objetos examinó el doctor Uhle, por habérselos obsequiado el dueño de Puchués. Y ahora pregunto: ¿En cuál de las civilizaciones queda clasificada la cerámica de las tumbas en que se encontró el oro? Habría que ir a aprender de los caciques del potrero de San Antonio la Ciencia de la Política y del Gobierno, porque mucha sabiduría se necesita para conservar una dinastía reinante desde el tiempo de la civilización N.º 1 hasta el tiempo de la civilización N.º 4 o 5, ya que la civilización N.º 1 es premayoide y la civilización N.º 2 es mayoide pretiahuanacota y, a su vez, la civilización de Tiahuanaco, por su antigüedad, le daba vértigos a Cieza de León en 1540, más o menos.

Pero, aunque no quiera, algo tengo que decir para que sepa el lector que «el vasto cementerio antiguo» del potrero de San Antonio no es un solo cementerio, sino que han sido dos conjuntos, perfectamente separados el uno del otro, y que en el uno, situado más al Norte, hizo excavaciones y encontró oro Elías Mier; en el otro, situado más al Sur, hizo excavaciones y encontró oro Aparicio Mier, hermano del primero. Tampoco he visto dos gradas sino una sola que, a manera de terraplén, ha quedado en el estado actual, en virtud de las aradas y cultivos o, como sospecha el Dr. Uhle, se formó esa superficie para constituir la base de una población o caserío.

¿Y las construcciones de piedra que halló Cieza en Catari y las que existen en la actualidad en Guilques? Y las que...

(1) Boletín N.º 10, Pág. 114.

(2) Cita de HJH y Casmayo, y HJH y Casmayo.

(1) Relaciones Geográficas de Indias, tomo III, Pág. 24.

“Ninguna de las civilizaciones posteriores en la región, aun la próxima, también de origen centroamericano, usaban construcciones firmes de tierra, como aquella primera.--(f.) Max Uhle”.

¡Por fin, vamos a terminar con el famoso telegrama dirigido a «El Día», el 11 de Marzo de 1926!

Que hubo bohíos contruidos con tierra firme después de la civilización de Cuasmal, lo dice la cita del Dr. Uhle en la Pág. 47 de su Informe, transcribiendo lo dicho en la Descripción de la ciudad de Quitn (1). No obstante, en la misma página advierte que en Suramérica se encuentran distribuidas construcciones redondas de pared firme, «pero no de tierra, como en la Provincia del Carehi». ¿En qué quedamos, Sr. Dr. Uhle, los bohíos de Cuasmal son paredes de mano, como piensa Ud., son de tapia, como cuentan los escritores antiguos, o son de tierra amontonada, como afirmé yo en mi publicación hecha en «El Comercio», en Marzo de 1926? ¿No la impugnó Ud., no dijo que la tierra de los bohíos se encuentra siempre uniforme?

«Ninguna de las civilizaciones posteriores en la región, aun la próxima, usaban construcciones firmes como aquella primera». ¡Vaya unas construcciones más firmes de tierra, que no son paredes de mano, ni de adobe, ni de adobón tacado. Son unas construcciones de tierra más firmes que otras construcciones de tierra!

«¿Por qué, dónde, cuándo, como?

—Porque, donde, cuando, cómo sirven mal, me desespero».

¿Y las construcciones de piedra que halló Cieza en Caranqui y las que existen en la actualidad en Quilque? ¿Y las pa-

(1) Relaciones Geográficas de Indias tomo III, Pág. 94.

redes de adobe, de 5 a 6 varas de ancho, de que nos hablan Jorge y Antonio de Ulloa, refiriéndose al edificio de Cayambe? (1) ¿Y el descubierto por Caldas a orillas de la laguna de San Pablo? (2) ¿Y el ábside exagonal de la iglesia de Caranqui?—Pues, ninguna de esas construcciones han sido tan firmes como las paredes de los bohíos de Cuasmal, ni los bohíos de «La Palizada» excavados por el Dr. Burbano.

Pero vaya una particularidad de esta región: en Cuasmal las condiciones del suelo son idénticas a las de Huaca, en cuyas cercanías se encuentra, y en Huaca no se puede hacer adobes ni paredes de mano y las tapias de adobón se ha ensayado hacer con mucha dificultad, habiendo llegado a inutilizarse muchas de ellas, sin que hubieran servido para el fin que se las construyó. Es el caso que tanto en Huaca, como en Cuasmal, la superficie del suelo está formada por una especie de *humus* y tierra enteramente deleznable, que no contiene arcilla. La arcilla y la arena mezcladas forman un todo compacto y adecuado, para hacer paredes de toda clase. En Cuasmal, como en Huaca, el subsuelo es de arena, pero arcilla, quíá, que la transporten de El Angel o de Bolívar cuando haya carreteras y puedan rodar camiones. ¿Los aborígenes de Cuasmal, la transportarían?—«Una observación de esta clase no se hizo sobre el material-tierra siempre uniforme». (V. Informe, Pág. 19).

(1) Jorge Juan de Ulloa, 1748, volumen 2, Pág. 625. Cita de Jijón y Caamaño, Boletín No. 10, Pág. 114.

(2) Cita de Jijón y Caamaño, Boletín No. 10, Pág. 114.

redes de abonos de 2 a 3 veces de ancho de que las daban
 Jorge y Antonio de Ulloa, retirándose al edificio de la
 del (4) Y el de abonos por Caldas a orillas de la laguna de
 San Pablo (5); Y el de abonos de la laguna de Garza
 quí—Pues ninguna de esas construcciones han sido las
 mes como las paredes de los pozos de Guasimal, ni los pozos
 de «La Palizada» excavados por el Dr. Burbano.

irip suagata ocurre la vez anterior a comer, ni por
 Pero vea una particularidad de esta región: en Guasimal
 las condiciones del suelo son idénticas a las de Huaca, en en-
 las cercanías se encuentran y en Huaca no se puede hacer do-
 por ni paredes de muros y las tapas de abonos se ha ensayado
 hacer con mucha dificultad, habiendo llegado a inutilizarse las
 olas de ellas sin que pudieran servir para el fin que en las
 construyó. Es el caso que tanto en Huaca como en Guasimal
 la superficie del suelo está formada por un tipo de terreno
 y tierra enteramente distintos que no contiene arena. La arena
 cilla y la arena mezclada forman un tipo de terreno y abono
 cuando para hacer paredes de toda clase. En Guasimal, como en
 Huaca, el abono es de arena pero arenilla, que en las lagunas
 porción de El Anillo y de Guasimal, para construir
 pueden ser comunes. Las abocaduras de Guasimal, la laguna
 portan?—Una observación de esta clase no es ni siquiera
 el material tierra siempre uniforme. (V. Lámina Pág. 19).

adquirir la en la región,
 algunas como en las
 que están en las
 construcciones de tierra
 no son para ser
 construcciones de tierra

«Por qué, cuando están, ¿qué por?
 —Porque, donde están, ¿qué por?
 sirven en, ¿qué por?»

- Y en las construcciones de tierra
 (1) Jorge Juan de Ulloa, 1748, volumen 2, Pág. 232. Cita de Jijón
 y Gamazo, Boletín No. 10, Pág. 114.
 (2) Cita de Jijón y Gamazo, Boletín No. 10, Pág. 114.
 (3) Pág. 113, en el libro de...

CAPITULO III

EL INFORME

Párrafo I

El método arqueológico del Dr. Uhle

Ya tuve ocasión de decir anteriormente con cuanta injusticia el Dr. Uhle atribuyó al Mayor Izquierdo el primer aviso acerca de la existencia de las ruinas de los bohíos, no obstante de citar la Pág. 12 de la Etnografía Antigua del Ecuador, de Verneau y Rivet, quienes merecen todo honor a este respecto. Lo dicho por Cieza en el siglo XVI, así como por los cronistas castellanos de ese tiempo, ya merecía identificación, y luego a nadie se le hubiera ocurrido ir a buscar en el Carchi lo que vio Cieza en el segundo cuarto del siglo XVI.

Ahora, pues, si las noticias de Cieza de León, las de Verneau y Rivet, las de Grijalva, solamente pueden considerarse como introducción a un verdadero estudio de aquellas ruinas, lo dirá la posteridad y no vale la pena de que el Dr. Uhle se lo atribuya; esto no puede decirlo a veces ni el Presente, porque, en tratándose de asuntos desconocidos, el público sólo juzga por referencias o por las circunstancias que rodean al escritor. En mi concepto, el señor Dr. Uhle ha festinado el estudio de los bohíos del Carchi, creando dificultades y embrollando la investigación serena, paulatina y metódica de la materia que nos ocupa.

Es claro que un asunto absolutamente desconocido ofrece una serie de cuestiones difíciles de resolver, para quien aborda la solución de un problema de improviso y sin conocer la historia actual ni la pasada del lugar en donde se presenta; con razón puede afirmar el Dr. Uhle que la interpretación de los bohíos le ha sido uno de los problemas más complicados de la prehistoria ecuatoriana. (V. el Informe, Pág. 3).

A medida que la evolución del hombre avanza en América se multiplican los despojos que deja en las ruinas de sus construcciones, se aumenta el material arqueológico; pero, su interpretación se complica, porque aumenta el intercambio comercial, aumentan sus conquistas y se trasplantan gentes y costumbres; por esto, para su investigación, se requiere un método y un escepticismo rigurosísimos, y, hablando en buena lógica, jamás se puede investigar partiendo de las épocas más remotas a las menos remotas, o sea de lo desconocido a lo conocido: éste es el gran defecto del Dr. Uhle, quien viene a interpretar las ruinas de Cuasmal con las clasificaciones del Padre W. Schmidt, de Viena, propuestas para la reconstrucción de las viviendas americanas, desde su más remota antigüedad. Le agradezco, porque esto también convenía saberlo, pero digo que está muy distante para la interpretación de las ruinas del Carchi actualmente conocidas.

¿Que este estudio merece un análisis previo? (V. Informe, Pág. 3).— Al contrario, dispersos, escondidos, distantes se encuentran los fenómenos análogos que se necesita recoger, agrupar y comparar para establecer una hipótesis, en materia de Arqueología; lo desemejante más bien se necesita desechar y no analizar, en tratando de establecer hipótesis, presunciones, conjeturas que más tarde han de confirmarse o deben también ser desechadas.

¿Y qué hace el Dr. Uhle con su análisis previo de detalles que él cree conexionados con las ruinas de Cuasmal? El proceso de investigación arqueológica, en el momento de que se ocupa, no es de análisis, sino de síntesis, porque el primer momento de una investigación es el de recoger los fenómenos semejantes, por medio de comparaciones; de los fenómenos agrupados por la comparación, desechados los desemejantes, se llega a la inducción incompleta y nace

una conjetura, que poco después es una hipótesis, después teoría y más tarde, una doctrina, por último una verdad, de la cual se saca deducciones y estas deducciones constituyen la verdad científica.

¿Qué hace el Dr. Uhle en Cuasmal, comenzando con los análisis previos de detalles conexionados? Cuando se ha llegado a saber que los detalles son conexionados, no se necesita analizar, se los sintetiza; el análisis previo de fenómenos semejantes es absurdo, porque se descompone lo que se necesita componer. ¿Cómo sabe que son conexionados los detalles, si en vez de recoger y comparar principia por desechar? Y ahora diga el lector a quién falta método en sus investigaciones, si al Dr. Uhle o a mí? Y luego, ¿con qué derecho, refiriéndose a Verneau y Rivet, y aún al que esto escribe, nos atribuye un simple registro de ruinas en el Carchi? Cada viajero lleva algo para su gasto y, si el Dr. Uhle quiere pasar por sabio, séalo con moderación y principie por ser modesto.

«De esta manera, agrega el Dr. Uhle, el estudio detallado de las ruinas necesita primeramente un esclarecimiento completo de las condiciones étnicas anteriores de la Provincia. No hay tal; lo que primeramente se necesita es un estudio detallado y completo de la historia del lugar, cuyas ruinas se trata de interpretar. «Luego de las civilizaciones que en tiempo antiguo han pasado por su suelo».—(Siempre al contrario y desconociendo el método arqueológico), «como del orden cronológico en que estaban una con relación a otra».—Si así fuera, ya no habría nada más que averiguar, porque conocidas las gentes que en los tiempos remotos han habitado en una localidad, las que han pasado por ella y la cronología de las mismas; entonces, digo, ya no se trata de Prehistoria, sino de Historia, hecha y derecha, y, ante el conocimiento propiamente tal, la Prehistoria se aleja, hasta perder su propia naturaleza, porque ella se ocupa de los hechos desconocidos de la humanidad. ¿Qué va a investigarse donde todo se conoce?

Señor Dr. Uhle, sea Ud. más sobrio y convenga conmigo en que cuando fué a Cuasmal, y en los dos años en que Ud. preparó su Informe, no se preocupó de investigar, sino de enseñar lo que todavía no está investigado; entonces sí cabe el método que Ud. viene describiendo, en los

dos acápites de la Pág. 3ª; y ahora repita Ud. lo que dijo en su telegrama a «El Día», desde Ibarra, el 7 de Abril de 1926: «Por los datos presentados por el mencionado Profesor, cuya laboración para la historia precolombina deseo se evidencie que el método del arqueólogo le es todavía extraño».

Párrafo II

Algo acerca de los quillasingas, pastos, angos, imbas y puendos.

Francamente declaro que tengo dificultad de exponer esta materia, con esta oportunidad y en esta réplica, porque para dar a conocer estudios propios se necesita presentarlos en cuanto sea posible documentados y tal documentación no cabe en esta polémica. Sería necesario trasladar aquí toda mi obra: **Cuestiones previas al Estudio Filológico-Etnográfico de las Provincias de Imbabura y Carchi**". En este estudio me aparto de casi todo lo dicho por los escritores contemporáneos y a él me remito para cuando sea publicado; aquí sólo haré constar algunas proposiciones, talvez sin la suficiente comprobación; tolérelolo el lector benévolo.

LOS QUILLASINGAS.—En 1535, se conocía con el nombre de **Quillasinga** un territorio situado hacia el Norte de Quito, (1) el cual nos lo da a conocer Cieza de León por la designación de las gentes que en él habitaron. Efectivamente, **quillasinga** puede interpretarse por nariz de luna, pero no es aceptable la explicación que se le ha dado, porque el uso de las narigueras no es una propiedad distintiva de los quillasingas, sino una costumbre generalizada en un extenso territorio que sobrepasa los límites de la América Meridional y que, de un modo o de otro, se la encuentra talvez en todo el Conti-

(1) V. el Primer libro de Actas del Cabildo de Quito. Libro Verde, año indicado, Archivo de la Municipalidad.

nente. De otra parte, el uso de las media-lunas, de oro o de cobre, no es únicamente el de pendientes de la nariz, sino también de las orejas y quizá se las ha empleado como adornos del cuello. Entre todos los desaciertos del Dr. Uhle, en esto sí tuvo razón de sospechar, en las excavaciones de Cumbayá, el uso que se había dado a las media-lunas. ¿Por qué los indígenas de Quito llamaron quillasingas a las gentes de allende el Guáy tara?—Por lo que quiera que fuese, lo cierto es que las media-lunas son pendientes de orejas y nariz, y así se las ha encontrado en las tumbas de El Angel. Hubo un río que se llamó Quillasinga (1) y este río debió haber sido el Guáy tara, como ya he dicho, porque limitaba el territorio de esas gentes, y es natural que el río debió haber tomado el nombre de una parcialidad ribereña; mas, ¿cuál era esa parcialidad y por qué se llamó así? Esto no lo sé, pero se colige que tal nombre se hizo extensivo a todas aquellas gentes que vivieron más allá de Guáy tara. (2)

Los nombres de los pueblos enumerados por Cieza de León, entre los quillasingas propiamente dichos, son: **Mocondino**, **Bejendino** (Pejendino), **Buyzaco** (Buezaco), **Guajanzagua**, **Mocoxonduque**, **Guacanquer** (Yacuanquer), **Maca-**

(1) Libro de Actas del Cabildo de Quito, ya citado.

(2) En una de las parcialidades de Cotacachi había un cacique que se apellidaba PILLASIGCITA, en 1612; años después se encuentra este mismo apellido en Otavalo, sin la final en CITA, y yuxtapuesto con la palabra INGA, así: PILLASIG-INGA; es decir que los PILLASIGCITA se habían entroncado con gentes de apellido INGA de cuyo entronque resultaron los PILLASIG-INGAS; esto es rigurosamente histórico. De otra parte, no es improbable la existencia de un nombre protohistórico que podía ser QUILLASIGCITA o QUILLASIG-INGA, en cuyo caso habría cambiado del todo la interpretación de la palabra que nos ocupa; lo cual querría decir que en Yacuanquer o en otro lugar situado en las riberas del Guáy tara hubo un cacique de nombre Quillasinga, el que, por ser de la misma ramificación indígena de los que dominaban en Quito, fué más conocido y por él se designó, al principio, a su parcialidad y luego después, al río y a todas las gentes que habitaban allende el Guáy tara. Desaparecería aquello del apodo o mote de los quiteños a las gentes de Pasto y resultaría ser el propio nombre de un cacique. En el idioma quichua existen también las palabras QUILLA, QUILLACO y en el Imbabureño, la palabra QUILAGO, que es el apellido clásico de las indias de Caranqui.

xamata, que son los principales, según el mismo Cieza lo advierte, habiendo otros cuyo conjunto puede darnos una idea del territorio que ellos ocuparon. Por tanto, estamos en el caso de desechar la orientación que tuvo Cieza al situarlos al Oriente de Pasto, estando, como se los encuentra hasta ahora, en su contorno; desde Yacuanquer, en la vega derecha del Guáytara, hasta el Juanambú próximamente.

Que la villa de San Juan de Villaviciosa, situada en el valle de Atrís, se llamó Pasto, es evidente; mas, ¿por qué se llamó Pasto a esa villa situada en una región con nombre conocido, siendo de fundación española y su territorio habitado por aborígenes que se designan con un final en *oy*? Esto es lo que conviene averiguar, ya que en aquella región no escasean los nombres como Yacuanquer, Pasto y Pastoco, de reconocida filiación o procedencia de la provincia de los Pastos. *Pas* era el gentilicio de los pastos y *to*, en Páez, significa tierra, según el Sr. Dr. Otto von Buchwald; mas, todo esto, por lo que al idioma de los pastos se refiere, pero no al de los quillasingas y hablando de una villa situada en el valle de Atrís; no cabe, pues, pensar en el nombre de un cacique de Pasto; no obstante, tal es el hecho y Cieza de León advierte que Pasto tomó su nombre por la provincia de los Pastos, y que en esta Provincia los pueblos tienen los nombres de sus caciques, como lo tenían desde antes: «tenían y tienen por nombre Pastos». (1)

(1) En mi artículo: «Nombres y Pueblos de la Antigua Provincia de Imbabura» lancé, por primera vez, la posibilidad de que la palabra PASTO no fuese castellana; este supuesto no fué aceptado por el Sr. Dr. Otto von Buchwald, sino tan sólo considerando posible; más tarde el Sr. Pbro. Coba Robalino lo acogió con entusiasmo y últimamente el Sr. Pbro. Juan de Dios Navas ha reproducido en su «Glorioso Pasado de las Provincias de Imbabura y Carchi» un texto del inca Garcilazo de la Vega en que tal escritor asegura asimismo que la palabra Pasto no es castellana, sino quichua y le asigna el significado de «río azul».

El motivo que yo tuve para llegar a la conclusión indicada fué, no solamente el texto de Cieza: «TENIAN y TIENEN por nombre pastos», sino el hecho de que este texto, contradicho por el mismo Cieza, era el que estaba confirmado por la toponimia de la Provincia de los Pastos; a la Toponimia se debe, pues, esta rectificación y el texto reproducido por el Sr.

Conocido es el precedente de que don Lorenzo de Aldana fundó la villa de San Juan de Villaviciosa, para dejar aquella región dentro del territorio del Perú, correspondiente al Gobernador Pizarro; con todo eso, la línea divisoria de las Gobernaciones de Quito y Popayán llegó a fijarse en el río Carchi, fraccionando la Provincia de los Pastos y dejando a lo que después fue el Corregimiento de Otavalo los pueblos de Tulcán, El Pun, Huaca, Tusa, etc. Se dividió, pues, esta última Provincia, por lo que al Sur se refiere; su límite Norte es claro que debió ser el río Guáytara y tal división debía fundarse en la diferencia de ocupantes, quillasingas y pastos, que debió ser implícitamente aceptada por motivos de Administración local. Pasto era el lugar de residencia de dos caciques, Gobernadores de indígenas, el uno de los pastos y el otro de los quillasingas en 1595. (1)

En la actualidad, los apellidos indígenas de los pueblos de Santiago, San Andrés y Sebondoy son los siguientes: Tajujuanoy, Tisoy, Jansasoy, Tandioy, Quinchúa, Moyoy, Sejindioy, Mujanajinsoy, Pajajoy: Gabirfa, Chasoy, Jacanamijoy, Pujimuy, Jajoy, Cuatindioy, Mujumboy, Chindioy, Miticanoy, Jamuy, (Jamoy?), Cuagebioy, etc.

Los nombres de estos indígenas, ¿serán parecidos a los de otros pueblos que se hallan al Sur, al Occidente y al Norte de Pasto? ¿No habrán quedado huellas, relativamente abundantes, de la ocupación de los pastos en la Provincia de Pasto?

LOS PASTOS.—Ya he indicado lo que puede decirse en cuanto al nombre de estos indígenas; sus principales pueblos,

Dr. Navas constituye para mí un triunfo que me estimulará para seguir en adelante tan penosa labor. Empero, no es posible aceptar que tal palabra sea quichua; mas, el significado que se le atribuye, no es improbable, porque he oído a un viajero ilustrado de Colombia que la final en To significaba río entre ciertos aborígenes colombianos.

(1) Relación anónima de San Francisco de Quito, Relaciones Geográficas de Indias, tomo 3, Pág. 24.

según el mismo Cieza, eran los siguientes: Ascuál (Yascual), Mallama, Tucurres (Túquerres), Sapuyis (Sapuyes), lles, Gualmatal (Gualmatán), Funes, Chapal, Males, Y Piales (Ipiiales), Cumba (Cumbal), dejando Turca (Tulcán), para contarlos entre los que quedaron perteneciendo a la Gobernación de Quito, juntamente con Huaca y Tusa, también enumerados por Cieza, y además: el Pun, Cuasmal, Canchahuano y Chontahuasi, sin contar los que debieron existir en la actual parroquia de la Concepción, muy apartada de la ruta seguida por el escritor antes indicado. Por tanto, la Provincia de los Pastos se extendía, al tiempo de la Conquista de los incas, desde el Guáytara hasta el Chota, límite de las tierras de Tusa, y desde el distrito del Pun hasta el de Mallama, por el Norte, Sur, Este y Oeste, respectivamente; si hemos de atenernos al primer Sínodo del Obispo Solís, a la circunscripción territorial de los pueblos mencionados por el príncipe de la Verdad, el gran Cieza, a todas las actas de nombramientos de autoridades indígenas que anualmente hacía el Cabildo de Ibarra, lo mismo que tiene que constar en los libros de actas del Cabildo de Pasto; si hemos de atenernos asimismo, a las setenta mil (1) escrituras de compraventa de terrenos, otorgadas en las provincias del Carchi, Obando y Túquerres, y, además, a la designación vulgar usada en toda la Presidencia de Quito, aún en el tiempo en que Espejo escribió la Ciencia Blancardina. Sólo el P. Velasco pudo obscurecer esta verdad y a él siguen todos los escritores ecuatorianos y colombianos con la lógica del Dr. Leonidas Batallas: la autoridad del número de escritores. (2)

Tal era asimismo el territorio de la Provincia de los Pastos, cuando la Conquista española lo encontró como teatro del avance de los incas, con su línea de retaguardia en el río Carchi. Pero cuando acepto esta noticia, no trato de desconocer el influjo ejercido por los incas y demás gentes del Sur en la antedicha Provincia, muchos años antes de su Conquista.

Los incas no llegaron al Carchi derrepente, sino que ese avance fue el resultado necesario del conocimiento anterior de

(1) Ponderativamente

(2) Al fin Bolívar, en el año de 1823, expidió un decreto fusionando la Prov. de los Pastos en la Prov. de Pasto y hasta Tulcán lo anexó militarmente a la actual capital del Dep. de Nariño.

la región, del comercio y de la ocupación pacífica de sus colonias, que se habían introducido viniendo de varios lugares y en varios tiempos. Tal es el resultado de mis investigaciones sin método arqueológico y este resultado se aviene muy bien a las leyes necesarias que rigen el desarrollo de las colectividades humanas: Los griegos no conquistaron el Asia derrepente, sino después que la defensa de las colonias y su comercio los colocó en posibilidad de hacerlo; los bárbaros germanos no se introdujeron en Italia sino después de llamados, ocupados en el ejercicio de las armas y ampliamente remunerados con tierras y cuando habían adquirido estabilidad sus colonias. Esto mismo es lo que pregona la Arqueología en el Carchi, a juzgar por la diversidad de cerámica y de tumbas de origen Puruhá, Cañari, de Pachacámac, del Cuzco y otros lugares. No trato de desconocer las campañas de Tupac-yupanqui y Guainacapac; al contrario, las acepto; empero, esto no quiere decir que las culturas peruanas, el comercio y sus colonias no se hubieran introducido en la Provincia de los Pastos, siquiera unos cincuenta años antes. Los estudios del Dr. Uhle no pueden ser considerados ni «como introducción a un verdadero estudio de aquellas ruinas», siendo lo antedicho «uno de los problemas más complicados de la Prehistoria ecuatoriana».

Es lógico afirmar que la Provincia de los Pastos se dividió al constituirse la Gobernación de Popayán; desde entonces, los caciques de Tulcán y Tusa debieron llegar a tener cierta importancia político-administrativa, porque eran las únicas autoridades que tenía la Gobernación de Quito, hasta cuando se creó el Corregimiento de Otavalo. (1)

(1) En la solicitud que Dn. Hernando Paspuel presentó ante el Gobernador de Quito en 1563, Dn. Hernando de Paredes es designado JUEZ DE COMISION del Partido de Otavalo; en documentos posteriores fidedignos, se refiere que fué el segundo Corregidor del mismo Partido. Don Francisco de Araujo fué el primer Corregidor y se lo encuentra ejerciendo el cargo en 1558, en tiempo del Gobernador Gil Ramírez Dávalos. Sancho Paz Ponce de León en su «Relación y Descripción de los pueblos del partido de Otavalo» (Rel. Geogs. de Indias, tomo 3o, Pág. (17), dice: «En el pueblo de Sarance, que por otro nombre se llama Otavalo, que es el pueblo más principal de mi corregimiento, hay un hospital y donde está ahora fundado el dicho hospital lo fundaron y sirvió mucho tiempo de casa de corregidores; hízola Hernando de Pa-

Los nombres de los caciques e indígenas de la parte de la Provincia de Los Pastos que quedó con la Gobernación de Quito son, entre otros, los siguientes: *Tulcanasa, Taquespás, Paspuel, Pastás, Bas, Bases, Pasnichicud, Chambapás, Sacapás, Carapás, Asapás, Tapás, Cuasapás, Irtapás, Yanapás, Yanchacpás, Guialpás, Carambás, Carlisambás, Pue-lambás, Cuasespás, Maspás, Chaguaypás, Guapás, Yarpás,*

redes, EL SEGUNDO CORREGIDOR que hubo allí en aquellos pueblos, y los religiosos, andando el tiempo, la tomaron para hospital».

El Corregidor Francisco de Araujo fué el inmediato anterior a Hernando de Paredes, luego Araujo fué el primer Corregidor, según lo dicho por Ponce de León.

El señor Benjamín Pinto G. ha encontrado que el primer Corregidor de Otavalo fue el Cap. Dn. Juan Piñán Castillo en 1540, a éste le sucedió otro corregidor, con el cual ha quedado interrumpida la serie hasta el tiempo de don Francisco de Araujo, en 1567. (1)

La división territorial hecha por el Ilmo. Sr. Peña debe ser la que se halla citada como base para la administración local por uno de los Visitadores de Otavalo en el año de 1612, siendo el año de 1567 fecha que se iniciaron las reducciones de Imbabura y Carchi.

Por el deseo de seguir ayudando al Sr. Pinto en su labor de formar la Nómina de los Corregidores de Otavalo, voy a apuntar aquí los que he encontrado hasta el tiempo de la fundación de Ibarra:

Corrg. Francisco de Araujo	ejerció el cargo en	1558
„ Hernando de Paredes	„ „ „	1563-1568
„ Capitán Juan de Oñate Chacón	„ „ „	1576-1577
„ Sancho Paz Ponce de León	„ „ „	1580-1582
„ Alonso de Cabrera (Pbro.?)	„ „ „	1583
Tnte. Juan García Játiva	„ „ „	1583
Correg. Capitán Luis de Chávez Guerrero	„ „ „	1584
„ Pedro de Arévalo	„ „ „	1588
„ Juan Bautista de Valencia	„ „ „	1589
„ Alvaro Marín	„ „ „	1590-1592
Tnte. Capitán Juan de Ortega	„ „ „	1593
Correg. Alonso López Patiño (Pbro.)	„ „ „	1592-1594
„ Cap. Francisco de Zapata y Vizcete	„ „ „	1596
„ Hernando Montalvo	„ „ „	1596
„ Cap. Francisco Proaño de los Ríos	„ „ „	1597-1598
Tnte. Diego Hurtado Montalvo	„ „ „	1597
Correg. Capitán García de Vargas	„ „ „	1598-1599
„ Licenciado Juan Alonso Carvajal	„ „ „	1601
„ Juan Nieto de Torres	„ „ „	1604-1605
„ Capitán Diego López de Zúñiga	„ „ „ hasta 30 de Diciembre de 1606.	

(1) El Corregimiento de Otavalo debió haber sido creado por Gonzalo Pizarro; mas, vencido éste en Jaquijahuana por I a-Garca, debieron volver las cosas a su estado anterior.

Parambás, Chulambás, Chaguambás, Acuepás, Erempás, Tasempás, Querembás, Taquespás, Quespás, Tutulampás, Muepás, Tipás, Cuatimpás, Maimbás, Taintuspás, Pututpás. Sampás, Chambapás, Inapás, Calampás, etc., etc. (Dado el supuesto de que *Carán* es el nombre del cacique que fundó Caranqui, nótese que *Calam-pás* (Gregorio) es el cacique de Popayán, en 1812.

No es del caso demostrar aquí la existencia de los pueblos o caseríos que he agregado a los enumerados por Cieza, y sólo diré algo de lo que se refiere a Cuasmal, entresacando de lo que hice publicar en «El Guante», con fecha 26 de Marzo de 1926.

Por el año de 1563, parece que eran tres los centros principales de población en la Doctrina de Tusa: el pueblo Mayor, que debió ser el de San Sebastián de Canchahuano, el pueblo Menor, que pudo hallarse localizado cerca de la actual ciudad de San Gabriel, y el pueblo de Cuasmal. El primero se hallaba gobernado por don Cristóbal Cuatín; el segundo, por don Hernando Paspuel, y el tercero, por Juan Cuaya, apodado de Mindala, indio mercader de Huaca. Muy viejo y agrio debió ser el cacique del pueblo Menor y seguramente nada complaciente el respectivo encomendero, porque los indios de Paspuel se iban ausentado en varias direcciones, y, así diré de paso, que la fuga de los indígenas de Paspuel ha sido parte para que ahora conservemos nombres de pueblos y personas que sin esto habrían pasado al eterno olvido.

El cacique Paspuel se quejaba al Gobernador de Quito, don Melchor Vásquez Dávila, de la ausencia de sus indios y de las fechorías de Juan Cuaya, a cuyo propósito vamos a reproducir un fragmento de una de aquellas solicitudes:

«Muy magco señor donhermando *paspil* principal del pueo de tuca. digo que vn minda la del dho pueo de tuca que se nombra cuaya. confabor dedon xpoual (Cuatin?) casique principal. del dho pueblo. sea entremetido y entremete en mandar los yndios de mi señorío. queme dexo mipadre *chauilla*. y para el dho efeto. les da y enbia. muchos presentes, decoca. y chaquirá y otras cosas. hastatanto que los atraido. ensi mucha cantidad de yndios. de que. yo

recibo notorio daño y agrauyo pido. avra mrd. mande al dho cuaya. mindala sograues penas quenose entremeta enmandar los indios de mi señorío. nime perturbe la subcesion delles ya ansi mismo. mande a los dhos yndios de mi señorío que me acudan y meacaten. como a su prin cipal y señor y me den los tributos queson obligados a dar y para que aya cumplimien-to el mandado de vra merced cometa ahernando. de paredes juez. decomision de vra mered para que enbie aldho pueblo de tuca unalguazil yndio aldho efeto yles de aentender lo por vramrd. mandado sobre que pido justicia. don hernando pas pil^o.

Este asunto, iniciado ante el Gobernador Vázquez Dávila, fué continuado después por el Licenciado Salazar de Villasanté, que todavía se designaba «Oidor de la Real Audiencia de Lima». A punto de expedirse la sentencia, se presentó Juan Cuaya contradiciendo la petición de Paspuel y pidiendo que se lo declare principal del pueblo de Cuasmal, en donde tenía cuarenta indios que hacía más de siete años le habían obedecido, servido y tributado, y que durante este tiempo habían pagado los tributos a Sancho Paz Ponce de León, su encomendero (en este tiempo no se hace cuenta sino de los indios tributarios; de manera que si multiplicásemos por 4 el número de tributarios, tendríamos aproximadamente que el total de personas que Cuaya había traído de Cuasmal era 160). Agrega, además, que los indios que tenía a su cargo Hernando Paspuel no son los del pueblo de Cuasmal, sino los del pueblo llamado «El Menor».

La Audiencia de Quito llegó a sentenciar el pleito y, en definitiva, rechazó las pretensiones de Cuaya, ordenando que los indios de Cuasmal se sujetasen a Paspuel, según el auto que dictó el 29 de Julio de 1567. Apelado este auto por Cuaya, se lo volvió a confirmar en virtud de otro, fechado el 19 de agosto del mismo año, siendo Presidente de la Real Audiencia de Quito el Licenciado Hernando de Santillán.

En Tusa, el Corregidor Hernando de Paredes ejecutó la sentencia y ordenó que Paspuel declare con juramento los nombres de los indios que tenía Juan Cuaya Mindala, a presencia de los testigos Fray Andrés Gómez y otro que no pude interpretar en el documento de que

me ocupo. (1) Paspuel solicitó, a su vez que Cuaya declare con juramento los nombres de los indios que debía entregarle. La parte pertinente de esta declaración dice así:

«E luego el dho donjuan, cuaya (interrogado?) por el dho señor corregidor declaro ymanifiesto ten-(er?) yndios siguientes del dho. donhermano paspuel. primeramente.

izgas consumuger evnfijo evna fij(a)

quespaz. consumuger efijos

yrtapáz consumuger

candefe. consumuger

tola.quim. soltero con su fera

coctar consumuger

.....ba patan. consumuger-e.....

t.....nemtar, consumu(ger).....

coambued. consumug(er).....

chambapaz. consumu(ger).....

quetamac. consumug(er).....

guangavilca. consumu(ger).....

quezaca. consumuger

churte quezaca consumuger efij

chulambaz consumuger efijo

chinguad. consumuger efijos

chaguanbaz consumuger efijos

Juan chaguam. con su muger efija

acuepaz consufermano.....

yrtapaz. soltero

chavcal, soltero

tud guelam. consumuger efigs

chutes viejo con unfijo emuguer

acar. consu muger efijos

tad mal consumuger

erchasnem consumuger

tesamac. con sumuger

cazbuepud consumejer efijas

curvsnai consumuger efij.....

.....tasa consumuger efij.....

(pa) guay consumuger.....

(1) Talvez fué el nombre del P. Estaban Matoso, por dificultad de aceptar que existiese tal apellido.

Siempre Siguen más o menos once renglones de nombres de los que han quedado solamente las últimas letras.

No dejaré sin referir que, según Cuaya, Paspuel tenía 90 indios en el pueblo Menor, luego el número de sus subordinados debió ser el de trescientos sesenta.

Tal es lo que se sabe del pueblo de Cuasmas, el que subsistió por lo menos hasta el año que anteriormente se indica. ¿Por qué el Padre Velasco, que pretende enumerar los pueblos que existieron en el siglo IX no conoce los del siglo XVI? ¿Por qué los nombres de los pueblos que dice han existido en el siglo IX son idénticos a los del siglo XVIII y no coinciden con los del XVI?.....

Los ANGOS.—Es del dominio de la Historia la preponderancia ejercida por los caciques de Cayambe, al tiempo de la conquista de los incas; no obstante, algo de parcial y egoísta debe contener la información de servicios practicada en favor de los Puento, de Cayambe, que fué estudiada por el señor González Suárez en el Archivo de Indias, de Sevilla. Las noticias de Urbán de la Vega, acerca de la conquista de Cochasquí, deja entrever también que Huainacápac, de jornada en jornada, sometió a los cochasquíes y demás cacicazgos del Norte, así como llegaron a someterse los de Cayambe y las huestes del cacique de Pintag; lo mismo debió haber sucedido con los de Perucho, Otavalo, Atuntaqui, Caranqui etc. Cosa semejante sucedió en la Conquista española en cuanto a los pueblos de Pimampiro, Lita, Quilza y Cahuasquí. (1)

En mi folleto «Nombres y Pueblos de la antigua Provincia de Imbabura» senté ya el precedente de que la final en *Ango*, tan generalizada en esta región, fué un gentilicio que designó a la generalidad de los habitantes de la parte netamente interandina, formado un solo grupo con los elementos

(1) Todos los escritores contemporáneos han dado en llamar QUILCA al pueblo de QUILZA; este nombre debió haberse escrito con C, con cedilla, la que, andando el tiempo, debió ser olvidada. La verdadera pronunciación es QUILZA, en conformidad al nombre del cacique QUILZARRABA.

en *go*, *ago* y *lago*, que de ordinario solamente designan mujeres; entonces ofrecí estudiar la final en *imba* lo que cumpliré en el presente párrafo.

En aquel estudio dije también que la final en *ango* no podía ser sino el distintivo de un conjunto de personas que reconocían un origen común, por su idioma, familia y otros caracteres semejantes; ahora agregaré, como entonces, que el uso de este gentilicio parece haberse hecho indispensable desde el momento en que se ordenó que el nombre de la gentilidad de los aborígenes fuese su apellido, al que debía anteponerse un nombre cristiano; de este modo, los nombres de la gentilidad iban quedando rígidos y de una pieza, mientras que hasta tanto habían sido variables y cambiaban algunos de sus elementos, al pasar de padres a hijos. En una información judicial pude notar que el primer hijo de *Cabascango*, por ejemplo, era *Anrrango*; el segundo, *Cobagango*; el tercero, *Mue-nango* o cosa semejante.

Lo cierto es que para designar a este gran conjunto de imbabureños, nada hay más adecuado que el mismo gentilicio conque ellos se distinguieron entre los demás indígenas, pudiendo decir, por lo mismo, que tal es su propio nombre. ¿Quiénes eran los *ango*, de donde vinieron? He aquí las primeras cuestiones que se debe averiguar, y, si la suerte me ha sido propicia en el hallazgo, habremos dado un paso firme en el terreno de la Prehistoria.

Tan pronto como se publicó mi trabajo antedicho, fué comentado, por un sabio de verdad y un filólogo a toda prueba, que ama la historia de nuestro País y que la investiga sin descanso; este fué el doctor Otto von Buchwald, quien trató de reconstruir la final en *ango* como proveniente de la palabra, del idioma cayapa-colorado, manifestando que la pronanciación *ango* no es sino la evolución quichua de la voz cayapa que significa hermano. (1) Todo esto puede ser así, en

(1) V. Otto von Buchwald, La Lengua de la Antigua Provincia de Imbabura, Boletín de la Academia de Historia, Nos. 7 y 8, Pág. 186.

ciertas circunstancias y en otros casos, pero no en el gentilicio imbabureño que, por regla general, se pronuncia invariablemente **ango** y que, por excepción, se trueca en un final en **co**. No he encontrado nombre de mujer terminado en **ango**, sino en **ago** o **lago**, para un tiempo en que todavía pudo conocerse el idioma imbabureño. La final en **ango** se la encuentra profusamente en Méjico, con toda sus letras y, por lo mismo, no hay sospecha del influjo que podía ejercer en su pronunciación el idioma Quichua; **ango**, en Méjico, representa un conjunto de pueblos situados al Mediodía de aquella Nación, justo es, pues, atribuir un origen mejicano al conjunto de personas que con este nombre se han distinguido en Imbabura.

Entonces tenemos una ramificación de gentes que no pertenece al grupo cayapa-colorado, sino que habitó en esta Provincia antes que estos, ya que los cayapas llegaron a obscurcer y aún borrar en la Cordillera occidental de Imbabura, la huella étnica que debieron haber dejado los **ango** al penetrar en la meseta interandina de esta Provincia.

Los **ango** debieron ser los constructores de montículos artificiales para viviendas, y de medianas tolas para perpetuar el recuerdo de sus tumbas, así en Imbabura como en el Carchi, desde su venida en una remota antigüedad; pero, como no fueron exterminados por los **cayapas**, continuaron construyéndolas aún después de la Conquista española. Sólo así se explica que en ciertas tolas funerarias hayan llegado a desaparecer los restos humanos, y la absoluta pobreza o ningún ajuar de las tolas primitivas. A medida que transcurre el tiempo aparece tal o cual piedra sin pulimentación, luego después los piedras de moler, las ollas trípodes, talvez los enterramientos de sus macabras comidas, los objetos de barro con pintura roja y al fin los metales. (1) Su cultura la debieron al medio geográfico y a las gentes del Sur, hasta la venida de los ca-

(1) Cierta vez que araba un peón un montículo de poca altura, en Caranquí, encontró una máscara de oro, que llegó a ser de propiedad del señor Francisco Fierro.

yapas; después, unos y otros recibieron el mismo influjo hasta la Conquista española. (1)

LOS IMBAS.—Hubo un pueblo de aborígenes situado en la falda occidental del Imbabura, por ahí cerca de Agato; su cacique se llama *Imba*, el pueblo se llamaba *Imbaquí* y el cerro debió haberse llamado *Imbaburo*, (2) a la usanza del idioma de los imbas. Por aquel tiempo, o sea en 1571, había en Imbabura muchos aborígenes de apellido *Imba*; por esto hay que suponer que se especializó en *Imbaquí* una ramificación Cayapa-colorado, cuyo origen debemos encontrar en el grupo de nombres Chibcha-barbacoas, que caracterizó la región oriental de la Provincia de Esmeraldas. Los nombres que en Imbabura han quedado son como estos: *Caraimba*, *Quilzaimba*, *Anraimba*, *Cugaimba*, *Chiquimba*, *Ibadimba*, *Iguilacimba*, *Imbaquina*, *Imbaango*, *Imbaquán*, *Lalchimbaquen*, *Nalsimba*, *Parimbaquí*, etc.

En la segunda mitad del siglo XVI, se encuentra la Cordillera occidental de Imbabura ocupada por caciques cayapa-colorados, a juzgar, ya por el idioma imbabureño de entonces, ya también por los nombres de sus caciques, quienes no se designaban *ango* sino con la final en *PÁ* o en *BA*, de los *capayas* y aún con la *pás*, de los *pastos*, que también debe caracterizar a los *cuaiques*. En la meseta interandina no se hablaba sino el idioma de los *imbas*, pero prevalecen los apellidos *ango*, que van dejando en las tolas huellas de carácter más reciente; los elementos en *ba* y en *ango* demuestran una fusión completa: *Imbaango*, *Cabascango*, *Ibadango*, etc.

Largo y prolijo sería enumerar los nombres de personas y lugares caracterizados en Imbabura con elementos en *ba* y *pa*, especialmente en la Cordillera occidental, de los que daremos algunas muestras: *Tugumba*, *Tababuela*, *Quilzarraba*, *Cayapas*, *Parambas*, *Antamba*, *Culangerraba*, *Calpaquí*, *Catabacuán*, *Cuambaquí*, *Ebatcango*, *Mitaba*, *Patabarán*, *Piaba*, *Quitumba*, *Tatabuela*, *Tabacundo*, *Tumbabiro*, *Tambaco*, etc. Por esto y porque, como he

(1) Por lo dicho se verá que no pretendo negar el origen del Norte que corresponde a los *pastos* e *imbabureños*; lo que trataré de probar más adelante es el influjo que los *puruhaes*, *cañaris* y otras gentes del Perú ejercieron desde antes de la Conquista de los Incas, en Imbabura y el Carchi.

(2) V. Jijón y Caamaño, Boletín No. 6, Pág.

dicho, la generalidad de los nombres imbabureños, así sean de lugar o de persona, denotan un origen cayapa, tenemos que convenir en que los cayapas fueron los últimos inmigrantes a Imbabura, en la prehistoria de esta Provincia, coexistiendo con los ango, con quienes llegaron a mezclarse e imponer su idioma. En los pueblos de la Cordillera occidental, los ango llegaron a desaparecer, al menos en los apellidos de sus habitantes, no así en Gualaquí, Cotacachi, Otavalo, Tontaquí, Caranquí, Pimampiro, Cayambe y más lugares del Sur y Suroeste, por lo que se comprende que solamente conservan algunas de sus costumbres; pues, se reconstruían sus habitaciones, se aumentaba la altura de sus montículos. Los nombres de los lugares se han sustituido con voces cayapas, habiendo quedado solamente alguno o algunos que se los ha clasificado en el grupo perteneciente al idioma esmeraldeño propiamente dicho.

Por este estado de cosas, por los dialectos que llegaron a formar y por el grado de cultura que lograron conseguir, no es aventurdo suponer que los cayapas hayan hecho su avance a la meseta interandina de Imbabura, por el siglo IX de la Era Cristiana y que su ruta de inmigración fué el territorio comprendido entre los ríos Mira y Esmeraldas.

También en el Carchi y en las Provincias de Obando y Túquerres habitaron los antiguos esmeraldeños, ya que en todas estas provincias se encuentran algunos nombres en este idioma con más frecuencia que en Imbabura; empero, el influjo de los cuaiqueres y otros contactos con los páeces del Norte, llegó a extinguir la costumbre de las tolas funerarias que, en el Carchi, revelan mucha antigüedad y sólo tal o cual grupo denota un carácter más reciente.

No obstante el origen étnico de Norte y Occidente, es de sospechar para el Carchi, un influjo imbabureño, Puruhá y Cañari, constantemente manifestado para las épocas del oro y del cobre, siendo indudable que este influjo fuera extensivo a todas las parcialidades de los pastos.

LOS PUENDOS.—La dinastía de los caciques Puento, de Cayambe, llegó a difundirse en las de todos los caciques de Imbabura y, por fin, aún entre sus indígenas, a tal punto que los habitantes de la Provincia de los Pastos designaron a los imbabureños con el nombre de Puendos,

con que se los conoce hasta ahora; sólo que tal designación se ha hecho extensiva a todos los indígenas y mestizos de Imbabura y Pichincha, respecto de los carchenses y nariñenses, que no olvidan tan honorífica distinción para los quiteños.

Es tiempo ya de que los nombres **puendo** y **pastuso** dejen de ser un insulto y vengan a hacer luz en la prehistoria de Imbabura y de los Pastos, a la cual propiamente pertenecen.

Los admirables estudios de los miembros de la Comisión francesa que vino a medir el arco meridiano en el Ecuador, a fines del siglo pasado, nos han hecho entrever un parentesco entre los aborígenes de la Provincia de los Pastos con los betoyas o tukanos, de la región amazónica, atribuyendo, por lo mismo, un origen amazónico a los pastos; empero, no es posible aceptar tal opinión, ya que no queda sino un dilema: o los barbacoas son de origen amazónico, o los tukanos son de origen occidental, porque los aborígenes de los pastos y los imbas tienen una procedencia común en el tronco chibcha-barbacoa.

La famosa base de la palabra **Pasto** y la final de la palabra **imba**, arrojan cierta luz en el estudio de la prehistoria de las dos provincias septentrionales de la República del Ecuador, pero sólo de un modo relativo y limitado, ya que tal elemento es la raíz de muchísimos idiomas, con la cual más bién se pudiera probar la unidad del género humano: se la ha encontrado en gran parte del Africa, entre los pueblos no arios del Asia, en muchos idiomas y dialectos de Europa, en Australia, en muchas islas del Pacífico; en el Carchi, en Imbabura, en Esmeraldas, en el Sur de Colombia, en Méjico y hasta en la bahía de Hudson; **pa**, **pas**, en los idiomas del género humano, significan padre y madre también en ciertos casos. (V. Lubbock, «Los Orígenes de la Civilización y la Condición Primitiva del Hombre», Madrid, 1.888).

De aquí que, para la investigación de imbabureños y carchenses no me he atenido ni acepto la dispersión de una final cualquiera, tratando de caracterizar a las gentes que tan sólo han vivido en un tiempo protohistórico, ya que los resultados lingüísticos acusan muchas veces semejanzas remotísimas y de una antigüedad que ni siquiera se puede imaginar; por esto también, en mi estudio, he procedido en

virtud de la comparación del conjunto de palabras que representan grupos bien determinados y apoyado especialmente en la historia antigua de cada localidad; mas, qué es oír al Dr. Uhle discurrendo en el terreno de la Toponimia, por tres o cuatro nombres, recogidos al azar, y vaya «sino pretende obtener resultados» de la comparación de Yascual Gualmatán y Cumbal (la última de éstas, quichua), sólo por encontrar que la final en al se yuxtapone a la final en es: total que esto es al revés, porque más bien los tukanos tienen que ser chibchas (V. Informe, Pág. 4). Si el Dr. Uhle hubiera estudiado el elemento en pi, ya habría podido convencerse de que también se lo encuentra en los ríos de la región amazónica; pero es que todo esto de al, es tiene una historia complicada, su cuenta, su medida y su cuna en el Paraíso. (1)

Párrafo III

Las antiguas civilizaciones de la Provincia del Carchi

«Cinco hermosos tipos de civilizaciones»—dice el Dr. Uhle—que caracterizan, «más que otros», el pasado de la Provincia del Carchi; que cuatro tipos son del todo diferentes por su estilo y técnica decorativa, y que en algunos de estos tipos varían las formas que los caracterizan de un modo especial (V. Informe, Pág. 5).

Ante todo, observaré que si la forma de los vasos diferencia en especies los grupos clasificados por el Dr. Uhle, no

(1) La final en al no constituye ningún toponímico en el idioma de los pastos; cal, cual tal, mal, etc. forman grupos de palabras que deben tener significados diferentes.

entiendo cómo pueda referirse a unas formas y prescindida de las demás en su clasificación.

¡Oh Profesares de Lógica del Colegio «Bolívar» de Tulcán, del «Teodoro Gómez» de Ibarra, del «Mejía» de Quito, del «Vicente León» de Latacunga, del «Bolívar» de Ambato, del «Maldonado» de Riobamba, etc, etc., sombras venerandas y augustas, venid en mi ayuda, inspiradme, iluminadme, protegedme y guiadme en este antro de la Arqueología del Dr. Uhle, que no es el infierno con los círculos del Dante, sino la montaña de Huaca, con los bohíos de Cuasmal!

El proceso lógico de clasificación, en un estudio cualquiera, implica una clarividencia tal de géneros, especies e individuos clasificados, que donde falsea un concepto, todo está echado a perder y la clasificación es inservible. La clasificación, pues, debe ser hecha, en el objeto estudiado, desde un mismo punto de vista, a partir de un género inmediato, sin que pueda confundirse con otros géneros, ni menos con sus especies ni mucho peor con sus individuos. Las especies clasificadas deben estar comprendidas en la clasificación, si no todas, por lo menos sólo ellas, de tal manera, que queden bien colocadas y se pueda reconocer su género próximo y su diferencia última, porque, en una buena clasificación, está ya comprendida la definición. Continuando el proceso de investigación científica, vuélvese a tomar otro género próximo, el que, como el anterior, se torna en especies, se establece la hipótesis que se confirma o desecha y surge entonces la ley general y, por consiguiente, el género inmediato superior, y así va avanzando el conocimiento lógico del objeto estudiado; mas, qué es ver, mi Dios, clasificar al Dr. Uhle la civilización de Cumbayá, en tres grupos, un tercio de Gervasio, un tercio de Protasio y un tercio de Anastasio, de la manera siguiente:

1°. Una civilización caracterizada por el uso de la pintura negativa.

2°. Una civilización caracterizada por el empleo de la pintara roja en fondo blanco,

3°. Otra civilización, por el uso de decoraciones figurativas.

minos de clasificación, o sea dos especies de objetos de alfarería que pertenecen al género de cerámica de Cumbayá; pues, la cerámica de Cumbayá debe ser idénticamente la misma que la del Carchi, sólo que allá faltan dos civilizaciones, pero que las tres son las mismas.

Así averiguadas las cosas, estudiaré las cinco civilizaciones encontradas en el Carchi, las que se hallan representadas en los siguientes grupos:

1°. Un grupo de objetos de cerámica ornamentados con pintura mixta, es decir positiva y negativa a la vez, que se caracteriza por botijuelas y platos demostrados en la lámina 3ª del Informe;

2°. Un grupo de objetos pintados con dibujos y figuras de color rojo y café negruzco en fondo claro, blanco o amarillento, según se puede apreciar en la figura 1ª de la lámina 5ª, y «otros» de la lámina 13 del Informe.

3°. Un grupo de objetos pintados, pero con un carácter menos figurativo, siendo, además, sus dibujos más lineales y la pintura, siempre roja en fondo claro, blanco o amarillento, figura 2 y 3 de la lámina 4ª;

4°. Un grupo de objetos de cerámica plástica, como las figuras 2 y 4 de la lámina 5ª, y

5°. Un grupo de objetos de cerámica caracterizado solamente por el uso de la pintura negativa, en decoraciones sobre fondo rojo; grupo representado por los objetos de la lámina 1ª.

Observaré, ante todo, que el grupo primero de Cumbayá es diferente de todos cinco grupos de las civilizaciones del Carchi; que el segundo grupo de Cumbayá está comprendido en el tercero de las civilizaciones del Carchi, y que el tercero de Cumbayá debe corresponder al cuarto grupo de la clasificación antedicha. Por tanto, tengo que entre el Carchi y Cumbayá han existido seis civilizaciones, el doble de las primeras respecto de las segundas; consecuencia arqueológica.

lógica: que a las gentes del Carchi no les gustó ir a habitar en Cumbayá y que se quedaron solamente en el diviso.

Ya lo he dicho antes: para que una clasificación sea razonable, es necesario que parta de un mismo punto de vista, lo cual no encuentro tampoco en la clasificación de que vengo hablando; pues, si para clasificar el primer término se atendió al modo de la pintura, los diferentes modos de pintura debieron intervenir en todos los términos clasificados; pero resulta que las civilizaciones 2ª y 3ª han sido clasificadas en relación al colorido; la 4ª, no ya por el modo ni por el colorido, sino por la decoración plástica, y, en el 5º grupo, se vuelve a atender al modo de la pintura. Esto no es clasificar, sino amontonar y, con decir al Dr. Uhle que los objetos decorados plásticamente se encuentran también en las tumbas de todas las civilizaciones por él clasificadas, está echada a perder su clasificación. En corroboración de lo dicho, basta fijarse en el N.º 10. de la lámina 3 del Informe, que es una botijuela clasificada por Uhle como perteneciente a la primera civilización y, no obstante, se halla decorada plásticamente y en ningún caso pertenece a la civilización N.º 4, que no existe como la describe el Dr. Uhle. El hombre, el mono y la lagartija que decoran una cerámica votiva de pintura roja en fondo blanco, de la época de oro de El Angel, no es el hombre, el mono y un palmípedo meramente pintados de rojo en fondo blanco en los platos de la época de los pastos (civilización de Cuasmal), ni pertenecen al mismo estilo de una cerámica negra que también se caracteriza mediante cierta decoración plástica que representa el buho, el armadillo, la tortuga, la culebra, etc., etc. (Véase la Lám. 5ª de este estudio). Los caciques sentados en las tianas, que representan al dios D, descrito por el señor Jijón, (Fig. 1 Pág. 9 del Informe) tienen como uno hallado en San Gabriel, pintura negativa, negra en fondo rojo. El hombre y la mujer representados en las ocarinas de la lámina 6 de este trabajo, tienen una ornamentación burilada, de la última época de habitación en las tolas imbabureñas, a la que también pertenece la decoración figurativa correspondiente. La olla N.º 1 de la lámina 5 del Informe y los zapos que forman el gollete de muchas ollas de la época del oro de Puchués, ornamentados con pintura roja en fondo aceluna, no pueden pertenecer a ninguna civilización que sólo se caracterice por la decoración plástica, porque no no hay

criterio humano que pueda encontrar un motivo suficiente para formar un solo grupo.

La Cerámica debe ser muy parca en sus conclusiones, porque en la época de los pastos ya el arte se encuentra muy mezclado, y luego unas civilizaciones han venido heredando por lo menos algunos rasgos de estilo a las pasadas e imitando y recibiendo los conocimientos de las vecinas, de manera que es sumamente difícil la determinación de un estilo, para cuya determinación completa y comprobación solamente puede guiarnos el estudio comparativo de los grupos que se encuentran en cada sepultura. Repito que el ojo más experimentado puede errar en la apreciación estilística de la pintura y que tales apreciaciones, para que sean fidedignas, deben ser comprobadas atendiendo, no sólo al colorido o a la plástica en la ornamentación, sino mediante el estudio comparativo de las tumbas en que se encuentran tales objetos, así como en relación a los demás objetos que los acompañan.

¿Qué es un estilo en materia de Arqueología? Oigamos al señor Jijón: «Un estilo, como lo demuestra la Historia, es un conjunto de usos y costumbres artísticas, de motivos ornamentales, más o menos saturados de significado ideológico, que tienen un período de vida mudable; en épocas cercanas a las civilizaciones maduras, corto, bastante largo en los principios de las culturas.

«Los estilos están en función con tres factores: a) raza; b) medio geográfico; c) tiempo.

«Un estilo es como una moda, que se propaga a diferentes pueblos, por obra del contacto mediato o inmediato, ya por conquistas o migraciones, en cuyo caso se trasmite íntegro, o por olas de cultura, produciéndose entonces variedades locales.

«Una religión, un culto, una usanza, se pueden transmitir a pueblos distintos —no creo que un solo maya haya venido al Ecuador— de la misma manera que un estilo; pero son fenómenos más sutiles y de estudio más difícil y de vida más larga que un estilo, por lo cual los segundos

se prestan mejor para los estudios cronológicos, que son, no el remate, pero sí la base de la arqueología científica». (1)

«En todo tiempo se ha usado, muy frecuentemente, distintas clases de vasos, desde luego vasos de cocina y ornamentales, pero aún en la ornamentación varios procedimientos: pintura, grabado, modelado, etc.; pero dentro de un mismo estilo, determinado por la forma y disposición de los motivos ornamentales. Este valor cronológico de los estilos es un hecho histórico; el eclecticismo artístico es un hecho especial de las civilizaciones ya maduras, y del que en Occidente sólo podemos citar dos ejemplos: el de la época actual y el del tiempo elenístico. Hace cien años aún los estilos tenían valor cronológico; el Luis XIV, XV, XVI, Imperio, no son sólo nombres sino fechas; lo mismo pasa con los distintos estilos de cerámica que el Arqueólogo registra en América o en Asia, son, o diferencias de época o de raza, o corresponden a divisiones geográficas.

«Diversidades tipológicas que tienen valor cronológico son las distintas divisiones del Paleolítico europeo. Las formas de la vivienda, las de la sepultura; las de la cerámica se mudan con suma lentitud, sirven mejor para determinar factores como la raza, más bien que para el estudio del problema tiempo; no así los estilos de decoración. Un templo católico tiene, casi siempre, un mismo plano; pero es muy raro el caso en que no se pueda decir cuándo fue hecho, estudiando la ornamentación». (2)

Si por eclecticismo artístico se entiende la aptitud de representar discrecionalmente tales o cuales objetos de arte de diferentes estilos, también yo creo que no es posible suponer eclecticismo artístico entre los aborígenes americanos; no por esto querría desconocer tampoco el hecho de que dos o más estilos pudieron originar otros, en virtud de causas más o menos permanentes en relación a la coexistencia de dos o más estilos en un mismo lugar; en esto no hay eclecticismo.

Partiendo de lo conocido a lo desconocido, es posible ase-

(1) Carta particular, fechada el 3 de junio de 1929.

(2) Carta particular, fechada el 1º de junio de 1929.

gurar como un hecho rigurosamente histórico también que, en la segunda mitad del siglo XVI, los aborígenes del Carchi poseyeron cuatro clases de utensilios domésticos, siendo estos: 1º, de origen europeo; 2º, de origen incásico; 3º, de origen imbabureño y 4º, del propio estilo de los pastos, el que se formarí, a su vez, mediante el influjo de otros estilos. Para un tiempo anterior a la Conquista española, los objetos usados por los pastos fueron los anteriormente indicados, a excepción de los primeros y, para una época anterior a la Conquista de los incas, es cosa probada que los pastos (civilización de Cuasmal), por lo menos poseyeron objetos de su propio estilo, del estilo imbabureño y los de sus otros vecinos; ahí están las ocarinas reproducidas por el Dr. Uhle en su informe, juntamente con los de pintura roja en fondo claro, etc., etc.

Por tanto, lo que es un hecho cierto para las tres últimas épocas de la historia de los aborígenes no es improbable para las anteriores, y así se puede afirmar que, si bien es cierto que cada estilo puede representar una época, una civilización o divisiones geográficas, no es menos cierto también que cada pueblo en concreto puede poseer, además de una cerámica propia, objetos de otras cerámicas, ya sea por motivos de vecindad, de conquista o de colonización que, si no desvirtúan el valor de los estilos, complican y dificultan su estudio.

Ahora, pues, lo que yo trato de deslindar a todo trance es los estilos que se encuentran o pueden encontrarse en una misma tumba o en un mismo conjunto de tumbas (pueblos), respecto de estilos que pueden encontrarse en otros conjuntos (pueblos), porque, en el primer caso, dos estilos diferentes implican conquista, colonización, vecindad; en el segundo, acusan diferencias de tiempos y civilizaciones, precisamente por el valor intrínseco de los estilos que de ninguna manera es posible desconocer.

Por tanto, tenemos que si se trata de clasificar un confuso hacinamiento de objetos de cerámica de una localidad cualquiera, los grupos que llegaran a formarse en relación a los estilos solamente, no coincidirían con los grupos que se pudiera hacer con esos mismos objetos clasificados en relación a las tumbas o conjuntos de tumbas en que fueron encontrados, precisamente porque unos estilos acusarían tiempos y civilizaciones diferentes y las tumbas en donde se en-

contraran dos o más estilos proclamarían elocuentemente divisiones geográficas, colonización, etc. He aquí, pues, la importancia de los bohíos y de las tumbas en relación con los estilos, los cuales por sí solos no pueden dar todas las conclusiones a que se llegaría con criterios combinados de forma, pintura, representación, tumba, conjunto, etc., único modo de comprobar lo investigado. En confirmación de lo dicho, tomemos un conjunto más conocido e inmediato: el conjunto de tumbas que excavó el señor Jijón en Ichimbía, y de la descripción de los objetos encontrados no es posible convenir sino en que todos ellos pertenecen por lo menos a dos estilos muy diferentes: el uno es de los incas y el otro de los aborígenes de Quito. ¿Y si no, por qué el señor Jijón escogió formas y decoraciones y no las imputó en bloque a los incas? Los diferentes estilos o las variedades que se hallan en poder de un mismo dueño, la manera como han podido coexistir los unos con los otros, sus diferencias y su origen, esto es lo que constituye la historia del pueblo estudiado; pretender que los estilos se hallan siempre perfectamente deslindados en el tiempo y en el lugar, sería para incurrir en graves inexactitudes, que vendrían a desorientarnos completamente; luego, las conclusiones que puede sugerir el estudio de un estilo, en uno o más objetos de cerámica, que no son la totalidad de los encontrados en una misma tumba, pueden ser deficientes o incompletas, por decir lo menos.

Tampoco podría desconocer que en un mismo estilo, puede haber variedad de formas y procedimientos ornamentales; sólo que, esa misma variedad de formas y procedimientos dificulta la determinación de un estilo, ya que de ordinario se trata de conocer un estilo desconocido y no de relacionar lo encontrado a estilos perfectamente estudiados de antemano. Ahora, pues, de lo primero que debo preocuparme es en descubrir esa variedad de procedimientos que caracteriza un mismo estilo, para luego distinguir entre dos o más estilos, si acaso los hay, porque no es posible contentarnos con clasificar la cerámica ornamental, ya que la cerámica de estilo inferior tiene que acceder a la ornamentada, según como ha estado acompañada en las tumbas, y si se la encuentra sola, claro es que pertenece a otros pueblos que deberán clasificarse en relación a las tumbas y a las habitaciones.

Ante la complejidad en la interpretación de ramificaciones indígenas absolutamente desconocidas, de diferentes tiempos y en un mismo lugar, sólo puede dar resultados satisfactorios un criterio combinado; es decir el examen de una misma cuestión desde varios puntos de vista, según los recursos de que se puede echar mano, precisamente para determinar los estilos, los que, una vez conocidos, claro está que servirán de verdaderas cronologías. Digo, pues, que perfectamente se puede comprobar una conclusión obtenida mediante la comparación de las formas, por ejemplo, con la que puede resultar mediante la comparación de los motivos ornamentales y el modo de la ornamentación, sin perder de vista la tumba, las estratificaciones, etc.; pero nada de esto encuentro en las clasificaciones del Dr. Uhle, quien nos habla de pintura roja en fondo blanco, así se trate de un uniforme del cuerpo de bomberos de Guayaquil o de las mejillas de la Gioconda.

El primer grupo clasificado por el Dr. Uhle, debería describirse así, interpretando la mente del escritor: 1º, un grupo de objetos de cerámica ornamentados con pintura mixta, la cual consiste en dibujos de color rojo y café negruzco, en fondo claro, blanco o amarillento; está representado por botijuelas y platos constantes en la lámina 3 del Informe.

Digo que este grupo, así descrito, pertenece en el Carchi a la época del cobre y del cobre dorado; pues, este metal se lo encuentra, aún con abundancia, en las tumbas de los caciques correspondientes a los conjuntos en donde se halla botijuelas con la pintura indicada. Tal afirmación se puede hacerla con toda certeza, por haberse demostrado así en el conjunto del potrero del Membrilló, al Sur de El Angel, en el conjunto o pueblo que existió en el terreno de la señora Rosa Herrera de Rosero (al cual lo seguiré llamando von Buchwald) y en la tumba de un cacique enterrado en el potrero de las «Gradas», de la hacienda Rinconada de El Angel; puede averiguarse sobre este particular a muchos angeleños.

También el segundo grupo está mal definido, a causa de que presenta variedades en cuya virtud las cualidades de las unas no convienen a las otras y viceversa; una de ellas puede describirse así: objetos pintados con dibujos de color rojo y café obscuro, en fondo opaco; los platos

LAMINA 3ª.

Objetos del tiempo del oro de El Angel, encontrados en esa misma región, pertenecientes a la colección del Dr. Luis F. Madera.—Ibarra.

(Páginas 92, 95, 101, 105, 147, etc.)



Cerámica de las tumbas que hemos dado en llamar "González Suárez", que según Max Uhle corresponde a la quinta civilización del Carchi.

No. 1.—Ollita de pintura roja en fondo blanco.

No. 2.—Ollita pintada en fondo rojo brillante, que debió ser recubierta con pintura negra negativa.

No. 3.—Ollita de pintura roja en fondo blanco, en que se advierte una estrella que hace centro hacia el gollete.

No. 4.—Ollita del estilo No. 1, 3, 5 y 6.

Nos. 5 y 6.—Ollitas de gollete abierto, de pintura roja en fondo blanco, en que se advierte un trasunto de estrellas que hacen centro hacia el gollete y el asiento.

que forman este grupo son gruesos, pesados y con el borde superior ligeramente plegado hacia adentro; se hallan representados en la figura primera de la lámina 5ª. y en la figura tercera de la lámina 8ª. del Informe. Por los motivos de la pintura se advierte que es una variedad del plato N.º. 2 de la lámina 4ª., ya que, en uno y otro plato se encuentran ángulos opuestos por el vértice, decorados con líneas a cuadros. Hay también otra variedad de platos pintados con dibujos y figuras de color rojo en fondo claro, blanco o amarillento; por su técnica, estos objetos son muy finos y de forma semiesférica; es muy vivo el color de la pintura, de ordinario con adornos circulares y representaciones figurativas.

He aquí, pues, dos variedades que acusan semejanzas de estilo de un mismo tiempo, pero de varios artifices de diferentes civilizaciones en un mismo lugar.

En el tercer grupo se ha incluido asimismo dos variedades: la una caracterizada, efectivamente, por dibujos más lineales, de color rojo en fondo blanco y cuyos motivos son triángulos escalerados, ángulos agudos, líneas rectas y circulares, como los objetos representados en la lámina 7 del Informe, y la otra, por adornos concéntricos y decoraciones zoomorfas y antropomorfas, estrellas, etc. (Véase la lámina 3ª. de este trabajo). Es de advertir que si se clasifica estos grupos por diferencias en la forma de los objetos, acusan semejanzas por razón de la pintura y si se encuentra diferencias de estilo en la pintura, acusan semejanzas por la representación; tal es lo que sucede con el plato N.º. 5 de la lámina 8, que, por su forma, debería clasificarse en la primera variedad del segundo grupo, por la pintura, en la 1ª. variedad del 3er. grupo, y por la representación, en el primero, segundo y tercer grupo de las clasificaciones de Uhle; de todo lo cual se infiere que el segundo y tercer grupo pertenecen a una misma época, habiendo variedad de artifices de una misma civilización en el mismo lugar.

El cuarto grupo, representado por objetos de cerámica plástica, no acusa un mismo tiempo y se lo encuentra en varios estilos que indican tiempos y civilizaciones diferentes, como ya se ha dicho; y si se quiere designar en este grupo cierta clase de objetos figurativos, concrétese ese estilo para saber a que atenernos. Por tanto, tenemos

que, aunque los objetos de los grupos 2º, 3º y 4º representaran diferentes civilizaciones, toda esta alfarería ha sido trabajada anteriormente al grupo N.º 1º., y que tan sólo los grupos 1º. y 5º. vienen a formar tres épocas con los del N.º 2º. y 3º. reunidos; el 4º. no existe ni en la mente del escritor, ya que posteriormente se ha rectificado.

De lo dicho se infiere que el Dr. Uhle enumeró las tales civilizaciones clasificándolas con criterios aislados, los cuales, por sí solos, no pueden dar una idea del tiempo o tiempos en que se conocieron esos estilos, que no le han servido sino para clasificar grupos que representarían civilizaciones abstractas, si acaso estuvieran bien clasificadas, y que, por consiguiente, nos hemos quedado en albis.

Y vénganos ahora a relacionar estas civilizaciones con la cronología del Puruhá, del señor Jijón (1): Protopansaleo Primero, Protopansaleo Segundo, Tuncahuán, San Sebastián, Primeros Puruháes, Elempata, Huavalac, Puruhá Incaico. En Cuasmal, cuando el señor Carlos García, empleado como dibujante del señor Jijón, anotaba en un papel la disposición de las tumbas situadas dentro de un bohío, preguntó al Dr. Uhle a que período de tiempo correspondían los bohíos, que le parecían de la época de Tuncahuán.—¡Qué Tuncahuán ni que Tuncahuán, le respondió, esto es otra cosa!...

Pero si sólo se trata de clasificar estilos, ya ha podido fijarse el Dr. Uhle en el N.º. 4 de la lámina 10, en los Nos. 1, 2 y 3 de la lámina 11, en los Nos. 2, 3 y 4 de la lámina 12 del Album González Suárez, 1910, y francamente el colorido que se les ha dado en la representación impide apreciar debidamente sus características. Son aquellos objetos de barro negro, en que no se puede asegurar si han sido o no barnizados, pero su superficie es lisa y especialmente regular, como no lo es la cerámica de los pastos; esta clase de objetos es bastante gruesa, contrastando con la corrección de superficies lisas y la originalidad de las figuras. Esto sí que es un estilo muy especial y desde el primer momento se advierte que provino de gentes y lugares muy distantes o más bien dicho que gentes de lugares muy distantes lo vinieron a trabajar en el Carchi. (Véase la Lám. 5ª. de este trabajo).

LAMINA 4^a.

Cerámica del Cuzco encontrada en la región de Tulcán;
objetos pertenecientes a la colección del
Dr. E. Liborio Madera.

Ibarra.

(Páginas.....)



1

2

3

Parte anterior posterior de tres ollas de barro, de color amarillo, café y lacre obscuro brillante, respectivamente, con dibujos en forma de estrellas, que hacen centro en la abertura de las mismas. Las puntas de las narices y un lado de las mejillas han sido restregadas entre sí al tiempo de ser transportadas.

La forma de las gorras, siguiendo la dirección del partido del cabello, indican que representan caras de mujer. No tienen la protuberancia sobre uno o ambos carrillos que demuestran las caras y máscaras imbabureñas.

Por el estilo de la pintura y el hecho de haber sido encontradas con los objetos de la lámina 6 denotan su procedencia netamente incásica, así como por la estructura de los ojos. Los demás motivos y colorido de la pintura se detallarán posteriormente.

En la página 12 del Informe, dice el Dr. Uhle que la quinta civilización del Carchi, por sus caracteres de técnica y estilo, debe haber sido el prototipo del cual se desarrolló un tipo de decoración como el indígena representado en las sepulturas de Cumbayá, y a continuación agrega que uno de los motivos geométricos que caracteriza mejor la civilización de Tiahuanaco es una línea diagonal, como apoyo de dibujos en forma de escalera y que, en el Ecuador, no aparece este motivo de decoración antes del tiempo de las sepulturas de Cumbayá; pues, que en este tiempo, las figuras 1 y 2 de la lámina 4 sí lo representan. Luego, las civilizaciones de Cumbayá son posteriores a las cinco civilizaciones del Carchi, y sin luego que lo valga, así lo dice el Dr. Uhle y agrega que, por este motivo, las civilizaciones del Carchi son «Pre-tiahuanaqueñas»; luego, agregó yo, no es exacto que al tiempo de las excavaciones de Cumbayá se hayan mencionado ya tres de las cinco civilizaciones del Carchi y que, tres de éstas, sean las mismas de Cumbayá, como lo afirma en las páginas 5 y 6 del Informe.

Pero hay más, y es el caso que el motivo de ornamentación que caracteriza a la época de Tiahuanaco, puede faltar en el Carchi o por ser, efectivamente, la cerámica de un tiempo anterior o por pertenecer a la cerámica de un tiempo posterior o porque la cerámica de los pastos corresponde a una ramificación de gentes diferente de la de Tiahuanaco, ya que no por ser contemporáneas las fábricas de loza de Francia a otras similares del Japón, las francesas están en el caso de representar en su manufactura el estilo japonés, y entonces tenemos que la consecuencia es del todo ilógica y falsa. ¿A dónde iríamos a parar si a toda una clase de manufactura contemporánea se le exigiera las mismas características de pintura? Y lo que es más, que a la cerámica del Carchi le vamos a exigir precisamente lo que caracteriza a la civilización de Tiahuanaco; pues, si esto sucediera, la tal diagonal de los triángulos escalerados ya no fuera característica de Tiahuanaco, sino propiedad común de dos o mas civilizaciones.

Pero no es esto sólo, ya que sí se encuentran los triángulos escalerados en la cerámica de Cuasmal y, por consiguiente, la cerámica del Carchi es... posttiahuanaco! Y si no, fijate lector, en el plato N.º 2 de la lámina 3, del Informe; en la olla N.º 4 de la lámina 1; si estas no te con-

vencen, allí está el plato N.º 1 de la lámina 7 y el N.º 1 de la lámina 8, del mismo Informe, y entonces, ¿son estos platos característicos de la civilización de Tiahuanaco o mayoides, como se afirma al pie de los grabados? Lo que tú quieras, lector, con tal de «decir algo, de alabar algo, de profetizar algo; el Arqueólogo no tiene sino que acostarse y apagar la luz, a media noche se le aparece un trago!»...

Y, ni aquí queda la cosa tampoco, sino que después de dos acápites, en la misma página, 13, nos hace saber que los triángulos escalerados, en su origen, representan un elemento del estilo de Cerro Montoso y por eso, comunes en el estilo N.º 2 del Carchi. ¡Vamos, esto sí que es canela! Cónque, los triángulos escalerados, característicos de Tiahuanaco, en su origen, son un elemento de una civilización mejicana y también se encuentran en el Carchi, cuya civilización es pretiahuanacota, con cerámica tiahuanacota, originaria del Cerro Montoso! ¿Cónque la cerámica de Cuasmal, por tener los triángulos escalerados, originó la civilización de Tiahuanaco? ¿Y los timbales?...¿Y los bohíos de tierra firme en que Cieza encontró metidos a los quillasingas? ¿Y la casa redonda que tenía don Domingo Guachagmira en Gualchán, en 1750, como se referirá después? ¿Y los indios de Juan Cuaya? Los triángulos escalerados de Tiahuanaco no sólo se perpetuaron en la cerámica, sino principalmente en las famosas ruinas que hasta hoy se encuentran junto al Titicaca.

¡Qué estado de mentalidad del Dr. Uhle, quien demuestra una supina soberbia por tener una potencialidad cerebral de raza alemana y, por ende, muy superior a los pueblos latinoamericanos, que sólo tenemos entrañas y corazón de madre!

Pero ya no haré más el coco y entraré de lleno a considerar las clasificaciones del Dr. Uhle que, dicho sea de paso, si de ellas no ha de quedar nada en la Prehistoria del Carchi; cómo estarán esas cronologías americanas que vino dejando, para texto, en la Universidad de San Marcos, de Lima! ...

El haber conservado una vasija extraída de las tumbas González Suárez, en El Angel, me ha descifrado el enigma de las clasificaciones de que me ocupo y principiaré por hacer que el lector entienda lo que el Dr. Uhle quiso decir en el numeral quinto de su antedicha clasificación.

LAMINA 5ª.

Objetos de cerámica de la región de El Angel, pertenecientes a la colección del Dr. E. Liborio Madera.—Ibarra.

(Páginas 92, 102, etc.)



Cerámica de la época de los incas, según lo dicho por Garcilazo de la Vega: "Otras naciones adorauan a losalcones por su lijereza adorauan al buho por la hermosura de sus ojos... al murciélago por la sutileza de su vista a las culebras meno es donde no las había tan grandes como en los Antis, a las lagartijas, zapos escuerosos adorauan. En fin, no hauía animal tan vil ni suzio qe. no lo tuuiesen por dios". Comentarios R-ales. (Cita de Jijón y Caamaño, 1919, Página 88).

1.—Representación de la tortuga; (la olla boca-abajo).

2.—Representación de la culebra absorbiendo un pajarito.

3 y 4.—Representaciones de armadillo o de tortuga, que no recordamos con precisión.

(1) El ejemplar de alfarería a que he hecho referencia lo remití al señor Jijón y otro ejemplar, que caracteriza al primer grupo aquí distinguido, pertenecen a la colección del señor doctor Luis F. Madera, en Ibarra.—Uno de estos grupos está representado por los objetos dados a conocer en la lámina II del Informe del doctor Uhle.

El tal grupo, caracterizado por pintura negativa en fondo rojo, no es tal grupo ni tal pintura negativa solamente, sino que son dos grupos de pintura mixta, que se los puede determinar así: un grupo de objetos barnizados con pintura roja, sobre la cual se han hecho dibujos amarillos y se ha vuelto a pintar de negro el fondo; otro grupo en que se hallan los objetos con barniz incoloro, sobre el cual se han hecho dibujos de color rojo, habiéndose vuelto a pintar de amarillo los dibujos, recubriéndose el fondo de negro. ¿Qué tiene que ver esto con lo dicho en el numeral 5.º de la clasificación del Dr. Uhle?—Nada, que es peor que si nos hubiera hablado en gabocho, háyalo o no aprendido desde su tierna infancia. (1)

Ya he dicho que el mencionado escritor se ha limitado a hacer una enumeración de varios procedimientos de pintura que caracterizan o no estilos diferentes en la cerámica del Carchi; enumeración que, ante todo, es incompleta porque faltan colores y dibujos fuera de los indicados; así, es posible señalar una finísima pintura lacre café en fondo blanco, para el interior de los platos barnizados de rojo ordinario por fuera; una finísima pintura lacre café sobre fondo blanco en el interior de platos barnizados por fuera de color blanco; objetos de esta clase se encuentran en Tulcanquer, en el Pun y en El Angel; además de estas combinaciones faltan otras que no las determino por no estar en el Carchi, en donde me bastaría uno que otro paseo por el campo, para recoger variados y preciosos cacharros. Hay también una finísima pintura café en fondo blanco que se encuentra junto con ollas trípodes de cocina, ornamentadas con anchas fajas rojas, verticales y horizontales ennegrecidas por el hollín del fuego.

Pero si así fueran las cosas, como la clasificación de que me ocupó, resultarían diez, veinte, cincuenta civilizaciones que, efectivamente, algunas de ellas son tales, pero que otras no lo

(1) El ejemplar de alfarería a que he hecho referencia lo remití al señor Jijón y otro ejemplar, que caracteriza el primer grupo aquí distinguido, pertenece a la colección del señor doctor Luis F. Madera, en Ibarra.—Uno de estos grupos está representado por los objetos dados a conocer en la lámina 11 del Informe del doctor Uhle.

son, porque no representan sino variedades de una misma. Ya lo sabía desde antes: cuando varios estilos se encuentran en una misma tumba y aún en un mismo grupo de tumbas, que vienen a representar un pueblo, no es que se hallan metidas allí varias civilizaciones sino que éstas, muy diferentes del hombre y del pueblo estudiados, han influido directa o indirectamente en su cultura. Queda, pues, anotado el defecto capital de la clasificación del Dr. Uhle, que puede sintetizarse diciendo que tal clasificación peca por haber enumerado procedimientos de alfarería que implican o no civilizaciones originarias que, por lo mismo, no nos acercan al hombre y pueblo estudiados.

El segundo defecto de esta clasificación consiste en que no es clasificación; porque, no obstante de haber hecho alarde de los círculos totemístico, exogámico-matriarcal y matriarcal libre; después de hacer tanto lujo de civilizaciones mayas y premayoides, a la hora de nona, acabamos de llegar con una enumeración de estilos que conocieron los aborígenes del Carchi tan sólo en tiempos muy posteriores. Ciertamente tales estilos y otros se encuentran en las tumbas de los pastos, pero no de los pastos, desde que habitaron en la provincia del Carchi, sino de los pastos de la última época.

Los pastos no representan una cultura originaria y con características propias, sino que, en el tiempo, adquirieron cierto grado de cultura influenciados por otras civilizaciones, especialmente del Cañar, donde recibirían influjos amazónicos y del Cuzco; por lo demás, debieron ser muy atrasados e iguales a sus progenitores los cayapas y cuayqueres, cuyo estado de salvajismo es manifiesto; anteriormente ocuparían la Provincia del Carchi los antiguos esmeraldeños. Claro es que la cerámica superior representa varios estilos, y uno de ellos ha venido desde Esmeraldas al Carchi en la época de Tuncahuán; hay otro venido por el Norte, de Colombia, pero los demás parecen manifestar procedencias del Sur. En el Carchi existieron también otras civilizaciones que convivieron con los pastos, y que, por lo mismo, tuvieron una cerámica parecida, según el tiempo de ocupación de la Provincia.

El tercer defecto de la antedicha clasificación consiste en que, como consecuencia de los defectos anotados, se trata de quitar a los pastos su cerámica y de des-

conocer el grado de desarrollo cultural que algunos de esos estilos pueden representar; los que, aunque provenientes de otras civilizaciones, pertenecen a los pastos, que se asimilaron a ellas en un medio propicio para aceptarlas.

El cuarto defecto consiste en que, por lo mismo, se ha omitido en absoluto la clasificación de los períodos o épocas en que se desarrolló la cultura de los pastos; clasificación esta última que es el alma de la prehistoria del Carchi y la que necesitamos conocer perfectamente, ya que es el objetivo de nuestro estudio. La investigación de los estilos introducidos al Carchi sería insuficiente para determinar las culturas originarias, que se deberá estudiar en los lugares de origen.

Es claro que tenemos que estudiar en el Carchi otras civilizaciones que han habitado en esta misma Provincia; mas, siguiendo el método de distinguir estilos y más estilos, independientemente de las tumbas y atribuyendo cada una de sus variedades a una civilización diferente, no se llegará jamás a rehacer la cronología de los pastos, ni menos a conocer otras civilizaciones que han coexistido con ellas o que les han precedido en la ocupación del territorio. Tal alfarería debemos buscar en los bohíos y tumbas que no tienen las mismas características de las tumbas de los pastos, precisamente para comprobar las diferencias de estilo que pudieran reconocerse. Desgraciadamente hay a veces tanta semejanza entre la cerámica de las tumbas comparadas que es muy difícil distinguir la caracterizada por los mismos estilos; no obstante, el problema no puede plantearse de otro modo, y si la cerámica acusara solamente semejanzas, habríamos de buscar las desemejanzas en la tumba y en la habitación.

Dice el Informe, en la Pág. 10, que las cinco civilizaciones del Carchi son todas de una **edad parecida**. ¿Edad parecida?—Es decir que todas las edades han pasado en una sola?—No puede ser. En civilizaciones en que las unas se suceden a las otras, ¿cuáles son las de edad parecida?—Talvez las más próximas, porque en tratándose de la idea del tiempo el Dr. Uhle se acordó del refrán que dice: «Un tiempo se parece a otro». Pero, lector, no te duermas y escu-

cha, porque el Dr. Uhle agrega que, en tratando de la relación temporal de las civilizaciones del Carchi con la de Tiahuanaco, hay que determinar las primeras como pretiahuanaqueñas, y hártate de saber que lo pretiahuanaqueño del Carchi tiene relación con el período de Tiahuanaco y que los pastenses imitaron a sus sucesores de Tiahuanaco los triángulos escalerados.

Párrafo IV

Las "notas anteriores del Profesor Grijalva"

Para que el lector pueda darse perfecta cuenta del estudio de los bohíos hecho por el Dr. Uhle y de mi impugnación, conviene transcribir, ante todo, los fragmentos que hice publicar en «El Comercio», de Quito, con fechas 22 y 23 de Marzo de 1926, a los que se ha hecho referencia en los capítulos anteriores:

«El 2 de Octubre de 1919 hicimos nuestra primera visita de exploración a la hacienda Pucará de Santo Domingo, situada en la Parroquia de Los Andes; ascendimos a la prominencia del Churo, la más alta de aquella meseta, y, en el ascenso, no encontramos ningún otro vestigio que no fuese una especie de camino bastante obscurecido por los cultivos, el cual debió haber conducido a aquella cima, a modo, efectivamente, de caracol. Hacia el lado occidental de aquella prominencia encontramos, por primera vez, los muros de dos enormes bohíos, los cuales miden 43 y 37 metros de diámetro; su espesor es tan considerable que sobre ellos se habían asentado, en un cuarto de circunferencia, cinco o más parvas de trigo de la última cosecha. Una enorme tempestad nos amenazaba y continuamos descendiendo hasta el último tercio de aquel collado, en donde encontramos otra casa redonda de 25 metros de diámetro. Estas casas tienen vista a la altura del Pichitán, así como al valle que media entre esas dos prominencias. Desde aquella casa redonda alcanzamos a distin-

guir las ruinas de un caserío aborigen, que se encuentra al pie del Churo, el cual lo hemos hecho representar en el plano adjunto.

Grande fue la emoción que experimentamos al contemplar por primera vez, un considerable grupo de bohíos, resguardados por una vieja zanja de cabuyos, junto a una dehesa destinada al servicio de las bestias de los recuantes, que van a moler trigo en el molino del Pucará. Por el Norte, Este y Sur dicha dehesa confina con tierras enteramente cultivadas y a lo ese terreno ha sido protegido, providencialmente, por el angel tutelar de la Historia.... En el centro de cada bohío se ha localizado un sepulcro de los aborígenes, y observamos que aquella costumbre de enterrar los muertos dentro de la misma habitación no podía corresponder de manera alguna a las casas redondas que los indígenas del Carehi siguieron construyendo hasta principios del siglo XIX.

El grupo que teníamos a la vista debió corresponder, por tanto, a una época anterior a aquella en que los pastos, cristianizados ya, enterraban sus muertos dentro de las iglesias o de los panteones adjuntos, y, gratuitamente, por el sólo placer de imaginar, los referimos al tiempo mismo de la Conquista para presenciar el movimiento de sus habitantes, al tener delante de sí a los capitanes Diego de Tapia, Juan de Ampudia o Pedro de Añasco, requiriendo albergue y sustento para sus fatigados compañeros y expedicionarios. Llegó, por fin, el codiciado momento de poder palpar las ruinas de una población indígena, sin aceptar otro criterio que el de la propia vista.

Sin la contemplación de esas ruinas nada nos parecía verosímil ni aceptable: ¿Habría pueblos? ¿Habría ciudades? ¿Que clase de agrupaciones sociales formaron los pastos antes y después de la Conquista de los incas? Allí encontraba, pues, una especie de parcialidad que se había agrupado junto a otros dos grandes bohíos que debieron ser las casas del respectivo cacique. ¡Oh cuántas dudas pueden disiparse y cómo pueden ser reconstruidas las colectividades indígenas del tiempo en referencia! Y qué entusiasmo no sentíamos entonces al poder visitar inmediatamente otras ruinas que teníamos la seguridad de encontrar, de medirlas y contarlas, por-

que hasta entonces creíamos que esas ruinas habían desaparecido para siempre. (1)

El croquis N.º 2 representa uno de los caseríos en la colina denominada Chitán de Navarrete, el cual ocupa la cima de aquella colina, hallándose cortado dicho caserío por un camino que lo divide de parte a parte; nosotros sólo hemos representado la que queda hacia el lado oriental. (2) El diámetro de los bohíos, así como la distancia que los separa, se hallan indicados en el croquis; la altura de los muros varía desde 10 centímetros hasta un metro cincuenta centímetros, de manera que el muro de la figura 35 mide 18 metros 50 centímetros de circunferencia, un metro sesenta centímetros de espesor y un metro 50 centímetros de altura.

En casi todos los bohíos se encuentra el vestigio de la puerta de entrada, lo cual demuestra su desorden y mala localización, ya que las puertas de los unos corresponden a la parte posterior de los otros o tienen direcciones desfavorables a las corrientes de viento. Ya Cieza de León, en sus Crónicas del Perú, se preocupa de las dimensiones de los bohíos de los caciques, y es lo que a nosotros nos ha llamado la atención, sin que acabásemos de comprender cómo podían formarse esas cubiertas para edificios de 35 a 42 metros de diámetro, las cuales debían requerir 27 metros de altura, a fin de tener declive suficiente para soportar las lluvias. El mismo Cieza nos habla de una columna o pilar colocado en el centro del edificio, lo cual no es explicable si se trata de construcciones que tenían tumba en el centro mismo de la habitación.

Calculando el volumen de tierra que forma el espesor de las ruinas de los bohíos, salta a la vista que las paredes de aquellos edificios no pudieron ser de bahareque, el cual deja tan leves huellas, que llegan a desaparecer al cabo de pocos años. Tampoco han podido ser de adobe o adobón tacado, porque para esta clase de construcciones se escoje la tierra, se la revuelve convenientemente y, aún, se la amalgama, hasta for-

(1) V. J. J. y Caamaño, Boletín de la Sociedad Estudios Históricos, No. 11, Pág. 57.

(2) V. el croquis publicado en el No. 7.395 de «El Comercio».

mar un conjunto que ofrezca consistencia, mucho más si se trata de terrenos como los de Tulcán, Huaca y Pioter. Mas, esto no ha sucedido así, porque examinados los muros, que encontramos a medio demoler en Tulcanquer y la lometa de Cañico, observamos que la tierra no se encontraba perfectamente mezclada, sino únicamente invertidas las capas del suelo que se cavaban para formar «edificios de vara en tierra»; en Pioter y otros lugares pantanosos, las paredes de los edificios demuestran haber sido formadas de tepes (chambas).

* * *

A partir del año 1919, nos ha sido posible constatar innumerables caseríos y viviendas indígenas en toda la extensión de la Provincia del Carchi, sin excluir ni los bosques ni los páramos y, entre los grupos observados, hemos podido distinguir cuatro clases de habitaciones, cuyas diferencias pueden apreciarse por su forma y por la disposición de sus respectivos sepulcros.

Primer grupo: bohíos reunidos en pequeño o considerable número y otros dispersos en los campos, para los menesteres de la agricultura. Todos estos son de forma circular y contienen dentro de ellos un sepulcro en el centro mismo de la habitación. A este tipo pertenecen los caseríos aborígenes del Churo, según el plano número primero, los del Chaquilulo, al Sur de El Angel.

Segundo grupo: bohíos reunidos en pequeño o considerable número, cerca de otros dispersos en los campos, para los menesteres de la agricultura; son así mismo de forma circular y contienen dentro de ellos varios sepulcros de sus habitantes, localizados indistintamente dentro de la habitación. A este tipo pertenecen los del Capulí, en la sección de San Gabriel; los de Chitán de Navarrete, Chitán de Queles, Pioter y talvez los de la generalidad de esta región, así como los de la Loma, en la Parroquia de la Concepción.

Tercer grupo: bohíos de forma circular, dispersos, con tendencia al enfilamiento y que no tienen tumbas dentro de las habitaciones, sino en una especie de cementerio propiamente dicho, el cual se encuentra próximo al

gobiado y se caracteriza por un conjunto de supulturas de fosa cavada, sobre el cual se ha constituido una tola. A este tipo pertenecen los bohíos agrupados en Inगतola, dehesa de la hacienda Ishpingo, en la Parroquia de El Angel.

Cuarto grupo: edificios de forma rectangular, de pequeñas y grandes dimensiones, enfilados en línea recta, en cuyos extremos se encuentran bohíos redondos. A este grupo pertenecen las ruinas de Guamialamag, junto al río Carchi, pero del lado de Colombia, en donde se hallan también otros edificios redondos y cuadrangulares.

Los edificios del segundo grupo los hemos representado en el croquis número dos; es el más común y generalizado en la Provincia del Carchi, siendo de notarse que no hemos encontrado ruinas cuadrangulares en el resto de la Provincia; al Sur del nudo de Huaca.

Penetremos ahora al interior de sus habitaciones: con frecuencia estos bohíos demuestran claramente el lugar de entrada o sea el sitio de sus puertas. Examinada la condición de los bordes derruidos, se puede notar que la superficie interior de los bohíos presenta un nivel más bajo que la superficie exterior del suelo, de lo cual es preciso deducir que los indígenas, para iniciar esas construcciones, después de trazar una circunferencia, procedían a darle un más bajo nivel al piso de la habitación, con el doble objeto de formar con aquella tierra el muro del bohío: el cual, por consiguiente, se halla semi-enterrado, para dar abrigo a la habitación, de ordinario localizada en lugares ventosos y fríos.

El croquis número tres, que hoy presentamos, demuestra en sus cuatro cortes verticales la reconstrucción de los bohíos, la cual se halla comprobada por las viviendas que hasta ahora construyen los indios de Pingulmí, en el cantón Cayambe. «Señor, me decía el Teniente Samuel Jarrín, que se encargó de levantar algunos planos que conservo, no crea usted que estos muros se hallan enteramente derruidos, están más o menos intactos y a esta altura solamente se ha levantado la cubierta; la prueba es palpable en las chozas de los indios de Pingulmí, que usted puede visitar cuando guste».

Examinada la condición de los muros de Tulcanquer, Piöter y el Caico, llegamos a convencernos de que, efectivamente, esos muros no eran sino tierra amontonada o tepes; pues, como ya hemos dicho, las capas naturales del suelo se encuentran mal mezcladas.

Vamos a prevenir una fuerte objeción, hecha por el señor Jacinto Jijón y Caamaño, en carta que nos dirigió desde de Quito, el 28 de Abril de 1921: «Si las casas del Carchi son, como ahora parece seguro, habitaciones del tipo de los tukanos, claro está que una misma casa debió ser ocupada largo tiempo, y que unas pocas constituirían una población, siendo así probable que cada uno de los grupos descubiertos por usted no equivalgan a un solo pueblo, sino a una sucesión de pueblos, que, en un mismo terreno, se sucedieron en el tiempo; esta es una hipótesis que no debe usted perder de vista, en sus estudios; una hipótesis de trabajo que le obliga a usted a proceder con más prolijidad y que puede ser fecunda en resultados».

A esto respondemos que los edificios son enemigos de las ruinas y que si en el tiempo se construyó un bohío junto a otro ya derruido, es claro que los menesteres domésticos del edificio posterior habrían impuesto a sus habitantes la necesidad de demoler las ruinas cercanas; tanto más si los muros del edificio antiguo están dificultando la entrada del edificio habitado, lo cual puede estudiarse detenidamente en nuestros planos. Es cierto también que practicando excavaciones se hiciera más luz sobre este asunto, y que de seguro se presentarían casos en que se cumplan las previsiones del señor Jijón. Hay otros motivos para suponer que, en los grupos en cuestión, no se trata de edificios construidos unos después de otros, durante un largo período de tiempo, sino de obras más o menos simultáneas: 1º, por la relativa uniformidad o grado de antigüedad que presenta el aspecto del conjunto; y 2º, por la relativa correlación que guardan esas ruinas. En efecto: en cada uno de los grupos presentados y en todos los demás que hemos conocido personalmente, se puede observar, de ordinario, dos bohíos de grandes dimensiones que tienen relación a los demás del grupo, confrontándose así la noticia del Anónimo de Quito, quien nos asegura que los caciques

hacían construir unos bohíos grandes, donde se juntaban los indios en sus fiestas y regocijos. (1)

La construcción de las paredes de los bohíos deben haberse adecuado a las circunstancias de cada localidad, siendo de piedra, como las ruinas que se dice existen en Quilque, territorio de los pima-pireños; ya hemos visto también que pueden haber sido de tepes, y, por fin, de bahareque, como los que refieren Ponce de León y el Anónimo de Quito, para los indios del Corregimiento de Otavalo y del Distrito de la Real Audiencia de Quito, respectivamente.

El cultivo de los campos ha hecho que vayan desapareciendo las ruinas de los edificios de los aborígenes, a medida que se ha extendido por el suelo y ha ido penetrando en él la reja del labrador, dejando solamente constatables sus sepulcros al cateo de la barra, por la perforación de las capas geológicas; mas, es seguro que al segundo de los grupos anteriormente enumerados pertenece la generalidad de las tumbas excavadas en El Angel, Huaca, San Gabriel, Chiles, Taques, Potosí y demás lugares de las Provincias del Carchi, Túquerres y Obando.

Al encontrar lo que hasta ahora se ha creído solamente un cementerio, cuyas tumbas se han agrupado no por ser cementerio, sino porque los muertos eran enterrados dentro de sus propias habitaciones, estamos en el caso de reconocer, ante todo, la localización de un antiguo pueblo y la mayor o menor dispersión de sus edificios, su mayor o menor número; en fin, debemos estudiar primeramente el caserío, para estudiar después el pueblo allí sepultado. Por tanto, si los pastos no eran antropófagos, como Cieza de León advierte cuidadosamente, no sabemos donde podrían enterrar a los forasteros o a los muertos en el combate.

Para comparar lo observado sobre el terreno, a modo de resumen, copiaremos aquí lo dicho por el Anónimo de Quito

(1) La Ciudad de San Francisco de Quito. Relaciones Geográficas de Indias, tomo 30., Pág. 94.

acerca de los edificios de que tratamos: «En tierra fría hacen otros bohíos de vara en tierra, redondos, cubiertos de paja hasta el suelo, poco más altos que el estado de hombre». «Las casas que hacen los señores Caciques es un buyo grande como iglesia y este es en donde hacen presencia y donde se juntan a beber». «Las paredes de los bohíos grandes son de tapia y los otros de bahareque». «Para otras casas mayores y para las de los Caciques y Capitanes traen los indios la madera que es menester, y si es viga gruesa van de cada Capitán tantos indios sujetos al Cacique para quien es, repartiéndolos conforme a los que tiene cada Capitán». (1)

El tipo indicado para el tercer grupo lo hemos encontrado solamente en Ingatola, altura en el descenso al río Tuscuzaza, al Sur de la población de El Angel. Los objetos de cerámica y utensilios domésticos no difieren notablemente de los usados por las gentes del grupo anterior: ollas, trípodes para cocinar, silbatos pequeños finamente barnizados y pintados en rojo, amarillo y negro, para colgar del cuello; silbatos de grandes dimensiones, de barro negro o amarillo, sin barniz; botijuelas (tinacos) pintadas y una variedad de ollas, platos, etc., etc., de forma rudimentaria y sin pulimentación; hachas de piedra fina, chaquiras, cuentas de hueso, argollas de cobre sin soldadura. Tales son los objetos que se encuentran en las casas y en el cementerio en referencia.

No sabemos qué gentes eran estas, pero los objetos de cerámica son semejantes a los de la época de Tuncahuán.

Estas mismas gentes tenían el hogar localizado en el centro de sus habitaciones; consiste en tres fosas redondas, de pequeña profundidad, enteramente juntas y a donde debía entrar la mujer por una especie de grada que conduce al centro de las mismas. En una de ellas hallamos ollas trípodes, eunegrecidas por el carbón, donde debió estar la fogata; y, las otras dos, probablemente eran despensario; la una, para tener a mano los utensilios adecuados para la preparación de los alimentos, y la otra para depositar los comestibles que debían aderezarse.

(1) Relaciones Geográficas de Indias, Tomo 30., Pág. 84.

En el bohío por nosotros excavado se encontró dispersos en la superficie antigua de la habitación varios objetos de cerámica, que debieron quedar dispersos.

El cuarto grupo está constituido por ruinas de casas en forma cuadrangular enfiladas en línea recta, siendo de notar especialmente la considerable altura de los muros, un metro y medio más o menos, así como también la regularidad de su forma. A uno y otro extremo de los edificios cuadrangulares se notan enfilados también algunos bohíos redondos.

Este tipo de ruinas lo encontramos en Guamialamag, junto al lugar denominado "El Campamento de Cuaspu". El grupo está constituido por 23 edificios, más o menos, colocados a lo largo de la antedicha llanura, siguiendo la dirección del río Carchi; más abajo y en dirección transversal se encuentran huellas ostensibles de un camino de a pie (chaquiñán), de un metro de ancho más o menos, el que, por sus extremidades, indica una dirección que va de los páramos de El Angel a Mayasquer.

Junto a este camino se hallan también enfiladas y dispersas las ruinas de otros edificios cuadrangulares, que a primera vista presentan formas redondeadas, a causa de la pequeña altura de los muros en un terreno pantanoso, donde los ganados han estropeado las esquinas.

No pudimos practicar allí excavación alguna y, a la simple vista, atribuímos esas ruinas al tiempo de los incas, quienes tendrían a su servicio gentes aborígenes, explicándose así los adjuntos bohíos. Este tipo de ruinas se encuentran, además de los lugares indicados, en varios otros de la misma región.

Párrafo V

LAMINA VII

El estudio de los bohíos por el Dr. Uhle
Ruinas del adoratorio de Machupichu (Perú)

(Página 17)



Tales ruinas se las representa en este lugar para dar una idea de la arquitectura reconocidamente de los incas a los lectores no familiarizados con esta clase de construcciones y para que sirvan de referencia a las que puedan encontrarse en nuestro País.

El muro izquierdo, que demuestra cinco ventanillos pequeños, es muy semejante al que se conservaba en Caranqui tras el ápside de la Iglesia parroquial, hacia el lado izquierdo de la calle que lo separaba de aquella, sólo que este último no era de piedra sino de tierra.

En el libro por el que se conoce es de LA MINA VII
en la que se refieren las antigüedades de Machupichu (Perú)

de esas de sentir y el (Págs. 107 y 108)
de esas de sentir y el (Págs. 107 y 108)



de esas de sentir y el (Págs. 107 y 108)
de esas de sentir y el (Págs. 107 y 108)

de esas de sentir y el (Págs. 107 y 108)
de esas de sentir y el (Págs. 107 y 108)

Párrafo V

El estudio de los bohíos por el Dr. Uhle

Dice el Dr. Uhle que los bohíos de tierra, generalmente redondos, son hasta ahora una particularidad de la Provincia del Carchi. Al principiar el Informe nos dijo que el conocimiento de los bohíos en la tierra de los pastos, no era nuevo y que Cieza de León daba cuenta de ellos. Ahora, pues, yo le diré que no son una particularidad de la Provincia del Carchi, ni de toda la Provincia de los Pastos, ni de la antigua Provincia de Pasto, sino de todo el antiguo Cauca y muchos otros lugares de Colombia central y occidental, porque también Cieza de León nos habla de ellos en sus Crónicas.

Siguiendo lo dicho en mi publicación anterior, el Dr. Uhle agrega en la página 14, que aún en el Carchi mismo se han perdido a veces, por el cultivo de los campos y que en lo demás del territorio ecuatoriano faltan sus vestigios, ya que, probablemente, nunca han existido. Esto se llama acumular datos incoherentes y contradictorios, porque si lo que él llama la primera civilización del Carchi, o sea la de Cuasmal, tiene mucho que ver con la primera civilización azuaya (Informe, página 11), mucho más lo tendrá con la de Cumbayá y es claro que las ramificaciones indígenas últimamente indicadas deben haber tenido también costumbres semejantes y, por lo mismo, deben haber vivido en bohíos. Así son las semejanzas, los paralelismos y todo ese menjurge de relaciones que él establece en los hermosos grupos de civilizaciones imaginarias; semejanzas que se desvanecen cuando se trata de comprobarlas, tomando antecedentes y referencias por él mismo suministrados.

Y aquí se trata de una sugerencia, de una inducción y una generalización de que más me precie; cuando, al hablar de las tumbas de El Angel, de Puchués y de otros lugares, pude afirmar que tales tumbas corresponden a las de los bohíos y que, por consiguiente, en esos panteones, impropriamente dichos, y en la generalidad de los que se encuentran en el Carchi, debemos ver la localización de las agrupaciones sociales de esos aborígenes. Y de propósito generalicé e induje refiriéndome al Carchi solamente, para dejar que el lector medite y examine esa misma generalización, en

cuanto se refiere a tumbas iguales o semejantes de Imbabura y demás lugares del Ecuador.

Ahora viene lo gordo, cuando el Dr. Uhle, en la página 17 del Informe, habla de viviendas diferentes encontradas en el Carchi y dice: «Su carácter general (el de los bohíos) sería aún más uniforme, si no en pequeño número se hubiesen encontrado también en otras partes algunos de **circunferencia cuadrangular**», siendo los bohíos una particularidad de la Provincia del Carchi. ¿Ves, lector, cómo el Dr. Uhle vino a Cuasamal a encontrar la cuadratura del círculo? Y ahora que diga si todas las noticias publicadas antes de su estudio, no son sino un simple registro de ruinas y que sólo los trabajos de él son propiamente tales y la última palabra de la Arqueología.

Pasa en seguida a citar las viviendas cuadrangulares que yo encontré en Guamialmag, junto al Carchi; las relaciona en un santiamén a las que vió en Piartal (no Pialter, por si acaso emprenda en investigaciones lingüísticas) y concluye rectificándome, por haberlas atribuído a los incas, lo cual no es cierto; lo que yo dije es lo siguiente: «No pudimos practicar allí excavación alguna, y, a la simple vista, atribuímos esas ruinas al tiempo de los incas, quienes tendrían a su servicio gentes aborígenes, explicándose así los adjuntos bohíos». Como se ve, no se trata sino de completar una interpretación por medio de una conjetura, por eso se dice allí: «a la simple vista», «no hicimos excavaciones». Conjeturar, sospechar, no es lo mismo que afirmar o que atribuir, en virtud de un conocimiento cierto. De otra parte, menos derecho tiene el Dr. Uhle para interpretarlas por la mera enunciación que yo hice de ellas, y mucho más si, como él afirma, no se puede interpretar ruinas sino en virtud del resultado de las respectivas excavaciones.

Siguiendo al Profesor Schmidt, de Viena, nos cuenta que han existido viviendas cuadrangulares, desde una remota antigüedad; debí precisar más la forma y decir rectangulares, notablemente grandes, y que, por las proporciones y medidas que les cronistas dan de las casas de los incas, barrunté que podían pertenecer a ellos. (1) Cercanas, en grupos o aislados y

(1) Habían mandado a edificar (los incas) en los cerros más altos y lugares cómodos, según la calidad y disposición de las provincias, muchas casas *en renglera* y juntas unas con otras, muy grandes, y éstas eran los depósitos de todas las cosas de provisión que había en todo el Reino, que ninguna cosa faltaba. Las Casas «De las Antiguas Gentes del Perú», Pág. 37.

proporcionales en sus dimensiones a los bohíos, ví otras ruinas de edificios cuadrangulares en Guamialamag, y de este dato sí puede aprovechar el Dr. Uhle, pero distinguiendo las ruinas de que dí cuenta en 1926.

Párrafo VI

La construcción de los bohíos

Tomando por base lo que yo escribí en cuanto a esta materia, entra el Dr. Uhle a examinarla y principia por rectificar lo que dije, fundándose en la autoridad de los cronistas, en cuanto a que los bohíos han sido construcciones «de vara en tierra». Ciertamente no me cuidé de limitar este concepto que no es aplicable a todos los bohíos; pues, muchos de ellos, a la simple vista se puede apreciar que no son de plano enterrado; en esto tiene razón, mas, las paredes de los bohíos no son paredes de mano ni mucho menos.

Dice el Dr. Uhle que en la superficie interior de los bohíos se encuentra, de ordinario, vestigios en forma de un agujero o de un montón de tierra o de ambas cosas juntas, que estorban la superficie en el centro de los bohíos; tales vestigios, no son sino cateos de barra que se han practicado en nuestro tiempo, en busca de sepulturas. Este mismo antecedente ha debido tener en cuenta para comprender que los campesinos buscan las tumbas en el centro y que sí hay tumbas centrales, en cierta clase de bohíos. Al hablar de éstos, buen cuidado tuve de indicar los lugares en que los encontré y dije: un grupo, en el potrero del Molino del Pucará, al pie del Churo; posiblemente un grupo, en el Chaquilulo, al Sur de El Angel. (1) El grupo del Churo había sido excavado to-

(1) Digo *posiblemente*, porque sólo hice excavar una tumba en el centro de una habitación señalada con la letra A, según se demuestra en el plano correspondiente.

talmente, no era posible conocer esa cerámica; pero esta misma excavación me dió sobrado fundamento para afirmar que tales bohíos se caracterizaban por una tumba central, y, así no tengo más que replicarle que los visite y publique su resultado en el Capítulo adicional.

En la página 22 del Informe, dice que es excéntrica la posición de los bohíos grandes del Churo, de que yo dí cuenta en 1926, y, aunque esta proposición puede interpretarse en dos sentidos, le diré que no los he relacionado con el conjunto del potrero del Molino, sino que me limité a dar cuenta de ellos, por sus dimensiones extraordinarias y porque en el plano superior de esos muros ví que se habían localizado varias parvas grandes de trigo, y, no obstante de que esos terrenos se cultivan con arados modernos, no se ha tentado aplanarlos y durarán así por mucho tiempo.

El Dr. Uhle me ha dado el honor de reproducir mi clasificación de los bohíos y someterla a la consideración de los científicos, aunque impugnada desde el primer momento y tachada de arbitraria, porque «en ninguna parte de la Provincia del Carchi se presentan esos tipos tan precisos y separados unos de otros». Afortunadamente allí están en el Informe indicados los lugares que el Dr. Uhle visitó en la Provincia del Carchi: Cuasmal, Piartal, Hualchán, el potrero de San Antonio y Muñozacha; no he sabido que sólo estos lugares constituyan toda la Provincia del Carchi.

El mismo Dr. Uhle reconoce que mi trabajo, presentado en el párrafo que antecede, es fragmentario, y, por esto, en la parte publicada no fue posible presentar algo más completa mi clasificación, porque habría sido necesario rehacerla; pues, desde el punto de vista de viviendas indígenas, se enumera tres especies, que son: tolas, bohíos y edificios cuadrangulares. Del grupo bohíos resultan las siguientes construcciones: casas redondas con una sepultura central, localizada dentro de la habitación; casas redondas con dos o más sepulturas en su interior; casas redondas sin sepultura en su interior, pero con un panteón junto a ellas, recubierto con una tola; aquí podría agregar la siguiente clase o especie, que me

pareció innecesaria: casas redondas sin tumbas en su interior y sin un panteón próximo, por haber sido enterrados los muertos en una iglesia. (1)

De las dos primeras clases de bohíos, dije que estos se encuentran dispersos o formando grupos; que la tercera se hallaba, no dispersa, sino en grupos con tendencia al enfilamiento, detalle este último que talvez puede no caracterizarlos.

De la segunda clase de bohíos, dije que eran los más comunes y numerosos en la Provincia del Carchi, y en mi segundo telegrama del 11 de Marzo de 1926 volví a repetir que los bohíos de Cuasmal eran del tipo más común en toda la Provincia; pero no cité los tipos del Churo, Chaquilulo e Ingatola, porque de ellos hablaba en la publicación que desde entonces me propuse enviar a «El Comercio».

«En caso de que hubiera habido diferencias» (hubiera habido, es decir que pudo haberlas, pero que no las habrá, desde que se escribió el Informe). Cambiemos la redacción: «en caso de que hubiera diferencias de tipo entre los bohíos, esas deberían basarse en resultados de excavaciones.—Muy bien; mas, ¿por qué afirmó en su telegrama desde Ibarra que la civilización de los bohíos es una sola?»

Por resultados de excavaciones entiendo yo las conclusiones que el investigador puede sacar, no sólo de las comparaciones de la Cerámica, sino del estudio de las tumbas, en relación a las viviendas de las personas allí sepultadas, y el estudio de aquellas ruinas me ha sugerido tal clasificación, desde el punto de vista de las viviendas; ahora, pues, si mi clasificación es mala, al Dr. Uhle le toca rehacerla, así sea en el Capítulo adicional.

(1) Es posible que hayan vestigios de bohíos aborígenes sin tumba dentro de la habitación; pero mientras no se constate estratigráficamente tales bohíos, hay que presumir que los existentes pertenecen a la época colonial. El Dr. Uhle ha encontrado en estos bohíos fragmentos de cerámica que corresponde a los pastos, según las indicaciones de la pintura.

El antecedente de que la Conquista española determina el tiempo final de la costumbre de enterrar los muertos dentro de sus propias casas es importantísimo, porque los bohíos han venido construyéndose hasta nuestro tiempo, y todo investigador necesita un punto de partida para deslindar las construcciones coloniales de las construcciones precoloniales, ya que tendrá que seguir de lo conocido a lo desconocido.

Pero el Dr. Uhle vuelve a insistir en que para averiguar si los bohíos forman un solo grupo, o grupos diferentes, es necesario hacer excavaciones en varios lugares de la Provincia; así debía haber hecho cuanto antes, para no negar lo que él no vió en Cuasmal ni en Puchués. Pero ni debería proponerse ahondar en este asunto, porque va a echar a perder su trabajo, desde que pisó el muelle del Callao; pues, si los bohíos forman un solo grupo, pertenecen a una sola civilización y todas sus clasificaciones de cerámica quedan anuladas; pero, no es así, hay diferentes clases de bohíos y esas diferencias implican, ante todo, diferencias de tiempo, de costumbres y, por lo mismo, de procedencia, dentro de un mismo período de tiempo o, por lo menos, de una misma época. Y note el lector que, en el modo de plantear este problema, pese a los extensos conocimientos de Cerámica que se atribuye, deja entrever su «confusa apreciación de la significación histórica de los problemas que apenas acierta a enunciar».

Mas, si como yo creo, hay diferencias en las tumbas y en su localización correspondiente a los bohíos de la Provincia de los Pastos, es necesario concluir que ha habido en el Carchi diferentes ramificaciones indígenas, tantas cuantas son las tumbas clasificadas; entonces las diferencias que acuse la Cerámica representarán sus cualidades características y las semejanzas que se pudiera encontrar indicarán las cualidades comunes y las relaciones habidas de las unas con las otras, el modo como se sucedieron en el tiempo y, en una palabra, las condiciones fundamentales en que se desarrolló su historia.

¿Quiénes eran los que habitaron en la Provincia de los Pastos, al tiempo de la Conquista española? Cieza de León, conquistador y compañero de Benalcázar, (1)

(1) Cieza acompañó a Benalcázar en la campaña del virrey Blasco Núñez de Vela contra Gonzalo Pizarro, en la expedición de Pasto sobre Quito.

responde que eran los pastos, indios «de ruines cataduras y peores gestos, así ellos como sus mujeres, y muy sucios todos; gentes simples y de poca malicia»; «sucios, desvergonzados y tenidos en muy poca estima por sus comarcanos», dice también, pero a él no se le ocurre decir que era gente advenediza, como los incas, de cuyo advenimiento tuvo conocimiento perfecto; no obstante, viendo en el territorio de Pasto, como vió en el de los pastos las ruinas de los bohíos, no dijo de ellas lo que dijo de las de Tiahuanaco, que eran de una incalculable antigüedad; por el contrario, él que estaba viendo los edificios de los pastos y de Pasto, llegó a creer que esas ruinas eran de la misma clase de los bohíos habitados.

Es claro que todo ese hacinamiento de ruinas no podía pertenecer a una generación anterior únicamente, si no que se habían venido produciendo en el tiempo y con una antigüedad indeterminada, que toca a la Arqueología precisar; entonces, repito, debemos principiar por conocer cuales son los bohíos de la misma clase de los que Cieza encontró habitados y todos estos tenemos que referir a los antiguos pastos; mas, como no hay diferencias ostensibles entre bohíos y bohíos, es claro que Cieza se refirió a todos ellos, del mismo modo que procedieron Verneau y Rivet cuando visitaron la Parroquia de Huaca. ¿No hay otra clase de bohíos?—Sí las hay, las cuatro clases que he indicado anteriormente; por desgracia esta clasificación es provisional y es posible que todavía pueda haber diferencias entre bohíos de sepulturas múltiples, en cuyo caso se llegaría a establecer subdivisiones que habrá que deslindar posteriormente.

En esta clase de tumbas las diferencias que puede acusar la Cerámica no podrían indicar sino el desarrollo gradual de una misma ramificación indígena o el influjo que, por diferentes causas, ha podido recibir de otras ramificaciones; y ni esto es únicamente lo que sucede en el Carchi, en donde, no sólo hay algunas diferencias en las tumbas de los bohíos, sino que hay otra clase de tumbas, como son las tolas de varias clases, los pondones y algunas otras; en cuyo caso, las gentes de estas otras sepulturas deben ser mucho más diferentes todavía.

Este es el equipo que debe llevar el arqueólogo que trate de visitar el Carchi; en llegando a Cuasmal y haciendo excavaciones encontrará que su cerámica es

pobre, como lo han sido sus dueños, pero que el «estilo superior» anda mezclado con «el inferior»; que hay ocarinas del último período de ocupación de las tolas viviendas de Imbabura, timbales del Cuzco, pintura roja en fondo claro, blanco o amarillento, del siglo XVI; dibujos del mismo color, pero más lineales, de *idem*; representaciones plásticas *per idem*, y no tienen más, por... su pobreza; porque no supieron defender su tierra en tiempo oportuno, porque estaban tan ligados a ella que, en vez de abandonarla e ir a encontrar su sepulcro en los bosques, prefirieron agachar la cerviz y aceptar el yugo.

Con el criterio anterior, quedan a salvo los derechos de todos, menos las clasificaciones del Dr. Uhle: a salvo las clasificaciones del señor Jijón, a salvo las Crónicas de Cieza y sus apreciaciones acerca de los bohíos; a salvo, los timbales encontrados por Heredia en Cuasmal; a salvo, la religión del tigre y el venado de que dan cuenta los cronistas y que se halla representada en algunos de los tipos de las civilizaciones del Dr. Uhle; a salvo las vicisitudes de pobreza y riqueza de los pueblos en el tiempo; a salvo, las desigualdades de fortuna en el lugar; a salvo la vasija del Dr. Uhle remendada con cabuya y las encontradas en El Angel y Paja Blanca; a salvo, el derecho de los pastos de representar, si no el mejor grado de perfeccionamiento respecto de sus antepasados, al menos el mayor influjo de civilizaciones mejores; a salvo la decadencia de los pastos a raíz de la Conquista española, y, por fin, a salvo, los derechos diferenciales de los que vivían en tolas, de los que se sepultaban en tolas, de los que vivían en casas cuadrangulares, de los que se enterraban en urnas funerarias, de los que dizque se encuentran en una especie de sótanos, a manera de socabones, en la misma Provincia.

«También el Profesor Grijalva cree haber tenido resultados en excavaciones», dice el Dr. Uhle, y agrega que no me acompañó, en esta tarea, «una distinción suficiente del valor cronológico de diferentes estilos». En cuanto a esto, debo decir que, si me propusiera clasificar los estilos y relacionarlos en el tiempo, no lo haría tan mal como el Dr. Uhle, porque me bastaría hojear el Album Arqueológico del señor González Suárez (1910) y fijarme que en la edad de oro de El Angel, andan revueltas en el estilo superior

algunas civilizaciones del Dr. Uhle, en un solo y mismo pueblo, y que nunca en el Carchi se han encontrado todos esos estilos separadamente ¡quién! cuando ni en Cuasmal se hallaba independiente la civilización N.º 1, si no que allí estaban revueltos, como los halló en Puchués, Muñosacha, etc., etc. El Dr. Uhle debe tener en cuenta que las diferencias de estilo no sólo implican diferencias de civilización, sino muchas veces solamente «divisiones geográficas» y que para que las diferencias de estilo prueben lo primero, es necesario estar seguro de que tales estilos no puedan encontrarse en una misma tumba o por lo menos en un mismo pueblo.

Después referiré que hay de verdad en eso de las botijas y platos de las clasificaciones de los huaqueros, así como en la cerámica de las tumbas donde se encuentra oro y otras civilizaciones diferentes.

«La presencia o falta de sepulturas en el interior de los bohíos, no implica ninguna diferencia clara en la civilización de sus habitantes antiguos». Complete el lector todo el acápite de la página 26, ponga la mano en su pecho y diga si tengo razón de referir algunas de las cinco hermosas civilizaciones del Dr. Uhle a los pastos del siglo XVI, porque si se encuentran vestigios de aquella cerámica aún en bohíos que no tienen sepultura en su interior, es porque sus dueños fueron enterrados en las iglesias, después de 1535; pues, de otro modo, no se explica que gentes de una misma cerámica, hubieran tenido diferentes costumbres, con más diferencias que si se tratara de diferentes estilos; mas, lo que ha sucedido en Gualchán, cuando encontró los objetos pertenecientes a lo que el Dr. Uhle cree ser de los hallados en Cuasmal, es que en la inmediata vecindad del bohío donde encontró los objetos hubo otro que ya había desaparecido; así como el que quedaba, bien prueba que, por no haber habido tumba, sus dueños fueron ya cristianos; pues, esas ruinas debieron pertenecer a la familia Guachagmira, que tuvo allí sus casas redondas hasta después del año 1740, y es claro que estos indígenas no se enterraron en sus casas porque fueron católicos, apostólicos y romanos, según la profesión de fe que consta en el testamento de don Domingo.

Con la proposición de Cieza, transcrita en el acápite siguiente de la página 26, lo que se prueba es que los indígenas

del valle del Cauca enterraban a los muertos dentro de sus propias habitaciones, pero no lo que el Dr. Uhle cree haber observado en Gualchán, y si no, lo volveremos a transcribir aquí: «dentro de sus casas entierran, después de muertos, a sus difuntos». Aquí no dice Cieza que los indígenas del valle del Cauca unas veces entierran a sus difuntos en sus casas y que otras veces no los entierran dentro de ellas, ni menos que los objetos de cerámica se encuentran enterrados en los alrededores de los bohíos y fuera de las tumbas de sus dueños. Todo esto no tiene otro propósito que borrar el punto de partida de la época colonial, para poder colinear sus civilizaciones cerca de las estrellas.

Y luego, ¿por qué cita el Dr. Uhle a Cieza y a los demás cronistas castellanos del siglo XVI, cada y cuando más le viene en gana, si los bohíos que va estudiando son de la época pretiahuaqueña! Mal hecho, muy mal hecho de confundir, no sólo estilos diferentes, sino hasta las hermosas civilizaciones, así como lo confunde a Cieza y le hace decir cosas que no ha dicho el Príncipe de los cronistas castellanos del siglo XVI. ¡Qué horror citar a Cieza, para confirmar cosas que se dicen ocurridas antes de la civilización «pretiahuaqueña»!

Párrafo VII

Estudio de las tumbas que se encuentran en los bohíos.

Ciertamente las tumbas de un panteón, impropriamente dicho, en donde ya no se encuentra ruinas de bohíos, presentan caracteres semejantes, entre las que forman el conjunto; cierta uniformidad en el diámetro de las tumbas, en general, y cierta proporcionalidad al mayor diámetro de las tumbas de los jefes de familia y, aún más, al de las que corresponden a los caciques; de ordinario, la mayor importancia del sepultado está a medida de la profundidad y el diáme-

LAMINA VIII

La Torre de los incas en el Puno (Perú)

(Página 127)



Referencia para el estudio de las sepulturas en el tiempo de los incas en el Ecuador.

Ya hemos dicho también que los panteones incaicos se hallaban encerrados entre muros circulares, como refiere el P. Las Casas en su obra "Las Antiguas Gentes del Perú".

tro de la sepultura, según el conjunto; lo cual, implica mayor número de sepultados y mayor número de objetos que constituyen el ajuar del muerto.

En las tumbas y conjuntos diseminados en la Provincia del Carchi, las dimensiones de diámetro y profundidad, aunque semejantes y proporcionales en el conjunto, son muy variables las de unos respecto de otros, y es cosa de admirar que, en Cuasmal, las sepulturas más profundas midan sólo tres metros 70 centímetros, estando localizadas en un terreno humífero y arenoso, en tanto que, en la Paz, antiguo Píalarquer, las sepulturas, aunque también angostas, son más profundas, no obstante de haber sido abiertas en un terreno de pura y durísima cangahua. La profundidad de las tumbas de Cuasmal corresponde al período incásico, como puede apreciarse por las excavaciones del señor Jijón en Ichimbía. (1)

La disposición de las sepulturas es bastante desordenada y su número, tan variable, que a veces se puede notar, como observé en el grupo de las clásicas sepulturas de El Angel (que las seguiré llamando González Suárez), que hay superposiciones, es decir tumbas que se han cavado en el diámetro de las tumbas anteriores y que han venido a formar, geométricamente hablando, cilindros tangenciales o secantes, siendo las tumbas superpuestas más angostas y de menor profundidad. Supe que cierta vez se llenó de agua el interior de un bohío, y, al día siguiente, cuando toda el agua había sido absorbida en el terreno, se pudo notar que la tierra perforada de las tumbas se había asentado más, a punto de que en la superficie se podía apreciar las hendiduras que claramente demostraban el diámetro y disposición de las bocas de las tumbas; las que, por mera coincidencia, estaban localizadas a la manera de una flor que representara su cáliz en el centro y sus simétricos pétalos en contorno. Pero hay más todavía: aunque de ordinario, las tumbas son cilíndricas y verticales, hay algunas oblicuas y, otras, curvas que van a encontrar el fondo de otra tumba, a la manera de una letra V o de una U. Estas formas las he observado en el potrero de Membrillo, al Sur de El Angel, en la época de Tuncahuán.

(1) V. su obra «Un Cementerio Incásico en Quito», etc. (V. además el apéndice, Nota N.º 1).

Casi siempre las tumbas de los adultos tienen uno o más sótanos o cuevas, que el Dr. Uhle llama bolsas, y no es cierto que siempre estén localizadas al Oriente, si no en varias direcciones; cuando los huaqueros catean una cueva hacia el Oriente, creen que van a encontrar oro; pero, si así fuera, ya el Dr. Uhle no tendría donde guardarlo.

Las tumbas de esta clase de bohíos son las más comunes en el Carchi desde la región del Pun y en los terrenos habitables de esa Parróquia, en Huaca, en Cuasmal, Tuquer, Rumi-chaca se extienden en toda esa comarca, inclusive San Gabriel y Alor, hasta tocar en la Parroquia de Pimampiro; se los encuentra asimismo hacia el Sur del Nudo de Huaca, en todas las parroquias, hasta la Concepción y Mayasquer, por el lado Occidental; al Norte del Nudo de Huaca, también los hay; pero me han parecido menos abundantes y, en esta sección empiezan a hacerse frecuentes las ruinas cuadrangulares.

Es cosa digna de notar que en los terrenos sometidos a la acción del regadío, los huesos de los muertos van destruyéndose por momentos y carcomiéndose la superficie barnizada de los objetos de cerámica. Así sucederá en Puchués, en breve tiempo; después, no habrá huesos y todos los objetos de barro estarán inutilizados, sólo el oro se conservará; en vez de mantener el regadío constante, con propósitos de ganadería, lo razonable fuera hacer excavar, todas esas tumbas, de una manera científica y provechosa.

Pero volveré a entenderme con el Dr. Uhle, quien dice que los objetos que acompañan a los muertos en sus tumbas, son de dos clases: de cerámica superior y vasos de tipo muy ordinario, de técnica primitiva y sin pintura. Muy bien, pero téngase en cuenta lo que a continuación agrega:

«Las dos clases de objetos, dice, se hallan mezclados en las sepulturas, cuando los hay, porque en otros casos no se los encuentra. Esto no quiere decir que las gentes a que pertenecieron tales tumbas no hubieran conocido la cerámica de su tiempo, sino que fueron muy pobres e infelices, y, así, hay que colegir que, como andaban mezclados los objetos de estilo superior e inferior, andaban mezcladas también algunas de las civilizaciones del Dr. Uhle en esta clase de bohíos.

«Esto parece probar que la civilización misma era mezclada», continúa el Dr. Uhle (V. Informe, Pág. 28). No sólo que parece, sino que así es en verdad, porque tantas diferencias de estilo bien demuestran que las gentes que poseyeron esa cerámica manifiestan una relativa cultura, resultante de muchas otras; mas, ¿hasta qué punto es provechosa tal noticia? Esto es lo que conviene precisar de alguna manera, porque, de otro modo, resulta cosa inservible y está por demás decirlo.

Las variedades y diferencias de estilo pueden provenir:

1º.—De la variedad de artífices, de una misma civilización y de un mismo tiempo;

2º.—De las variedades de civilización y de artífices de un mismo tiempo;

3º.—De las diferencias de civilización de varios tiempos;

4º.—De diferencias de civilización de varios lugares y del mismo tiempo;

5º.—De las diferencias de civilizaciones de varios lugares en diferentes tiempos, etc.

A todo esto y mucho más tiene que atender la Cerámica, al establecer sus clasificaciones, además de considerar lo que queda dicho con relación al material, a la técnica, a la pintura, a la plástica, etc., etc. Por eso le tengo miedo a la Cerámica y sus conclusiones las acepto con mucho recelo, porque la falta de exactitud en el mínimo detalle y la falta de auxilio de otras consideraciones en el campo mismo de la Arqueología, todo lo echa a perder y el resultado es ilusorio.

Si por lo que conozco de la cerámica, entre Pasto y el Cuzco, me propusiera hacer clasificaciones, por más diferencias de estilo que encontrara, no podría aprovecharlas, por sí solas, ya que necesitaría averiguar cuáles y cuántos estilos se encuentran en un mismo conjunto de tumbras para poder afirmar, mediante la comparación de los estilos, respecto de dos o más conjuntos, cuáles representan pe-

ríodos y épocas y cómo cada uno de ellos, ha mezclado sus características en los pueblos y tiempos posteriores. Pero nada de esto me autorizaría para concluir que una civilización ha predominado respecto de otra, tan sólo por el número de objetos que la representan; pues, me imagino que basta encontrar un timbal entre muchos otros objetos para convencerme de que esa es la civilización que predominó en su tiempo. (V. Informe, Pág. 28).

¿Hasta qué punto puede hablarse de la imitación de vasos, entre dos civilizaciones si, en el tiempo, no son los unos y los otros sino imitaciones que vienen sucediéndose indefinidamente?

«La impresión es de una raza de carácter más primitivo, alcanzada y de cierta manera subyugada por una advenediza, de civilización avanzada» (Informe, Pág. id.). Esto es lo que digo yo, que la cerámica de Cuasmal es la de los pastos, trabajada en tiempo de los incas, con formas propias a veces, pero imitando las decoraciones del Cuzco, si acaso algunos de esos objetos no han venido desde allá, como una olla semejante a la representada en el N.º 1 de la lámina 14, que la encontró Aparicio Mier, en Puchués, y la regaló al señor Julio Martínez Acosta, quien, a su vez, la obsequió al Colegio «Bolívar» de Tulcán. Esa olla tiene el cuello un poco más levantado y menos salientes las protuberancias que demuestra la del Informe, pero con una pintura idéntica a la del timbal de que antes he dado noticia.

Pero si en lo dicho no estoy en lo justo, el Dr. Uhle, no me podrá negar que sus ocarinas de la lámina 6 y, por consiguiente las de Verneau y Rivet por él citadas, si acaso son iguales, pertenecen también a la civilización de los bohíos de paredes firmes de tierra y que, por lo mismo, ya pudo haberlos contado que la civilización N.º 1 del Carehí, entre sus objetos de cerámica superior, demuestra a su vez civilizaciones Pre...mitológicas, porque si la primera civilización de Cuasmal es pretiahuaqueña, es claro que las ocarinas acusan otra civilización mucho más antigua, siendo una lástima que Cien León haya errado tan lamentable-

LAMINA IX

Parte superior de la Puerta del Sol en Tiahuanaco, Rep. de Bolivia,

(Pág. 131).



Referencia para el estudio de la civilización de Tiahuanaco

¿La civilización de Tiahuanaco N°. 1°. vino en su prístino salvajismo desde Centro-América a Cnasmal, y en este mismo estado avanzó a Tiahuanaco, para progresar solamente allá de un modo tan sorprendente, o fue el trasplante de una cultura adquirida en el lugar de origen, que evolucionó regresivamente en la civilización de los incas?

El grado de cultura que un pueblo ha conseguido ni es obra exclusiva del mismo pueblo ni se debe unicamente a sus esfuerzos, sino que se han sumado los esfuerzos de otros tiempos y otros pueblos en escala gradual. Que Uhle nos demuestre cómo América fue un medio propicio para el desarrollo de espléndidas culturas, todas las cuales desaparecieron con el transcurso de los siglos, sin que ninguna de ellas llegara a mejorarse y perdurar...

(V. Jijón, carta particular, acápite 2°, Pág. 291).

LAMINA IX
Este superior de la Puera del Sol en Toluencso, Rep. de Bolivia.
1917



La Universidad Central del Ecuador, fundada en 1827, es la más antigua de América Latina. Su historia es un reflejo de la evolución del pensamiento y la cultura ecuatoriana. Desde su creación, ha sido un centro de estudios superiores que ha formado a generaciones de líderes y profesionales. Su sede está en Quito, la capital del Ecuador. La universidad cuenta con una amplia oferta de carreras y programas de posgrado, así como con una gran variedad de actividades culturales y deportivas. Su compromiso es con la excelencia académica y la formación integral de sus estudiantes.

mente y hubiera tenido que ir a Tiahuanaco para admirar alla cosa menos antigua de lo que encontró en la Provincia de los Pastos y de lo que vió en Huaca, en donde más le llamó la atención los mortíños y las uvillas. Ahora el lector tenga la paciencia de reproducir el N.º 2 de la lámina 8 del Informe, el N.º 3 de la lámina 13, cuyas bailarinas no sólo tienen gorra, si no que también están vestidas con cushma y demuestran cinturas a la francesa, el N.º 1 de la lámina 14, los Nos. 1 y 2 de la lámina 15 y ya puede sospechar si pertenecen ó no, unos, por sus formas y otros por sus pinturas, a la cerámica del Cuzco, y no se diga que el N.º 1 es una representación arcaica, perteneciente a las civilizaciones del Norte; pues, yo también lo tengo por cierto, no obstante, afirmo que fue hecho en tiempo de los incas y por eso tiene borlas en los extremos del pillo.

He aquí, pues, como todos estos objetos dan una idea de lo complejo de la civilización de los pastos, al tiempo de la Conquista de los incas, y, si después de reunir y mirar en conjunto todo esto y lo que se sacó en las sepulturas González Suárez, se considera que ya no debían tener oro los pastos al tiempo de la Conquista española, tendrá que convenir conmigo en que tal civilización es más compleja que la de los aborígenes del Carchi que vivieron en el siglo III de la Era Cristiana. (V. Apéndice, Nota N.º 2).

El Dr. Uhle supone que, porque a los pastos los encontró feos y tontos Cieza de León, no fueron capaces de poseer artefactos de la cerámica de Imbabura, donde Sancho Paz Ponce de León los encontró «de razonable entendimiento», y cuenta conque la Provincia del Carchi formó parte del Corregimiento de Otavalo, en tiempo de este Corregidor. Del mismo modo pudieron haber tenido y tuvieron objetos de la cerámica del Puruhá, del Cañar y de otros lugares del Sur. «Item declaro que deajo un limbiquiro de uso di Cuzco», dice don Cristóbal Cuatín en su testamento de 1593, hecho en Tusa. Don Gerónimo Guachagmira, de cuyos antecesores fue Gualchán, dice en su testamento, lo siguiente: «Item tengo una cuadra de tierras, con una casa redonda, esta deajo a mi hijo don Domingo» y otra cláusula dice: y para que herede mi nuera doña Paula, deajo un tinaco, que entra cuatro

botijas. (1) Esto sucedió en 1740, pues, entonces era costumbre entre los indígenas hacer constar en sus testamentos los tinacos que tenían y la distribución que de ellos hacían entre sus herederos. Mucha fortuna debió ser un tinaco, después de la Conquista española que los dejó en pelota, y también en este tiempo debieron haber llegado a remendar hasta los cacharros.

Que los pastos, a quienes Cieza de León los encontró pobres, así debieron haber sido siempre, no hay tal, ya que más pobres debieron presentarse a los conquistadores, para que no les acabasen de quitar lo que les quedaba.

Excavando el Dr. Uhle en un lugar situado a dos cuerdas de distancia al Occidente de los bohíos de Cuasmal, no encontró sino guijarros, piedras talladas, pedazos de piedra y restos de madera: «palos, probablemente de la antigua construcción de viviendas»; advierte que los cacharros eran pintados como los vasos encontrados en los bohíos, ¿también eran estos palos del siglo III de nuestra era?... (V. Informe, Pág. 34).

En cuanto a su visita a Gualchán, nada más tengo que observar, sino que también la expedición del Dr. Uhle compró dos de los platos reproducidos en la lámina 13, los que debe eliminar de su estudio, «porque no es posible establecer deducciones en virtud de objetos comprados»; lo mismo digo del N.º 3 de la misma lámina, por ser adquirido en Quito y del plato que le regaló el señor Rafael Cabrera (no Ricardó), en Cuesaca (no Coesaca).

Párrafo VIII

Las excavaciones del Dr. Uhle en Puchué

Hace mal el Dr. Uhle en referirse a la región de El Angel, en tratando de sus excavaciones en Puchué, porque no

(1) Documento perteneciente a la comunidad de indígenas del pueblo de Bolívar, Provincia del Carchi, en poder de Lino Ibarra.

está Puchués en la región de El Angel, ni en esta región verificó estudios de ninguna clase. La región de Puchués está separada de la región de El Angel por la mayor parte de terrenos de esta Parroquia, por su orografía y, además, por el río Tucuaza, que desliga completamente la una de la otra.

En la primera parte de este estudio, vimos como el Dr. Uhle principió a interpretar las ruinas de Cuasmal tomando por base la narración de los Caras, luego después aceptó las clasificaciones de los campesinos de El Angel y, por fin, concluyó suponiendo olas de gentes mayas venidas de Centroamérica, en todos los siglos, hasta el VI de la Era Cristiana. Un año nueve meses más tarde, ya no ha avanzado nada en sus clasificaciones; por el contrario, le vemos retroceder y quedarse a la fecha en que recogió informaciones y datos de boca de Aparicio Mier, en Cuasmal. Volvió a acordarse de su telegrama al Ministerio de Instrucción Pública, remitido con fecha 3 de abril de 1926, desde San Isidro; porque, al hablar de la excavación al Oeste de Cuasmal y después de enumerar su cerámica característica, dice que los vasos del estilo N.º 4, de Puchués, combinan su forma plástica con la pintura del estilo N.º 5, a manera de una mezcla sintética entre los dos, de modo que ambos estilos fueron, por todo eso del mismo tiempo y, además, contemporáneos de las ciudades posteriores al primer imperio Maya. Por tanto, tenemos que resumir así sus cinco civilizaciones:

1.º.—Civilización caracterizada por la pintura mixta, positiva y negativa a la vez, representada por botijuelas y platos con pie anular (segundo grupo de Aparicio Mier); (1)

2.º.—Las dos civilizaciones indicadas con los Nos. 2 y 3, las cuales se encuentran al mismo tiempo y en el mismo lugar, y en las mismas tumbas en la hacienda de Gualchán, en el Dulce y en Muñoz-sacha;

3.º.—Las civilizaciones cuarta y quinta, representadas por objetos de decoración plástica, combinada con dibujos de la civilización N.º 5; total: que no son cinco civilizaciones, sino tres.

Cuentan las antiguas crónicas de Antioquia que dos hombres iban viajando, camino de su tierra y, como rodara la conversación acerca de las liebres y de los conejos, el de Vélez le dijo al de Manizales: paisano, en mi tierra, las liebres y aún los conejos, son del porte de un ternero. El compañero le contestó: paisano, sabe usted que el río que tenemos que atravesar se traga a los que no dicen la verdad? Yo le tengo mucho miedo a medida que a él me acerco, examino mi conciencia y me arrepiento de mis pecados. Así seguían avanzando los viajeros, en tanto que el de Vélez, con cierto recelo y puntillos de exactitud, llama la atención de su compañero y le dice: oiga, paisano, en cuanto a eso de las liebres y conejos, de que le hablé, ya recuerdo que, ciertamente, no eran tan grandes como un ternero, no eran sino del porte de un perro. Caminaban y caminaban hasta cuando empezó a oírse los primeros rumores de tan famoso río; el de los conejos vuelve a inquietarse y, disimulando su intranquilidad, insiste en llamar la atención del de Manizales y le dice: paisano, en cuanto a aquello que le conté de los conejos, le diré a usted que, en verdad, no eran tan grandes como un perro galgo, sino más pequeños, tan sólo como gozques. Por fin, llegaron al río, y cuando principiaban a desnudarse para esguazarlo, temblando de terror, el de Vélez se torna a su compañero, en actitud suplicante y arrepentida, le dice: oiga, paisanito, en cuanto a eso que le conté de los conejos de mi tierra, le diré a usted que no son tan grandes como perros gozques, sino más pequeños: del mismo tamaño de los que hay en todas partes!

Así son las clasificaciones del Dr. Uhle: 1º, olas de inmigraciones mayas al Carchi, en todos y cada uno de los siglos, desde Adán, hasta el VI de la Era Cristiana; 2º, cinco hermosas civilizaciones, todas venidas de Centroamérica; 3º, ya no son cinco, sino solamente tres civilizaciones; 4º, ya no son tres sino solamente dos las civilizaciones del Carchi, según lo dicho en la Pág. 29 del «Estado Actual de la Prehistoria Ecuatoriana», y, después, cuando navegue el Guayas, camino de su tierra, ya no será más que una, de «indios de malas cataduras, peores gestos y de poca malicia».....

Volviendo, pues, a la última clasificación del Dr. Uhle y, en resumen, vemos que el primer grupo es del cacumen de Aparicio Mier; en la forma en que se en-

cuenta enunciado; el segundo, viene ahora a ser la de Cuasmal, porque, claro, la ciudad de Cuasmal, debe ser un arquetipo de mucha importancia; sólo que, en vez de ser el primero, debe ser el segundo e intermedio de las clásicas sepulturas de El Angel, ya que así se compagina la clasificación de Mier, en eso de las tumbas dentro de círculos; la tercera civilización, que también es de Mier, es la de las tumbas donde se encuentran oro y ollitas pintadas, con figuras idénticas a las sacadas de las sepulturas de El Angel. Sólo falta aquí la clasificación de las sepulturas en pondones, lo más razonable que se le ha ocurrido a Mier en esta materia.

A pie firme disputo al Dr. Uhle en cuanto a aquello de la condensación de las sepulturas en el «extenso cementerio» del potrero de San Antonio (V. Informe, Pág. 42); no es tal, ni mucho menos que excluya la localización de los bohíos correspondientes y, por el contrario, creo que, en término medio, no pasan de cuatro las tumbas agrupadas en trechos relativamente próximos.

Sin antecedentes de ninguna clase, Aparicio Mier me hizo notar sobre el terreno, que las tumbas, en su dispersión, formaban grupos de tres en cuatro, «a modo de patas de tular», es decir, como los tres o cuatro soportes de una rueca. Por tanto, tenemos que considerar en el potrero de San Antonio a lo menos dos pueblos que enterraban a sus muertos del mismo modo que el de Cuasmal enterraba a los suyos, dentro de sus propias habitaciones, en donde se hacía tumbas múltiples. Ahora, pues, trato de averiguar no solamente si hubo pueblos sobre las tumbas donde se encontró el oro de Puchués, más también si esos pueblos fueron habitados por la misma ramificación indígena que Max Uhle estudió en Cuasmal; si es la misma que habitó en El Angel y en la generalidad de los lugares de la Provincia del Carchi; si esa ramificación indígena no los habitó al mismo tiempo, sino en el decurso de los tiempos, que aún han venido a constituir períodos y épocas; si dentro de esas épocas y períodos, aquella civilización no pudo mantener la pureza de su origen, sino que fue mezclándose con todas aquellas que llegaron a influir de un modo más o menos eficaz, las que, a su vez, dejaron huellas en su cerámica y en la cerámica de las tumbas diferenciales.

Los pastos se encontraron habitando la Provincia del Carchi al tiempo de la

Conquista española, y fueron los mismos que la habitaron al tiempo de la Conquista de los incas; esto es incuestionable o histórico, aún para un tiempo anterior, y que basta suponerlo corto, por mera hipótesis.

¿Dónde se enterraban los pastos, al tiempo de la conquista de los incas?—En los bohíos de sepultura múltiple, así se los ha encontrado en Cuasmal y así se los encontró en Puchués, hayan o no hayan sido sus casas de bahareque, hayan o no hayan sido los muros de tierra firme.

Ya tengo probado que hubo pueblos sobre las tumbas del tipo de las de Puchués y El Angel; ahora diré que en este tipo de sepulturas encontró el señor González Suárez, ollitas con cruces como la que consta en su Album, 1910, N.º 3, lámina 20. En ese mismo tipo de tumbas se encontró aquella indumentaria de oro que representa a un indio vestido de túnica (cushma) y calzoncillo (V. el N.º 1, de la lámina 23); en ese mismo tipo de tumbas y bohíos fueron encontrados los timbales, jarra y olla antropomorfa de Heredia, en Cuasmal, y en ese mismo tipo de tumbas se encontró toda la alfarería aborigen representada por González Suárez en el album ya citado; luego, la generalidad de esa alfarería representada por González Suárez, con influjos del Sur, aunque no es solamente la alfarería de los pastos, fue conocida y poseída por ellos; esto también parece demostrable. Ahora no me queda sino ir relacionando la alfarería González Suárez con la de la época inmediata anterior y así, sucesivamente, hasta donde pueda, que será hasta donde acaban los bohíos de enterramiento múltiple; porque sea cual fuere la cerámica que pudiera encontrar en ellos, está calificada de antemano por la tumba y por el bohío. Hay en la cerámica de esas tumbas las diferencias que hubiere, lo cierto es que toda esa cerámica perteneció a los pastos, es decir a una clase de gentes que acostumbraba cierta clase de habitación y sabía enterrarse siempre de la misma manera, salvando solamente su desarrollo y progreso así como el influjo de gentes con quienes tuvo convivencia. Los bohíos y las tumbas son los que han de calificar la cerámica y no la cerámica a las tumbas, estudiada la cuestión desde este punto de vista. (1)

(1) No obstante el desarrollo lógico de las proposiciones anteriores, el estudio de la cerámica no corrobora todas estas deducciones, por lo cual hay que convenir en que falta alguna característica diferencial a la clasificación de los bo-

He probado, pues, que los pastos son los que se enterraron en los bohíos de sepultura múltiple y, conocidas las tumbas de los pastos, ya puedo conocer absolutamente toda su cerámica, en la que iré descartando los influjos de fuera y, por el desarrollo que ésta ha tenido en todos los tiempos, me será posible clasificarla convenientemente.

Conocidas las tumbas de los pastos, llego a saber también que aquellos bohíos que no contienen en su interior sepulturas múltiples no les pertenecen, como no les pertenecen tampoco otros sistemas de enterramiento que yo conozco y, si el Dr. Uhle no quiere seguir mi método, tampoco en eso tengo la menor culpa.

Las diferentes civilizaciones que han existido en el Carchi no las he de ir a buscar dentro de un mismo conjunto de bohíos, que se caracterizan por la misma costumbre de enterrar a sus muertos en las tumbas de que ya he hablado, porque, aunque encontremos estilos diferentes, todos han sido conocidos por un mismo pueblo, y solamente los hemos de tener en cuenta para inquirir diferencias de origen, de progreso y contactos posteriores.

Si el Dr. Uhle nos hubiera contado que los cinco o tres grupos de civilizaciones encontrados en el Carchi, no son tres ni cinco, sino una sola civilización que tiene tres o cinco características originarias o que estas características han influido, con el tiempo, en el desarrollo cultural de los pastos, se habría lucido y entonces nos habría explicado cómo es que los unos estilos se relacionan con los otros, llegando a tener propiedades comunes, que también debe estudiar y resumir co-

híos de sepultura múltiple dentro de la habitación para que comprenda sólo y a los pastos únicamente; pues, con este criterio debería unificarse la época de Tuncahuán con la de los pastos, lo cual es inexacto. Falta pues, en mi estudio de los bohíos un criterio que deslinde la época antedicha y por lo mismo no es posible aplicarlo de un modo seguro y absoluto.

mo término de comparación con otras civilizaciones. Dejando por delante tales datos, debió pasar a estudiar las civilizaciones caracterizadas por bohíos con una tumba central, las características de la cerámica que debe encontrarse en los edificios cuadrangulares, las características de la cerámica de los indios que se han enterrado en sus urnas funerarias, las características de los que se han enterrado en cuevas a modo de socabones. Con el resultado del estudio de todos estos grupos, considerados de uno en uno, debía hacer comparaciones de los grupos entre sí entonces ya podía estar seguro de que las cualidades semejantes de estos grupos no implican sino relaciones de tiempos semejantes, si acaso las hay; mas, sus características diferenciales quedan representadas por las desemejanzas que tendría que acusar cada grupo respecto de los demás. (V. Informe, Pág. 5).

Pero nada de esto pudo hacer el Dr. Uhle, porque estuvo convencido de que a mi clasificación le faltaba el método del arqueólogo y se decidió más bien por las clasificaciones de Aparicio Mier; buen provecho, pero ya veremos si las sostiene cuando publique el Capítulo adicional que nos tiene ofrecido.

No obstante la tendencia a desconocer los hechos y noticias que relacionan los tiempos coloniales a la civilización de los bohíos de Cuasmal, sus datos, aunque incoherentes y aún contradictorios, tienen algunas veces un fondo de sinceridad tal, que inmediatamente se puede aplicarlos en contra de sus mismas apreciaciones. Prueba de ello son los acápites V y VI de las Págs. 43 y 44 del Informe: «el tipo de los vasos hallados en la sepultura (del potrero de San Antonio) era variado, dice el Dr. Uhle, prevalecían ollas en diferentes formas, con bocas estrechas y adornadas con dos pequeñas figuras, la una en frente de la otra; otras son altas, ovaloides, provistas de pies anulares como los platos del estilo N.º 3». Poco después dice: «el color de los vasos era por lo general el rojo, raramente negro; en el frecuente caso de que *era un amarillento claro, estaba pintado con dibujos lineares rojos en la técnica del estilos No. 3*». *“La experiencia más interesante era, que ocurrieron también repetidamente vasos decorados con la pintura negativa”*... *“más bien se puede hablar de una combinación de los modos y de las técnicas*

de los dos estilos en numerosos vasos de este cementerio (el de San Antonio) de la civilización No. 4". (1)

¿Ves, lector, cómo en las tumbas-bohños del potrero de San Antonio, dentro de unas mismas tumbas, se encuentran cuatro hermosas civilizaciones, caracterizadas por los estilos, dos, tres, cuatro y cinco de las clasificaciones del Dr. Uhle? ¿Cómo se explica que perteneciendo estos objetos a civilizaciones diferentes y que, por lo mismo, deberían ocupar cada una su período de tiempo en el pasado de la Provincia del Carchi se las encuentre en una misma sepultura? ¿Por su paralelismo en el tiempo?—Magnífico, pero lo que no se explica es cómo pudieron subsistir sin fusionarse, viviendo en un mismo tiempo, en una misma casa, en poder de un mismo dueño y en una comarca más estrecha que el vallo de Josafat? Mas, ¡Eureka! la explicación está hallada, en la religión de la Metempsicosis, en virtud de la cual las almas de los muertos de la primera civilización, inmigraban, con su cerámica, a vivir sucesivamente en los hermosos grupos siguientes. I ahora repita lo que dijo en la página 3ª. cuando principia: «todas estas noticias publicadas en años precedentes naturalmente pueden considerarse sólo como introductivas a un estudio más exacto».... «en realidad ninguna de ellas se han acercado aún ni medianamente a las dificultades que presentan».... «se las toma como simples restos de habitaciones de los últimos Pastos» «con mucha razón se puede afirmar, por eso, que el problema que presenta, es uno de los más complicados de la Prehistoria Ecuatoriana».... (Informe, Pág. 3).

Al hablar de los bohños del potrero de San Antonio, el Dr. Uhle empieza por dar razón de un grupo, efectivamente muy distante y que, aún a la simple vista, se puede comprender que tal grupo está muy lejos de las sepulturas donde se encontró el oro; habla después de otro grupo localizado a 300

(1) Desde la civilización del Chimú y especialmente en el tiempo de los incas, los colores dominantes fueron el rojo y el amarillo, ya en las fachadas de sus edificios, ya también en otros objetos. Por esto es muy natural presumir que tal colorido en la cerámica se introdujo al Carchi al tiempo en que se introdujeron colonias de esos orígenes.

metros del «cementerio», por lo cual, y por el corte del terreno de que da cuenta, comprendo que no estamos de acuerdo en el lugar; porque, como he dicho, hacia el Norte de los grupos de tumbas en cuestión, principian los bohíos y vienen esfumándose hasta cerca de aquellas tumbas. A ocho metros de uno de los bohíos más próximos encontró oro Aparicio Mier, como encontré también dentro de un bohío apartado de los grupos que se han mencionado.

Cuenta el Dr. Uhle, en la página 45 de su Informe, que escogió un bohío de tamaño medio de 23 metros de diámetro, con paredes relativamente altas, para examinarlo y estudiarlo, y como refiere que encontró un agujero central, tengo por probable que fue a dar con el mismo que yo hice cavar a Mier anteriormente, dejando el trabajo tan sólo principiado a la profundidad de 80 centímetros; por lo demás, aunque así no fuera, los guijarros pintados con líneas rojas en fondo blanco han debido convencerle de que se trata de bohíos del tiempo de las tumbas González Suárez.

Excusado es advertir que me ha sido imposible hacer todas las rectificaciones que me ha sugerido la lectura del folleto del Dr. Uhle; sería cosa inacabable, ya siento una invencible repugnancia para continuar; tomemos más bien las cosas a la broma y vamos a las conclusiones:

Conclusión 1ª, Pág. 36.—Ya se ha visto como la diagonal de apoyo a los triángulos escalerados, sólo aparece en Cumbayá después del período de Tiahuanaco (Informe, Pág. 13); luego, en el Carchi, no podía aparecer antes de la civilización de Tiahuanaco, porque ese motivo ornamental es característico de tal civilización (Informe Pág. id.); luego, mal pueden haber sido habitados los bohíos de Cuasmal en «el principio del período mayoide centroamericano», o sea en el año 500 de nuestra Era, porque el plato N.º 5 de la lámina 8 del Informe demuestra la diagonal de apoyo a los triángulos escalerados. Y si el año 500 ha sido el de la floración del tercer tipo de las cinco civilizaciones del Carchi, ¿por qué dice en la conclusión 7ª que ya se había extinguido el uso de los

bohíos de tierra firme en la región de Cuasmal, mucho antes de la 1ª. civilización del tipo suramericano de Tiahuanaco?

Conclusión 2ª.—Según la primera proposición de este acápite, la población de Cuasmal estaba compuesta de dos elementos: uno local más antiguo y otro advenedizo. El elemento local más antiguo es el que corresponde al período inicial mayoide centroamericano (primera civilización del Carchi), y el elemento advenedizo es el que corresponde a una civilización pre-mayoide centroamericana (segunda civilización del Carchi), los cuales tenían que mezclarse, porque sólo así se explica el supuesto de ser recibidos en Cuasmal los unos por los otros y haber llegado a «componer» tal población (líneas 1, 2, 3 y 4 de la conclusión segunda); después entraron «otros tipos» de civilizaciones mayoideas también centroamericanas y se «amalgamaron» con los advenedizos pre-mayoideas, a quienes tuvieron que seleccionar cuidadosamente de los del tipo mayoide inicial centroamericano, el que quedó solamente presenciando la unión de los del 1er. tipo con los del 3º. Total: que la población de Cuasmal, por fas o por nefas, albergó tres elementos y no solamente dos; pues, el 3er. elemento corresponde al 3er. tipo, ya florido de las cinco civilizaciones del Carchi (líneas 2, 3 y 4 del Informe, Pág. 37). ¿Cuántos son los evangelistas? se preguntaba a una niña en un examen que tuvo lugar en Muñoz-sacha, y ella contestó: son tres, Elías y Enoc... Qué estilos tan elocuentes los que encontró el Dr. Uhle en Cuasmal, a punto de constatar tres de las cinco civilizaciones del Carchi reunidas en unas mismas sepulturas, no obstante de haber llegado a florecer todas ellas por su cuenta, no obstante de ser la civilización de los bohíos una sola, como lo aseguró en su telegrama fechado en Ibarra el 6 de Abril de 1926 y de repetirlo en su informe a cada momento!

Conclusión 3ª.—Pese a los tres tipos de civilizaciones que constituyeron la población de Cuasmal y a los cuatro evangelistas, Elías y Enoc, Uhle constató en esta misma población un solo tipo de cráneos pequeños, a los que atribuye un origen betoya, cuyas gentes están para todo lo desconocido y para dar cabida a la fotografía de la lámina 2 de su informe.

Conclusión 4ª.—Los pastusos del tiempo de Cieza eran los quillacingas, situados al Oriente de Pasto y mucho más advene-

dizos que los Pastos que ocupaban la región de pasto y la que se extiende al Norte, Sur y Occidente de esa población.

Conclusión 5ª.—Si las poblaciones originarias del Carchi fueran de cráneos pequeños, de origen amazónico, entonces no estuvieran pobladas las selvas occidentales con ruinas de iguales bohíos y si los habitantes de los bohíos no hubieran sido esencial y sustancialmente agrícolas, no habrían tenido construcciones tan firmes de tierra y una cerámica en plena floración; pues, si tanto anhelaban en su vajilla, es porque tenían esmero en su culinaria, la cual fue muy variada. Los productos de la selva, que les regala el Dr. Uhle, no necesitan vajilla.

Conclusión 6ª.—No es que hayan llegado a desaparecer los efectos de las civilizaciones superiores, quedando de su cuenta los hombres de los cráneos pequeños, porque no se trata de una lección que los muchachos aprenden de memoria, sino que viene el influjo más enérgico de una civilización mejor que la de los cráneos grandes e introdujo nuevas costumbres.

Conclusión 7ª.—No es dable suponer que las gentes de la civilización NO. 5 solamente hubieran buscado un refugio contra el viento al lado de los bohíos; también vivieron en ellos, como los de la civilización 6ª. en el período colonial y los de la civilización 7ª. en tiempo de la República. Tal vez el Dr. Uhle se olvidó de que había pensado en «un pueblo de vivos», localizado sobre las tumbas en que se encontró el oro en Puchué. (Informe, Pág. 42, línea 10).

Primera conclusión general, Pág. 45.—Los guijarros en la superficie de un bohío sin tumba dentro de la habitación, no acusan ninguna ofrenda ni niño muerto, sino que la casa fue habitada por indios cristianos o no cristianos.

Segunda conclusión general.—Cuando el Dr. Uhle venga a estudiar a conciencia la estratificación del suelo de los sepulcros, ya no ha de volver a pensar lo mismo, al menos cuando conozca otros estilos decorativos y tantas otras cosas que ha habido en el Carchi en los siglos XIV y XV.

Tercera conclusión general.—Ya se ha visto como el Dr. Uhle nada pudo hacer

con sus sondajes de baqueta, menos le era posible determinar la extensión de los pueblos cuyas tumbas encierran oro.

Cuarta conclusión general.—¿De qué iban a ser los bohíos de la civilización cuarta y quinta, si estaban representadas por gentes de la misma procedencia que las anteriores?

Párrafo IX

Mis conclusiones

Los bohíos de Cuasmal fueron habitaciones de los pastos del siglo XVI.—Ya no volveré a insistir aquí en la prueba arqueológica, de los timbales y demás objetos encontrados por Heredia en los bohíos de Cuasmal, la que es suficiente, satisfactoria y decisiva en cuanto a esta tesis; mas, reviste una importancia todavía mayor para probar esta otra: *La civilización de los bohíos, de construcción firme de tierra, fue conocida por los incas, así como las siguientes: Los pastos del siglo XVI vivieron en bohíos de construcción idéntica a los de Cuasmal, conocieron y tuvieron objetos de la cerámica del Cuzco. Si la civilización de los bohíos - con sepulturas múltiples— es una sola, los cinco hermosos tipos de civilización encontrados por el Dr. Uhle en el Carchi caracterizarían a una misma ramificación de gentes, los pastos, y las diferencias de estilo en la cerámica representarían su desarrollo cultural, en el decurso de los tiempos, si acaso tales bohíos estuvieran bien clasificados, según lo dicho en la página 122 y siguientes.*

Mi segundo argumento para probar la tesis primeramente enunciada, me lo suministra la Paleontología, porque, habida cuenta de los animales representados en la alfarería del Carchi, que el Dr. Uhle refiere al siglo III de la Era Cristiana, se advierte son los mismos de que nos hablan los cronistas del siglo XVI, quienes nos avisan que los pastos adoraban al tigre y al venado. En cuanto al tigre, lo dice el Dr. Uhle, en la página 14 de su informe, y, en cuanto al ve-

nado, se lo encuentra representado en el N.º. 2 de la lámina 4 del mismo Informe. Todos estos objetos acusan unos mismos conceptos religiosos; por tanto, no pueden ser diferentes los pastos del siglo XVI y la civilización mayoide, a quien atribuye el Dr. Uhle la pintura roja en fondo blanco, en la que se encuentra tal representación, que se halla asimismo con pintura blanca en fondo café.

«Figuras de tigres que llenan el espacio al lado de estas fajas (as fajas diagonales de los platos de estilos 1.º—3.º) se hallan tanto en platos del estilo N.º. 1, como de 2.º. (Max Uhle, Informe Pág. 14).—Magnífico! Esto es lo que deseaba saber, porque los cronistas castellanos nos dicen que los antiguos pastos adoraban al tigre y al venado; ahora explíquenos el Dr. Uhle ¿por qué las gentes de las civilizaciones 1 y 2 adornaban sus platos con la figura del tigre? ¿Las civilizaciones 1 y 2, no se habrán perpetuado en la Provincia de los Pastos, puras o mezcladas con otras, hasta el siglo XVI?... Y si no, voy a probarle con un testimonio irrecusable y abrumador: «La pintura por las líneas rojas, común a los estilos Nos. 2 a 3, pasa de allí al estilo N.º. 4, como muestran numerosos vasos de este estilo, por ejemplo, el reproducido por González Suárez, Lám. 12, Fig. I. Max Uhle, "Las Ruinas de Cuasmal" Informe elevado al Ministerio de Instrucción Pública, Pág. 14, líneas 5, 6, 7 y 8. «Igualmente pasan dibujos en forma de rejas de los estilos Nos. 2 y 3 a los de 4 y 5». Max Uhle, Id, Ibid. Líneas 9 y 10.

En el acápite siguiente, ya no dice que pasan los dibujos de un estilo a otro, sino que entre ellos sólo hay paralelismo. (Mejor, porque habrían existido al mismo tiempo).—Por paralelismo entiendo yo algo que está o que marcha sin acercarse ni alejarse. ¿Cómo es que hay paralelismo en civilizaciones que se suceden las unas a las otras?—Pues, diga entonces que desde el siglo III o IV de la Era cristiana, hasta fines del siglo XV, estas civilizaciones coexistieron en la Provincia de los Pastos, lo que sería más verosímil, si algunos de esos objetos no se encontraran en la tumba de un mismo dueño.

En todo caso, quedamos enterados de que las figuras de tigres se hallan tanto en los platos del estilo N.º. 1 como en los

del estilo N° 2; que los dibujos en forma de rejas pasan de los estilos Nos. 2 y 3 a los del 4 y 5, así como la pintura con líneas rojas de los estilos 2 y 3 pasa al estilo N° 4. De manera que el paralelismo es una solución de continuidad, desde el N° 1 hasta el N° 5, o sea desde el siglo III de la Era cristiana hasta la presente fecha. Total: que los conejos no han sido del porte de un ternero y que los aborígenes del Carchi, juntamente con los de Cumbayá, no son sino de gentes de poca malicia!

El análisis antropogeográfico de las culturas de Imbabura, del señor Jijón, nos dice: «Ya hemos manifestado que no creemos que los imbabureños trabajasen el cobre. El estudio antropogeográfico de los objetos metálicos demuestra que su uso sólo se generalizó en la época incaica» (1); lo que se ha dicho de los imbabureños es enteramente aplicable a los pas-tenses, y, a este respecto, puedo asegurar que, al Sur de El Angel, en el potrero de El Membrillo, de la hacienda Ishpingo, ha existido un pueblo al que el Dr. Uhle lo clasificaría como perteneciente a la civilización N° 1, por la variedad de botijuelas y platos que en él se encuentra; pues bien, de una de esas mismas tumbas se extrajo más de siete placas de cobre, de forma circular, a las cuales los campesinos les llamaban platos, tan sólo por el tamaño, mas no porque tuvieran nada cóncavo, que indicase la posibilidad de contener alimentos. (2)

Al Norte de las tumbas González Suárez, en El Angel, y hacia el Sur de esta misma población, se encuentra una meseta en cuya cima se ha localizado el pueblo más importante, por su extensión y densidad, entre los aborígenes de aquella comarca. Sus tumbas se caracterizan por un sinnúmero de botijuelas y platos, de los que el Dr. Uhle llama decorados con pintura mixta; pues bien, de las tumbas de los caciques de aquel pueblo se ha extraído en abundancia cascabeles de cobre, platos, argollas y muchos otros objetos, de tal modo que de una sola tumba se partieron el cobre por romana, los siete socios en la excavación, de lo cual se infiere que cada socio pudo haber tomado no menos de dos arrobas. Entre esos objetos ha-

(1) Boletín de la Academia Nacional de Historia, N° 11, página 200.

(2) Epoca de Tuncahuán.

bían muchos de cobre dorado que representaban indumentarias indígenas o vestuarios de fiesta, particularmente aros para la cabeza, sombreros semiesféricos o talvez en forma de media calabaza.

A este propósito dice también el señor Jijón: «en Imbabura no existe mina de cobre que haya sido explotada y, si en la región de Quito no faltan artefactos de este metal, lo cual es debido talvez a la importancia que adquirió durante la dominación incaica, son sumamente raros entre los pastos y faltan en el país de los pansaleos, lo que parece indicar que el cobre llegaba a poder de los caranquis, desde la costa Central y Sur del Ecuador, ya que no desde Esmeraldas, en donde falta completamente». (Boletín de la Academia, N^o. 11, pág. 184).

La Craneología debe decirnos ante todo el tiempo máximo de duración de los huesos humanos sepultados en el suelo húmedo de la montaña de Cuasmal, en donde los bohíos hacen el oficio de embudos para recoger las aguas lluvias, tan frecuentes en esa región, y depositarlas en el punto mismo en donde se encuentran los esqueletos, y, así, digo que es mucho durar los huesos, en Cuasmal, por cuatrocientos años, pero que de ningún modo pudieron resistir diez y seis siglos.

Ni el Dr. Uhle, después de haber visto mis clasificaciones anteriores, ni ningún otro escritor ha establecido diferencias entre bohíos y bohíos; por lo cual, bien puede decirse que sólo ahora se empieza a plantear la orientación y los puntos de vista que debe tener en cuenta la Craneología, ya que si se hacen estudios antropométricos, sin tener previamente en cuenta las diferencias entre bohíos y bohíos, el resultado no puede ser sino erróneo, porque se establecerán promedios entre gentes de diferentes ramificaciones indígenas y, entonces, en nombre de la Craneología y en virtud de los promedios, se nos hablará de tipos entresacados de todos los hijos de Noé.

Aspecto geológico.—Ya hemos visto como los bohíos han llegado a desaparecer de la superficie del suelo, en virtud de la reja del arado, y no sólo de la reja, sino de la barra del campesino, que ha principiado a demolerlos y así se ve que la actual superficie del suelo obedece, en

definitiva, a la tierra de los bohíos demolidos que, sea cual fuere, ha venido a mezclarse a la superficie habitada en la antigüedad.

Quando la superficie de un lugar cualquiera se halla habitada, el suelo recibe un influjo eficiente en la constitución de la capa geológica superficial: los aplanamientos y terraplenes, excavaciones, agujeros, zanjas, cercas, paredes, etc. llegan a formar una capa superficial diferente del subsuelo y enteramente mezclada con lo más frecuente y durable: el carbón, la ceniza, partículas arenosas y, en fin, todo lo que se riega y se devuelve a la tierra y queda sujeto a su mismo influjo, al de las lluvias, del sol y el aire.

Digo, pues, como ya lo manifesté anteriormente, que hay terrenos en El Angel en donde se ha formado un estrato de pocos centímetros de espesor, a la profundidad de 30 centímetros de la superficie del suelo y que tal fue la superficie habitada por el pueblo cuyas tumbas lo testifican. Esta es la riega y la mancha que siguen los huaqueros. ¿Esta riega, puede hallarse perfectamente deslindada de la capa superior?— Sí, en los casos de que la capa superficial haya sido lo bastante gruesa para soportar los cultivos o cuando se trate de un terreno no cultivado; no, cuando las labores agrícolas la han mezclado; pero, en todo caso, ahí están las partículas de carbón, la arena, el casquijo; los fragmentos de cangahua, piedrecillas de yacimientos superiores, demostrando al ojo experto que existe o que existió el estrato. Y nada importa para mi propósito que en algunos lugares se haya mezclado y que en otros, la capa esté como la ha dejado el tiempo; me basta que exista en algunos de los terrenos de El Angel, como debe existir en otros lugares a profundidades variables.

Ahora, pues, arguyo ¿quiénes fueron las gentes que habitaron en los terrenos González Suárez?—La contestación no se hace esperar: Unas gentes que tenían una cerámica característica; la generalidad de los objetos aparece ahora solamente barnizada de rojo, o de líneas rojas en un barniz de color perdido, sobre el cual las líneas rojas se han pintado de nuevo con amarillo y el fondo, negativamente de color negro; colores menos firmes estos últimos y que casi han

llegado a desaparecer con el tiempo. La generalidad de esos objetos se ha decorado figurativamente con aves de rapiña, culebras, lagartijas, sapos, tortugas, armadillos, etc., etc. y, además, con monos y figuras antropomorfas, entre las cuales se encuentran muestras del Cuzco, del Puruhá, del Azuay y aún motivos de origen amazónico.

¿Quiénes son las gentes que habitaron el terreno del señor Abelardo Mena, al que yo designo con el nombre de von Buchwald?—Unas gentes cuyos caciques tenían cobre dorado, tumbaga y cobre ordinario en mucha cantidad; la alfarería políeroma de los pastos, con muestras de alfarería de Ambato, del Puruhá y artefactos de cobre del Cañar, en cuyas tumbas son infaltables las botijuelas de pintura mixta y los platos cónicos y semiesféricos del mismo estilo. Estos indígenas han habitado en un suelo que hoy está a treinta centímetros de profundidad. Luego, en El Angel, la superficie del suelo ha aumentado variablemente hasta treinta centímetros, en 400 años por lo menos; luego, si yo encontrara un estrato semejante, en el mismo terreno, a 60 centímetros de profundidad y dentro de la misma capa húmifera con barro negro, tal estrato debería tener de ochocientos a mil años, y no se me diga que en el decurso de mil o dos mil años, la estratificación del suelo ha podido obedecer a otros fenómenos geológicos, porque la capa negra y arcillosa del suelo, según los lugares, pasa a mayor profundidad y es del todo homogénea.

En los terrenos de la Parroquia de Bolívar, el casquijo se encuentra a 10 centímetros de profundidad, en una especie de deltas que han dejado los aluviones, y, en Cuasmal, encontró el Dr. Uhle una ollita a 25 centímetros de la superficie del suelo de un bohío, según me lo refirió entonces personalmente.

Generalizando un poco más estas observaciones, se puede asegurar que un buen número de bohíos pobres, (1) en el Carchi, tienen un estrato más o menos igual al que se ha encontrado en El Angel, y ahora que me venga el Dr. Uhle con que las tumbas que sólo tienen piedras de moler o aquellas que con-

(1) Bohíos pobres, los que no tienen cerámica con pintura de estilo superior.

tienen objetos de alfarería y cerámica inferior datan de una época premayoide y que, las de cerámica superior, son mayoides, en todos los siglos; no hay tales aleluyas, sino que todo esto tiene antecedentes geológicos de por medio, que deben tenerse muy en cuenta. *In principium pre et protohistoriae*, gentes esmeraldeñas habitaron en la Provincia del Carchi y se enterraron en tolas; los pastos han venido talvez desde Cuaiquer, se han mezclado con inmigraciones del Cauca, cuya civilización se ha modificado por el influjo de las gentes del Sur. Además se encuentran gentes de origen amazónico, pero éstas parece que se han asimilado a la cultura de los pastos.

La Toponimia viene en mi ayuda para hacerme saber que, en el Carchi, no se encuentran nombres que pertenezcan a idiomas del todo diferentes; por el contrario, las palabras que se conservaron hasta el siglo XVI, no son sino yuxtaposiciones que acusan, ora variedad de elementos de un idioma que se ha diferenciado, respecto del imbabureño, en el tiempo; ora eufonismos que se han formado y diversificado en varios lugares, también en un mismo tiempo; ora eufonismo y composiciones que se han formado en el decurso de dos o más períodos de tiempo; mas, lo asiduamente estudiado en Imbabura y el Carchi se relaciona inmediatamente con la cordillera de Esmeraldas, con Barbacoas y con el Cauca y, mediatamente, con Méjico, con Centroamérica, con la región del Amazonas y hasta con gentes de Norte América y el Canadá; empero, nada nos autoriza para deslindar a los pastos del siglo XVI de su misma cerámica, que pasa a caracterizar algunas de las cinco hermosas civilizaciones que el Dr. Uhle coloca en el siglo III, con ocarinas del período de San Sebastián, las cuales sí se pueden identificar.

No será por demás dejar constancia aquí de que la palabra *Tusa*, aplicada a una parcialidad y antiguo pueblo de San Gabriel, debe tener un origen peruano, no obstante de que en otros casos tenga, como lo ha probado el señor doctor Honorato Vázquez, un origen español. Asimismo es cosa de llamar la atención que siendo la palabra *Chambas* nombre de un cacique cañari, en tiempo de Atahualpa, se la encuentra en *Tusa* designando también caciques en los siglos XVI y XVII. La palabra *Mayta* se la encuentra en *Tusa*, de-

signando uno de los ayllos que Santillana de Hoyos encontró en 1647. Cosa semejante se puede decir de la palabra **Cumbe** o **Cumba**, la que, talvez con una alteración castellana, vino a quedar en **Cumbal**, y vayan de paso algunas palabritas esmeraldeñas halladas con todas sus letras designando los terrenos de la Cofradía de Huaca y Casa Fría: *Conman, Ilonman*.

La Filología nos dice que la final en **pue** de los betoyas o tukanos, tiene su raíz en **pi**, y que, si los tukanos no son occidentales, los chibcha-barbacoas tienen que ser amazónicos o que las relaciones que la Filología acusa respecto de unos y otros, es tan remota que no puede servir de indicio para sospechar que la ramificación de los pastos tenga un origen tukanos; lo que, si fuera posible decir de los pastos, habría también que predicar de los imbabureños cuyos idiomas derivan inmediatamente de un tronco común cayapa.

Ahora le contaré al Dr. Uhle el motivo que tuve para afirmar, en mi telegrama, que las ruinas de Cuasmal pertenecían a los antiguos pastos: lo encontré en un argumento *a priori* basado en consideraciones de orden arqueológico, y éste fue el hecho de observar tan abundante número de bohíos dispersos y agrupados en las llanuras, montes y aún páramos del Sur de Huaca; entonces dije para mi capote, es muy natural que las ruinas se conserven en proporción inversa de su tiempo; es decir, a menor tiempo más ruinas, a menos ruinas más tiempo; es claro que tal abundancia de ruinas, por una parte, y tanta frecuencia de bohíos, con varias tumbas cavadas en su interior, por otra, me hizo concluir que esta clase de construcciones era la última, entre los demás bohíos y tolas de que he dado cuenta, y porque, mediante la Historia, sabía que los indígenas del Carchi vivieron en bohíos, hasta un tiempo más avanzado de nuestra época, hice esta clasificación: *casas cuadradas* con cubierta de paja, de nuestro tiempo; *casas redondas* de bahareque, de piedra, de adobe, de tapia, de chambas. etc., etc., según la localidad y las posibilidades, pero sin tumbas en su interior, del tiempo próximo pasado colonial; porque ya había iglesias y, después, panteones. Es claro que debía colocar lo mucho y lo que más abunda del tiempo desconocido en un tiempo inmediato anterior al conocido, y entonces, me convencí de que *los bohíos de Cuasmal pertenecieron a los pastos del Siglo XVI*.

En fin, inquiriendo por el tiempo a que debieron pertenecer los bohíos de Cuasmal, vino en mi ayuda *la historia antigua de la localidad* y ésta, lector, ya no necesita las luces del Espíritu Santo, y puedes entresacarla de los datos y noticias que, en el decurso de esta filípica, te he comunicado y de lo que te he contado haber visto.



El estilo de la pintura y especialmente el colorido, son los más típicos del tiempo de los incas. En su estilo, la obra se distingue por la armonía que termina esta obra, en el momento en que se encuentra en la estructura.

La Parroquia del Pan se encuentra en la zona de la ciudad de Quito y los habitantes de esta parroquia se dedican a la agricultura de Huaca a principios del siglo XX. En esta zona se encuentran las parroquias de San Sebastián y Monserrate.

LAMINA X

Objeto de cerámica del Cuzco encontrado en la
Parroquia del Pun, Provincia del Carchi.

(Página 153)



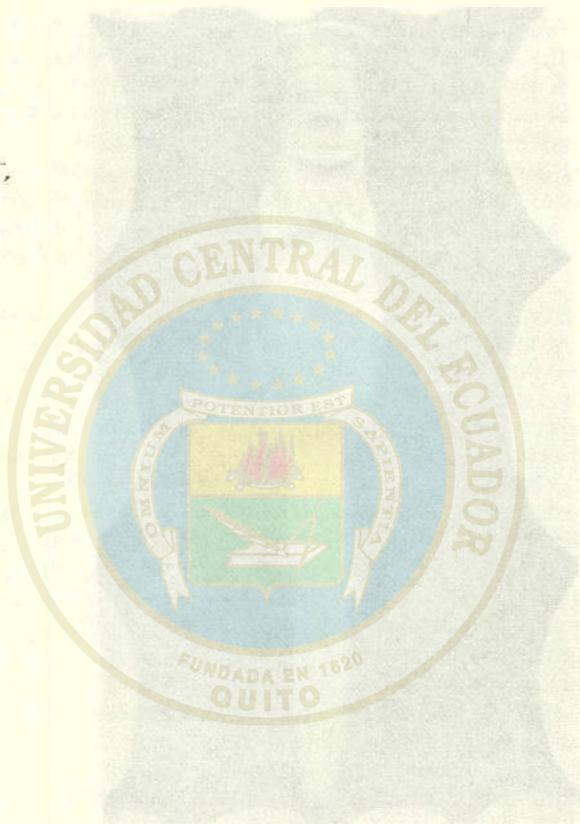
El estilo de la pintura y especialmente el colorido son reconocidamente del tiempo de los incas; lo es también la forma de la gorra con que termina este instrumento de soplo, cuyo orificio para la boca se encuentra en la extremidad inferior.

La Parroquia del Pun se halla en al Oriente de la Provincia del Carchi y los habitantes de esa sección fueron trasladados a la parroquia de Huaca a principios del Siglo XVII; su curaca fue Dn. Andrés Guachag y Mendoza.

LAMINA X

Objeto de cerámica del Cuzco encontrado en la Parroquia del Pun, Provincia del Cuzco.

(Página 158)



El estilo de la pintura y especialmente el colorido son reconocibles del tiempo de los incas; lo es también la forma de la góndola con que termina este instrumento de sople, cuyo orificio para la boca se encuentra en la extremidad inferior.

La Parroquia del Pun se halla en el Oriente de la Provincia del Cuzco y los hablantes de esa sección fueron trasladados a la parroquia de Huaca a principios del siglo XVII; su curaca fue Dr. Andrés Guachay y Mendoza.

CAPITULO IV

LAS TOLAS Y BOHIOS DE IMBABURA Y CARCHI

Tanto ha hecho conmigo el Dr. Uhle y tan facilmente ha querido sacarme de combate, que voy a meterme en el campo de la Arqueología, aunque desconozca esta materia y aún el método mismo de investigarla: mis conciudadanos dirán si tal estudio me ha dado o no resultados y si son los que yo pretendo conseguir.

Párrafo I

Las tolas de Imbabura y Carchi

Al tratar de las tolas, tenidas generalmente como una particularidad de la Provincia de Imbabura, ya no es posible seguir al Dr Uhle, quien, no obstante de haber hecho la reconstrucción etnográfica de las gentes que habitaron el territorio de la actual República del Ecuador y de haber clasificado las civilizaciones aborígenes en el Carchi, nada puede decir en cuanto a esta materia; lo olvidaré siquiera en este capítulo y seguiré los importantes estudios del señor Jijón y Camaño, iniciador de la Arqueología imbabureña. Tiempo es ya de comentar tan importantes trabajos, aprovechando de un rico material y, especialmente, de tan erudita preparación como la que demuestra en sus observaciones; y vuelvo a advertir que la brevedad de mi propósito no me permite considerarlos ampliamente, sino tratando de rectificar aquellas

apreciaciones que el estudio de los bohíos ha permitido dilucidarlas de mejor manera.

Tomaré pues, por base uno de sus mejores trabajos; la «Nueva Contribución al Conocimiento de los Aborígenes de la Provincia de Imbabura» y me fijaré en la excavación de «La Tola del Aguacate».

Ante todo, es de presumir que se ha presentado invertida la lámina IV, que demuestra el corte vertical de dicha tola; no de otro modo se explica que la orientación de la lámina se haya hecho de manera que el Oriente venga a quedar a la izquierda del lector, y el Occidente sea lo que queda a la derecha; asunto de capital importancia, para poder seguir al escritor en la descripción de la tola.

Empieza el señor Jijón por hablarnos de «diferentes edades de los sepulcros» encontrados en la tola, durante el tiempo en que ésta ha sido habitada. (1) En el segundo acápite de la página siguiente, nos habla de «los diversos períodos» indicados por cuatro emplazamientos de antiguas cocinas de la misma tola, y, desde las páginas 57 y 58, fijamente trata de épocas, juzgando por los estratos en que se han encontrado los emplazamientos de los hogares, por la profundidad en que se hallaron los restos humanos y la variedad de piedras de moler y objetos de cerámica; mas, no se ha explicado si se trata solamente de variedades de tiempos de un mismo período, o de diferencias de tiempos de dos o más períodos, o de diferencias de épocas propiamente dichas. De tal vacilación de conceptos, resulta una verdadera confusión de los tiempos que se desea precisar el momento de establecer las divisiones cronológicas.

Por esto, al comparar el cuadro de la Pág. 58, en que están clasificadas las edades de una misma tola, con el cuadro cronológico de las civilizaciones aborígenes de Imbabura, página 106, los antecedentes no se compaginan con las consecuencias, y, por lo mismo, cabe una re-

(1) Boletín de la Academia Nacional de Historia, No. 11, Pág. 55.

tificación. (1) En efecto: si a la cronología de Imbabura le quito el período correspondiente a la Conquista y dominación española, debo relacionar las cuatro épocas de las tolas a las cuatro de la cronología y asignar al primer *estrato* la primera época cronológica; entonces, tengo que este *estrato* debe hallarse representado por objetos de pintura roja, ya que al primer período cronológico se lo designa con el nombre de «período de los vasos pintados»; no obstante, puedo afirmar con toda seguridad, que nada tiene que ver este período con la pintura roja, ni aún en los dos períodos siguientes, siendo de notar que no es muy frecuente encontrarla en el cuarto, no obstante de que el señor Jijón la ha buscado con insistencia, y es que en Imbabura y el Carchi, solamente se ha introducido en un tiempo muy posterior. Además, es claro que las más antiguas civilizaciones americanas no pueden caracterizarse por sus progresos en la pintura, y, porque tal período es dudoso para el mismo investigador, no se lo puede aceptar tal como ha sido planteado.

Al relacionar la segunda época de la tola con el segundo período de la cronología, se observa que la época de los sepulcros en pozos no sería más que un período tan fugaz que apenas se podría constatarlo en las tolas, siendo así que, por sí sólo ha formado más de una época, entre los aborígenes de ambas Provincias, de tal manera que ha llegado a constituir formas predominantes de enterramiento. Tampoco se compagina la tercera época con el tercer período cronológico, ni mucho menos los que vienen a ser el cuarto, que representarían, según el terreno, uno de los períodos más largos de habitación en las tolas, siendo así que sólo puede corresponder al tiempo de la Conquista de los incas.

(1) Con la cultura y benevolencia características del señor Jijón manifestome cierta vez que pude visitarlo personalmente que no ha pretendido jamás relacionar las épocas de las tolas con las épocas de la cronología imbabureña, pero el lector está en el caso de examinar tal supuesto, porque si las tolas representan épocas independientes de la cronología, no son verdaderamente tales ni puede hablarse de *estratos*, ya que el señor Jijón afirma que todas ellas pertenecen únicamente a la última época prehistórica, según lo declarado por Llullunguanga, del ayllu del cacique Gualichicomín; luego debemos eliminar las épocas de las tolas.

Entonces, nada más fácil suponer que en el tercer período cronológico se formaron las capas de las tolas, o, mejor dicho, que las tolas han sido construídas y habitadas desde el primer emplazamiento de un hogar y que después fueron aumentando su capacidad y altura, al influjo de una sola ramificación de gentes, desde que vino a habitar el territorio de las Provincias de Imbabura y Carchi, hasta después de la Conquista española. Visitando las tolas de La Cruz, en la Parroquia de Pimampiro, pude observar que gran parte de una de ellas había sido construída con pedazos de cangahua acomodada, sobre la cual se demostraban capas de terreno, posiblemente como las que observó el señor Jijón en la tola del Aguacate; lo cual, bien claro demuestra que la tola solamente fue habitada desde alguna de las primeras capas de tierra que se había echado sobre la cangahua y que sólo desde esa capa se ha de considerar el tiempo de habitación de la tola, o sea desde donde se encuentra el primer emplazamiento de un hogar.

Por esto, en tratando de clasificar el número de veces que una tola ha sido habitada y los tiempos en que se verificaron las sepulturas que en ella se encuentran, habría sido de grande utilidad estudiar las capas de tierra que posiblemente han sido superpuestas sobre las superficies habitadas de la tola, al tiempo de verificar los enterramientos; de este modo estaríamos seguros y podríamos deslindar mejor cada tiempo de habitación en una tola; después, acudiendo a la Arqueología, ya se podría comparar la cerámica que proporcionan las tumbas de cada superficie habitada, en virtud de la comparación de los objetos que la representan y, así, se podría concluir, de un modo más o menos cierto, si se trata de un mismo tiempo, de diferentes períodos o de épocas.

La colocación del terreno sobre la primera capa del suelo habitado debe atribuirse a causas independientes del orden geológico, y es de suponer que se han producido sucesivamente, en cada tiempo en que la tola ha vuelto a ser habitada, porque ninguna capa de suelo puede formarse dentro de una vivienda, mientras esté ocupado el edificio; la formación de los estratos obedece a influjos de un carácter más general y más enérgicos. Cuando ha sido abandonado un edificio, es natural que caigan sus paredes y que

después los deudos del difunto vuelvan a ocupar la tola, levantando su superficie, para borrar talvez la idea de la construcción anterior; de este modo se explican los hogares localizados a varias profundidades de una tola, las menores dificultades en su edificación y así compaginarían también los indígenas la idea de abandonar la morada donde fallecieron sus deudos y la de no abandonar su tierra, a la que se hallaban ligados por sus ocupaciones agrícolas y por tantos motivos, en virtud de los cuales prefirieron perder su libertad, por dos veces, antes que desocupar el suelo y alejarse del todo de las tumbas de sus mayores.

He aquí el primer motivo por el cual las épocas asignadas a los estratos no son aceptables; el segundo motivo puede encontrarse en el precedente de que éstos no se diferencian entre sí por su constitución geológica propiamente dicha, lo que indefectiblemente implicaría diversidad de tiempos en el decurso de su formación; pues, sus diferencias sólo se fundan, ya en una capa de casquijo, ya en las variadas proporciones con que se combina la ceniza con una tierra geológicamente coetánea, lo que fácilmente puede acontecer en uno, diez, cincuenta o cien años, correspondientes a una misma civilización; no puede ser de otra manera, ya que la uniformidad de costumbres implica comunidad de origen de una misma ramificación indígena, cuya civilización debe haber seguido desarrollándose en el transcurso del tiempo; luego, la variedad de los estratos tiene que atribuirse a una misma clase de gentes, en la sucesión de padres a hijos solamente, quienes, entre ritos y ceremonias, edificarían nuevas habitaciones, agregando a la tola la tierra bendita y recogida de sus desmontes y rozas.

Bien está que se clasifique las capas del suelo en busca de la repetición de una misma costumbre o del número de veces que fue habitada una tola, y, entonces se puede afirmar que cada una de ellas ha llegado a quedar en el estado actual al cabo de cincuenta o de cien años por ejemplo; asignándoles cierto número de años, como promedio o como máximo de habitación de una familia en cada estrato, dividido por un hogar; mas, no se puede calcular el tiempo de habitación proporcionalmente al mayor volumen de la capa del suelo, porque éste bien puede depender exclusivamente del mayor o me-

nor esfuerzo de una minga, en cuyo caso, bien puede haber sido habitada una tola por más tiempo del que puede representar un terreno de menos espesor; así, por ejemplo, si el primer *estrato* representa las seis treceavas partes de una tola; si el segundo representa una treceava parte; las dos treceavas el tercero, y el cuarto, las cuatro treceavas partes de la misma; no se podrá concluir diciendo que ha aumentado paulatinamente el suelo de una casa habitada, sino que, cuando ha desaparecido ésta y se ha levantado la tola para un nuevo edificio, no hubo obligación de aumentar la altura en proporción al tiempo que se iba a ocupar la casa que se trataba de construir; pero sí puede concluirse afirmando que han sido tantas las viviendas, cuantos son los *estratos* con hogar, ya que en contra de esta hipótesis sólo milita la posibilidad de una fiesta al tiempo de una construcción única; entonces, sus huellas serían mucho más efímeras.

Ciertamente una tola de habitación, tal como se presenta a nuestra vista, no debe ser hecha en un solo impulso de trabajo, porque, si tal cosa hubiera sucedido, sus constructores habrían tenido que perecer de hambre, antes que cumplir su propósito. ¿Qué tiempo les habría quedado para atender a su subsistencia? ¿Quién les habría cultivado la tierra, quién la habría cosechado, quién se habría dedicado a la caza, quién habría cuidado de los hijos y mantenido el fuego en el hogar? Ya sabemos cómo se explica la construcción de las pirámides de Egipto, con propósitos seguramente más útiles que una tola, y en Imbabura, tantas pirámides, que pueden contarse por centenares, ¿qué naciones, qué pueblos en esclavitud habrían sido bastantes, para construir cada una de ellas en un solo impulso o esfuerzo?

«El área de tierra superpuesta, dice el señor Jijón, debe estimarse en unos 3.290 metros cuadrados», refiriéndose a la tola del Aguacate; tal cubicaje debe haberse calculado hasta donde principia la capa de cangahua, lugar en que el investigador encontró ya un suelo natural; mas, en otros casos, las tolas se ha empezado a formar con este material, de manera que ni aún la cangahua representa todavía la capa natural del suelo, entonces aumenta el volumen de

tierra superpuesta. En muchos otros casos, las tolas tienen superficies y alturas mucho mayores, donde el volumen de tierra superpuesta es, en verdad, sorprendente.

Las tolas funerarias no pueden presentarse del todo aisladas de las tolas habitaciones, porque deben tener una idea de dependencia. A juzgar por lo que ocurre con los bohíos, los enterramientos de la tola del Aguacate no dan una idea de las tumbas de sus dueños, quienes no podían ser uno entre tantos cadáveres sepultados de la misma manera, dentro, fuera y en los alrededores de la tola, menos para cierto período de tiempo, que pudo formar una época. Tan pobres y desprovistas sepulturas, respecto del ajuar que necesitaban los régulos, caciques y principales para el viaje de ultratumba, no equivalen al ajuar, solemnidad, ritos y categoría de los caciques del Carchi, del tiempo correspondiente, en donde la tumba de un cacique o principal, se la distingue a la legua, por las dimensiones del bohío y, después, por su anchura y profundidad, así como por el número de personas enterradas, por el ajuar, siempre más importante y rico, y que, por lo mismo, es el único que representa su cultura. No hay por qué los caciques puendos, coetáneos a las dos últimas épocas de los pastos, pudieran presentarse tan notablemente inferiores a los de la Provincia del Carchi, siendo así que más bien los del Carchi, manifiestan una cultura del todo influenciada por la civilización imbabureña, que se adelantó a los indígenas del Norte, por un influjo más cercano de las civilizaciones del Sur.

Por estos antecedentes, es de sospechar que tales indígenas, si en la vida fueron dueños de una tola, justo era que, a su muerte, fueran a descansar dentro de otra, tanto más alta, cuanto hubiera sido la importancia del cacique y el número de personas que lloraban y sentían su desaparición; aunque en este caso, es natural que la tola funeraria no debió ser construída del modo y manera de una tola vivienda, porque las tolas funerarias de esta clase no deben demostrar sino un solo esfuerzo.

Mucho debía significar ser dueño de una tola de vivienda: autoridad y poder, derechos de vasallaje, derecho a que un mayor o menor número de gente trabaje o levante, física y moralmente, la posesión y posición del

cacique, de tal manera, que su morada testifique su cultura y poderío; esto no solamente es consolador, sino que denota un grado de cultura que no se aviene al habitante de talanquera, en la montaña; porque tanto esmero y esfuerzos empleados en obras más o menos definitivas, ya dicen mucho en el desarrollo de sus costumbres.

Es importante el estudio del señor Jijón en cuanto a la constatación de los hogares en las capas de tierra de las tolas, y no queda sino ahondar un poco más en esta materia, para que sus conclusiones tengan el carácter de lo definitivo. Por lo pronto, ya es posible rechazar, con firmeza el supuesto de que la tierra de las tolas haya sido sacada solamente mediante una excavación de un punto cercano, porque, de ser así, los estratos no acusarían una mezcla más o menos semejante los unos respecto de los otros; es preciso concluir que la tierra fue recogida de una superficie extensa, talvez de un terreno cultivado o de una roza, lo cual ya nos irá haciendo penetrar en sus costumbres y posibilidades.

¿Qué representan las tumbas en las cuales los restos humanos se encuentran en desordenado montón?—Por lo que se refiere a las tolas, talvez no pueda hablarse propiamente de segunda sepultura; ya que, si los huesos se encuentran tan incompletos, es fundado suponer que no se los sacó de otro lugar para hacer honor a aquello que más dura, para que volvieran a ver la luz del día y fuesen trasplantados, por mano amiga, a un lugar de perpetuo descanso. ¿No se sepultaría lo que sobraba, para que las almas de los muertos no anduvieran haciendo males en las viviendas? Para resolver esta cuestión, ante todo es necesario plantearla, principiando por investigar la época más conocida y por considerar la primera sepultura, haciendo lo posible para distinguir una o más costumbres.

Unos indígenas reducidos a Caranqui, que vivieron por el año de 1573, afirman que en la tola de un terreno llamado *Culriquechu* y, por otro nombre, *Chulrabimued* o *Chulamued* (*Chorlabí*), se hallaban sepultados sus antepasados, cuyo era el terreno donde estaba situada la tola, y era buena prueba de su propiedad las sepulturas de sus an-

tecesores; luego, es necesario concluir que hubo tolas sepulturas en los mismos lugares en que han vivido sus dueños, pero esto todavía no permite interpretar cuáles eran las sepulturas de sus principales y caciques (Boletín de la Academia Nacional de Historia, N.º 12, Pág....).

En la «Relación en Suma de la Doctrina e Beneficio de Pimampiro», el Padre Antonio Borja nos cuenta que «hay en este dicho pueblo de Chapi otra superstición endemoniaca que muriéndose el padre o la madre u otro cualquier dueño de una casa, que llevándolo a enterrar por una calle, no volvían por allí, sino por otra, y abrían un portillo y sacaban todo el hato de la casa y la desamparaban hasta que ella se caía, y por la calle por donde le llevan a enterrar, encendían muchas lumbres de paja y otras hierbas, con que decían espantaban al muerto que no volviese; y aquella noche todos los parientes del muerto hacían las obsequias con mucha chicha y lo velaban» (P. Antonio Borja, Rel. Geog. de Indias, 1927, Pág. 132).

En la declaración que tengo publicada en mi estudio «Nombres y Pueblos de la Antigua Provincia de Imbabura», Boletín de la Academia, Nos. 3 y 4, refiere el testigo que declaró ante el Corregidor Juan de Oñate Chacón, en 1576, que «mientras no los apremien, a los naturales, a que se pueblen como manda su Majestad, se mueren en los tales lugares sin confesión y algunos sin ser cristianos y que se entierran en los montes, por seguir la ley de sus antiguos antepasados».

Ninguna de estas tres noticias es concordante; por lo que a El Angel se refiere, tengo el convencimiento de que no se encuentran umbas aisladas en los montes; el Padre Borja nos avisa que lo llevaban a enterrar a los indígenas de Chapí en un lugar apartado de sus casas, talvez se refiera ya a la Iglesia cristiana; Ventura Parinquilomín parece afirmar que sus antepasados estaban sepultados en una tola. Todas estas noticias no dan base para fijar algo concreto; el hecho es que se encuentran cadáveres en tumbas cavadas en las tolas viviendas, en fosas cavadas sobre las cuales se ha constituido una tola funeraria y en tolas sin fosa cavada; tanto en las primeras como en las segundas se ha practicado la segunda sepultura, sólo que ya en las unas como en las otras predo-

mina el enterramiento de una sola persona. Quede, pues, el asunto sin solución, hasta cuando se complementen estos estudios.

¿Cada tola de habitación sería morada de una sola familia? ¿Todas las familias de una misma parcialidad, tendrían tola de vivienda o solamente sus caciques? ¿Los dueños de una tola serían enterrados en los alrededores de una habitación o en una tola funeraria? ¿Los indígenas miembros de una parcialidad tendrían tola funeraria? Tales son las cuestiones que saltan a primera vista.

El señor González Suárez atribuyó a las tolas una remota antigüedad, a juzgar por la cerámica pobre encontrada en aquellas sepulturas; por el contrario, el señor Jijón las refiere únicamente a la última época prehistórica, que termina con la Conquista española y aún a un tiempo posterior, fundándose en que consta de diligencias judiciales del año 1624 que el indio Llullunguanga, de Tumbaco, se ocupaba en hacer las tolas y casas del cacique Gualchicomén (Gualchicomín), a cuyo aylllo pertenecía Llullunguanga (V. Boletín de la Academia, N.º 10, Pág. 104).

Después de habernos hablado el señor Jijón de estratificaciones en las tolas y aún habiéndoles asignado cuatro épocas, ya no tiene derecho para hacer valer, en un sentido tan absoluto tal declaración, así conste con fe de escribano público, porque dar una certificación no es lo mismo que hacer una tola. Mal se puede hablar entonces de hacer una tola, ni mucho menos un solo indio que se ocupa en hacer la casa, principiando desde la tola; quien sabe lo que el indio quiso expresar, o si más bien pensó en la casa que estaba construyendo sobre una tola, o cómo interpretó el escribano o la persona que redactó aquella declaración.

Francamente, no parece aceptable que el mismo Sr. Jijón se empeñe en echar a perder tan importante estudio de las estratificaciones de las tolas, por dar una extensión que no puede tener la declaración de Llullunguanga, quien, de no hacerse entender bien del tribunal judicial, talvez se hallaría perurgido en el juicio en que declaraba incidentalmente a este respecto, y luego declaraba un imposible,

como es el de coger las estrellas con las manos, y tanto ha influido semejante declaración en el criterio del investigador, que después de datos recogidos con tanta laboriosidad, exactitud y erudición, concluye aceptando incondicionalmente la declaración antedicha.

Lo que no me parece aceptable es que a los estratos se los haga representar tantas épocas cuantas son las ramificaciones indígenas conocidas que habitaron en la Provincia de Imbabura, debiendo atribuirse tal costumbre a una sola civilización en varios tiempos; mas, los hogares encontrados en las diferentes capas de suelo son elocuentes, y no falta sino precisar la superficie de una tola al tiempo de verificar cada enterramiento, y esto sólo permitiría reconstruir el tiempo de las habitaciones en las mismas.

Por los motivos expuestos y, además, por los que a continuación agrego, es necesario concluir en que tanto las primeras capas de terreno de las tolas habitaciones, como un sinnúmero de tolas funerarias y las tumbas de fosa cavada, estudiadas por el señor Jijón en Urcuquí, revelan notable antigüedad, y especialmente ciertos grupos de tolas funerarias encontrados en el Carchi, los cuales considero como las primeras huellas duraderas que manifiestan la existencia del hombre en el territorio de que me ocupo.

En verdad, tanto en el Carchi como en Imbabura, existen tolas funerarias, aún desprovistas de toda clase de objetos de cerámica; en algunas de ellas no hay sino cantos rodados o andesitas sin pulimentación, junto a los escasos restos humanos próximos a desaparecer; en otras tolas no se encuentra ya absolutamente nada de restos humanos y sólo por el motivo de la tola, por sus dimensiones, semejantes a las demás, se comprende que los restos han desaparecido del todo, no obstante de haberlos guardado por mucho tiempo. Esto pude observarlo en un grupo numeroso de tolas que se encuentran cerca del caserío de El Aliso, en la Parroquia de El Angel.

Me ocupaba en hacer la rectificación de una acequia que conduce aguas para un molino, y como dicho cauce atraviesa el terreno en que se halla localizado un extenso conjunto de tolas, la acequia se la había construído

formando fuertes curvas que, rodeando las tolas, dificultaban la corriente; entonces me propuse cortar unas tolas y formar sobabones en otras, todo lo que me permitió observar que ya no habían restos humanos en la base de algunas de ellas y que, en otras sí se hallaban vestigios, sin cerámica de ninguna clase y acompañados solamente de alguna piedra.

Todo esto, digo, me da una idea de que estas tolas son considerablemente anteriores, respecto de todas las sepulturas de fosa cavada de la Provincia del Carchi y aún de las de Imbabura, en donde los sepulcros de fosa cavada de Urcuquí deben ocupar un tiempo intermedio entre las tolas funerarias primitivas y las tumbas de fosa cavada de El Angel, de manera que los sepulcros de fosa cavada de Urcuquí, por su cerámica, me parecen contemporáneos de los primeros sepulcros de las tolas habitaciones de Imbabura, a juzgar por sus trípodes, platos y demás objetos de barro. El estudio de la estratificación del suelo en relación al plano o superficie en que principia una tola, debe decir la última palabra al respecto. En los terrenos de la falda Noreste del cerro Imbabura, es curioso observar que se ha formado una capa geológica de pedrisco, a causa de una antigua erupción volcánica, la que en algunas partes todavía se halla a descubierto y únicamente sobre ella se han construído las tolas, con tierra escogida como si dijésemos de los cultivos agrícolas. Tierra fértil y adecuada para plantaciones es la que se ha acumulado en las tolas y no mezclada con la del subsuelo, más estéril y dura; todo lo que aleja la idea de verificar excavaciones al tiempo de formar una tola. Este antecedente es tanto más digno de notarse, cuanto que, en Caranqui, los campos agrícolas están llenos de pedrisco y muchas de aquellas, como he dicho, se han formado de tierra suelta, en que no está el pedrisco en la proporción en que se lo halla en los campos cultivados.

Cada tola habitación debió ser la morada de un cacique y su familia; su riqueza y poderío debieron hacerse extensivos a las familias de sus hijos, quienes a su vez, construirían tolas junto a las habitaciones de sus padres y, por consiguiente, en el corazón o centro donde habitaba la parcialidad; talvez las tolas de algunos hijos se irían formando después de la muerte de sus padres, en algunos casos, y

en otros, las tolas vecinas representarían las moradas de los principales, subordinados al cacique. Así podría explicarse el hecho de que las tolas habitaciones se las encuentra formando pequeños grupos, más o menos de tres a medida de la importancia de la parcialidad y habida cuenta del precedente de que en otros casos se encuentra aislada una tola mediana; de esta interpretación excluyo expresamente algunas tolas grandes o con rampa que, en verdad, pudieron ser adoratorios.

Tales precedentes, por lo que a la dispersión de las tolas se refiere, parecen demostrar que no debieron ser viviendas aisladas y sin compañía, no obstante el lujo de esfuerzos colectivos con que se las construyó; los demás indígenas no pudieron hacer sus viviendas en tolas y sólo sí las harían pequeñas para señalar las tumbas de sus muertos, en conformidad a las costumbres de sus antepasados, como lo indican innumerables tolas pequeñas, sin fosa cavada, diseminadas en muchos lugares de Imbabura y el Carchi. Tal vez las tolas con fosa cavada representen las tumbas de los caciques, aunque ya dan una idea e implican un perfecto lazo de unión entre las sepulturas de fosa cavada y las tolas funerarias. Una tola con fosa cavada no debe ser sino una tumba de fosa cavada, que se ha señalado con una tola.

Provisionalmente, estableceré aquí la siguiente clasificación:

- 1º.—Tolas meramente funerarias con leves muestras de restos humanos que en algunas de ellas han desaparecido casi completamente; enterramientos en lugares determinados formando un conjunto; ajuar de alguna piedra sin pulimentación de ninguna clase. Tolas en El Aliso, N. O. de El Angel; también en la región de Caranqui y Cayambe.
- 2º.—Tolas funerarias con sepulcros de fosa cavada:
 - a) Tumbas individuales de fosa cavada con túmulo funerario.
 - b) Tumbas colectivas de fosa cavada recubiertas por una tola.
- 3º.—a) Tolas habitaciones con sepulcros de fosa cavada, perforados solamente a partir de la primera ca-

pa del suelo habitado, el cual puede reconocerse por la localización de los hogares.

b) Tolas habitaciones con sepulcros de fosa cavada perforados a partir de la segunda capa del suelo habitado o de cualquiera de las capas superiores.

4°.—Tumbas de fosa cavada que pueden encontrarse en las tolas-adoratorios o en otras de superficie más o menos amplia, haya sido cualquiera su destinación.

5°.—Sepulturas de fosa cavada, angostas y profundas, sin cueva de ninguna clase, que contienen, juntamente con restos humanos, objetos de cerámica inferior bastante pequeños, correspondientes a cierta clase de sepulcros encontrados en El Angel, Urcuquí, Cañar y Azuay.

6°.—Sepulturas de fosa cavada de Urcuquí, más abiertas y menos profundas, con cerámica inferior descrita por el señor Jijón, la que debe corresponder a igual tiempo de enterramientos en las tolas.

7°.—Otras clases de sepulturas de fosa cavada con cerámica conocida.

Como se ha dicho, el primer grupo de sepulturas se lo encuentra en una y otra Provincia; el primer tipo del segundo lo encontramos en el Carchi, en la hacienda Pucará de Santo Domingo, y en Imbabura nos lo da a conocer el señor Jijón en su obra 1912. El tipo b del segundo grupo, creemos haberlo encontrado en Ingatola, dehesa de la hacienda Ispingo, en la Parroquia de El Angel. Los tipos del tercer grupo deben encontrarse en Imbabura, según las vicisitudes de habitación en las tolas como la del Aguacate. Las del cuarto grupo deben seguir la ley general de enterramiento en sepulturas de fosa cavada.

Los enterramientos en sepulturas de fosa cavada debieron constituir, como he dicho, otra época diferente, respecto de los enterramientos en las tolas habitaciones; ya que, entre unos y otras hay tan profunda diferencia de costumbres que sí implican diferencia de civilizaciones; de manera que, en Imbabura las tolas habitaciones deben representar varios tiempos para una misma ramificación de gentes:

tiempos caracterizados, ya por su cerámica y metalurgia, ya también por la coexistencia de ramificaciones indígenas diferentes, como la que representan los sepulcros de fosa cavada en los bohíos.

No creo, pues, que las tolas de fosa cavada puedan representar, por sí mismas, una época, sino más bien diferencias de categoría entre los indígenas o talvez una nueva costumbre, al tiempo en que se presentaron los habitantes de los bohíos.

Cuando la Conquista española, se encuentra, por decirlo así, una civilización clásica imbabureña, representada por las parcialidades de Cayambe, Cochasquí, Perucho, Otavalo, Atuntaquí y Caranquí, en virtud del predominio de los angos en estas parcialidades, en tanto que, los pueblos del lado occidental de Imbabura, entre ellos Lita, Quilza, Cahuasquí y Lachas significaban, aunque mezclados, el predominio casi absoluto del influjo cayapa, los que habían quedado ocupando la Cordillera occidental, dejando aislada la parte interandina de Imbabura de las gentes de la costa esmeraldeña. Los cayapas debieron haber ocupado la Cordillera, por mucho tiempo y, convivido en Imbabura con los angos, sin luchas ni exterminios, sino más bien pacíficamente, mediante entroncamientos y alianzas; mas, nuevas inmigraciones a la Cordillera occidental, cortaron el manantial de renovación de los angos y vino a menos la pureza de su sangre, teniendo que aprovechar del suelo juntamente con los imbas, con quienes se mezclaron, a tal punto, que el viejo nevado que los arrullaba con su manto dejó de ser el cerro de Carán, para llamarse Imbaburo, nombre que le dió el pueblo de Imbaquí, que fue a situarse hacia el lado de Agato. Las parcialidades de Cangahua, Yaruquí, Sangolquí o Guillabamba, debieron estar muy influenciadas por sus vecinos del Sur, como lo estaría Cochasquí y Caranquí, pero que, a pesar de esto, casi no han quedado huellas en estas dos últimas secciones, en lo referente a los nombres de sus aborígeres.

Los puentes de Cayambe, mantendrían la hegemonía de los cacicazgos de Imbabura, al tiempo de la Conquista de los incas; mas, a tal punto había llegado el influjo cayapa, que ya el idioma de los angos se había extingui-

do y sólo se conservaba su gentilicio, el que se lo encuentra también mezclado con el de imba y, además, con el de puento, que es el que corresponde a los imbabureños, desde antes de la venida de los incas o talvez desde antes.

De este modo se explica como las dos civilizaciones llegaron a coexistir en la Provincia de Imbabura, hasta nuestros tiempos, y así se explica también las diferencias de costumbres representadas por las tolas y los bohíos; bien entendido que unos y otros conservaron algunas costumbres de sus lugares de origen, el de los angos seguramente mejicano; en tanto que los imbas, representaban costumbres de las civilizaciones chibchas, influenciadas por otras civilizaciones de Norte y Sur, habiendo formado idiomas propios los pastos y los puentos, derivados de uno común chibcha-barbacoa, en el que aún no es posible precisar el papel que desempeñó el idioma de los talamancas, así como el de los tucanos o betoyas.

Es claro que la Cerámica y la Toponimia acusan un confuso tropel de civilizaciones del Continente americano; pero, qué hacer en el momento actual de investigación, si pastos y puentos han heredado ciertos caracteres y han recibido otros, de tantas y tantas gentes con quienes se han mezclado. ¿Será dable afirmar que en Imbabura y Carchi hubo tantas civilizaciones aborígenes, cuantas diferencias implica su manufactura, en tanto que más bien los venidos de afuera aceptaron los idiomas dominantes y se asimilaron a su civilización?

Párrafo II

Los bohíos y su cerámica

Si ninguna línea ni detalle han de pasar inadvertidos en el estudio de los objetos de cerámica, justo es que se proceda de la misma manera al estudiar los bohíos y después sus tumbas correspondientes, para pasar al ex-

amen de la cerámica respectiva, a la manera de un terco alguacil, que empieza por inventariar el edificio para describir en seguida los objetos que en él se encuentran.

Lo pertinente a la apreciación de los bohíos se ha visto ya en los acápite precedentes; ahora, pues, me concretaré a las tumbas que a ellos corresponden.

Dos criterios se presentan para la clasificación de las tumbas de los aborígenes del Carchi y, si son valederos, tendrán que ser de mucha utilidad en el momento de estudiar la cerámica de las tumbas clasificadas, porque si las tumbas acusan alguna diferencia, ésta, ante todo, implica dos civilizaciones y entonces, ya se podría asegurar que se debe proceder a estudiar, no sólo las semejanzas, sino las desemejanzas que aquellas gentes han tenido, así fuese su cerámica del todo parecida. Las semejanzas, en este caso, ya no me llevarían a concluir que se trata de una misma civilización, sino que, partiendo del supuesto de dos civilizaciones, iré a buscar las relaciones y el modo cómo la una se entrelaza con la ótra, cómo se explican sus diferencias y, en fin, qué criterio se debe adoptar para dilucidar cuestiones que, de otra manera, ni siquiera se hubiera podido sospechar. Supongamos que se trata de dos ollas trípodes: la una encontrada en sepulcro de fosa cavada, y la ótra, en una tola; por la semejanza de forma, ¿se debería concluir que es una misma civilización la de los bohíos y la de las tolas? —No, por cierto; luego, esta semejanza me llevaría a investigar el por qué de ella, no obstante de comprender, desde el primer momento, que se trata de ramificaciones indígenas diferentes.

El primer criterio que se presenta para la clasificación de las tumbas es el de sus dimensiones. Partiendo del supuesto de que cada conjunto de tumbas, localizadas en una región cualquiera de la Provincia del Carchi, representa la necrópolis del pueblo que habitó en su superficie, comprendo que dichas tumbas demuestran ciertos caracteres de uniformidad, no solamente en su cerámica, sino también en sus dimensiones las cuales guardan por lo menos proporcionalidad, y entonces se debe considerar, primeramente, las dimensiones proporcionales entre las tumbas de un conjunto

dado y, después, las diferencias de un conjunto en relación a otro conjunto, o sea de pueblo a pueblo. En el primer caso se puede distinguir: 1º, las tumbas de los caciques o principales de una parcialidad; 2º, las tumbas de los jefes de familia o dueños de los bohíos; 3º, las tumbas de las demás personas que han habitado en los bohíos, excepto las de los niños, y 4º, las tumbas de los niños.

Las tumbas de los caciques descuellan entre las demás, por su diámetro y profundidad; las tumbas de los jefes de familia son de menores dimensiones que las de los caciques, pero más grandes que las restantes, que forman el grupo correspondiente a cada bohío; las tumbas de los miembros de familia son ya pequeñas y pobres, y más aún las de los niños.

Al conjunto de bohíos que ha llegado a formar un caserío o pueblo, lo designaré así y daré el nombre de *parcialidad* al pueblo o conjunto, incluyendo los bohíos y tumbas diseminados en toda la extensión del territorio que le ha pertenecido, ya sea por consideraciones referentes a su cerámica o por su situación geográfica. Quede establecido también que, al hablar de las tumbas, es necesario distinguir el conjunto respecto de los *grupos* circunscritos dentro de cada bohío; por lo cual, al primero lo llamaré conjunto y a los segundos los distinguiré con el nombre de grupos.

Previos estos antecedentes, digo que, conocidas las dimensiones de la tumba de un jefe de familia y las de otra tumba de importancia secundaria de un mismo conjunto, se puede calcular aproximadamente las dimensiones de las otras tumbas de igual categoría, pero que esta semejanza y proporcionalidad varía notablemente, cuando se comparan las dimensiones de las tumbas de pueblo a pueblo. A este respecto anotaré las dimensiones de los conjuntos algo más conocidos.

Las dimensiones de las tumbas ordinarias en el tiempo de los incas, según el estudio del señor Jijón en Ichimbía, parece fluctuar entre los setenta centímetros de diámetro y un metro o un metro cincuenta centímetros de profundidad.

Las dimensiones de las tumbas que contienen oro, en el Carchi, pueden fluctuar entre un metro veinte centímetros de

diámetro por cuatro metros de profundidad; algo mayores son las de los jefes de familia, pero las de los caciques, son ya de dimensiones considerables; pues, la tumba del cacique del panteón González Suárez fue excavada por doce personas que trabajaron simultáneamente durante quince días; las tumbas de los niños se hallan a ochenta centímetros de profundidad, mas o menos.

Las tumbas cuya cerámica se halla representada por botijuelas, y en donde se encuentra cobre, son aún más profundas: la del Pailón, correspondiente al conjunto von Buchwald, en El Angel, fue excavada por quince peones que trabajaron simultáneamente, sacando la tierra por medio de poleas hasta una profundidad en que empezó a verter agua; después de haberla sacado en bastante cantidad, se decepcionaron los socios en la excavación, la que se continuó tan sólo cuando el agua había llegado a secarse de suyo. Algo semejante sucedió en la sepultura contigua, la que tenía un diámetro de cuatro metros diez y seis centímetros y una profundidad que podía llegar a veinte metros. Una tumba excavada en el potrero de Las Gradadas, en la hacienda La Rinconada, tuvo también dimensiones semejantes. Las que corresponden a las tumbas de los jefes de familia pueden tener un metro cincuenta centímetros de diámetro, por ocho o diez metros de profundidad; las de la generalidad de tumbas, un metro veinte centímetros de diámetro por seis u ocho de profundidad y de dos a tres metros las más pequeñas.

Entre los conjuntos de tumbas de cerámica ordinaria, no sabría fijar el promedio de sus dimensiones, por no haber tratado de clasificar esos grupos, los cuales de ordinario son de menos profundidad, pudiendo decirse que en esos conjuntos no hay bohíos ni tumbas que sobresalgan tan notoriamente en cada conjunto, y sólo diré que, por lo general, pueden ser de tres a cuatro metros de profundidad, habiendo un tipo, muy característico, constituido por tumbas muy angostas y profundas, que son el terror de los huaqueros.

No he tenido noticia de que en el Carchi se haya excavado sepulturas cuadrangulares y, en las cilíndricas, de ordinario se encuentra una o más cuevas en el fondo; tienen la forma de un cuarto de esfera y, a veces se encuentra también algún nicho o alacena dispuesto en una al-

tura variable en la pared de la tumba; sólo por los estudios del señor Jijón he podido saber que en Imbabura y demás lugares del Sur se encuentran tumbas de fosa cavada sin las cuevas correspondientes. (Véase Jijón, 1912, páginas 27 y siguientes). En la región de Ambato nos representa en su obra 1922 el sepulcro 93, figura 5, Pág. 23. que es un pozo, en cuyo fondo se ha cavado otro de menores dimensiones para la colocación del cadáver; otra forma acusa la cueva de la figura 7 y las demás, 9, 10 y 11, parecen caracterizar tipos semejantes a los de la sepultura indicada, que de ordinario tienen dos o tres cuevas y algún nicho. La figura 15, del período de Tuncahuán, representa otro término de clasificación.

Por tanto, podemos distinguir los siguientes tipos:

1°.—Pozos cilíndricos, sin ninguna cueva en el fondo. (tumbas de Urucuquí, en Imbabura; Santús, en el Puruhá. V. Jijón 1912, Pág. ...; Puruhá, 1923, Pág. 295).

2°.—Pozos cilíndricos con una cavidad más pequeña en su fondo. (Ambato, Santa Elena; Boletín N.º 6, Pág. 124).

3°.—Pozos cilíndricos con una caverna en forma de cubo, localizada casi fuera de las paralelas de la tumba y en un plano inferior al fondo de ésta. (Santa Elena, Ambato; Boletín de la Academia, N.º 6, figura 8).

4°.—Pozos cilíndricos con una cueva localizada en un plano inferior de la tumba; cueva de forma más o menos trapezoidal. (V. id., id., figuras 9, 10 y 11).

5°.—Pozos cilíndricos con varias cuevas, localizadas en un plano más o menos inferior de la tumba. (sepulturas González Suárez, von Buchwald, en el Carchi).

6°.—Pozos cilíndricos cuyo fondo se halla ocupado en toda su extensión por la mitad posterior de una gran vasija. (V. id., id., Pág. 33).

Por lo dicho en la clasificación precedente, se ve que en el Carchi, solamente se ha encontrado los tipos 4° y 5°; mas, el grupo 5°, que corresponde a la edad del cobre y del oro en el Carchi, se caracteriza por constituir sus tumbas de enterramiento múltiple, lo que no sucede en las anteriormente citadas.

Las tumbas clasificadas por razón del conjunto podrían serlo así: 1°. Grupos que corresponden a los bohíos; 2°. Grupos que corresponden a un panteón circular incaico; 3°. Tumbas dispuestas en líneas rectas.

Es tiempo ya de hablar de lo que podría llamarse la cerámica votiva.

Dando un vistazo general a los objetos de cerámica de los aborígenes del Carchi, puede también estudiarse sus dimensiones, en conformidad a éstas se observa que ciertos objetos se los encuentra en sus dimensiones adecuadas para el uso ordinario de alimentación en las viviendas; tales son las botijuelas y platos de la época del cobre; hay asimismo ollas trípodes, si bien la generalidad de éstas y los objetos de cerámica inferior constituyen como si dijésemos un tipo pequeño y que llama la atención por la escasa cabida de dichos objetos; al parecer, dan la idea de que se hubiese confeccionado en ellos alimentos para pocas personas. Mas, en la alfarería del tipo González Suárez o Puchués, la generalidad de los objetos son más pequeños todavía, a punto de que es fácil convencerse que tan considerable número no podía servir para los menesteres de alimentación en el hogar y fueron fabricados, con tanto esmero y arte, para constituir un tipo de cerámica que, con más propiedad se pudiera llamar votiva. En verdad, esto se puede asegurar con tanta y más razón que, de vez en cuando, se encuentra objetos destinados al uso ordinario, notablemente de mayores dimensiones; de otro modo ¿qué orden de deducciones podría sacarse, si no hubiera diferencia entre unos y otros objetos? Quede, pues, anotada esta cuestión, que puede ser un auxiliar para las investigaciones posteriores.

LAMINA XI

Figurilla y vasija incásicas encontradas en Ingapirca, Provincia del Cañar; pertenecientes a la colección del General Angel Isaac Chiriboga.—Quito.

(Página 174)



1o.—Figurilla de barro, aunque de procedencia desconocida por razón de la tumba en que ha sido encontrada, demuestra en los pabellones de las orejas un motivo y estructura enteramente iguales a la vasija adjunta, por cuyo motivo demuestra ser un artefacto incásico. Lo mismo se infiere de su posición en cuclillas, cuyo motivo lo encontramos también en la lámina 1, figura 1 de este estudio, por más que esta última pertenece al sexo masculino, tiene gorra e indicaciones de vestido.

2o.—Vasija antropomorfa que tiene en las manos un timbal incásico, por cuyo motivo se deduce, de un modo cierto, que la representación de las orejas es por lo mismo incásica. El corte a bisel del asiento queda anotado como un procedimiento del mismo arte lo cual es de sumo interés para la interpretación de otros objetos.

CAPITULO V

ESTUDIO PARTICULAR DE ALGUNOS OBJETOS DE CERAMICA

Párrafo I

Ollas tripodes y cuátrpodes

Ya que no es posible, en tan corto tiempo, verificar un estudio formal de toda la cerámica del Carchi e Imbabura, me contentaré con hacer un breve estudio de algunos tipos de alfarería, procurando suministrar algunas noticias de mis observaciones recogidas sobre el terreno: observaciones hechas, no con un propósito de estudio, sino cuando practicaba tales excavaciones en El Angel, en las vacaciones de Colegio y de Universidad; es decir, observaciones recogidas en mi tiempo de *colegial huaquero*, para hablar en el idioma del Dr. Uhle.

Ollas tripodes y cuátrpodes.—Si, como punto de partida, me pongo a examinar el conjunto de utensilios de cocina que constituye el ajuar de una cabaña indígena en la actualidad, lo primero que salta a la vista y lo más importante de la vivienda es el hogar y en él la olla de cocina; aquí está el punto capital de la vivienda, y su estudio mucha luz tiene que hacer para el conocimiento de los tiempos pasados en materia de Arqueología.

El hogar está constituido por tres pedazos de cangahua medio adecuados para

tal objeto y que sirven de soporte o asiento de una olla de barro, más o menos grande, sin barniz de ninguna clase y de forma casi redonda u ovoidal; el gollete es abierto, bajo, sin agarraderas. En el espacio que queda desocupado entre los tres pedazos de cangahua, se acomoda la leña y se prende el fuego. He aquí tan sencillo e importante procedimiento. ¿Por qué son semiesféricas estas ollas?—Porque tal es la costumbre de nuestros indígenas. ¿Y desde cuándo han tenido esta costumbre?—Esta costumbre solamente han tenido desde el tiempo en que conocieron el oro nuestros aborígenes, porque en las tumbas González Suárez, de El Angel y San Isidro, es donde se las encuentra, enteramente iguales a las de ahora; en esas tumbas no hay ollas trípodes, las que son del todo frecuentes en otras clases de tumbas, donde no hay oro; por tanto, las ollas redondas son posteriores y las trípodes y cuatrípodes son anteriores.

He aquí, pues, dos procedimientos de alfarería: en el posterior, una olla redonda, sentada sobre tres cangahuas; en el anterior, una olla redonda, con tres o cuatro soportes que forman una sola pieza. ¿Por qué esta diversidad de usos?—Porque las gentes posteriores debieron hallarse más ligadas a la tierra en que habitaron; no tenían en mientes cambiar de residencia y no tenían necesidad, en un momento dado, de cargar la olla y cargar las tulpas, o verse en la dificultad de encontrar tulpas adecuadas en lugares de montaña, o cosa semejante. Tal sistema, por consiguiente, es más adecuado para esta época posterior, y luego evita el que se quiebren los soportes con el constante traqueteo de las ollas, especialmente cuando se trata de lavarlas; las unas, pues, serían más lavables y las otras, menos lavables; de todo lo cual hay que concluir que las trípodes son más primitivas y las redondas, más adecuadas a un mejor grado de cultura. Las trípodes y cuatrípodes, ante todo, representan un tipo adecuado para gentes que no tienen una cocina fija.

Los estudios del señor Jijón nos avisan que las ollas trípodes han sido usadas por las gentes del Norte y las redondas, por las gentes del Sur, mucho menos antiguas; esto tiene que ser así. (V. Boletín de la Sociedad Ecuatoriana, No. 10, Pág. 27 y siguientes).

vemos que el tipo 3-a se halla en casi todas aquellas regiones en que, según Spinden, se propagó la cultura arcaica, de origen mejicano, y agrega el señor Jijón: «por sus trípodes, como por sus montículos artificiales, Imbabura (y Carchi, agrego yo) se enlaza con Méjico y la América Central». He aquí, pues, la comprobación de lo que, por motivos de toponimia he descubierto: que la dinastía imbabureña de los ango tiene un origen mejicano y que siendo las ollas trípodes 3-a pertenecientes a una cultura arcaica, es claro que los ango de Imbabura son más antiguos habitantes, respecto de los Cayapa-colorados que acostumbraban enterrarse en sus casas, en sepulcros de fosa cavada.

Ahora, pues, resulta muy natural que el uso de estas ollas se encuentre difundido en Costa Rica y Panamá, entre chibchas y talamaques, chiriquíes y guetaros; que la forma 3-e «muestre la unión del arte de las tolas de Imbabura, con el área de la llamada cultura arcaica» (Jijón, Nueva Contribución, 1920, Pág. 30); y, por fin, ya sé puede comprender cómo los talamaques, del Cauca, vinieron a mezclarse con los pastos y diversificarse de los puendos, a quienes remitirían la forma 3-e. ¡Eureka! Aquí hay mucha luz y, con un poco de tiempo y de paciencia, ya se pudiera decir muchas cosas buenas; pero, francamente, me choca que ya el Dr. Uhle hubiera estado en Quito, cuando el señor Jijón daba a la Prensa sus trabajos 1920-1923, y que, en vez de ayudarle, haya llegado talvez a influir en su criterio, a punto de oscurecer el resultado de investigaciones profundas y bien meditadas.

Párrafo II

Ollas de repisa

En el Corpus del señor Jijón (Boletín N.º 10, 1920) se conoce esta variedad de vasos asimétricos con la designación de 2-b. No estoy de acuerdo con la procedencia que les asigna y creo de mi parte que tal forma tiene

una procedencia del Norte, la que, por su antigüedad, se ha generalizado y perfeccionado en los lugares del Perú, Chile y Argentina, con el aditamento de una aza.

Tengo para mí que ésta, propiamente, no es una olla de fogón, porque su misma forma le dificultaría ser colocada en las tulpas, que deberían cambiarse, para que pueda ser debidamente acomodada.

Visitando las habitaciones de los actuales indígenas en el Carchi, se puede observar que la carencia del mobiliario introducido por la cultura europea, les obliga a mantener rezagos de la cultura aborígen. En estas viviendas no hay mesas o no las hay suficientes y de un tamaño adecuado a la colocación de una vajilla cualquiera; sus mesas, bancas y armarios son superficies formadas con carrizos o madera delgada, asentadas sobre soportes enterrados en el suelo de la habitación; una doble o triple superficie triangular de madera delgada, que se apoya en uno o más ángulos de las paredes de la vivienda, constituyen sus armarios. De otra parte, estudiada la forma de sus cántaros, se observa que han sido hechos para colocarlos enterrándolos en el suelo, lo mismo que ha sucedido con las botijuelas; por lo visto, tenemos que los soportes de sus tarimas se entierran en el suelo, que los cántaros se entierran en el suelo, se los tranca con tulpas o se los coloca en una horqueta de tres puntas, cuyo extremo invertido se lo entierra asimismo en el suelo.

Hay algunos otros objetos que están destinados para su colocación en las paredes y, así, vemos también que en ellas se clava un pedazo de estera, y los intersticios de sus tejidos, sirven para la colocación de cucharas, cuchillos y otros objetos de esta clase. Del mismo modo también, al construir las paredes de barro amasado, se ha modelado pequeñas concavidades en el barro fresco y, en la parte inferior de ellas, se ha dejado un borde, más o menos saliente y cóncavo, que, indudablemente, ha servido para colocar las ollas 2-b, en una especie de repisa; por esto, su forma horizontalmente alargada termina en punta, para el debido acomodamiento en la pared. Hay pues, completa impropiedad del término al llamarlas botines, por una falsa analogía con las ollas pies, que representan culturas del Sur, muy posteriores.

uso muy antiguo, ya por su forma, ya también por la falta de pulimentación y pintura, porque se las encuentra en las sepulturas que revelan más antigüedad, formando parte de la vajilla de una cultura arcaica; es natural, por tanto, asignarles tal procedencia.

Pero, no es esto sólo, sino que, caracterizando las culturas más antiguas, vienen a indicar el límite terminal de éstas, y así, podemos estar seguros de que, donde faltan las repisas, ha principiado una cultura posterior. Ciertamente también se las encuentra en el Perú, Chile y Argentina, pero esas ollas están provistas de aza y, asimismo, representan culturas posteriores que las han perfeccionado y cambiado su destinación primitiva. Las ollas repisas, siendo pertenecientes a la cultura de los pastos, han completado la vajilla de la época de Tuucahuán, pero no se las encuentra ni en el tiempo del oro ni en el de los incas.

Párrafo III

Platos, compoteras y reverberos

Es indudable que los platos de forma cónica invertida constituyen el tipo de una cultura arcaica que se ha generalizado en América; creo que estos platos deben ser estudiados en contraposición a los pucos, con los que deben formar dos tipos diferentes y característicos de las culturas más remotas que se sirvieron de objetos de barro en la América.

Los pucos deben ser vasos imitados de utensilios vegetales llamados pilches, cuya destinación es equivalente a un vaso de beber agua. El hombre, antes de fabricar objetos de barro cocido, debió haber utilizado los pilches, abundantes en la selva y tal imitación, de un modo u otro, ha llegado a perdurar hasta nuestro tiempo; solamente la técnica, la ornamentación y la pintura pueden hacernos distinguir las ramificaciones indígenas que los han aprovechado. (1)

(1) No obstante lo dicho, los pucos han sido introducidos en el Carchi por la civilización de los incas, al menos como objetos de piedra, de barro y de oro; los de barro se encuen-

Los platos, por lo que a la técnica se refiere, constituyen tres tipos: los platos, las compoteras y los reverberos. Creo que una de estas formas ha venido evolucionando, ya por lo que se refiere al recipiente, ya por lo que se refiere al asiento, el cual es bajo y sólo indispensable para sentarlo en una superficie, al principio; después va aumentando su altura hasta formar las compoteras, bien semejantes a las de la civilización europea, y, por último, vienen a formar lo que los campesinos de El Angel han dado en llamar reverberos, por los orificios de que están provistos en la parte del asiento, junto al recipiente. A este respecto, podemos fijarnos en las láminas 22, 23 y 24 del estudio de El Paruhá (Jijón, 1921). A los huaqueros de El Angel les ha intrigado mucho aquellos orificios de las compoteras y han venido en suponer que éstas han sido destinadas a recibir fuego por su base, asentándolas como tapa de las ollas, en cuyo caso, el vapor se comunicaría por el asiento de la compo-tera a la superficie exterior del recipiente. No lo creo posible, pero, en fin, vaya un nombre que puede determinar una variedad bien definida y hermosa, como la de la lámina 22 ya citada.

Por lo que a la ornamentación y pintura se refiere, sólo diré que los platos propiamente dichos demuestran, en el Carchi, varias civilizaciones, entre ellas una muy antigua, representada por platos cónicos de asiento anular, muy pequeños y sin pintura, a los que, por muy pequeños, se les ha dado el nombre de mecheros; hay otros bastante grandes, de asiento bajo, de forma enteramente cónica y de pintura políferoma, representados en la lámina 3 del Informe los que aparecen en la edad del cobre. Cuando en estos objetos se ha introducido las líneas horizontales, los rombos, los ángulos concéntricos, el gollete; cuando predomina la forma esferoidal, la pintura roja en fondo claro, blanco amarillento; en una palabra, cuan-

tran a veces con sobrepintura de negro y amarillo.—Dn. Cristóbal Cuatín Principal de Tusa, en su testamento otorgado en 1592, cita unos cocos de plata «que en lengua del Cuzco se llama aquilla». Por la importancia que resulta de conocer el ajuar y la vajilla de los caciques del Carchi e Imbabura, se enumeran en otro capítulo los objetos que ha tenido este indígena y que no pertenecen a la civilización europea, así como los objetos dejados por doña Luisa Tota, vecina de Pimampiro y heredera, quizá, del nombre del pueblo de Atuntaqui.

do se trata de objetos como los de la lámina 4, con venados y palmípedos u otros con decoración plástica, como los números 2, 3 y 4, de dibujos más lineales, como los de la lámina 7; todos estos digo, indican una variedad de civilizaciones del Norte, Puruhá, Cañar y el Cuzco, y todos estos se conocieron en el Carchi, aún en los tiempos de la edad del oro en el Cañar y cuando llegaron al Carchi los orejones advenedizos.

Parrafo IV

Las botijuelas

Tengo por seguro que las botijuelas caracterizan en el Carchi una época determinada; la cerámica a que pertenecen es típica e inconfundible, siendo la que el señor Jijón llama «cerámica políferoma de El Angel» y le atribuye la época de Tuncahuán. Lo cierto es que en esta época empiezan a aparecer objetos de pintura roja y algunos pucos. No conozco otros cántaros anteriores en la región; su forma, tan alargada en el cuello y el recipiente, denota diferencias características; los que hayan heho botijuelas en el Occidente deben ser los progenitores de esta civilización.

De paso, precisaré aquí el carácter figurativo de la cerámica del Carchi, o, mejor dicho, distinguiré entre figuras y figuras lo que el Dr. Uhle llama 4ª. civilización. Los dioses y diosas enumerados por el señor Jijón, en su obra 1920, Pág., 197 son idolillos que, con el carácter de tales, vienen representándose en una extensa región, desde una época muy remota hasta el tiempo de los incas. Por lo general, las figuras zoomorfas y antropomorfas datan de la época de los incas, siendo muy probable suponer que desde la época de Tuncahuán se habían introducido en Imbabura y Carchi de mitologías mucho más adelantadas en esta materia. También aparecen otras figurillas de piedra y de barro correspondientes a las antiguas civilizaciones de Esmeraldas.

Ahondemos un poco más en esta materia: digo, pues, que desde una remota antigüedad, muy anterior a la de los pastos y puendos, se conocieron en Imbabura y Car-

chi idolillos de barro y de piedra, en relación con el carácter figurativo de las respectivas alfarerías; se los encuentra en áreas de dispersión más o menos extensas y con ciertas diferencias de detalle, que ya demuestran caracteres especiales de tiempo y localidad; tal es el dios D descrito por el señor Jijón en su obra 1920, Pág. 197. Hay un dios viejo con brazos de niño (el dios F), el cual se halla siempre representado en las botijuelas y cántaros de chicha, de lo que se infiere que es el dios de la bebida (V. González Suárez, Album 1910, lámina 8, figura 1^a.; Uhle, Informe, lámina 3, N^o. 1). Hay también divinidades varón y hembra, representadas asimismo en los cántaros sentadas en cuclillas (González Suárez, Album 1910, lámina 6, N^o. 1); figuras éstas que dan una idea del propósito de referir y dar sexo a las bebidas, como a muchos otros utensilios y objetos, según práctica inveterada de los quichuas, quienes, de ordinario, dan sexo aún a los torteros de huso y especialmente al agua de las fuentes: cari-yacu, huarmi-yacu: agua macho, agua hembra; así, pues, se distinguiría tal o cual clase de chichas.

Cierto palmípedo, el sapo, la tortuga, el armadillo, la culebra, la lagartija, el buho, algunas aves de rapiña, especialmente el mono y el hombre, ya pertenecen a una época que se quiere determinar con el carácter figurativo y que, en mi concepto, principia en la época de Tuncahuán. Entre las representaciones antropomorfas, llama la atención la variedad de actitudes en que se representa al hombre, de entre las cuales mencionaremos la de una vasija formada por un hombre en cuclillas, que tiene cogida entre las manos una estólida, que a veces es el miembro viril erguido y aún ha llegado a burilarse un niño. (Un ejemplar, en la colección arqueológica del Colegio «Bolívar» de Tulcán; González Suárez, Album 1910, lámina 5, N^o. 3; Uhle, Informe, lámina 15, N^o. 1).

El mono, excepción hecha de la época de Tuncahuán y otras civilizaciones del Norte, es una representación originaria de Antisuyo, o sea de la civilización de Los Andes, de la cordillera, de las montañas del Cuzco; así lo refiere el Padre La-Gasca, en el manuscrito que el Sr. Jijón encontró en la Biblioteca de Viena. En las excavaciones que practicó en El Angel un individuo de nacionalidad italiana, llamado Nicolás Constantini, encontró un plato de forma semiesférica con asiento

LAMINA XII

Objetos de cerámica de la región de El Angel, pertenecientes a la colección del Sr. Dr. E. Liborio Madera.—Ibarra

(Página 182)



No. 1o.-- Busto de una figura humana en actitud de beber; el resto de este objeto ha sido despedazado.

No. 2o.-- Figura en cuclillas, de barro negro lustroso, tiene en las manos un silbato junto a los labios extendidos en actitud de apegarlos para soplar.

No. 3o.-- Figura de barro de pintura lacre, que representa una mujer amamantando un niño; tiene gorra en forma idéntica a una bolna actual.

No. 4o.-- Figura de barro negro lustroso, que representa una mujer en cuclillas; tiene pechos redondos. No se representa la cabeza por haber sido despedazada.

LAMINA XIII

Objetos de cerámica de El Angel, encontrados en la dehesa del Rincón, sección Chaquilulo, de la hacienda Pucará de Santo Domingo.

(Página 183)



Fig. 1.—Ollita antropomorfa que representa a una persona en cuclillas; demuestra la cabeza en forma lenticular. Se la ha fotografiado asentada sobre otro objeto.

Fig. 2.—Idolo en cuclillas que tiene cogido con ambas manos el miembro viril erguido. También este objeto ha sido asentado sobre un puco invertido al tomar la fotografía. El que nos ocupa, así como el anterior, pertenecen a la época del oro de El Angel, por hallarse decorados con pintura negativa en fondo rojo y por las muestras de oro que fueron encontradas en esas excavaciones. Por la forma de la gorra de la Fig. No. 2, así como por el motivo que representan ambas figurillas, se comprende que acusan un tiempo semejante a los de la Lám. XI, a la Fig. 4 de la Lám. XII y a la Fig. 1 de la Lám. I, representando un tiempo anterior a la Conquista de los incas; los motivos ornamentales se continúan en la mitología del Cuzco.

anular, barnizado de un fondo claro por dentro, en donde estaba pintada en rojo una sola figura, que ocupaba el centro del plato: era el esbozo de un hombre desnudo, de cráneo y espina dorsal correctos, sentado en un pequeño tronco; invertida la figura, era un mono sentado también sobre la cabeza humana que ya perdía su forma; el mono tenía un largo rabo que en la pintura invertida no era más que un adorno. Este plato me fue regalado, pero ha desaparecido «por las injurias del tiempo».

En las Cronologías del Puruhá, del señor Jijón, se puede observar la idea persistente de representar la figura humana en los cántaros destinados a depositar líquidos que se gasta en bastante cantidad, como el agua y la chicha; estos cántaros que, por su forma son los que se conoce en la alfarería actual del Carchi e Imbabura con el nombre de tinajas, y que en el tiempo colonial se llamaban tinacos; el vulgo los llama también pundos y el aumentativo de pondo es el pondón, que ha servido de urna funeraria para cierta clase de gente que, por las vasijas en que se han enterrado, nos dan una idea de quienes fueron y por donde pudieron venir.

En los siglos XVII y XVIII un tinaco era, entre los indígenas del Carchi, una fortuna y materia disponible con los honores de un testamento, en el que se detallaba el número de tinacos dejado y la asignación especial a cada uno de los herederos.

Por los estudios del señor Jijón, se ve, pues, que los tinacos del Puruhá están provistos de golletes tan gallardos y esbeltos como no los hay ahora y caracterizan, si mal no recuerdo, el período de Elempata; así tiene que ser, y el estudio comparativo con las botijuelas del Carchi ha de dar mucha luz en materia de Prehistoria, especialmente en tratando de clasificaciones y cronologías. Por ahora, digo solamente que el período de Elempata ya revela alguna antigüedad, y que la representación antropomorfa de los tinacos se había hecho en el Puruhá mucho antes de que se la conociera en el Carchi, en donde el dios F aparece escasamente al fin de la edad del cobre. Por tanto, así sea hermosa, todo lo que quiera, la pintura policroma de El Angel, acusa un grado de cultura inferior del que se había obtenido en el Puruhá por lo que a la plástica se refiere.

De otra parte, ya puedo explicarme por qué no conservaron los pastos, aún en el tiempo colonial, el uso de las botijuelas: las civilizaciones del Sur se han introducido en el Carchi, ya paulatinamente, ya como una avalancha, y desde entonces influyeron tan eficazmente, aún en los tiempos posteriores, que hicieron desaparecer por completo algunas de sus costumbres. No podía ser de otro modo; la botijuela, de forma tan angosta y alargada mucho más allá de lo que alcanza el brazo, debía tener inconvenientes molestosísimos, que se han eliminado con el uso de la tinaja, y, como ha desaparecido la botijuela, los platos, de forma cónica, se han ido redondeando; después se ha modificado el gollete, y, cada vez más achatados, por la evolución y progreso de la raza han venido a quedar en su forma actual. La botijuela es el genuino representante de la civilización que culminó en el Carchi, antes del siglo XV. ¿Se la fabricaría en el Carchi en una época posterior? Tal vez en alguna otra forma, pero en las tumbas no se encuentra sino platos muy ordinarios; las posibilidades de los indígenas no les permitiría hacer que vaya con el muerto tan considerable recurso; por esto y porque es limitado en el Carchi el uso de las botijuelas, este uso tiene mucha importancia y puede determinar a toda y una sola época.

No dejaré de mencionar aquí que, en el período de las botijuelas, se encuentra unos tinacos de forma de lenteja y de gollete muy largo; los dos extremos de la idiosincrasia humana, que tiene razón de odiar el eclecticismo, pero que ignora la *virtus est in medium*, de los escolásticos.

Párrafo V

Las máscaras

Una ráfaga del ambiente de Edipo e Hiparco viene a refrescar mi mente y me hace cambiar de escena, descansando siquiera por un instante; más, pasado ese momento de ilusión, es el desencanto, porque las máscaras im-

babureñas no son las creadoras de la Escena, ni todas ellas parecen haber sido fabricadas para ocultar el rostro; si la máscara fue usada como tal, convidaba al regocijo en común, haría más social al hombre y, encubriendo su personalidad, exteriorizaría sus cualidades y sus defectos; por esto, en la máscara debemos encontrar el origen de un grado de cultura del arte de agradar y, en consecuencia, de corregir riendo.

Tengo para mí que la máscara no ha tenido raigambres de ninguna clase entre los pastos; quizá se haya encontrado tres o cuatro ejemplares en el tiempo del oro de El Angel, pudo haber sido conocida en el siglo XV; mas, en Imbabura, ya ha sido muy frecuente y puede constituir la representación de dos o más épocas. El señor González Suárez nos ha hecho conocer dos ejemplares de oro muy hermosos; el precedente de vecindad con los quiteños, sojuzgados por los incas, unos 80 años antes, parece explicar su mayor frecuencia en Imbabura y nos da una idea de un origen del Sur. Ya es posible hacer una descripción exacta de los pueños de entonces cuando se preparaban para sus fiestas.

Un arco de oro o de cobre en el que se habían dispuesto plumas multicolores era la corona de su traje de gala; en Imbabura y en el Carchi se han encontrado sombreros en forma de media calabaza; ya han usado una túnica y un calzoncillo estrecho que se lo han dado a conocer los incas; sus brazos y piernas han adornado con series de cascabeles, sujetos en placas de cobre o en fajas de cuero; se han echado al pecho y espalda una especie de coraza anterior y posterior, de variadas formas, en donde han lucido sus más preciadas joyas; para el cuello y los brazos han tenido collares y brazaletes, pendientes y pulseras; han adornado su nariz y orejas con el tatuaje, narigueras y zarcillos, y así se presentarían, rumbosos y destemplados, con sus estólicas y flechas. En tiempos anteriores, solamente han tenido pillito, banda o cinturón y maur o taparrabo para el abdomen; tatuajes pendientes, gargantillas y pulseras de chaquira, guaraca y cachiporra.

Cieza de León cuenta que los pastos eran muy pobres; no obstante, se comprende que la generalidad de las parcialidades colombianas tenía oro y mucho, pero yo no conozco ninguna muestra de tal orfebrería, ni nunca he te-

nido noticia de que más allá de Huaca y en la Provincia de Pasto se hayan encontrado tesoros. La comparación de esos artefactos haría mucha luz en la Prehistoria; mas, hasta ahora estoy convencido de que el oro hallado en El Angel no fue sino muestra de lo mucho que hubo en el Cañar, así tenga otra procedencia.

Párrafo VI

Los Idolos

Tomaré una figurilla de barro, a la cual distingue el señor Jijón con el nombre de dios D, (V. Boletín de la Academia, Nº. 11, Pág. 197) representado en la lámina 41 de su «Nueva Contribución» etc.; tal figura, que pertenece a un sepulcro de fosa cavada de Urcuquí, es una representación semejante a la figura primera de la Pág. 9 del Informe del Dr. Uhle, la que ha sido encontrada en Pasto. Además de estas figuras debo mencionar una, que en el Album González Suárez 1910 aparece como llorando sangre; dos de igual representación, encontradas en el Distrito de Chiles, perteneciente a la Provincia de Obando, las que han sido traídas a Ibarra y pertenecen al Dr. Luis Hierro F., que las conserva actualmente. También conocí otra, la más artística de todas, excavada en El Capulí, de la Parroquia de San Gabriel.

Quédame por advertir que las figuras de Chiles y El Capulí, además de representar a un cacique sentado majestuosamente en una tiana, cubierta la cabeza con una gorra y las ingles con un taparrabo, lucen una ancha banda labrada, a imitación de cuero tejido y colocada del hombro izquierdo al costado derecho. Tanto las figuras de Chiles como la de El Capulí demuestran una protuberancia en el carrillo derecho o izquierdo, indistintamente, como las protuberancias que tienen las máscaras imbabureñas. El dios o cacique de El Capulí fue encontrado juntamente con otra figura de mujer, de cara y busto color de cera mate y ceñida desde el pecho a las pantorrillas con un anaco pintado de negro

LAMINA XIV

Idolos de barro encontrados en el Distrito de Chiles (República de Colombia), pertenecientes a la colección del Dr. Luis Hierro F.—Ibarra.

(Página 186)

1

2



Figuras 1 y 2.—Curacas sentados en sus tianas, a usanza de aborígenes del Ecuador; el primero tiene una banda ceñida del hombro izquierdo hacia el costado derecho, según la misma costumbre y la de los curacas sepultados en las tumbas de Chordeleg; el segundo tiene gorra a usanza de algunos idolillos incásicos. Por la pintura negativa en fondo rojo que demuestra la figura 1 se infiere que una y otra pertenecen a la época del oro de El Angel, inmediata anterior a la cerámica incásica.

Idolos de barro encontrados en el Distrito de Chiles (República de Colombia), pertenecientes a la colección del Dr. Luis Herra F.—Ibarrá.

(Página 186)

2

1



Figuras 1 y 2.—Curacas sentados en sus tallas, a usanza de
 aborígenes del Ecuador; el primero tiene una banda caída del hombro
 izquierdo hacia el costado derecho, según la misma costumbre y la de
 los curacas sepultados en las tumbas de Chordeleg; el segundo tie-
 ne gorta a usanza de algunos idólos incásicos. Por la pintura ne-
 grata en fondo rojo que demuestra la figura 1 se infiere que una y
 otra pertenecen a la época del oro de El Ángel, inmediata anterior a
 la cerámica incásica.

en fondo rojo, así como lo era el cuerpo del cacique y el de otra figura que representaba un tigre, con igual pintura y un orificio circular en el lomo, en el que los campesinos han colocado una cerilla para alumbrarse. (1) La figura de mujer estaba sentada; pero sin duho o trana y hecha para ponerla en una superficie cualquiera; no me cansaré de encarecer lo artístico de las figuras de El Capulí, especialmente de la figura femenina, de rostro agradable, nariz perfilada y un color de cera mate, artístico e irreprochable.

Tenemos, pues, un mismo motivo encontrado en Urcuquí, en El Angel, en San Gabriel, en Chiles y en Pasto. Por el hecho de representar todas estas figuras el mismo motivo, ¿tendré derecho de afirmar que desde Urcuquí a Pasto habitó una sola clase de gentes caracterizadas, talvez, por la adoración de un dios que les era común?—Así parece a primera vista, y de este modo razonan los que juzgan muchas veces por semejanzas más remotas que la que vengo considerando, y, no obstante, tales objetos resultan iguales para dos o más civilizaciones diferentes.

¿En qué época apareció este dios, qué pueblo lo dió a conocer y a qué tiempo pertenecen las figuras consideradas? Esto es lo que, con avidez, se pregunta el investigador, desde el primer momento; pero, bien mirado el asunto, tiene que convencerse que este solo motivo de semejanza no puede darle luces para responder a las cuestiones enumeradas.

En cuanto a lo primero, pudo suceder que una civilización lo hubiera dado a conocer a otras vecinas y a las que le sucedieron en el tiempo, sin que, por lo mismo, nos fuera dable concluir nada en cuanto a ninguna de las posteriores o de

(1) Por la representación de la figura de la lámina 41 del Album González Suárez, 1910, así como la representada en la lámina XXI de Jijón, 1912, se comprende que el orificio era para colocar una especie de compotera análoga a la de la figurilla ultimamente indicada. No puede ponerse en tela de juicio que el Ser que aquí se ha querido representar es el mismo que tan a menudo y con tan constantes formas, han modelado en sus vasos los antiguos Puruháes y otros pueblos del Sur del Ecuador. Jijón, 1912, Pág. 114.

unas respecto de otras entre sí; de manera que, no obstante de tener dos civilizaciones un mismo dios, es posible que nada tenga que ver la una con la otra, por razón de su idioma y de su estirpe; lo que pasa con el dios o cacique de que me ocupo, puede suceder con otras figurillas y, entonces, ¿con qué derecho se pasa a fijar el área de dispersión de un objeto religioso y qué es lo que se puede deducir de esto? En cuanto a lo segundo, tampoco se podría averiguar por la sola identidad del motivo, porque la circunstancia de que una figurilla tenga o no tenga un estilo de pintura, aun desconocido, no puede implicar anterioridad o posterioridad de tiempo; pues, unas y otras pueden haber sido hechas aún simultáneamente, y, en cuanto a lo tercero, es necesario, asimismo, averiguarlo por otros indicios. (1)

Las semejanzas, en el terreno de la Cerámica, deben comprender muchas ramificaciones indígenas diferentes y proceder

(1) El 22 de Diciembre de 1931 me trasladé a San Gabriel, con el propósito de acompañar al señor Jijón y Caamaño en una exploración de carácter arqueológico. La casa en que se hallaba alojado estaba situada casi al centro del lado oriental de la plaza; saliendo de aquella habitación me dirigía por la vereda correspondiente hacia la esquina Norte, en momentos en que un camión casi vacío llegó a la plaza y paró en esa misma esquina. Un solo viajero bajaba del camión, coincidiendo el momento en que llegué a situarme cerca de aquel; era el Dr. Max Uhle que regresaba de Iulcán, lugar a donde fue para verificar algunas excavaciones en «La Palizada», invitado por algunos profesores y alumnos del Colegio Bolívar. No pude evitar el encuentro con el Dr. Uhle, a quien me ví en el caso de saludar ligeramente, pero el viajero se acercó a mí y, sin ningún preámbulo ni antecedente, me dijo las siguientes palabras: «Has tenido razón: *los motivos religiosos perduran por muchos siglos*; yo me había fijado en la época inicial y tú, en la época terminal; ambos hemos tenido fundamento en nuestras apreciaciones».

¿A qué asunto de discusión se refería el Dr. Uhle?—Sólo él puede saberlo, porque a mí no me agrada ni acepto casi nada de lo que ha escrito de Prehistoria ecuatoriana; la tesis básica de nuestra discusión ha sido la interpretación del tiempo a que pertenecen las ruinas de Cuasamal, y cuando regresé de «La Palizada» pudo pensar que aquellos aborígenes, que conservaban motivos ornamentales de los mayas, eran gentes que vivieron en tiempos muy posteriores, en la época de los incas, como yo he sostenido en todo momento. Al Dr. Uhle es muy difícil seguirle y entender su conversación cuando habla en castellano, de mi parte nada quería oírle; asentí a eso y lo más que pudo haberme dicho, invitándolo a visitar al señor Jijón. Todo lo demás que he oído es del caso omitirlo. El Dr. Uhle poco después volvió a tomar el camión y av. nzó a Cuesaca.

con este único criterio y por motivos mucho más mediatos, es para forjarse ilusiones y perderse en un abismo de conjeturas contradictorias y sin salida.

Pero se me dirá que aquellas figurillas, si no implican un solo pueblo o una misma ramificación indígena, al menos representan una sola cultura. Quiero darlo como posible, sin desconocer por esto que tal cultura pueda estar representada por otras, a donde el motivo se ha hecho extensivo; las cuales, fuera del motivo conocido, no tienen que ver tampoco, por razón de idioma y de procedencia. Sólo una intensísima labor comparada irá descartando las civilizaciones posteriores y vecinas, distantes y próximas, hasta dar con la cultura originaria del motivo estudiado; mas, hasta que esto se realice, no tenemos derecho de dar, como cosa averiguada, que dos o más objetos de una misma **destinación** pero de estilos diferentes representan una sola civilización y determinan un territorio, hasta donde tal civilización ha podido extenderse, ya que, como se ha visto, la cerámica puede ser imitada en lugares a donde nunca penetraron las culturas originarias.

Tengo, pues, por delante las seis figurillas del dios D e inquiero lo que puede decirme el idéntico motivo o propósito con que fueron hechos estos artefactos; bien poca cosa desde luego, ya que sólo me representan una cultura originaria que, en los objetos estudiados, puede hallarse manifestada en culturas resultantes y aún diferentes de aquella que inspiró el motivo, y esto, por tener de adelantado y saber a ciencia cierta el lugar de que procede cada figurilla; todas son o tienen que ser de fosa cavada; la de Urcuquí, las de San Gabriel, la de El Angel, las de Chiles y probablemente de la de Pasto. Probablemente también la de Pasto, la de Urcuquí y una de Chiles son de barro negro, sin pintura y de grosera ejecución; una de las de Chiles y la de San Gabriel son de barro cocido y de pintura negra en fondo rojo; la una indica poca o escasa habilidad y la otra, bastante gusto y pericia en la ejecución. Tengo, pues, otro dato arqueológico para investigar el tiempo en que fueron hechas: el lugar de procedencia, y, no obstante, ni por el motivo, ni por el lugar de procedencia hallo fundamento suficiente para referirlas a un tiempo determinado, ya que, motivo y lugar de procedencia, representan asimismo diferentes civilizaciones, y, dicho sea de paso

el Dr. Uhle, con sólo tener presente la de la lámina nueve del Informe, le atribuye a una cuarta civilización imaginaria, que es, como si dijéramos, el tiempo de la Papisa Juana.

Pero aún tengo indicios para interpretar, a mi modo, las figuras del dios D y digo que este dios, como es natural, debía estar personificado en la figura de un cacique, como el Ser más fuerte y poderoso que la mente de un aborígen podía concebir; puedo entonces prescindir, por el momento, del representado D, para estudiar únicamente a sus representantes, y, así, tengo a mi vista 6 figurillas que demuestran a un cacique sentado en su tiana, y, entonces, considero la pintura, el vestuario y la organización social de una época, además de haber descartado la hipótesis de un dios que bien pudieron tener los indígenas, ya que, según Cieza de León, los pastos y quillasingas no tenían dioses «y solamente adoraban al demonio en las huacas»; es decir, *al demonio de los incas*, porque ellos eran los que hicieron conocer las huacas a nuestros aborígenes y si no se trata de pastos y de quillasingas sino de gentes muy anteriores, ¿por qué la gorra es usada en tiempo de los incas y por qué estos tienen la idea de dios?

El vestuario de los caciques debe representar el tiempo por lo menos inicial de su respectiva época, y así, puedo convencerme de que todos ellos tienen gorra o pillo o maur o taparrabo; uno de los caciques de Chiles y el de San Gabriel, a falta de otra ropa, tienen los cuerpos pintados con labores negras, en fondo rojo; bueno, pero, así como éstos se han pintado de negro, si alguno de ellos estuviera hembriscado con recinas.... y..... polvillo de oro, a semejanza del que tal hacía, a doce soles al Norte de Latacunga, ya pudiera sospechar un tiempo más concreto, el cual pudo tener el mismo motivo desde una remota antigüedad, hasta la Conquista española. (1) Mas, uno de los caciques de Chiles demuestra una especie de borla, pendiente de la gorra, en la parte que cae sobre las sienes del cacique.... y, tanto ésta, como su compañera, fueron encontradas en la

(1) Después de escrito este Capítulo, he podido convencerme de que la pintura negra en fondo rojo se ha combinado con el color amarillo de los dibujos y el color negro del fondo y que tal estilo y cerámica pertenecen a la edad de oro de El Angel.

misma sepultura, así como la de San Gabriel, la de El Angel y las de Chiles tienen en relieve una ancha banda, como si fuese tejida, que va del hombro hacia el lado opuesto de la cintura y, en uno u otro de los carrillos, tienen una protuberancia idéntica a la que representan las máscaras de Imbabura y bandas de oro encontradas en las tumbas de Chordeleg!...

Los caciques de mi cuento se han enterrado en sepulturas de fosa cavada y, por ende, han vivido en bohíos y han sido enterrados dentro de sus propias casas, de las que Cieza de León *vió*, en el siglo XVI, y dedujo que los bohíos que hace poco excavaba el Dr. Uhle eran las ruinas de los bohíos de los quillasingas y pastos, quienes en tiempos anteriores debieron haber sido más numerosos que en Popayán, Quito y el Cuzco; luego, los sepulcros de fosa cavada de Pasto, Chiles y San Gabriel eran sepulcros de los pastos y quillasingas. Esto no lo digo yo, lo dice Cieza y si Cieza, antes, y después Rivet y Verneau se equivocaron, yo no tengo la culpa y... adelante!

Lo cierto, lo indudable, lo que no es susceptible de error es lo que no está sujeto al humano razonamiento: lo que se ve, sin inducir ni razonar, y lo que se ve en el Carchi es que de los bohíos se han sacado varias piezas de arte incásico, de Imbabura, del Puruhá y del Azuay; repito, que los orejones de pura cepa no pudieron haber habitado en casas construidas a la usanza de los pastos, y que más bien éstos son los que adquirieron o imitaron aquella cerámica y se enterraron con ella en sus bohíos.

En conclusión, las seis figurillas de los caciques o dioses D, pueden haber venido construyéndose desde tiempos muy antiguos, pero que uno de los ídolos encontrados en Chiles (por la borla de la gorra), así como ambos de Chiles y el de El Capulí, han sido hechos y sepultados con sus dueños, en el tiempo y a imitación de los cañaris de las famosas sepulturas de Chordeleg, lo que no debió ser mucho antes de la conquista de los incas, ya que el hecho de haber tenido bandas y mantos, así como estólicas y muchos otros objetos que los cronistas encontraron en uso entre la gente del Cañar, deja entrever que la época del oro de El Anhel no estuvo del todo distanciada de los que ofrendaban a las huacas oro en figuritas de llamas.¹⁾

Nadie da lo que no tiene, y si los cañaris dieron muestras de sus metales e los caciques de El Angel, es claro que lo dieron en el tiempo que lo tenfan, el cual, determina la época de Tuncahuán, al principio, y, poco después, la del oro, de las tumbas González Suárez, la que, por sus muestras, acusa el final de la Prehistoria del Carchi, habiéndose llegado hasta presumir que fue posterior a la Conquista española (1). Esto no lo creo probable, porque la edad de oro del Azuay corresponde al tiempo de la alfarería roja, la que más adelante trataremos de determinar de un modo algo más concreto.



LAMINA XV

Tinaco encontrado en Tulcán y regalado al autor por el Comandante Tulio Arellano Cañadas. Encuéntrase actualmente en el Colegio Bolívar de esa ciudad.

(Página 192)

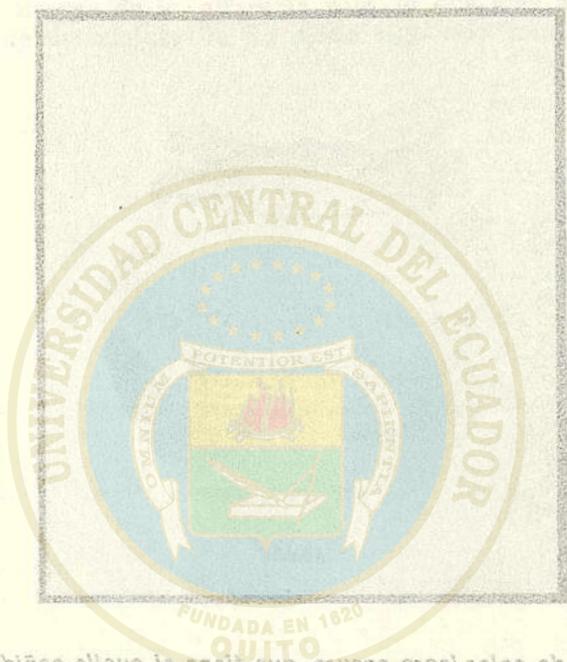


Tinaco de color lacre oscuro, que tiene el cuello ceñido con una cuerda por hallarse roto. Entre sus figuras en relieve se representa al león ibérico en actitud de saltar, pero con la cara volteada hacia atrás; el Capitán español con sombrero de castor, armador, capa española, bota rodillera y rifle al hombro. La tercera figura representa una cara con alas y resplandores que salen de la parte posterior de la cabeza; dos figuras grotescas, de vestido talar, formadas por el grabado de ángulos concéntricos, tienen las manos alzadas, en ademán de mostrar a la figura alada, con los brazos izquierdo y derecho respectivamente. El tinaco tiene las asas en forma de S, a usanza de la cerámica del Puruhá. Se pudo reconocer vestigios de pintura negativa en fondo lacre.

Es posible que este objeto no haya sido extraído de ninguna sepultura, por haber sido encontrado en uso.

Tinaco encontrado en Tulcan y regalado al autor por el Comandante Tulio Arillaño Cañadas. Encuéntrase actualmente en el Colegio Bolívar de esa ciudad.

(Figura 135)



Tinaco de color lacre oscuro, que tiene el cuello ceñido con una cuerda por hallarse roto. Entre sus figuras en relieve se representa al León ibérico en actitud de saltar, pero con la cara volteada hacia atrás; el Capitán español con sombrero de castor, armador, cara esbozada, boca rodilera y rifle al hombro. La tercera figura representa una cara con alas y respaldores que salen de la parte posterior de la cabeza; dos figuras grotescas, de vestido faltar, formadas por el grabado de ángulos concéntricos, tienen las manos alzadas, en ademán de mostrar a la figura labra, con los brazos tendidos y derecho respectivamente. El tinaco tiene las asas en forma de S, a usanza de la cerámica del Puruch. Se pudo reconocer vestigios de pintura negra en fondo lacre.

Es posible que este objeto no haya sido extraído de ninguna sepultura, por haber sido encontrado en uso.

CAPITULO VI

Clasificación de los Aborígenes del Carchi

Párrafo I

Introducción

No es posible penetrar en el campo de la Arqueología sino en virtud de alguna noticia cierta, suministrada por la Historia, que sea perfectamente demostrada y sirva de nexo al último período conocido con el primero desconocido; Arqueología desligada de la Historia *ab renuntio*, como el cristiano a Satanás, desde que nace y se bautiza.

Para penetrar en el terreno de lo desconocido, es necesario establecer un silogismo, cuya premisa general esté en el terreno de la Historia, la premisa particular en el campo de la Arqueología y, mediante la comparación, nace una consecuencia cierta en el campo arqueológico. La premisa general contiene una verdad que sirve de punto de apoyo a una palanca, cuyo trabajo iluminará en las tinieblas del pasado, densas y al parecer de una impenetrabilidad abrumadora.

Así procede la Arqueología y la Lingüística, así procedieron Beuchat, Rivet y Verneau en sus investigaciones que, por lo mismo, han llegado a lo asombroso, porque sus conclusiones son una consecuencia lógica de premisas rigurosas.

mente comparadas, relacionando el pasado histórico de América a su prehistoria, de una manera tan ordenada, tan racional, que raya en lo obvio y en aquella difícil facilidad del verdadero conocimiento: El Doctor Wolf halló en Esmeraldas que los cayapas y colorados, en sus respectivos idiomas, llamaban *pi* al agua y al río; Beuchat, Rivet y Verneau llegaron a concluir inmediatamente que la Provincia de Imbabura había sido habitada por gentes de la familia cayapa, ya que la generalidad de los nombres imbabureños se caracterizan por aquella base o final. Esto sí se llama Ciencia: el conocimiento ilumina nuestras mentes y no se hace esperar todo un orden de conclusiones, que brotan a la pluma sin vacilaciones ni tropiezos. Estas conclusiones, que tienen el carácter de verdades demostradas, sirven a su vez para dilucidar otros problemas mediatos, y así va rehaciéndose la historia de América por la ruta que le han trazado científicos de verdad, que han sabido encarrilar admirablemente sus investigaciones y que nos cuentan verdades que, al oírlas, cualquiera puede exclamar: ¡Esto es muy sencillo! Mientras tanto, ¡cuánta preparación y método han sido necesarios para obtener ese resultado!

Aún no había leído sus obras, pero llegaban hasta mí, fragmentariamente, algunas de sus investigaciones, y cuando las había leído, pensaba: esto es muy sencillo y natural, pero qué admirable!... Hay errores de detalle; mas, de ordinario, sus investigaciones son principios y puntos de vista debidamente encausados. De oídas había llegado a saber algunas de sus conclusiones en el campo de la Metalurgia y, con sólo tener noticia de que el oro empezó a explotarse en las Guayanas, nuevos horizontes se presentaron a mi vista, haciéndome columbrar cierta sucesión de tiempos para la cual nada me satisfacía ni me parecía aceptable.

¿Por qué nuestro Gobierno no obtiene una nueva edición de la «Etnografía Antigua del Ecuador»? ¿No es acaso esta obra base y fundamento de los estudios que se están haciendo y de los que en lo sucesivo llegarán a hacerse? ¿Qué ciencias auxiliares tiene el País que pudieran reemplazar aquellas fuentes? Entre todos los estudios de historia antigua que hasta hoy se han verificado en nuestro suelo, ninguno es tan amplio y tan completo como aquel a que hemos hecho referencia, y sin embargo el País casi no lo conoce y aspira a fomentar el progreso de sus letras, subvencionando a escritores cuyo esfuerzo es del todo incipiente!...

pensable para esta investigación, fijaré el año de 1535 como fecha precisa de la Conquista española en el Carchi y el año de 1498 como fecha aproximada de la primera campaña de Guayna-cápac contra la Provincia de Los Pastos. Hablo de la Conquista incásica para fijar un tiempo en que, pese a la oposición de los pueños y pastenses, el Inca, por autonomasia y acomodándose al modo de hablar entonces, sentó sus reales en este territorio y empezó a gobernarlo en son de Conquistador, ya que la Arqueología y varios otros indicios acusan colonias pacíficas que se han introducido anteriormente, como por aquel tiempo acostumbrarían fijar su residencia varias gentes de otros lugares; sin que tampoco sean inverosímiles los hechos de armas atribuidos a Tupac-yupanqui (1) y a un cierto Inca llamado Guanca-auqui por Fray Gerónimo de Aguilar, en la Relación de Cahuasquí y Quilca (2).

Párrafo II

Influjo quichua en la Prov. del Carchi según el idioma

Dando una ojeada a los elementos quichuas que se encuentran en el territorio que estudiamos, lo primero que ocurre preguntar es, cuál ha sido el influjo que ejerció el idioma Quichua en este mismo territorio; pues, de su esclarecimiento dependen muchas otras cuestiones importantes que, desde luego, no pueden ser resueltas sino desde un punto de vista filológico. Mas, para solucionar el problema primeramente indicado, se encuentran documentos históricos de autenticidad innegable e intervienen otros medios de conocimiento, de cuyo conjunto se han de sacar las conclusiones apetecidas.

¿Cómo se introdujo y se generalizó el idioma Quichua en las provincias de Imbabura y Carchi? — González Suárez nos dice que «la lengua quichua era entendida y hablada generalmente por todas las parcialidades indígenas, desde el extremo meridional de

(1) V. Fray Miguel Cabello Balboa, Miscelánea Austral, 1840, Cap. XI, Cita de Jijón y Caamaño, 1918, Pág. 243.

(2) Relaciones Geográficas de Indias, Tom. 3º., Pág. 126.

la Provincia de Loja hasta el río Chota, al norte de la línea equinoccial, en la altiplanicie interandina: en las provincias de la Costa no se generalizó, y en la región actual del Carchi no se introdujo ni se difundió. (1) Esto, desde luego, lo asegura refiriéndose al tiempo en que fueron conquistadas nuestras comarcas por Sebastián de Benalcázar.

¿Nosotros podremos corroborar lo aseverado por nuestro sabio compatriota? — Seguramente no, porque el idioma Quichua se introdujo en las provincias del Carchi, Obando y Túquerres al tiempo mismo de la Conquista de los incas, ya que introducir un idioma es hablarlo en un lugar determinado y más aún, como los incas, en son de vencedores y dominadores; de igual modo, este influjo continuó después de la Conquista española por medio de los misioneros.

Tal cuestión, en términos generales, creemos que no presenta grave dificultad, pudiendo aún ser resuelta *a priori*, en forma hipotética: es claro que el idioma Quichua se introdujo donde quiera que los incas llevaron sus armas victoriosas; si después de la Conquista de los incas quedaron en nuestro territorio gentes de habla quichua, es fácil asegurar que por lo menos esas gentes conservaron dicho idioma; mas si después de esta Conquista no quedaron gentes de habla quichua, es natural que tal idioma no podía tener influjo persistente, ni menos generalizarse en el territorio que estudiamos.

Si los incas hasta 1535 ya habían construido los pucaraes de Rumichaca y Tusa, los tambos de Mira y quizá algunos otros, y luego la gran carretera, que partiendo desde la jurisdicción de Huaca, (lo que hay que entender desde Rumichaca, límite de aquella jurisdicción) conectaba a Chinchasuyo con el resto del Perú; si el Carchi mismo llegó a conocerse con la designación vulgar de *Hurinsuyo*, como demuestra el primer libro de actas del Cabildo de Ibarra, es lógico suponer que en ese tiempo, y aún desde antes, se introdujeron en el Carchi atendibles colonias de aborígenes quichuas, que hoy responden a los apellidos de Maíta, Tusa, Chamba, Cumba, Guambo, Guamán, etc. etc., habiendo constituido los pueblos de Chontahuasi, Guambo, Canchahuano y otros que llegaron a desaparecer después de la Conquista española. Y que al Carchi se introdujeron

mitimaes del Sur es cosa que no sólo se la puede presumir, sino darla por verdadera, teniendo en cuenta la noticia de Ramos Gabilán, de que los incas pusieron a orillas del lago Titicaca *mitimaes* de varios lugares, entre ellos de Quito, de *los Pastos*, del Cañar y de Cayambe. (1)

El hecho mismo de haberse señalado el río Carchi como límite entre la Gobernación de Quito y la de Popayán, por el año de 1540, es un motivo para presumir el influjo eficaz que habrían ejercido los incas en el Carchi, no obstante de haber dejado hacia el Norte a Cumbal, los aposentos de Gualmatán y lo que debió ser el pueblo de Quillasinga, situados en la región de los Pastos y de Paoto respectivamente, según lo que tenemos dicho en la Pág. 74 de este mismo estudio.

No es posible dar importancia decisiva a la difusión del idioma Quichua en la época colonial: ciertamente las autoridades lo prescribieron y los misioneros lo predicaron; mas, esa difusión sólo podía ser eficaz donde podían mantenerla atendibles colectividades poseedoras de aquel idioma. El idioma, como los hombres, tenía que luchar y, con el tiempo, el idioma Quichua fue el vencedor, pero también el vencido, según las circunstancias del medio en que luchó. El Carchi, separado de Imbabura por el río Chota, ha tenido mejores relaciones comerciales con las gentes que han habitado en la hoya del Guáitara; es decir con aquellas que han formado un grupo étnico y han habitado un territorio más o menos homogéneo, explicándose así una de las causas por las cuales ha desaparecido el idioma Quichua en esa Provincia. En Imbabura hay parcialidades indígenas que en la actualidad ignoran el idioma Castellano, no obstante de convivir con gentes que lo dominan por el tiempo de cuatrocientos años. ¿Cómo, pues, suponer la difusión del Quichua sin aceptar fuertes colonias que pudieran introducirlo y perpetuarlo?...

Por tanto, tenemos que al tiempo de la Conquista de los incas, si se introdujo el idioma Quichua en las provincias del Carchi, Obando y Túquerres y que, aunque no se hubiese generalizado, se conservó ese idioma hasta la Conquista española; pues, es cosa averiguada que, a la venida de los españoles, los incas ocuparon definitivamente la línea del río Carchi, para apoyarse en las conquistadas que habían emprendido hacia el Nor-

(1) Cita del señor Jijón, 1918, Pág. 170.

te. No se hablaría el idioma Quichua en los «apostentos de Gualmatán», en el pucará de Rumichaca (junto al río Carchi) y en los de Tusa? Cieza de León, describiendo su viaje desde Ipiales a Huaca, dice: «También se llega a un río, cerca del cual se ve a donde antiguamente los reyes ingas tuvieron hecha una fortaleza, de donde daban guerra a los pastos y salían a la conquista de ellos y está una puente en este río hecha natural» (1).

¿Cómo se ha generalizado y difundido el idioma Quichua en la Provincia de Imbabura?—González Suárez nos dice, en el acápite anteriormente citado, que la lengua quichua era entendida y hablada generalmente, desde Loja hasta el Chota; (2) pero en su estudio de «Los Aborígenes de Imbabura y del Carchi», Pág. 38, dijo que «en cuanto a los aborígenes de la Provincia de Imbabura, consta, por antiguos documentos fehacientes, que no hablaban la lengua quichua, sino una lengua distinta, de la cual había varios dialectos que todavía estaban en uso medio siglo después de la Conquista» etc. «Así mismo, por un documento auténtico, de autenticidad histórica indisputable, consta que los aborígenes de la Provincia del Carchi ni hablaban, ni entendían la lengua quichua, sino que tenían un idioma propio de ellos: ese documento es el Sínodo del Obispo Solís». Luego, pues, ¿cuáles son los «antiguos documentos fehacientes» de que nos hablaba cuando escribió «Los Aborígenes de Imbabura y del Carchi»? (En el acápite que acabamos de transcribir fija González Suárez el año de 1594 como fecha en que se verificó este Sínodo; en el Tomo 1.º de su Historia de la República del Ecuador, Pág. 171, dice que el Sínodo se verificó en el año de 1585; en sus Notas Arqueológicas señala el año de 1593, y aún cuando nosotros también hemos tenido a la vista la copia que del Sínodo reposa en el Archivo parroquial de San Gabriel, no pudimos dar con la fecha precisa, por motivos que al momento no recordamos.)

De la interpretación del Capítulo 3.º del primer Sínodo del Obispo Solís, lo que fundadamente puede deducirse es que en el año de 1594, o el que fuese la verdadera fecha del Sínodo, los indios de Imbabura hablaban el idioma Quichua, porque si los indios de Imbabura no hubieran poseído perfectamente el Quichua o el Aimará, es claro que también habría mandado traducir el Catecismo y Confesionario al idioma de los imbabu-

(1) Cieza de León. La Crónica del Perú, edición de Vedia, Tom 2.º., Págs. 388 y 389.

(2) Notas Arqueológicas, Pág. 32.

reños: no hay razón para que el Obispo, que tan solícito se manifestó por los indígenas del Carchi y sur de Colombia, se olvidara de los que habitaban más cerca de su Asiento episcopal, entre el Chota y el Guallabamba. ¿Por qué el Sr. González Suárez, cuando escribió «Los Aborígenes de Imbabura y del Carchi», afirmó que constaba por documentos fehacientes que los imbabureños no hablaron el idioma Quichua y a acápite seguido reconoció el valor que tenía el dato suministrado por el Sínodo del Obispo Solís?—Para dar cabida a las noticias suministradas por Sancho de Paz Ponce de León, Corregidor de Otavalo, en su Relación y Descripción de los Pueblos de aquel Partido y a las que suministra la Relación en Suma de la Doctrina e Beneficio de Pimampiro, publicadas en las Relaciones Geográficas de Indias, las que en verdad son dignas de tomarse en cuenta, pero interpretadas armónicamente con las disposiciones del Sínodo. Por esto nosotros debemos advertir que el hecho de que los imbabureños hablasen el Quichua no excluye la posesión de su propio idioma, como el hecho de que el idioma de los pastos se hablase en las provincias del Carchi, Obando y Túquerres, siendo su idioma propio, no excluye tampoco el hecho de que gentes del Sur hablasen Quichua en esas provincias, sólo que el Sínodo da a entender que todos los pastos no dominaban el Quichua, al menos desde el río Carchi hacia el Norte.

Del catálogo de nombres de indígenas de la Prov. de Imbabura que hemos llegado a formar, resulta que la generalidad de estos indígenas, no sólo hasta el siglo XVI, sino hasta nuestros días no llevan apellidos quichuas, sino ciertos otros que corresponden a sus nombres primitivos, es decir al idioma de sus antepasados; por tanto, el examen del conjunto de dichos nombres no nos puede dar fundamento para rastrear por medio de ellos el idioma que hablaron los imbabureños a partir desde la Conquista española hasta principios del siglo XVII por lo menos; pero registrando los documentos que de los indígenas se conservan en el tiempo últimamente indicado, resulta que cuando en ellos es necesario emplear palabras que no tienen equivalente castellano o que no eran muy conocidas en este idioma, las designan en idioma Quichua. El Licenciado Don Diego Zorrilla, Oidor de la Audiencia de Quito, en su Ordenanza expedida para el Corregimiento de Otavalo, el 7 de Nobre. de 1612, en el Cap. III, inciso 2º, dice: «Que repartido dicho tributo de dinero, mantas y aves, entre dos mil setecientos y ochenta y un INDIOS INCAS en los dichos pueblos de Otavalo, Cotacache, Tontaqui, Inta, Tulla y San Pablo,

así casados como solteros, de diez y ocho años hasta cincuenta, etc.» (Monografía de Otavalo, Herrera, Pág. 36). En las diligencias judiciales, cuando se ha necesitado de intérprete en los litigios de indios imbabureños no se expresa el idioma de que han sido vertidas las declaraciones de los testigos indígenas ni en qué idioma ha sido perito el intérprete; cualquier indicio al respecto parece indicar que el idioma traducido era puramente el Quichua. Entre los documentos antiguos del siglo XVI, que aún se conservan en los archivos de Ibarra, citaremos por ejemplo el testamento de doña Luisa Tota, vecina de Pimampiro; testamento en el cual se emplean palabras quichuas, en tratando de objetos de uso personal, como en detalle lo veremos más adelante. Por estos datos, ya es posible conjeturar que en el año de 1596 los indios de Pimampiro, y por consiguiente los demás de Imbabura, no solamente conocían el idioma Quichua, sino que las palabras de este idioma les representaban mejor los objetos correspondientes a su vestuario y a sus menesteres domésticos; en una palabra, que ya estaban familiarizados con el idioma Quichua. ¿Serían exterminados los indios de Imbabura y sustituidos con *milimaes* de habla quichua? Esta hipótesis no es aceptable, porque la generalidad de los pueños llevan el apellido de sus nombres aborígenes, lo cual bien demuestra que si éstos existieron posteriormente a la venida de Sebastián de Benalcázar, no fueron exterminados durante la dominación de los incas.

Pero sigamos examinando esta misma cuestión en lo referente a las Provincias del Carchi y Obando. El señor González Suárez afirma que en el Carchi «la lengua quichua no fue introducida por las armas de los incas, ni generalizada por los curas y doctriñeros católicos» y que «olvidada completamente la lengua materna, se habló la castellana». (1)

A pesar de afirmaciones tan rotundas, copiaremos aquí algunos documentos de autenticidad innegable, el primero de los cuales es una acta de posesión, que es como sigue:

«En las tierras que llaman de Mumiar, como obra de una lengua del pueblo y repartimiento de indios de *Puntarn*. Provincia de los Pastos, términos y jurisdicción de la ciudad de Quito, a veinte y cuatro días del mes de noviembre de mil quinientos ochenta y tres años, a donde yo Juan de Senabria, escribano de su Majestad fui llamado por Juan García, Te-

niente de Corregidor del dicho pueblo de *Puntarn* y por un Alonso Sánchez, residente en él, para dar testimonio de cierta posesión que se le quería dar al dicho Alonso Sánchez y él la había pedido de cuatro caballerías de tierras en la dicha loma de Mumiar, la cual el dicho Teniente la quería dar en virtud de cierto título del Cabildo de la ciudad de Quito, por el cual parece le fue fecha merced de las dichas cuatro caballerías de tierra en la dicha loma de Mumiar, y acabado de leer el dicho título, el dicho Teniente de Corregidor tomó por la mano al dicho Alonso Sánchez que le había pedido y requerido le diese la posesión de las dichas cuatro caballerías de tierra y queriéndosela dar según dicho es, parecieron presente ante el dicho Teniente de Corregidor y en presencia de mí el dicho escribano y testigos puso escritos Doña Ana Quelal, india viuda, mujer que fue de Don Hernando Paspuel, difunto, principal que fue del pueblo de Tusa y Don Francisco Quirac Paspuel, hijo natural del dicho Don Hernando y otros muchos indios que dijeron ser del aillo de dicho principal y presentaron esta Real Provisión de su Majestad al dicho Teniente de Corregidor y le pidieron e requirieron por ellos y en voz y nombre de todos los indios a ellos sujetos la tomase y mandase ver, leyese y obedeciese, guardase y cumpliese y en su cumplimiento le pedían y requerían muchas veces no diese la posesión que el dicho Alonso Sánchez le pedía de las dichas cuatro caballerías de tierra en la dicha loma de Mumiar, porque habían sido del dicho su padre y de la dicha Doña Ana, mujer del suso dicho, y ellos habían subcedido y subcedían en las dichas tierras con los indios de su aillo y parcialidad, y que en cumplimiento de la dicha Real Provisión no diese la posesión al dicho Alonso Sánchez, porque de dársele se irían a quejar a la dicha Real Audiencia y que desde luego contradecían muchas veces la posesión (que) pedía el dicho Alonso Sánchez de las dichas tierras, todo lo cual dijeron y hablaron los dichos indios en la lengua general y de Pastos y fue declarado en nuestra lengua castellana al dicho señor Teniente y a mí el dicho escribano por Pedro de la Fuente, cuñado del Capitán Matía de Arenas, que, a lo que pareció, sabía hablar y entendía las dichas dos lenguas, e yo el dicho escribano tomé la dicha Real Provisión y la leí al dicho Sr. Juan García, Teniente de Corregidor, y habiéndola visto y oído leer, la tomó y besó y puso sobre su cabeza con el acatamiento debido y dijo lo que en la dicha Real Provisión se contiene y manda no son las tierras que al dicho Alonso Sánchez se le han proveído y que son distintas unas

de otras, y que atento a lo que en el dicho título decía que fueran citados y llamados los dichos principales para el proveimiento de las dichas tierras para el dicho Alonso Sánchez; con que la dicha contradicción, atento a lo suso dicho, y que las tierras que los dichos principales pretendían no eran las que en el dicho título se contenían, le dió al dicho Alonso Sánchez la posesión de las dichas cuatro caballerías de tierra y el dicho Alonso Sánchez la tomó y echó fuera a los dichos indios de las dichas tierras, los cuales no lo quisieron hacer y estando dando la dicha posesión los dichos indios dieron muchas voces diciendo que contradecían dicha posesión muchas veces y que pedían testimonio de ello; todo lo cual fue declarado por el dicho Pedro de la Fuente y fueron testigos a todo lo suso dicho Juan Báez el mozo y Martín García y el dicho Pedro de la Fuente, residentes en el dicho pueblo y repartimiento de indios de *Puntarn*, y para que conste de lo suso dicho, de pedimento de los dichos indios di la presente. y en fe de lo cual hice mi signo atal. En testimonio de verdad, Juan de Senabria, escribano de su Majestad».

Queda, pues, demostrado que en el año de 1583 los indios del aillo de Don Hernando Paspuel, principal del pueblo de Tusa y más aún los otros principales de Tusa, cuya comparecencia se había ordenado, al afecto de dar la posesión de las tierras de Mumiari al español Alonso Sánchez, hablaban tanto el idioma general del Inca como la lengua de la Provincia de los Pastos, en una región del altiplano situada junto al descenso de las tierras que caen hacia el Apaquí, cerca del río Chota.

Consta también que aún en el año de 1647 la lengua Quichua en el Carchi era como si dijésemos la lengua oficial, y para probarlo, vamos a reproducir aquí un fragmento del Auto que expidió el General Antonio de Santillana de Hoyos, Juez de Comisión para la composición, reparto y venta de las tierras de Tusa, el cual dice así: «En el pueblo del Angel, jurisdicción de la villa de Ibarra, en siete días del mes de febrero de mil seiscientos cuarenta y siete años, el General Antonio de Santillana y Hoyos, Juez comisario del Gobierno para la visita, venta y composición de las tierras del Corregimiento de la dicha Villa, habiendo visto los autos y lo pedido y alegado por el Gobernador y caciques y principales del pueblo de Tusa, encomienda de Manuel Freile de Bohórquez etc. . . . y que de los indios parti-

culares no se debe cobrar cosa alguna por vía de derrama ni en otra manera, para la paga y satisfacción del dicho ofrecimiento; que éste ha de ser del propio caudal de los dichos caciques, a los cuales se les notifique hagan publicar este Auto en doctrina pública, estando todos los indios juntos y congregados, dándole a entender en lengua general del Inca y materna». (Reparto de las tierras de Tusa, diligencias en copia autorizada en el archivo del escribano Suárez, en Ibarra, y en el archivo privado de los indígenas de San Gabriel).

Queda, pues, demostrado que así mismo los españoles insistieron en el aprendizaje del idioma quichua en la Provincia del Carchi y que también lo difundieron; pero que esa difusión y generalización, que sí se consiguió para cierta época, no perdura hasta nosotros, lo cual desde luego es otra cosa.

El Ilmo. Sr. Dr. Don Sancho Andrade de Figueroa visitó el pueblo de Tulcán a fines de marzo de 1696, habiendo dejado en uno de los libros parroquiales la siguiente acta de visita:

«Nos el Doctor Don Sancho de Andrade y Figueroa, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo de Quito, del Consejo de Su Majestad etc. Por cuanto habiendo reconocido los inconvenientes que se han seguido de que los matrimonios se celebren fuera de las iglesias.— Que en los velorios de los difuntos mayores haya concursos y en los de los párvulos, músicas, los dichos concursos y bailes. — Que los recién nacidos se bauticen en las casas, por las dudas que se seguían de sí habían quedado bautizados. — Que los casados vivan separados y las personas que habían puesto demandas de nulidad y *divorcio* no las sigan; tenemos mandado, por autos generales, que de aquí (en) adelante los dichos matrimonios se celebren dentro de las iglesias, con pena de excomunió mayor *latae sententiae ipso facto incurrenda una pro trina canónica monitionae* y de doscientos pesos de a ocho reales aplicados en forma ordinaria para los curas que no guarden esta forma, y las mismas penas para cualesquiera personas, de cualquier estado, calidad y condición que pretendieren que los curas vayan a sus casas a celebrarlos. — Que no concurren a los dichos velorios hombres entreverados con mujeres, sino tan solamente algunas personas devotas y sin sospecha, que quisieren estar sin escándalo encomendando a Dios los dichos difuntos mayores. — Que en los de los párvulos no haya los dichos con-

cursos ni músicas so la dicha pena de censura, reservada a Nos la absolución, y de cincuenta pesos aplicados en dicha forma, comprendiendo en estas penas a los dueños de casas, y, a los indios, pena de veinte azotes y ocho días de cárcel, y que debajo de ellas, después de los entierros, eviten borracheras. — Que cuando nazcan los dichos párvulos los lleven, dentro de cuatro días, a sus iglesias parroquiales para que sus párrocos les administren el Santo Sacramento del bautismo, con la solemnidad de la Iglesia y asienten las fees en los libros; que en los casos de necesidad llamen a los dichos párrocos, y si fueren tan urgentes que no den lugar a esperarlos, llamen a las personas más idóneas, sin exponerlos a la invalidación de tan precioso sacramento, y que así se execute por parte de los feligreses como por la de los dichos párrocos y sus coadjutores, so la dicha pena de censura y de doscientos pesos en dicha forma aplicados, además de las penas que les aplicamos a nuestro arbitrio en caso de contravención. — Y en cuanto a los casados, mandamos que, dentro de ocho días, todos los hombres y mujeres que voluntariamente, sin autoridad de la Iglesia, se hubieren apartado de la vida conyugal, se reduxesen a la unión de ella o se presentasen ante Nos a dar sus razones y motivos por qué se apartaron, para que conforme a ellos proveyésemos lo que más conveniese al servicio de Dios y quietud de sus conciencias, y que los cumpliesen so la dicha pena de censura, a Nos reservada la absolución, y de cincuenta pesos aplicados en dicha forma, y que debajo de ellas los que supiesen de estas separaciones voluntarias las denuncien pública o secretamente ante Nos o nuestro Notario, y a las que hubiesen puesto las demandas de nulidad o *divorcio* se les notificase que, dentro de tercero día, continúen en la prosecución de ellas, recogiendo a sus depósitos, dentro del dicho término, con apercibimiento de que serán llevadas al recogimiento de Santa Marta. Los cuales dichos autos están publicados con auxilio del Señor Licenciado Don Mateo de la Mata Ponce de León, Caballero de la Orden de Calatrava, del Consejo de Su Majestad y Presidente de la Real Audiencia de Quito, por auto del nueve de enero del año pasado de 1694, y para que en los pueblos que se van visitando se observen los dichos autos que aquí van mencionados y recopilados, mando que el presente Notario publique éste en ellos, en las iglesias de ellos, estando la gente junta y congregada, y que a los indios se les de a entender en la lengua general del Inga por el intérprete de ella, para que comparezcan ante Nos o nuestro Visitador General en el tiempo de esta visita y, pasada, ante el Vicario

provinciano, para que éste nos dé cuenta, y por lo que toca al pueblo de Tulcán, se entregue al Padre Fray Vicente Reinoso, cura doctrinero de dicho pueblo, para que lo execute, y que para que a los subcesores les conste, se cosa en uno de los libros de la iglesia de dicho pueblo, lo cual así lo hagan, con apercibimiento que, en caso de omisión, procederemos contra los dichos doctrineros a todo lo que convenga. — Dado en el pueblo de Tulcán, en veintinueve de marzo de mil seiscientos noventa y seis años. — Sancho, Obispo de Quito. — Por Mdo. del Obispo mi Sr., Gabriel Ante Prieto, Notario Apostólico».

En Ibarra, el 17 de setiembre de 1697, el Padre Juan de la Cruz, Procurador del Colegio de los Jesuítas, presentó una solicitud ante el Corregidor de la Villa, el Maestre de Campo Don Francisco Antonio de Medina Dávila, solicitando una información de testigos tendiente a probar la posesión que tenía el Colegio de Jesuítas de dos acequias de agua de la hacienda Pisquer, comprada a los herederos de Juan de Oñate; en esa solicitud se refiere que ambas acequias fueron sacadas por el referido Oñate; la una, desde el sitio de Chulti, y la otra, de Chiltazón; de esta manera habían sido poseídas las referidas aguas, desde que fueron trabajadas las acequias, hasta la fecha de la solicitud. El Corregidor ordenó la información solicitada, y en el mismo auto nombró de intérprete a Severino Zambrano, porque los testigos, indios de la Parroquia de Mira, «hablaban la lengua general del Inga». Los nombres de los testigos son: Sebastián Madputid, Miguel Michulo, Cristóbal Carlosama, Juan Chicás y Sebastián Chú. La declaración de Sebastián Madputid dice así: «En la villa de San Miguel de Ibarra, a diez y siete días del mes de setiembre de mil seiscientos noventa y siete años, ante el Maestre de Campo, Don Francisco Antonio de Medina Dávila, Corregidor y Justicia Mayor en ella, sus términos y jurisdicción, por Su Majd. El Padre Juan de la Cruz, Procurador del Colegio de la Compañía de Jesús de esta villa, para la información que tiene ofrecida y se le está mandando dar, presentó por testigo a un indio que, por interpretación de Severino Zambrano, intérprete nombrado en esta causa, dijo llamarse Sebastián Madputid y ser natural del pueblo de Ipiá, en la Provincia de la Gobernación de Popayán, que reside en el sitio de Pisquer, hacienda de los Padres de la Compañía de Jesús, etc.

En el pueblo de Tusa, jurisdicción de la villa de Ibarra, el 19 de setiembre de 1699, comparecieron ante el respectivo es-

cribano: Don Cristóbal García Paspuel Tusa, cacique principal de los pueblos de Tusa, Puntal y Angel; Don Diego Paspuel, cacique principal y Gobernador de los mismos pueblos, y varios otros indígenas, para otorgar una escritura de venta en vez de otra que había quedado sin efecto, cediendo la loma de Cuesamaguer o Piarcuacual. Entre las diligencias previas a esta segunda escritura consta el siguiente auto: «En el pueblo de Nuestra Señora de las Nieves de Tusa, jurisdicción de la villa de San Miguel de Ibarra, en 19 de setiembre de 1699 años, el Maestre de Campo Don Nicolás Antonio Klerque, Corregidor y Justicia Mayor de la dicha villa y su jurisdicción, por Su Majestad, dijo que para el examen de los testigos indios que presenten los contenidos en la petición de esta otra parte, es necesario nombrar intérprete, por no haberle propietario, y porque Miguel Rodríguez Morán es persona que entiende y habla bien la lengua general del Inga, le nombraba y nombró por tal intérprete» etc. (1) Don Cristóbal García Paspuel Tusa sabía escribir. (Loc. id.) Es evidente que si se designaba para intérprete a una persona que poseía el Quichua es porque los declarantes iban a prestar sus declaraciones en este idioma.

Posteriormente nos fue posible estudiar la obrita intitulada: «La Lengua Quichua», del Padre Juan M. Grimm, y en la Pág. 57, correspondiente a la «Advertencia», previa al apéndice del Vocabulario Quichua - español, encontramos los acápites siguientes: «Por algunas pruebas de idiomas que nos las comunicó el señor Enrique Collins, misionero apostólico, tan celoso, como competente, comprendemos que el Quichua del Oriente se extiende, por el Norte, en la Cordillera oriental de los Andes, hasta el grado 2º de latitud setentrional; de modo que cinco o seis mil indios de las orillas del Putumayo y Caquetá hablan todavía el Quichua», y en la nota correspondiente a este acápite agrega: «En la Cordillera occidental el Quichua tiene por el Norte, aunque con interrupciones, casi la misma extensión; así en un punto entre Pasto y Barbacoas, llamado Cuayquer, se habla todavía Quichua». Nosotros corroboramos lo dicho en el acápite precedente, pues, el idioma Quichua no ha llegado a desaparecer de los pueblos situados al Oriente de Pasto, ya que los indios de Santiago, San Andrés, Sucre, San Francisco y Sibundoy hablan hasta ahora el idioma Quichua, así como los de Mocoa, a cuya jurisdicción pertenecen Yunguilla, Simón, Guineo, San Vicente y Apunte. (Información de José Jacanamijoy, vecino de Santiago).

(1) Protocolo del Escribano Gabriel Gaviño, Ibarra, Año indicado, Pág. 132.

Como dato digno de tomarse en cuenta para apreciar el influjo de los incas en la Provincia del Carchi debemos considerar ciertos acontecimientos posteriores a la época de esta dominación, los que, a modo de efectos, nos hacen presuponer antecedentes relativos al tiempo que estudiamos.

En verdad, la actitud que asumieron las parcialidades del Sur de la Gobernación de Popayán, localizadas entre el Carchi y el Guáitara, en relación con la adoptada por las que habitaron la Provincia del Carchi, presenta marcadas diferencias: en tanto que los tuzas y los tulcanes permanecen sumisos al orden establecido por los españoles, las parcialidades de Obando y Túquerres se manifiestan rebeldes, hostiles y belicosas y menos arraigadas al suelo que habitaron; hubo frecuentes levantamientos que hubieron de ser sofocados por la fuerza hasta el año de 1594 y en consecuencia de ellos esas parcialidades fueron internándose en los bosques de las cordilleras Oriental y Occidental. Todo esto, decimos, hace suponer que el gobierno de los incas había ejercido ya un notable influjo entre las parcialidades indígenas del Carchi, las cuales desde el año de 1563 a que avanzan nuestros primeros manuscritos se manifiestan como fieles y sumisos vasallos del Monarca español.

Por tanto, volvemos a repetir y concluimos en definitiva que el idioma Quichua si se introdujo en las provincias del Carchi, Obando y Túquerres, al menos desde el tiempo de la Conquista de los incas; que si lo difundieron los incas y los españoles como lengua general en los pueblos conquistados en la región que estudiamos, y que, en el año de 1583, lo encontramos generalizado en la Provincia del Carchi, aunque tal idioma no subsista hasta nuestro tiempo.

Haciendo por reconstruir las vicisitudes del idioma en cuestión, podemos considerar dos períodos de tiempo: a partir desde la conquista de Caranqui hecha por Guayna-cápac hasta el año 1535, el uno, y, el otro, desde este mismo año hasta el de 1583. Habida cuenta de que Atahualpa murió de treinta y seis años de edad, tal conquista no pudo tener lugar sino por el año de 1496, hasta el año de 1535, el primer período comprende 37 años; el segundo, a partir de 1535, hasta 1583, fecha en que encontramos perfectamente difundido el Quichua en el Carchi, comprende cuarenta y ocho años. Entonces cabe preguntar,

Párrafo III

Consideraciones acerca de las civilizaciones del Sur

No escasean en el Carchi los objetos de cerámica del Sur, así se manifiesten mezclados con la cerámica de los pastos o en conjuntos de tumbas independientes. Son muchos también los objetos reconocidamente de origen peruano, según se ha podido constatar sin mayor esfuerzo, y ha sido tanta su profusión en la época colonial que han llegado a sustituir completamente la cerámica de los pastos, de la cual en el siglo XVI mismo han desaparecido hasta sus nombres, conservándose tan sólo la terminología quichua. Y porque según el testamento de Don Cristóbal Cuatín, principal del pueblo de Tusa, se pueden reconocer las prendas de vestir y algunos utensilios usados en el Carchi en 1593 extractaré los nombres de los objetos que en él se enumeran, prescindiendo de algunos otros que no tienen importancia para mi propósito:

«Un peso de pesar oro con sus pesas, en su caja de hoja de lata.

Una cadenilla de alquimea.

Dos pares de limbiquiros de uso de Cuzco. (1)

Dos caracoles.

Dos mantas pintadas, llamadas quimnto pacha, y dos mantas de algodón y una camiseta de paño azul, ya raída, y una camiseta pintada, ya raída.

Una cazuelita de peltre y una cuchara de plata.

Tengo empeñadas en poder de don gra. (García) Tulcanaza, por cincuenta pesos de plata corriente que me preste, un coco guardado de plata todo, y es quintado, que me costó del Padre Fray Esteban Matoso, cincuenta pesos de plata y más dos cocos de

(1) En nuestro concepto, éste es el verdadero nombre de lo que los arqueólogos han dado en llamar tímboles. Parece, pues, que hemos hecho un verdadero hallazgo, al menos cuando se trata de tímboles de madera, a los cuales se imitaría después con barro, oro u oro y plata. Limbiquira, he aquí el verdadero nombre de uso del Cuzco.

plata, que en lengua del Cuzco se llama aquilla; que entrambas pesan cuarenta pesos y más un par de (aquillas?) digo y están quin-tadas y más dos aquillas, que me costaron treinta pesos y más un par de mates» (trunco).

Doña Luisa Tota era una india al parecer linajuda y dueña de tres cocales llamados Pichapuetán, Tatabuela (Totabuela?) y Comatabuela, en Ambuquí. (1) Por el año de 1596 en que murió, Don Felipe Coanguina hizo una lista de los bienes muebles dejados por Doña Luisa; lista que ha sido firmada por el inolvidable Párroco de Pimampiro, Pbro. Pedro Ordóñez, «el Clérigo agradecido»; dicha lista es como sigue:

«Un sombrero con su toquilla.

Cuatro topos de plata con su cadenilla.

Un tafetá verde viejo.

Una bolsilla chiquita con un poco de turquí.

(1) El Sr. Jijón y Caamaño trae los siguientes acápites en su libro «Sebastián de Benalcázar», Tomo 2º, Pág. 32: «Como ya se ha dicho, gobernaba Finzenú una mujer llamada Tota, nombre que no sabemos si era el de su cargo o propio de la última reina de este riquísimo pueblo (situado al Sur de Cartagena); ignorándose el de su marido. Como muchos jefes de pueblos primitivos, tenía un carácter religioso, descendía de los héroes míticos fundadores de la nación, y era para ella tabú el pisar el suelo desnudo, «porque cuando se acostaba en su hamaca se echaban en el suelo, a los lados de ella, dos de las más hermosas doncellas de su casa, la boca y pechos hacia abajo, para subir y bajar de la hamaca, poniendo el pie en ellas, estando lo demás del suelo por donde andaba cubierto de espartillo o paja menuda». (Pedro Simón, Noticias históricas de las conquistadas de Tierra Firme, Vol. IV, Pág. 27, cita de Jijón).

«En el lugar en que ella residía había «libertad para poderse venir a vivir a él todos los que quisiesen de los otros dos Zenúes», (id. ibid, cita de Jijón). La corte de la reina sagrada era también cementerio de altísima estima:

«porque según antigua gente canta,

y es opinión de todos mis mayores,

esta que véis es toda tierra santa,

llena de sepulturas de señores . . .

así que porque el muerto menos pene

aqueste lugar toma por abrigo

o natural o quien de lejos viene».

Castellanos. (Cita de Jijón y Caamaño).

Tres cushmas: una de grana, una de calú y otra de la tierra.

Dos liquillas de lana y otra de los Quijos.

Tres anacos; uno del Reino y otro de lana y un alcanaco viejo

Otra manta de... (utcopaco?).

Un cofrecillo chiquito, con catorce pesos y medio de plata.

En una petaquilla chica, diez y ocho ovillos de algodón, chicos y grandes, dos de lana colorada y un cuchillo; dicen es del anacona (yanacona) mayordomo.

Ea una mochila chiquita, una susuna blanca y cuatro chuspas.

Otra mochila grande con un sombrero de tafetán viejo y unas tijeras.

Un espejo de los indios con una cadenilla de plata.

Un chumbe (lana de vicuña, según Rivet y Verneau) y cincuenta y cinco ovillos pequeños de todos colores.

Por lo visto, en los testamentos que anteceden, los objetos que en ellos se enumeran forman dos grupos: uno que corresponde a los utensilios introducidos por la cultura europea y otro de objetos introducidos por la civilización incásica, siendo de notar que si entre ellos hubiera alguno que hubiese sido conocido por los aborígenes del Carchi desde un tiempo anterior a la Conquista de los incas, no se habría adoptado el nombre quichua, sino el aborígen, como acontece con la rueca (tultur) el sobrado (barbacoa) etc., etc.; al menos ya se ve como pertenecen a la época de los incas y a la de los españoles lo más valioso de ellas: el oro y los tostones.

En el siglo XVI estaban vivos aún el idioma de los pastos y el de los pueños, ¿por qué entre los objetos indicados no se menciona ni uno siquiera en la lengua materna respectiva? — Tal vez porque el Quichua era el idioma oficial; mas, son de procedencia quichua o castellana y por lo mismo bien se ve que la civilización de los unos y de los otros se había introducido intensamente en el Carchi, tantos años atrás cuantos fueren necesarios para que los aborígenes aprendiesen el idioma Quichua.

Párrafo IV

Breves noticias acerca de la cerámica de los incas

Basta tener en cuenta la enorme extensión territorial del Imperio de los incas y la diversidad de ramificaciones indígenas que habían sojuzgado, para dar por bien supuesto que la cerámica por ellos introducida al Ecuador debió ser tan variada como las gentes venidas de los diferentes lugares de aquel Imperio, como hemos dicho, no solamente desde la Conquista, sino de tiempos anteriores.

Enumeraré, pues, los objetos de cerámica incaica encontrados en el Carchi, según las pocas noticias que se han podido recoger y haciendo por clasificar esa cerámica todo lo que fuere dable, bien entendido que el estudio del influjo de los incas en el Carchi tiene mayor importancia que en cualquiera de las otras provincias de la Sierra ecuatoriana, porque necesitamos averiguar cómo pudieron formar los incas el pueblo de Quillasinga y avanzar hasta el río Mayo.

a).—Cerámica del Cuzco.—De esta cerámica, conocí cuatro timbales bastante descoloridos, encontrados en la región de San Gabriel; pertenecieron a la colección del señor Anelardo Mena y es probable que algunos de ellos se hallen en el museo del señor Jijón y Caamaño. Tuve noticia de un aribal encontrado en la región de El Angel, así como del que da cuenta el mismo señor Jijón en su obra 1914, página 154. En este estudio se reproducen los objetos encontrados por Heredia, en Cuasmal, (Lámina 1^a, figuras 1, 2, 3 y 4), a los que he hecho referencia en el curso de este trabajo. Tal clase de cerámica ha sido ya muy bien estudiada por muchos arqueólogos, pudiendo citar entre ellos Clarh Wisler, «The American Indian», 1917, Pág. 24; Philip Ainsworth Means, A. Survey of Ancient Peruvian Art. Pág. 383; Jijón y Caamaño, «Un Cementerio Incaico en Quito».

b).—Las cabezas representadas en la lámina 4^a. de este estudio, pertenecen a la colección del señor doctor E. Liborio Madera, en Ibarra; fueron extraídas de una sepultura hallada en la región de Tulcán, sin que nos haya sido posible obtener referencias precisas de aquella sepultura. Tenemos idea de que quien las halló fue don Ezequías Vallejo, que llegó a referirnos haber sido

encontradas juntamente con los objetos que se describirán en el grupo inmediato siguiente; de ser esto así, ya veríamos como se constatan variedades de estilos en una misma sepultura, pero que así y todo pertenecen a una misma época y a un mismo dueño, pudiendo guiarnos unicamente en su clasificación el precedente de ser encontrados en la misma tumba.

Tales cabezas o figurillas de barro cocido miden once centímetros de alto por diez y medio de ancho, siendo el alto de la cara de siete centímetros. La cabeza N.º 1.º tiene pintura de fondo amarillo, con delgadas líneas lacres entre las cuales se destaca una franja de amarillo más encendido. Esas líneas y franja forman una estrella que hace centro en el orificio superior de la cabeza; el fiote de la gorra, que sigue o imita el corte central del cabello, se halla también adornado por iguales líneas en zigzag, a modo de un metro medio estirado y formando ángulos, con los colores ya indicados. Dos órdenes de líneas o, mejor dicho, una doble línea lacre con franja amarilla de color más subido al medio limitan tres rombos horizontales, pintados también a doble línea en la frente de la figurilla primera; del mismo modo dos series de rombos, como los anteriormente descritos, pasan horizontalmente por la cara, a la altura de los pómulos, la una, y la otra, siguiendo la dirección de los carrillos, pero dejando libre la quijada, donde, en un término inferior, se han vuelto a pintar otros dos rombos horizontales con las mismas líneas y franja anteriormente descritas.

La cara y cabeza N.º 2, Lám. 4, tiene una pintura de fondo café oscuro en toda su superficie. Tres series de estrellas concéntricas hacia el orificio de la parte superior se hallan pintadas en la cabeza; las estrellas están formadas por dos y tres líneas negras que dejan un campo de franjitas amarillas y otra central de color café. En la frente se han pintado tres rombos horizontales a doble línea y un tanto separados entre sí, pero limitados por otra doble línea que, a cierta distancia, encierra todos tres rombos, con los mismos colores indicados para la cabeza. Otra serie de rombos horizontales, limitados como los de la frente, pasan por la cara, a la altura de los pómulos, y otra igual sigue a la altura de la mandíbula inferior y la quijada.

La cara y cabeza N.º 3 tiene una pintura de fondo de color lacre en toda su superficie; demuestra una estrella de dobles líneas

amarillas haciendo centro en el orificio superior; rombitos amarillos horizontales sobre la frente; otra línea de rombos igual en la cara, a la altura de los pómulos, y otra igual siguiendo la mandíbula inferior. La pintura de todas tres caras y cabezas es perfectamente lustrosa y sus líneas son bastante delgadas. Tal pintura es típica de la civilización del Cuzco, a juzgar por objetos reconocidamente incaicos que se encuentran en el museo del señor Jijón y Jaamaño; mas, conservan la representación de la estrella de la época González Suárez, aunque con otro estilo y procedimiento. Una cabeza de mujer del tipo de las que me ocupo es la representada por el señor González Suárez en la lámina 7ª. figura 3ª. de su atlas 1910, el estilo de pintura es el mismo de los arribales del Cuzco y no de india angeleña.

c).—Los objetos de la lámina 6ª. son representaciones antropomorfas de color café claro, de barniz brillante y algunos de ellos han formado parte de vasijas cuyos cuellos se han roto y se los ha redondeado, para darles una apariencia de integridad. Casi todos esos objetos son representaciones estafalarias y deformes, que hay que clasificarlos entre la cerámica del Cuzco, ya por presumirse que fueron hallados juntamente con los del grupo anterior, (lámina 4) reconocidamente incaicos, ya porque la técnica, la forma y las perforaciones de las orejas son del todo semejantes a los objetos de la lámina 11ª, reconocidamente incásicos, ya también porque recuerdan los siguientes pasajes de los cronistas castellanos: «Vvo en las Indias gran curiosidad de hacer ídolos y pinturas de diversas materias y estas adoraban por dioses. Llamaban en el Perú huacas y ordinariamente eran de gestos feos y disformes». (1) «En esta tan grande diversidad de ídolos he notado una cosa particular, y es que los que tenían formas de animales y legumbres eran comunmente más bien obrados e imitaban con más propiedad lo que significaban, pero los de figura humana tenían de ordinario tan feos y disformes gestos, que mostraban bien en su mala catadura ser retratos de aquel en cuya honra los hazían que era el Demonio». (2)

d).—En las regiones de El Angel y San Isidro se encuentra una cerámica negra, lustrosa y gruesa o simplemente de barro cocido

(1) Acosta, «Historia Natural y Moral de las Indias», cita de Jijón, 1919, Pág. 2.

(2) Cobo, «Historia del Nuevo Mundo», Cita de Jijón, 1919, Pág. 2.

sin pintura, representada en la lámina 5ª. de este estudio y en el atlas González Suárez, 1910, (número 4 de la lámina 10 en los números 1, 2 y 3 de la lámina 11, en los números 2, 3 y 4 de la lámina 12 y muchos otros); cerámica que los huaqueros de El Angel la conocen con el nombre genérico de «ollas tortugas». Ya he tenido ocasión de hablar de esta cerámica, de la que siempre he tenido la idea de que no solamente era extraña, sino importada al Carehi, hasta cuando conocí muchos otros ejemplares pertenecientes a la colección del señor doctor E. Liborio Madera (18 ejemplares más o menos); entonces dudé de que un número tan considerable de objetos pudiera haber sido importado, sino tal vez fabricado en la misma localidad; mas, al examinar este estilo no se puede menos que recordar aquel pasaje de Garcilazo de la Vega, que dice: «otras naciones adorauan a losalcones por su lijereza y buena industria de ahuer por sus manos lo qe. han de comer, adorauan al buho por la hermosura de sus ojos y cabeza, y al murciélago por la sutileza de su vista, que les causaua mucha admiración que viesse denoche; y muchas otras aues adorauan como se les autojauan. A las culebras grandes por su monstruosidad y fiereza, que las hay en los Antis de a veinticinco y de treinta pies, y más y menos de largo; y gruesas muchas más que el muslo. También tenían por dioses a otras culebras menores donde no las auia tan grandes como en los Antis, a las lagartijas; zapos y escuerozos adorauan. En fin, no auia animal tan vil ni suzio qe. no lo tuuiesen por dios». (1)

En verdad, en esta cerámica se hallan representados el buho, el murciélago, la culebra, las largartijas, el sapo, la tortuga, el armadillo, el ratón, etc., etc., y, por lo mismo, hay que convenir en que pertenece a esas «otras naciones» aludidas por Garcilazo y que por lo mismo debe ser peruana.

No conozco las tumbas de que han sido extraídos estos objetos, pero es de colegir que tienen mucha relación con la época del oro de El Angel, de Puchués y del Potrero del Rincón, en el Chaquilulo, ya que las tumbas en que se los encuentra se hallan junto a los grupos antedichos y aún entre los que contienen cerámica de la época del oro, según el decir de los huaqueros; no se la obtiene en la época de Tuncahuán ni en las tumbas de

1) Garcilazo de la Vega, Comentarios Reales, (cita de Jijón, 1919, Pág. 88.

Tulcán, Huaca y Tusa. El señor Jijón dice a este respecto: «En los objetos de la lámina 5ª no encuentro el más pequeño indicio de influencia peruana; de ellos tengo varios ejemplares en el museo y lo que en ellos advierto es notable influencia de Chiriquí, Costa Rica y Nicaragua». (1) Ya hemos ampliado nuestro modo de pensar al respecto; véase lo dicho en la Pág 214 d.

No aspiro a conseguir un esbozo y dar una idea más o menos aproximada de la cerámica incaica encontrada en la Provincia del Carchi, en un tiempo anterior a la Conquista española; debo confesar ingenuamente que carezco de los datos indispensables y hasta de informaciones que no se pueden obtener fácilmente, ya que la inmediata desaparición de los objetos encontrados en las tumbas y la imprecisión de las noticias suministradas los dificultan por completo.

Exploraciones metódicas sobre el terreno y tal o cual excavación bien orientada serían sumamente provechosas, ya que las primeras noticias de los indígenas y parcialidades del Carchi no están del todo aisladas de las excavaciones arqueológicas. Por el estudio toponímico de la palabra Tusa llegamos a comprender que se trata de un vocablo quichua, descartando otras procedencias europeas y americanas; comprendimos que tal vocablo, de ser quichua, no tendría entronques étnicos muy antiguos en el Carchi y que la familia Tusa sólo desprendería su origen del mandón peruano localizado allí con un fuerte núcleo de gentes enviadas por los incas. Los títulos de propiedad de fines del siglo XVI y XVII acusan la localización de las familias de apellido Tusa en la región Sur de la Parroquia de San Gabriel, comprendiendo la llanura de Indújel, Canchahuano, Chiles, Guaquer, El Capulí, la Quebrada Honda, Sandial y Cucher; entonces comprendimos que las parcialidades aborígenes se habfan replegado principalmente al Norte y Noroeste de Indújel y que el antiguo pueblo de Canchahuano debió ser el centro de la familia Tusa —el Pueblo Mayor— y de este modo surgió para nosotros el deseo vehemente de practicar excavaciones al Sur de San Gabriel, y, cuando la casualidad llevó por allá esta clase de trabajos, se empieza a demostrar que en la región de El Capulí, dentro de la silueta de los bohíos, se encuentra la cerámica roja con sobrepintura negativa

(1) Carta particular fechada en Quito, el 10 de marzo de 1930.

que avanza desde el Tungurahua y el Cañar, ornamentando allá una cerámica quichua. Lo mismo decimos del pueblo de Guambo, que estuvo localizado en las cercanías de El Angel hasta el año 1555 próximamente; estorbados los Guambo por los españoles que acaso se habían introducido en esa región, se volvieron al Chota y se establecieron junto al Tambo de Mira, que también se llamó Tambo de Guambo (en la actual hacienda Tambo) hasta un poco antes de 1594, fecha en que el cacique principal Diego Guambo fue a teneras, bien o mal de su grado, de Mayordomo de la Cofradía de Mira. Allí en el Tambo, en el potrero del Guabo, están las ruinas del caserío de Guambo; posiblemente dentro de ellas ya no se han de encontrar sepulturas ni por lo mismo cerámica de ninguna clase.

Pero entre todos los objetos incaicos que han venido a nuestras manos, ninguno ha despertado más nuestra curiosidad como la bocina que hemos representado en nuestra Lám. 10, ya que fue encontrada cerca de la población del Pun, es decir en la región situada más al N. E. de la Provincia del Carchi. El estilo de la pintura, por las líneas y el colorido, es netamente del Cuzco. Y ahora el lector, extraño a los estudios de Arqueología, comprenderá que los objetos de cerámica tienen un valor casi siempre relativo, según el lugar en que los objetos han sido encontrados; los objetos arqueológicos, sin indicación del lugar del hallazgo, casi no tienen importancia para el estudio de Prehistoria en nuestras provincias.

Por el año 1921. Don Abelardo Mena, de El Angel, nos invitó a su hacienda Hoja Blanca, para que, como expertos en materia de Arqueología, le ayudásemos a separar un grupo de objetos más importantes de cerámica, que fueren llevados a Quito con mayor cuidado, porque los que se proponía enviar iban a ocupar muchos cajones, que entonces sólo podían ser conducidos a lomo de mula. Puestos a la obra de separar los más valiosos, principié por indicarle un tinaco grande, de asiento cortado a bisel, sin ornamentación ninguna. Este tinaco — le dije — debe ser cuidadosamente transportado, porque entiendo que es incaico; está destinado a formar un grupo que nos demuestre el influjo que pudieron tener los incas en el Carchi. — ¿Este?, nos replicó el señor Mena, ni han de creer en Quito que es incaico, sino de nuestro tiempo; éste no lo llevo, porque no tiene las pinturas de las botijuelas que exhiben en los salones de

los ricos y me voy a permitir regalárselo a Ud. Nos regaló el tinaco y nos canceló el nombramiento de expertos para la selección de las piezas y siguió escogiendo las botijuelas más vistosas de la «cerámica polseromas». ¿Excluiría los timbales de su colección? No lo sé, porque estábamos en plena cesantía del cargo y nada más pudimos ver al respecto; algunos meses después llegué a saber que esos objetos fueron vendidos al señor Jijón.

Si con este criterio han hecho otras personas el comercio de sus piezas indígenas, ya podemos explicarnos el porqué de la escasez de tales objetos en los museos. Criterio muy humano para juzgar del valor arqueológico de la cerámica aborígen, aún por parte de muchos compradores y coleccionistas, cuando la cerámica no tiene pintura.

Y ahora, nada diremos de los pillos o gorras típicas de la cerámica de los incas, que relacionan unos con otros los objetos de nuestros grabados, porque forman parte de las cualidades estilísticas que nos dan la clave del tiempo y origen de aquellos objetos; investigadores más afortunados tendrán facilidad de hacer observaciones amplias y prolijas; ellos sabrán corregir y mejorar nuestras apreciaciones.

Párrafo V

La Civilización de los pastos

No hace a mi propósito ni está a mis alcances la reconstrucción del cuadro etnográfico de todas las gentes que habitaron en el territorio de la Provincia del Carchi desde una remota antigüedad; mi deseo es principalmente ahondar en el conocimiento de los pastos y de los incas, lo cual a su vez sería una base segura para el estudio de las gentes anteriores; pues, estoy convencido de que poco es lo que se puede conseguir mediante la relación tan remota de tiempo y lugar entre los aborígenes del Carchi con los de América Central o de las Antillas, sin nexos ni concatenación de ninguna clase. No abandonaré este punto de vista, porque tengo para mí que el estudio arqueológico referente al conocimiento de las civilizaciones por medio de los estilos de pintura debe partir del conocimiento relativamente perfecto de los estilos inmediatos al de los intermedios y de éstos a los más distantes, y, por desgracia, aún no se ha determinado satisfactoriamente la cerámica que corresponde a los pastos, cuya base de población ha perdurado en la época colonial. De toda la cerámica encontrada en las sepulturas indígenas de la Provincia del Carchi ninguna se parece o tiene relación de continuidad con la que han conservado nuestros indígenas hasta ahora, excepción hecha de los objetos de cerámica de los incas, las ollas de cocina y los tinacos; los grupos aborígenes son tan diferentes que bien pudiera decirse que un diluvio o un terremoto dió un profundo corte y diversificó a estos indígenas, de manera que los que actualmente existen sólo conservan usos, costumbres, utensilios y cerámica introducidos por la cultura de los incas, salvando casos especiales y todo aquello que al idioma se refiere. Ante semejante laguna, es claro que los aborígenes del Ecuador tienen que navegar mucho — según Uhle — para introducirse en este territorio en oleadas sucesivas hasta el siglo sexto de la Era Cristiana, siendo así que civilizaciones tan adelantadas como la de los incas no viajaban por mar del Cuzco a Quito, no obstante el comercio costanero del que se hallaban provistos.

El hecho de haber constatado los bohíos, que habían desperdado mi curiosidad sólo satisfecha al cabo de dieciseis años, húbome obligado a seguir el siguiente trabajo de reconstrucción de tiempo, por lo que a los pastos se refiere: Ante todo

— me dije — debo distinguir las ruinas aborígenes que pueden corresponder a la época colonial respecto de las anteriores, lo cual no presenta muchas dificultades, porque si bien es cierto que antes de la Conquista española los muros de las habitaciones demuestran un espesor considerable y las construcciones posteriores son de bahareque y dejan ruinas tan efímeras, en las primeras se ha llegado a constatar objetos de cerámica del Cuzco y ya no puede haber duda de que tales viviendas perduraron hasta la Conquista, sea cual fuere el tiempo en que empezaran a construirse. Al tiempo de la Conquista española y después se abandonaría aquel sistema de «muros de tierra firme», que les demandaría mayores esfuerzos, en tanto que las construcciones de bahareque, más precarias, se adecuarían mejor a la servidumbre establecida por los españoles. Pero lo que da un criterio preciso para distinguir los tiempos precoloniales de los posteriores es la localización de sus tumbas; en efecto, la obligación de sepultar a sus muertos en los templos católicos, que se introduciría poco a poco, la despoblación del territorio, la obligación de reducir sus poblaciones a los lugares señalados por los conquistadores, todo esto digo sería parte para modificar el sistema anterior de sus construcciones, lo que daría por consecuencia que desaparezca la silueta de los bohíos en la pradera para los tiempos posteriores. El hecho de haber presenciado la excavación de dos o tres bohíos en la hacienda Raconada de Tuleán y no haber encontrado tumbas en su interior me sugirió esta posibilidad, sin excluir el hecho de que existiesen ruinas de bohíos precoloniales sin tumba dentro de la habitación; pero estos últimos implican la existencia de sus muertos en alguna otra forma de enterramiento, sea la que fuese, pero no habían de desaparecer ni se los había de tragar la tierra, así se los echase en un osario, costumbre que debió introducirse cuando se empezaron a construir bóvedas de alquilar... Bohíos precoloniales sin tumba dentro de la habitación son los que anteriormente tengo indicados en el potrero de Ingotola; mas, éstos, como llevo dicho, corresponden a un grupo de tumbas recubierto con una tola.

Descartada así la época colonial y los bohíos sin tumba precoloniales, preciso era buscar las sepulturas de los incas, que no las hemos encontrado independientes con sólo su cerámica característica; comprendemos que debe haberlas en forma de panteones circulares, poco más grandes que los bohíos, según lo dice por el Padre Las Casas en su obra «De las Antiguas Gentes del Perú», y en este caso, sus características deben ser seme-

jantes a los bohíos de sepultura múltiple, de los cuales habrá que diferenciarlas, una vez constatado alguno de esos panteones. Las formas de enterramiento de los incas deben ser mejor estudiadas en el Perú, aquí no hace falta sino indicar aquellas que deben encontrarse en nuestra Provincia. La Lámina VIII^a de la Pág. 127 demuestra un túmulo funerario incásico, según las indicaciones de su leyenda.

Queda, pues, entonces por averiguar a qué ramificaciones indígenas pertenecen las ruinas de los bohíos encontradas en el Carchi, y puesto que los pastos fueron los últimos habitantes de esta Provincia al tiempo de la Conquista de los incas, se hace de todo punto indispensable constatar cuales fueron sus viviendas, desde el punto de vista de los bohíos. Tanto el Anónimo de Quito (1) como Ponce de León, Corregidor de Otavalo en 1582 y encomendero de Tusa en 1561, nos refieren que en aquel tiempo las casas de los caciques eran de tapia y las de los demás indígenas, de bahareque. ¿Las habría de otro material? — Sí las hubo, pero los indicados cronistas no lo dicen, ni Cieza de León, de un modo expreso. ¿Cómo hacer para relacionar las ruinas de los bohíos encontrados en el Carchi con los pastos del tiempo de la Conquista española? — Cieza de León fue contemporáneo del conquistador Dn. Sebastián de Benalcázar y viajó con él desde la Gobernación de Popayán sobre Quito, en la expedición del Virrey Blasco Núñez de Vela contra Gonzalo Pizarro, y Cieza, hablando de la Provincia de Pasto, asegura que encontró tantas ruinas de las habitaciones de los quillasingas que era cosa admirable hallarlas por donde quiera que se andubiese, así fueran vegas de ríos, cimas o altas montañas, por más fragosas y dificultosas que fuesen (2) Lo que vió Cieza en la Provincia de Pasto es lo que nosotros hemos encontrado en la Provincia de los Pastos y si Cieza refirió esas ruinas a las habitaciones de los quillasingas y comprendió que se trataba de edificios de la misma clase, he aquí una prueba. Que pudo equivocarse porque algunas de esas ruinas han sido mucho más antiguas, a juzgar por el estilo de la cerámica que en ellas se encuentra, esto también es innegable; pero basta que algunas de esas ruinas hayan sido de la misma clase de las habitaciones entonces existentes para relacionar a los pastos de la primera mitad del siglo XVI con los muros de tierra firme que se encuentran y perduran hasta ahora.

(1) Rel. Geog. de Indias, Tom. III, Pág. 94.

(2) Cieza, Op. Cit, Pág 385.

Esto mismo es lo que concluyeron Rivet y sus compañeros teniendo por delante los bohíos de Huaca y esto mismo es lo que se deduce del hecho indubitable de haber encontrado objetos de la cerámica del Cuzco en algunos de los bohíos; luego los bohíos de Cuasmal, en donde fueron encontrados los timbales y jarras de Heredia y las ocarinas imbabureñas que corresponden al último período de habitación en las tolas son las que pertenecen a los pastos del siglo XVI. (1)

Tócame entonces distinguir entre bohíos de sepultura múltiple; mas, a este respecto ya nada me dicen, de un modo firme, ni la tumba ni el bohío; es necesario recurrir a los estilos de pintura, pero siempre en relación a las tumbas en que han sido encontrados los objetos de cerámica, al aspecto que pueden presentar los conjuntos de ruinas que se observen sobre el terreno y acaso en relación también a las estratificaciones, cuando puedan encontrarse motivos de comparación.

Cieza de León, hablando de los indígenas de Cali y Popayán

(1) Por mera discusión, demos por supuesto que los pastos no se enterraron en los bohíos de «tierra firme»; pues, entonces debieron enterrarse dentro de bohíos de pared de bahareque y por eso han desaparecido los vestigios de esas construcciones; mas, por eso también las tumbas se encuentran diseminadas en las praderas formando grupos de tres en cuatro, como tenemos dicho anteriormente; pero en todo caso tendremos que los pastos se enterraron dentro de bohíos de que nos dan noticia los cronistas y que sus tumbas son sepulturas de foza cavada que se hallan revueltas y confundidas entre las demás. Alguna de esas tumbas debió aparecer cuando Uhle hacia sus excavaciones en Cuasmal, Gualchán, Pialter (Pialtal), Puchué, Muñozsacha etc., etc., y entonces ha debido decirnos: la cerámica de Cuasmal no pertenece a la civilización de los pastos, porque la cerámica de los pastos es esta otra. Pero no ha sucedido eso, sino que la cerámica que se encuentra dentro de los «muros de tierra firme» pertenece a los mayas del primer período; la cerámica de las tumbas de foza cavada de Puchué pertenece a la 5.ª civilización mayoide; la cerámica excavada al Occidente de Cuasmal es colombiana o panameña, y hay otras cerámicas que pertenecen a las civilizaciones 2, 3 y 4; todas mayoides pero no hay más, porque el resto es cerámica de estilo inferior, cuyas características no pueden reconocerse, porque tales objetos no tienen pintura y corresponden a una sexta civilización. Estos serán los pastos o no serán: si lo son, se les asigna lo menos la mitad de los objetos no ornamentados que se encuentran en las tumbas de todas las civilizaciones clasificadas; si no lo son, los pastos no han enterrado a sus muertos en ninguna parte! Lo interesante es honrar el Boletín Anales de la Universidad Central y hacer que el mundo agradezca los trabajos que aquí ha realizado el Dr Uhle!

refiere que tenían mucho oro de baja ley y poco oro de subida ley, en comparación a los anteriores; tal noticia está en relación a las minas de que se da cuenta en el territorio colombiano lo que parece indicar que los indígenas de Cali y Popayán lo explotaban en su propio territorio. Hablando de los quillasingas y pastos dice que eran pobres; no tenían, pues, oro y esto mismo es lo que se ha comprobado por medio de las excavaciones que se han hecho en las provincias de Obando, Túquerres y Pasto, en donde se han removido muchas tumbas aborígenes de varios tiempos y en ninguna de ellas se ha encontrado oro. Solamente en Mira, San Isidro, El Angel y quizá en tal o cual tumba de San Gabriel y la Paz se ha encontrado escasas muestras, y en Huaca tal o cual pieza de plata; luego, el oro y la plata encontrados al sur del nudo de Huaca es oro y plata venido del Sur, según muestras que también se han encontrado en Pimampiro, Caranqui, Cangahua, Cumbayá, Ichimbía y otros lugares hasta el Cañar y Azuay, en donde se lo halló en abundancia, lo que indica que allí estaba más cercano el centro de aprovisionamiento. En la región montañosa del N. O. o de Cuayquer, no se ha encontrado oro en las sepulturas indígenas, a punto de haberse llegado ha creer que aquellos aborígenes no lo conocieron; luego, ¿de dónde vino al Carchi el oro y la cultura, si la solución de continuidad la encontramos hacia el Sur?..

No me refiero a la Costa y especialmente a la de Esmeraldas, en donde hay cerámica y orfebrería que demuestran una remota antigüedad, las que por sus representaciones, técnica y estilo nos dan idea de avanzadas culturas mejicanas y centroamericanas que no tienen nexo ni intermedios con las gentes que estudiamos, ya sea del siglo XVI o de siglos anteriores. ¿Las nuestras, tendrán un origen mejicano o centroamericano?—Lo inquiriremos por el idioma; la Arqueología sólo puede darnos leves indicios, mientras no encontremos el derrotero de los estilos que han precedido, dejando sólo sí constancia que su evolución es regresiva.

«Lógicamente tiende nuestro espíritu, de acuerdo con el esquema bien discutible del progreso continuo, a dar mayor antigüedad a lo más tosco y primitivo; pero en América hay que ser muy escéptico a este respecto. Nazca es mucho más bello que Tiahuanaco y es más antiguo; Tiahuanaco, mil veces superior al Cuzco y le precede; el primer imperio maya, más adelantado que el 2º. y éste, superior en todo concepto al estado en que los españoles encontraron a los yucatecos; los toltecas superaron a los

aztecas, sus sucesores; los constructores de los Mounds de los EE. UU., a las tribus vistas por los primeros blancos; la degeneración parece haber sido una ley fatal de las civilizaciones precolombinas» (1).

Mas, dejando a un lado esta digresión, ¿para qué acudir a argumentos de importancia mediata, habiendo otros decisivos en el campo mismo de la Arqueología? Ya hemos dicho que la cerámica del Cuzco, representada en nuestra lámina 4ª, demuestra entre otros motivos, estrellas que hacen centro en el orificio de la coronilla de cada figura, guardando por lo mismo cierta igualdad de motivo con las vasijas del tiempo del oro de El Angel; es claro que la técnica y la condición de la pintura difieren notablemente, pero el motivo es el mismo, el que bien demuestra como unos objetos se entrelazan con los otros, de la clásica cerámica del Cuzco, en virtud de un tiempo que debe ser inmediatamente anterior. Los objetos en la época del oro de El Angel forman dos grupos, por razón de la pintura: los unos son totalmente barnizados de rojo, sobre los que se ha pintado un fondo negro, resaltando negativamente las labores que se han querido representar; los otros son de barniz incoloro, ornamentados con líneas rojas; unos y otros objetos se encuentran en tumbas que forman grupos homogéneos, los que a su vez representan pueblos como el encontrado en El Angel en las Tres Tolas, los dos de San Antonio, en Puchnés, en Chaquilulo etc., etc. Los que contienen las caras de la Lám. 4ª, arribales y timbales, así como una cerámica negra con líneas blancas y demás objetos reconocidamente incásicos se encuentran en las tumbas de los pastos y talvez en otros grupos cuyas excavaciones no hemos presenciado.

Otra cosa es la cerámica de los pastos: si la buscamos en los fragmentos que más abundan diseminados sobre el terreno, en el territorio de Tulcán, Huaca y Tusa, para aprovechar las noticias de Cieza, ampliamente corroboradas por el Sínodo del Obispo Solís, así como por el libro de actas del Cabildo de Ibarra y por todas las actuaciones judiciales y escrituras otorgadas en las Provincias del Carchi, Túquerres y Obando y hasta por las órdenes militares del tiempo de la Independencia; encontraremos que el

LAMINA XIX

Cerámica de Cuasmal. — Objeto comprado a Heredia, de Huaca, para el Colegio Bolívar de Tulcán.

Aspecto anterior y posterior del mismo timbal representado en la figura 3ª. de la Lám. 1ª. del presente estudio, ampliado de manera que pueda apreciarse el estilo de pintura, que corresponde al clásico del Cuzco.

Nótese que un mismo objeto tiene dos motivos ornamentales, como lo tiene el representado en nuestra lámina XVIII que, según Uhle, corresponde a su 4ª. civilización del Carchi. La pintura fue aclarada efímeramente por el Sr. Manuel S. Ruano, Profesor de Dibujo en el Colegio Bolívar de Tulcán.

El colorido es de líneas lacre-oscureas, negras y café en fondo claro.

Adviértase que los reptiles que adornan el timbal son "Figuras verticales" que nada tienen que ver con la cerámica colombiana o panameña, como quiere Uhle.



LAMINA XIX
Comité de Química de la Universidad Central del Ecuador
para el Colegio Bolívar de Tulcan



... de la Universidad Central del Ecuador, para el Colegio Bolívar de Tulcan. El presente trabajo es el resultado de los estudios realizados en el laboratorio de Química de la Universidad Central del Ecuador, durante el año 1959. Los resultados obtenidos se presentan a continuación. ...

estilo de los pastos del siglo XVI es el «estilo inferior» de que nos habla el Dr. Uhle en su informe: el de la pintura roja en el interior de platos de forma semiesférica con pie anular, las conchabidas ocarinas imbabureñas, las ollas remendadas con cabuya, los cráneos chicos subyugados por los cráneos grandes. A este tiempo deben corresponder también los platos pintados de rojo por dentro y de barniz claro por fuera, como los que nos mostró Uhle en Cuasmal; los de pintura inversa, es decir, clara por dentro y roja por fuera, como los que se encuentran en la vega derecha del río Chota; la pintura café en fondo claro y otras variedades, que es necesario estudiar de un modo cuidadoso para precisarlos mejor e indicar su dispersión territorial.

No será empresa fácil la determinación completa de la cerámica de los pastos, por su coexistencia con otras gentes y por su proximidad con los pueños o imbabureños, en tanto que no se haga un estudio especial sobre el terreno, descartando estos influjos; para este tiempo, así como para los anteriores, es imposible hablar de eclecticismo de estilos; no obstante, puede asegurarse que su cerámica en conjunto tiene un carácter heterogéneo, por causas históricamente conocidas.



Párrafo VI

Período del oro en El Angel.

El conjunto de tumbas, que hemos dado en llamar González Suárez, fué excavado, en su mayor parte, por el año de 1894.

Este conjunto, como se ha dicho, representa y corresponde a una población aborigen que se ha localizado en una colina formada al principiarse el descenso de la meseta de El Angel, sobre el río Tuscusa o Mira, como también se lo ha llamado anteriormente. La colina pertenece a la sección conocida con el nombre de «Las Tres Tolas», porque en esa sección debió haber tres montículos imbabureños que con el tiempo han desaparecido; siendo por consiguiente, equivocada la idea de buscar dos colinas más que formen, con la de que hablamos, un grupo de tres colinas, en virtud de las que haya recibido tal nombre esa sección.

La cima de la colina de que me ocupo perteneció a Ignacio Puentestar, al tiempo en que se verificaron las excavaciones; se halla limitada por una zanja más o menos rectangular que ha llegado a encerrar aquel antiguo caserío. Pocas fueron las tumbas encontradas fuera de ese terreno, y, hacia el N. O., se halló después muchas otras tumbas con cerámica parecida y pocos objetos de oro y cobre.

En el conjunto González Suárez, como se ha dicho, las tumbas se encuentran formando grupos de escasa separación y de dimensiones ya referidas. En la tumba de un cacique se halló, como de ordinario, el cadáver acompañado de otros; su ajuar fué de lo más rico y consistió en muchas cuentas de oro de variados tamaños (1); patenas (tincullpas), narigueras, pendientes, cascabeles, algo que se dijo ser un cetro y que bien pudo ser una estólida, porque sí hubo muchas cabezas de estólidas diseminadas en la superficie del suelo; una corona, cuya forma no se nos ha

(1) «La chaquirá, que es unas cuentecitas no mayores que cabezas de chequitos angléses y horadañas, que es joya entre ellos muy preciada, y que hay en una carta infinitas, muy menudas, que apenas se divisan o pueden ver, es obra sobre todas las que hacen prima, sotilísima y muy extraña». Las Casas, «De las Antiguas Gentes del Perú», 1892, Pág. 31.

podido precisar, especialmente, uno o más ídolos y un manto, que consistía en plaquitas de oro en forma trapezoidal, adheridas a una tela a modo de gasa. Además de estos objetos, se encontró en las tumbas del mismo conjunto placas de oro en forma de aves de rapiña, el anillo y máscaras del atlas González Suárez 1910, un puco y una variedad de cuentas del mismo metal, entre tantos otros objetos que se escapan a la memoria de aquellos que presenciaron aquellas excavaciones. (1)

No sería posible determinar todas las variedades de la cerámica encontrada en esas tumbas; las hay entre los objetos del atlas González Suárez 1910, en donde se han representado indistintamente las recogidas en varios lugares de la Prov. del Carchi; empero, corresponden al período del oro en El Angel aquellos objetos adornados con representaciones figurativas plásticas, que consisten en conejos, venados, lobos, lechuzas, culebras, lagartijas, sapos y, especialmente monos y figuras humanas. Segundo Salazar, vecino de El Angel, encontró en el mismo grupo González Suárez una pequeña máscara de barro que tenía incrustaciones de oro a modo de lágrimas. (2)

Tampoco dejaremos de enumerar lo que talvez caracterizó de mejor manera esas tumbas: los fragmentos de obsidiana, que han servido para tapar aquellas sepulturas, en cantidades considerables y, además, las astas y huesos de ciervos y los churos, que se hallan en el interior de las mismas. Tal era la abundancia de astas de ciervo en el conjunto González Suárez que en una sola sepultura se encontró más de ocho cornamentas, por lo cual los excavadores vinieron en suponer que aquellas gentes habían domesticado el venado. (3) Esto me ha hecho recordar las famosas caca-

(1) «El otro oficio es el de los plateros. Destos hobo infinitos y hay hoy no pocos». . . «Tinajas, cántaros, fuentes, jarros, platos, escudillas, aves, animales, (el tipo figurativo de Uhle) hombres, yerbas y todas las cosas (¿suenen?) hacerse de plata y oro, y otras que no les sabemos el nombre sino llamarles piezas». Las Casas, Op. Cit. Pág. 23.

(2) . . . «y llegado a un lugar llamado Quioché (Quinche?), junto a Puritaco. . . halláronse diez cántaros de fina plata, dos de oro de subida ley, cinco de barro esmaltado y entremetido en ellos algún metal con gran perfección». Herrera, Década V, cita de Jiménez de la Espada.

(3) fragmentos de obsidiana se hallan diseminados en los campos y en otras clases de tumbas; los huaqueros los tienen por indicio de encontrar oro, cuando los hallan en cantidades apreciables.

rías que acostumbraban hacer los incas, a una de las que fueron invitados los conquistadores castellanos que se hallaban en Cajamarca. Los huaqueros aseguraban también haber encontrado huesos de un animal desconocido, pero que podía ser del tamaño del venado, lo que hace presumir que pudieron ser de llamas.... Circunstancia digna de anotarse es la idiosincrasia de pueños y pastusos en eso de alimentarse con churos; los pueños gustan de aquella comida preferentemente y los pastusos la aborrecen a no poder más; sin embargo, en muchas de las tumbas González Suárez se encontró churos depositados en ollitas y platos, lo que claramente demuestra que los pastusos de entonces tenían mucho de pueños.....

En las tumbas González Suárez casi no se encuentran objetos de cerámica inferior; desaparecen completamente las ollas trípodes de cocina, las de repisa, toda la cerámica de pintura mixta, especialmente las botijuelas de forma alargada o lenticular, los platos de casquete cónico con pie anular; estos objetos han sido sustituidos con ollas ovoidales o esféricas para el fogón, con vasos de forma semiesférica llamados pucos, alcuzas o vasijas dobles, cerámica que imita los tejidos de bejuco, como cestitas redondas con agarradera en forma de canasto; ollitas de asiento cuadrangular que dan la apariencia de una olla redonda que se hubiera introducido en un canasto; puritos u ollas redondas de gollete angosto, muchos de ellos adornados con figuras de hombres, monos y lagartijas; ollitas en forma de estrella, de lenteja o con repulgado en la parte media entre el asiento y el cuello; hay también vasijas que imitan el pie y la pierna de una persona o en combinación de dos formas, como estrella y pierna, por ejemplo. Toda esta cerámica está caracterizada por la pintura que ya hemos indicado anteriormente; es decir, por objetos barnizados de rojo, adornados con pintura negativa, en los que, habiendo recubierto con cera las líneas rojas, el fondo se ha pintado de negro, para luego después (a lo que yo creo) recubrir la ornamentación roja defendida por la cera con sobrepintura amarilla. (1)

(1) Habiéndole comunicado al señor Jijón mis apreciaciones acerca de la sobrepintura amarilla, su opinión fué que tal color obedecía únicamente a la oxidación de la pintura; no obstante, nosotros mantenemos nuestra opinión, porque, si bien es cierto que hemos encontrado objetos fuertemente manchados por una especie de oxidación, en uno o dos ejemplares sepultados en terreno seco creemos haber encontrado la pintura amarilla en el cuello de la vasija.

Los objetos del estilo de que nos venimos ocupando, representan una estrella que tiene su centro en la boca de la vasija; está formada negativamente por las líneas recubiertas con cera; los campos de la estrella implican una ornamentación de ángulos formados unos dentro de otros, que alternan con rombos inscritos, en cuyo fondo se encuentran figuritas a modo de una flor de cuatro pétalos; dos o más líneas en circunferencia limitan la estrella en el centro de la olla, y el mismo dibujo de la parte superior se vuelve a repetir en la parte inferior, haciendo centro en el asiento de la vasija. Esta pintura se caracteriza así mismo por líneas de rondador, rombos y triángulos concéntricos, circunferencias paralelas, entre los que, de ordinario se destaca la antedicha estrella hacia el gollete y asiento de la vasija; su estilo representa, pues, una técnica bien definida y precisa, en la cual los colores negro y amarillo, mucho menos firmes, constituyen un procedimiento diferente al adoptado para el barniz rojo, tan firme y duradero. Tal estilo difiere del barniz o esmalte empleado por los incas, su técnica también es diferente; mas, los motivos son semejantes y en algunos casos, los mismos, como tendré oportunidad de manifestarlo después.

Desde la civilización del Chimú y en el tiempo de los incas, los colores dominantes fueron el rojo y el amarillo, ya en las fachadas de sus edificios, ya también en otros objetos; por esto, es muy obvio presumir que tal estilo se introdujo en Imbabura y Carchi unos cincuenta años antes de la conquista de Huaynacapa, ya que estas gentes llegaron a constituir pueblos como los de El Ángel (González Suárez) y de Puchés, Chaquilulo, los cuales han alcanzado a formar de tres a cuatro tumbas dentro del interior de sus habitaciones. En el «Texto para la enseñanza de Historia Patria» de Uzcátegui, Pág. 65, que desde luego no es una obra de consulta ni mucho menos, encuentro un dato que, por lo preciso y concreto, lo tengo por fidedigno; en efecto, allí se dice: «Quedan de los incas muchos objetos dignos de mención, como cantarillos de barro cocido, barnizados en rojo, con labores negras y amarillas»; y junto a este acápite se ha representado un precioso arbal, de estilo reconocidamente incaico.

El Dr. Uhle halló al Occidente de Cuasmal un conjunto de tumbas del tiempo González Suárez, y supuso que esa cerámica era de origen colombiano o panameño, nada más que por ciertos adornos verticales plásticos que en nada pueden

desvirtuar la identidad de estilos en la pintura, ya que también hay timbales del Cuzco con esta clase de adornos; «no le acompañó, pues, una concepción clara del valor de los estilos». (1)

¿Por qué las sepulturas que contienen oro no se encuentran, entre pastos y quillasingas, más allá del nudo de Huaca...?

Ya que tengo para mí tanta sospecha de que los tiempos del oro y cobre del Carchi se hallaron tan influenciados por los pueños de Imbabura, los cañaris y otras gentes del Sur, poco anteriores y del tiempo de los incas, consultaré las noticias que el señor Eloy Dávila suministró al Dr. Uhle, acerca de las excavaciones en las provincias del Cañar y Azogues. (V. Boletín de la Academia Nacional de Historia, N.º 9, «Sepulturas ricas de oro en la Provincia del Azuay»).

Ante todo, hay que descartar el hecho de que en el Cañar y Azogues se dió con las verdaderas huacas de los incas, las que se hallan representadas por los lugares de ofrenda de Huallil, en donde se encontró láminas de oro en forma de llamas; esto es incuestionable, y no comprendo por qué tal conato en ocultar las huellas de los incas en nuestro país; tal vez porque ya entran en el dominio de la Historia y la intelectualidad ecuatoriana se arrojaría a fiscalizar nuestras apreciaciones... ¿Qué pierden los arqueólogos al estudiar los tiempos menos remotos?...

Digo, pues, que a la inversa del axioma que dice: «nadie da lo que no tiene», es del caso afirmar que sólo da el que algo tiene; por tanto, el oro de las huacas o lugares de ofrenda es el signo de algunas o muchas tumbas en que se encontró oro en las provincias antes indicadas, y, si los incas lo tuvieron en el Cañar y Azogues, es muy natural que pudieron tenerlo los cañaris de ese tiempo, en mucha o en poca cantidad; luego otra parte del oro

(1) En la Lám. 12 de la edición de su Informe al Ministerio de Instrucción Pública, impreso en «Anales de la Universidad Central, en la respectiva leyenda de tal lámina, esos objetos ya no son de una cerámica colombiana, sino de la 5ª, civilización del Carchi; nos place la rectificación.

del Cañar y Azogues fué de los cañaris del tiempo de los incas. Por lo demás, es natural suponer que haya diferencia entre las tumbas de los incas y las tumbas de los cañaris, como debe haberla con objetos de tiempos anteriores.

Y vaya como advertencia que no tratamos de oponernos al deseo de reconstruir a las gentes que han habitado en una región determinada; a lo que nos oponemos es a que con el material buenamente venido a la mano se haga un reparto para todas las edades. Mas, volviendo al asunto en que nos ocupamos, digo que es una lástima que no se haya hecho nada por ahondar las noticias acerca de la dispersión de las tumbas, enumerando los principales conjuntos, porque, de esta manera, ya tendríamos noticias ciertas de la localización de los principales pueblos de los aborígenes azuayos, y sólo se llega a saber que las tumbas se encuentran de dos maneras: como cementerios o formando pequeños grupos.

¿Y cómo estaban dispuestas las que semejaban cementerio? En cuanto a las que se hallaban formando pequeños grupos (que no siempre habrán sido pequeños) ya tienen mucho que ver con las de El Angel y San Isidro, las que son de forma cilíndrica; también forman pequeños grupos el conjunto González Suárez y los que contienen oro en Puchué. «Rara vez se encuentran aisladas (las tumbas).—Es claro, porque han vivido también en habitaciones dispersas; su posición en llanuras y colinas en El Angel y en Puchué también es la misma. «En estos lugares, el suelo es, o el común que sirve para los sembríos, o (y esto es con más frecuencia) cascajo blanco.» El Sr. Dávila ha debido decir: siempre se encuentra guijarros sobre el suelo donde se han localizado las tumbas, y por este dato ya el doctor Uhle ha podido convencerse de que también en el Cañar y Azogues los aborígenes eran enterrados dentro de sus habitaciones.

«La forma de los pozos varía. En parte, son circulares». «Había también pozos de oro en forma de 8 (Zhiñang), como uno habierto recientemente en Tacalzhapá, que contenía, al menos, algunos cascabeles de plata, no conteniendo los otros nada de metal». La forma de los pozos prueba también que tales tumbas estaban localizadas dentro de las habitaciones; pues, circunscritas así las tumbas dentro de una habitación, llegan a formar cilindros tangenciales o pozos en forma de 8, que han llamado la atención al Sr. Dávila, como forman cilindros secantes

o tumbas superpuestas, de que ya he hablado en otro lugar. «Su hondura varía... Muy general en los pozos redondos es una hondura de, más o menos, 2 m. como en Sigsig; pero había allá, también pozos de 4, lo mismo como en Chordeleg». — Efectivamente, más o menos, como lo tengo dicho anteriormente. «Pero no son muy profundos los sepulcros que contienen oro: de dos a tres m. como en Sigsig». — Ha habido en el Cañar pozos muy profundos que no contienen oro, como en Urcuquí y en El Angel, pero los que lo contienen han sido con gradas y con cuevas; cosa semejante a lo que ha sucedido en El Angel.

«Los bolsones (?) tenían, de frente, tapas de piedra, cuando los pozos contenían poco oro». — En Puchué las cuevas han tenido una tapa de tierra, al parecer de adobe crudo, muy pequeño, especialmente preparado para el efecto. «El relleno se hizo en los más de los casos, con capas de piedra, alternándolas con tierra». En El Angel las tumbas han sido tapadas con tierra, a veces se encuentra piedras que, efectivamente, dan la impresión de capas colocadas deliberadamente; los sepulcros angostos y profundos que no contienen oro (tipo Max Uhle) han sido así mismo tapados con muchas piedras.

«El muerto sabía estar en todas partes vestido de sus alhajas, hasta con mantos, con adornos cuadrados de oro, como en Zhiñang». — Lo mismo que en El Angel, como lo referimos antes de conocer el relato del Sr. Dávila, hablando de las tumbas González Suárez. «El ajuar estaba al lado del cadáver; consistía en objetos de oro, también de plata y cobre, de mullos de oro, de piedra y concha; mullos de piedra y concha en San Antonio». — Cosa igual ha sucedido en El Angel, sólo que lo que se ha tenido por concha me ha parecido coral pasmado y descolorido. «Tari (alfarería de tipo de Tacalzhapa). Los pozos de Sigsig contenían toda más que objetos y cuentas de oro, únicamente un vaso de plata y más un «bastón» con plata y cobre. En Chordeleg había también plata y cobre». ¡No puede ser más evidente la época del Cuzco para las tumbas - pueblos de Chordeleg!

«Otros pozos daban oro en poca cantidad; Pajtente, por ejemplo, dió algunas libras, (entre otras cosas una cinta como banda, puesta en el esqueleto, con una corona en la cabeza y cascabeles en los brazos y en los pies)». — En las piernas o en los tobillos, querría decir el informante; rectificado el dislate, la noticia se compagina con lo encontrado en las figuri-

illas de El Angel, el Capulí, Chiles y Pasto. «Las formas variaban. Habían placas redondas (patenas. Pedro Pizarro hablando de ellas dice «patenería»), zarcillos, varigueras, brazaletes, cascabeles, coronas o «llautos...», «también instrumentos de música... vasos de oro medio globulares». — Lo mismo que casi todo lo encontrado en El Angel, en las tumbas de Las Tres Tolas!

«Muchos objetos eran ornamentados con figuras, líneas, etc. En algunas partes (por ejemplo en Chordeleg, una vez también en Dizha, cerca de Santa Ana) se encontraron vasos cilíndricos, en forma de timbales, mezclados el oro y la plata, así que cintas de oro y plata, cruzadas, en dirección diagonal, marcaban romboides de diferente color — y no se encontró en ellos soldadura de ninguna clase». — Cabalmente, es la técnica del Cuzco que se encuentra en los timbales.

Ahora, pues, veamos lo que a este propósito dice el P. Las Casas, hablando de los incas: «Labraban piezas espantables, juntando plata con oro y oro y plata con barro sin soldadura, que no hay oficial de los nuestros que alcance y que no se espante como puedan cosas tan diversas juntarse; por manera que hacen una tinaja que el pié tiene hecho de barro y el medio della es de plata y lo alto es de oro; esto, tan prima y sotilmente asentado o pegado uno con lo otro, sin estar como dije, soldado, que en sola la color se distinguen los diversos metales». (1) «No tanto como eso, pero algo parecido dice Antonio de Herrera» — replica Don Marcos Jiménez de la Espada — que no puede disimular su prevención contra «el insigne Prelado chiapense»; pero el P. Las Casas agrega: «Otro primor tienen aquí grande: que como va llegándose la plata hacia el oro, va perdiendo la color y tomando la del oro, y como el oro se va llegando a la plata, va perdiendo su color y tomando el de la plata». (2) «Y de estos oficiales hay muchos, tan muchachos, que apenas saben bien hablar». (3) El Dr. Uhle, a su manera, agrega: «También hay objetos de oro artificialmente descoloridos por un procedimiento que para nosotros es todavía un secreto». (4)

(1) Las Casas, De las Antiguas Gentes del Perú, Pág. 31.

(2) Las Casas, Op. Cit. Pág. 32.

(3) Id. Ibid.

(4) Uhle, Estado Actual de la Prehistoria Ecuatoriana, Pág. 24.

Ahora, pues, de la información del Sr. Eloy Dávila, escrita con puño y letra del Dr. Uhle, se infiere lo siguiente, que no es la teoría de los electrones ni aquello de la piedra filosofal:

Que en Tacalzapa se halló cascabeles de plata. (1)

Que Tari tenía la alfarería de Tacalzapa.

Que en Sigsig se encontró un vaso de plata y un bastón con plata y cobre; además se encontró también un aribal. (2)

Que en Chordeleg había también plata y cobre y los timbales de oro «artificialmente descoloridos». (3)

Que en Guanzhún hubo sólo plata.

Que en Huapán hubo cosa parecida y hachas de cobre.

Que en Dizha se encontró los vasos de oro y plata de que habla el P. Las Casas.

Que en Huitzil se encontró de seis a ocho estólicas.

(1) «Debe sin embargo tenerse presente la observación de los señores Rivet y Arsandeaux, basada en la frecuencia y variedad de objetos de este material (plata), de que parece haber sido la Corte del Perú el centro de los trabajos en plata, y más antigua es esta industria en el Perú que en México.—En el Ecuador no se conocen objetos de plata anteriores a la Conquista incaica. Jijón, Puruhá, Tomo 1º, 1927, Pág. 146.

(2) Colección Rivet (Boman), Jijón, 1914, Pág. 155. La barra de bronce (i) de Sigsig (Rivet y Verneau, 1912, Lám. XX, Fig. 10), es un objeto netamente Chimú moderno, uno de tantos que demuestran la frecuente comunicación de esta Nación con los cañaris durante la dominación incaica». Jijón, Boletín de la Academia Nacional de Historia, N.º 1º, Pág. 21.

(3) Uhle, Boletín de la Academia Nacional de Historia, N.º 9, Pág. 110, acápite 5º. Huacayñán, huaca principal de todos los indios hurin y anansayas. Es un cerro alto, de donde dicen proceden todos los cañaris, y de donde dicen hubieron del diluvio y otras supersticiones que tienen en el dicho cerro». Albornoz, Instrucción para descubrir todas las huacas del Perú, etc., (cita de González Suárez, Historia General, etc.) «Este cerro era el de Chordeleg». González Suárez, Atlas 1892, Pág. 192. Aribales encontrados en Chordeleg: Bamps. Lám. IV, Fig. IV; Lám. VIII, Fig. VI; Lám. XV, Fig. V; Lám. XIV, Fig. I y XXVII. (Cita del Sr. Jijón, 1914, Pág. 155.)

Que en Sayausi se encontró otra.

Que en Sigsig había estólicas en los grupos de tres sepulturas, siendo una de ellas con plata. Que también se encontró una barra de estaño elaborada por los incas. (1)

Que los pozos ex-votos de Huallil «le han de ser atribuidos en parte» (al origen incaico). (2)

Que en San Antonio había la misma alfarería que en Tacalhapa y en Chordeleg; que «en la generalidad de los demás lugares también estaba la alfarería representada por cascajo blanco, siendo su cerámica menos gruesa y sin pinturas». (3)

¿En qué tiempo usaron los aborígenes del Ecuador objetos de plata?—«Objetos de plata se hallaron con poca frecuencia en el País, más comunes desde el tiempo de los incas», responde Uhle en su «Estado Actual de la Prehistoria Ecuatoriana», Pág. 12. ¿Y las estólicas? ¿Quiénes usaron las estólicas?—Con sus lanzas de palma y otros con hondas, otros con unas tiraderas, que son unas varas que se tiran en estos cañares a cincuenta y a sesenta pasos, dice Hernando de Pablos, en la Relación de Cuenca y su Provincia. (4) Es cosa curiosa que sólo los estilos de pintura se cambien y sigan las vicisitudes de los tiempos y que únicamente las estólicas perduren en el Cañar, no sólo de generación en generación, sino desde la época de Tiahuanaco hasta el tiempo de la Conquista española, y que los de Tiahuanaco N.º 1.º hayan hecho conocer las estólicas a los del Cañar, sin pasar por el territorio peruano; de manera que, siglos más tarde, los incas hubieran tenido que venir al Cañar para conocer las estólicas!... Empero, más natural es suponer que, si las estólicas estuvieron en uso al tiempo de la Conquista española, aquellas gentes, que en el Cañar se enterraron con estólicas, no habían perdido la solución de continuidad con los sobrevivientes de 1533.

(1) Jijón, Boletín de la Academia Nacional, N.º. 1º, Pág. 23.

(2) Uhle, Boletín de la Academia Nacional, N.º. 9, Pág. 112.

(3) Uhle, Uhle, Uhle, Boletín de la Academia Nacional de Historia, N.º. 9, Págs. 108-114.

(4) Relaciones Geográficas de Indias, Tom. 8º., Pag. 159.

Y ¿qué se puede juzgar en cuanto a la alfarería del Cañar y Azuay? — Lo mismo que dice el Sr. Araujo, a través del criterio del Dr. Uhle, quien, en la Pág. 109 del relato en cuestión, afirma que, en Tari y en Shiñang, lo más frecuente es el «cascajo blanco», que la alfarería del cerro Tari es del período de Tacalzhapa (Pág. 110, acápite 2°); «que una gran parte de las sepulturas ricas de la región deben atribuirse a un mismo período», «por razón del tipo conocido de la alfarería de las sepulturas ricas del cerro Tari, de la forma más usual de los pozos ricos conocida para nosotros y por la frecuencia de las sepulturas ricas en suelo de «cascajo blanco», «que era comunmente preferido para sepulturas de este período»; (Pág. 112, acápite 2°.) (sic) (perdonémosle las contradicciones); que el carácter de tal cerámica, no es de lo más fino y que, no obstante de ser blanca esa cerámica, no tiene pintura, pero que hay otra alfarería, que aunque es más gruesa tiene pintura; que a este tiempo de Tacalzhapa corresponden las tumbas de San Antonio, según los fragmentos de alfarería diseminados en la superficie del suelo y que lo mismo sucede en Chordeleg, en donde se encuentran fragmentos de la misma alfarería, de lo que se infiere que los del último tiempo incrementaron las tumbas ricas de oro de Chordeleg. Total: que casi todo es lo mismo; que: hubo una cerámica representada por el cascajo blanco sin pintura y otra más gruesa con pintura que, aunque hubieran indicado dos variedades, debieron ser al menos inmediatas, porque en la una y otra hubo timbales con pintura del Cuzco y porque las sepulturas eran las mismas y de un tipo muy característico. (1)

Señor doctor Uhle, cuando el señor Eloy Dávila le hablaba de pequeños grupos de tumbas como las de Chordeleg o cualesquiera otras de las que contenían o no contenían oro, le estaba hablando de tumbas que correspondían a «pueblos de vivos» como los que usted vió en Cuasmal y no pudo ver en Puchués; respecto de los primeros usted dijo que la civilización de los bohíos es una sola y que esos grupos nada tenían de heterogéneo; así debió presumir del grupo de sepulturas ricas de oro de Chordeleg, no porque la civilización de los bohíos sea una sola, sino porque cada

(1) «La mayor rusticidad o más sencillez en la ejecución de las obras, no pueden ser empleadas nunca, como pruebas de una diversidad de tipo, sino sólo las diferencias de estilo. Max Uhle, Fundamentos Etnicos de la Región de Arica y Tacna, Boletín de la Sociedad Ecuatoriana, etc. N.º 4, Pág. 3.

grupo o pueblo se ha formado en un tiempo determinado; las civilizaciones de los bohíos son varias o diferentes, según usted encontró en los estudios del P. W. Shmit.

Pero, francamente, tan candoroso se manifiesta el doctor Uhle en hacer constar datos que contradicen sus deducciones, como se muestra extraño a los conocimientos más elementales de estratigrafía, que son un poderoso auxiliar de la Arqueología y, así, me permito preguntarle: ¿cómo es que una cerámica tan abundante en la superficie actual del suelo cañari puede caracterizar un tiempo intermedio entre el de Tiahuanaco y Tacalzhapa, siendo así que civilizaciones incaicas y protoincaicas yacen estratificadas, según la configuración del suelo? ¡Caramba!, esto no sólo hace dudar de todo lo que ha escrito de sus mayas y protomayas, sino también de los protochímúes y protonazcas! De mi parte estoy persuadido de que los vestigios de la civilización de Tiahuanaco y otras contemporáneas a ésta, no se hallan, como en Huaca, los mortifios y las uvillas!

Cuando se deja de considerar los datos del señor Araujo para seguir las apreciaciones del doctor Uhle, es para ponerse en potencia propincua de perder el seso; qué sutilezas, qué apriorismos, qué alambicamiento! Y si no, ahí está la relación de las sepulturas de Narrío y su manifiesta contradicción, cuando trata de atribuir a los mayas las primeras muestras (sic) de oro del Cañar y concluye afirmando que, en las sepulturas del período maya no se encuentran objetos de oro ni de cobre. (1)

De lo dicho por Uhle y Dávila se infiere también que los fragmentos de cerámica encontrados en la superficie del suelo de Chordeleg, así como en la generalidad de los lugares del Cañar y Ázuay, era característica de la región, pero que está relacionada con lo que se encuentra dentro de las tumbas, con los objetos de oro y plata y utensilios usados por los incas, lo que a todas luces indica que se trata de los cañaris que formaron un grupo étnico que perduró hasta el tiempo de las dos conquistas, y si ésto no es así, son erróneas mis deducciones, a causa de los datos suministrados; entonces no es mía la culpa, sino del cascajo blanco sin pintura, de los objetos de plata, las estólicas y los timbales. No pretendo afirmar ni negar por esto las in-

(1) Boletín ya citado, Pág. 12.

vestigaciones que se han hecho, atribuyendo a los cañaris un origen étnico del Norte, así vengan de la Atlántida de Platón, pero estoy convencido de que su oro y su cultura son especialmente del Sur, porque si su riqueza hubiera ido del Norte u Occidente, en el Cañar no se hubiera encontrado sino muestras de lo que se habría hallado en la zona de avance de aquellas gentes, entre quienes habrían mantenido comercio y relaciones más estrechas, y no a la inversa.

También el señor Jijón opina que la civilización de Chordeleg es de la época de Tiahuanaco, porque el Calendario azteca que González Suárez nos da a conocer en su atlas 1892, no parece sino una figura invertida de aquellas que adornan y acompañan al ídolo representado en la puerta del sol de Tiahuanaco, ya que González Suárez no dispuso sino de una copia del objeto encontrado en las tumbas de Chordeleg. A esto respondemos con Max Uhle: «los motivos religiosos perduran por muchos siglos» (vide supra, Pág. 188), y no pueden proporcionarnos un criterio adecuado para diferenciar las civilizaciones y determinar el tiempo, y luego los timbales... porque, en tratándose de una interpretación, todos los datos deben estar compaginados.

Pero aquí es necesario hacer saltar la liebre y decirlo sin ningún recelo: quiero suponer, por mera hipótesis, que en las tumbas de los aborígenes del Cañar, posteriores a la conquista de Tupac-yupanquí, sólo se encontraran objetos de cerámica de propia manufactura y estilo de pintura; entonces me pregunto, si tal estilo de pintura cañari había de representar motivos ornamentales tan sólo de su tiempo. Este supuesto es imposible, no sólo para el Cañar, sino también para toda otra civilización, y especialmente para aquellas que se hallan vecinas de otras mucho más cultas; tienen que imitarse, tienen que perpetuar los motivos de las que les precedieron, y entonces resulta que, cuando tratamos de determinar el tiempo de existencia de tales gentes, no lo vamos a hacer retrocediendo al tiempo de origen de tales motivos, sino a los últimos, porque todos los demás motivos y razones se explican por los posteriores. Yo me he fijado en la época inicial, tú te has fijado en la época terminal; ambos tenemos la razón! (vide supra, Pág. 188).

Pero volveré a El Angel y, en síntesis, examinaré a qué tiempo corresponde el pueblo de Las Tres Tolas, al que yo llamo González Suárez:

Sus habitantes eran buenos cazadores de venados y de perdices.

En sus tumbas se encuentran los huesos de un animal de la talla del venado, (llamas, alpacas o vicuñas?)

Esas gentes comían además conejos, cuyes y churos. (Los churos tan aborrecidos por los carchenses y gentes del Sur de Colombia).

Se aprovecharon del maíz, a juzgar por los cuescos de la mazorca y por el uso de artísticas tipinas, para romper la espata.

Usaron el algodón, según se deduce de las semillas conservadas en algunas de sus ollas y platos y de los lienzos, cuyos tejidos han quedado impresos en las paredes de sus sepulcros.

Conocieron y usaron las estólicas, a juzgar por la profusión de agarraderas y algunas piezas de chonta. (1)

Conocieron el jade y explotaron abundantemente la obsidiana.

Uno de sus indígenas tuvo cetro de oro o talvez estólica, banda del mismo metal y manto de oro laminado en piezas trapezoidales.

Los indígenas allí sepultados usaron cuentas de oro, muy pequeñas y finas, juntamente con muchas otras de variados tamaños.

(1) V. Atlas González Suárez 1910, Lams. XXVIII y XXIX.

En sus tumbas se hallaron también anillos, pucos, un casabel o talvez silbato en forma de huevo adornado con un mono, (1) placas en forma de aves de rapaña, patenas, todo de oro. (2) Además, narigueras, zarcillos, las máscaras del atlas González Suárez 1910 y especialmente, la figurilla de oro con ojos de plata, provista de túnica con mangas y calzoncillo. (Atlas citado, Lám. XXIV).

En esas mismas tumbas se encontró seis tincullpas de oro. (3)

El pueblo en cuestión adornaba con oro los objetos de barro, como la pequeña máscara encontrada por Segundo Salazar, quien conoció un puco o pilche semiesférico de piedra, extraído de Las Tres Tolas, que tenía dos incrustaciones de oro en forma de fajas que cruzaban el pilche por la parte exterior, dividiéndolo en cuatro campos iguales.

Tales gentes tuvieron crisoles para fundir el oro y, por consiguiente, supieron explotar las minas, para obtener la materia prima de sus artefactos.

Tuvieron para sus objetos de cerámica una ornamentación roja en fondo claro, con sobrepintura negativa de color negro; pintura que debió completarse pintando las líneas rojas con otra sobrepintura amarilla.

Tuvieron una cerámica roja con sobrepintura negativa de color negro, cuyos lineamientos vacíos deben haber sido pintados de amarillo. Este estilo difiere notablemente en las con-

(1) Atlas González Suárez, 1910, Lám. XXV.

(2) «era tanta la patenería que traían (las huestes de Atahualpa en Cajamarca) de oro y plata, que era cosa extraña lo que relucía con el sol». Pedro Pizarro, Relación y Conquista de los Reinos del Perú, cita de González Suárez. Atlas 1892, Pág. 85.

(3) Jijón, 1914, Pág. 106. «Para comprender el verdadero significado de la cara realizada que adorna los tincullpas, la cabeza del puma, que sólo aparece en su forma primitiva y realismo inicial, en las sillas de piedra y otros artefactos de la antigua cultura de los Cerros de Manabí, que es preciso contar entre los más antiguos de la América Meridional». Jijón, Boletín de la Academia de Historia, N.º 1, Pág. 8. No obstante, nada impide que tales motivos se conserven a través de las civilizaciones y de los tiempos.

diciones del barniz usado en la cerámica clásica del Cuzco, en su ejecución y en el procedimiento negativo de la sobrepintura, pero tiene semejanzas o igualdad de motivos ornamentales con la cerámica antedicha. Tal es, entre otros, la representación de una estrella que se destaca hacia la parte superior y otra hacia el asiento de algunas de esas vasijas, haciendo centro en ambas extremidades; el mismo motivo, con estilo propio, se encuentra en una de las cabezas que hemos representado en la Lám. 4, la cual es reconocidamente del arte incaico.

La sobrepintura negativa en fondo rojo la encontramos en la provincia del Tungurahua adornando objetos de cerámica de motivos y formas reconocidamente incaicas. (V. lo dicho en la Nota N.º 1 de nuestro apéndice).

Esas gentes se sepultaban dentro de sus propias habitaciones, las que contienen un promedio de tres o cuatro tumbas en cada bohío; de lo cual se infiere que sus poblaciones sólo existieron en la provincia del Carchi por corto tiempo; se las encuentra hasta el Nudo de Huaca, pero es posible que hayan penetrado a Gualmatán, Cumbal y el primitivo pueblo de Quillasinga, que estuvo situado en la región de Pasto.

Su área de dispersión viene del Sur: se han obtenido piezas de su cerámica en la hacienda de Agualonguito, en Imbabura; en la hacienda de Zuleta, en la misma provincia; en Cayambe, según la Fig. 15 de la Lám. 34 del Atlas Verneau y Rivet, provincia de Pichincha, y en la provincia del Tungurahua, según objetos que se encuentran en la colección de los Jesuitas en Cotocollao.

¿Qué pueblo era éste y cuándo existió?...

De lo que queda dicho infiero que el ajuar de los caciques de El Angel no fue sino una muestra de lo mucho que hubo en el Cañar y Azuay poco antes del tiempo de la Conquista de los incas, según los objetos de oro que quedan enumerados en una y otra región; por el uso de los churos en sus comidas; por el uso de las estólicas, que se las tiene como armas típicas de las dos provincias australes ya indicadas; por el hecho

de haber avanzado del Sur y residido en el Carchi corto tiempo, mediante grupos escasamente diseminados sin cubrir totalmente la región del Norte. Mas, antes de ahondar en este asunto, resumiremos los hechos referentes al material reconocidamente del Cuzco, para compararlo con el material del tiempo del oro de El Angel y de este modo llegar a conclusiones más concretas.

Las propiedades estilísticas de los objetos de cerámica podemos encontrar, no sólo en la pintura, sino también en la plástica y el grabado con que han sido adornados esos mismos objetos. Lo mismo digo de aquellos que, sin tener ornamentación pictórica o plástica, se encuentran en una misma tumba entre objetos de cerámica ornamental, en cuyo caso no hay duda alguna del tiempo a que pertenecen. Tomemos, por ejemplo, el N.º 2 de la Lám. XI de nuestro estudio y reconoceremos que un timbal, típico del Cuzco, caracteriza la vasija que lo representa, como descubre y determina las demás condiciones estilísticas de la plástica con que ha sido ornamentado: la condición del cuello, la forma de la oreja, el corte a bisel del asiento y, por fin, la forma misma del tinaco; todo debe ser incaico, como el timbal que los caracteriza. Ahora el mismo tinaco lo comparo al objeto adjunto de la misma Lám. y encuentro que la estructura de la oreja es perfectamente la misma del tinaco y concluyo que la representación en cuclillas es un motivo decorativo de los quichuas, porque dos características que contiene un mismo objeto son propiedades originarias o resultantes de una misma cultura. Los objetos de la Lám. XI así estudiados los comparo con el N.º 1 de la Lám. 1.ª y encuentro que este último objeto es también una figura en cuclillas de la cerámica clásica del Cuzco, reconocido por el estilo de la pintura y por haber sido hallado con los timbales de Cuasmal; por tanto, comprobada la representación en cuclillas, generalizo la conclusión al N.º 4 de la Lám. 12 y al N.º 2 de la Lám. 13, encontrando que esta última es casi idéntica al N.º 1 de la Lám. 15 del Informe del doctor Uhle. (1) Vuelvo a generalizar

(1) Y ahora que me venga el señor Jijón con que «Ni uno solo de los objetos reproducidos por Uhle (en el Informe), ni los centenares de semejantes que yo conozco tienen el más remoto indicio de influjo cuzqueño». V. Apéndice N.º 2. Observación a la Pág. 24. Si la representación no fuera suficiente, ya veremos lo que se dice de la forma de la gorra y el estilo de pintura que caracteriza al N.º 2 de nuestra Lám. 13.

mi procedimiento refiriendo a los incas las cualidades estilísticas que acompañan a los objetos en que se ha reconocido una cualidad común y encuentro que son incaicos la forma del cuello de la vasija, Fig. 1 de la Lám. 1, figura única de la Lám. 10 y así sucesivamente; ya lo veremos en seguida...

Por lo que se refiere al estilo de la pintura, debo decir que la ornamentación con pintura blanca en objetos de barro encontrados en la parroquia de Pimampiro corresponde al tiempo de los incas, por haber sido hallados tales objetos juntamente con el aribal que se reconoce en la Lám. 16 de este trabajo. La información del grupo que forman estos objetos y el lugar de procedencia lo debemos al señor Canónigo doctor E. Liborio Madera, según se hallan representados en la antedicha lámina.

Entre la cerámica clásica del Cuzco debemos mencionar también las tres cabezas de la Lám. 4ª, según las condiciones estilísticas ya descritas en el párrafo 4º. de este mismo capítulo; cabezas que son de la misma clase y de idéntico estilo a la representada por González Suárez en la figura 3ª. de la Lám. VII, no obstante de que este Autor creyó encontrar semejanzas o mejor dicho la representación de una indígena angeleña. Las tres series horizontales de rombos representadas a la altura de la frente, a la altura de los carrillos y la línea en zig-zag a la altura de la quijada demuestran de un modo inequívoco el estilo del Cuzco, como los rombos horizontales de que hemos hablado al tratar de las cabezas de nuestra Lám. 4ª. Si esto es así, porque raya en lo evidente, debo generalizar mi conclusión estableciendo que la manera como se ha representado el pelo que cae de la frente en las cabezas femeninas determina una procedencia incaica en todas las figurillas que demuestran igual estilo plástico. Entre los artefactos encontrados en El Angel, volveremos a recordar el idolillo de oro de la figura 1ª, Lám. XXIV, del Atlas González Suárez, 1910, por ser objeto de oro con ojos de plata y hallarse representado con túnica con mangas y calzoncillo, a la usanza de los incas.

Vengo considerando objetos de cerámica típica del Cuzco en relación al estilo de pintura o de la plástica o que demuestran ambos estilos, para compararlos con otros objetos que, en teniendo a veces la misma forma de la cerámica quichua o iguales motivos de ornamentación plástica, demuestran otro estilo de pintura, el cual viene también de las provincias australes del

Ecuador, sin que me sea posible determinar donde empieza a fabricárselos: me refiero a la pintura negativa de color negro en objetos barnizados de rojo, que decora la cerámica del tiempo del oro de El Angel, o sea la que representa la 5ª. civilización de Uhle. Tal cerámica no es colombiana ni panameña, como ya se ha dicho, y su área de dispersión en el Carchi es esta: en Playa Rica y tal o cual otro lugar de la parroquia de Mira; en la dehesa de San Antonio, en Puchués, parroquia de San Isidro; en el terreno que perteneció a Ignacio Puentestar y después a José María Cuai-cal, en la parroquia de El Angel; en la dehesa del Rincón, sección Chaquilulo, al Sur de El Angel; en la colina del Capulí, de la familia Arturo, parroquia de San Gabriel; al Occidente de Cuasmal, según Uhle; en Tuquer, hacia la vega izquierda del río Huaca, junto al Rumichaca de Tusa. Viene del Sur, según objetos de cerámica excavados en la hacienda Agualonguito, en la hacienda de Zuleta, en la Provincia de Imbabura; en Cayambe, según objetos que se demuestran en el Atlas Verneau y Rivet; (V. Apéndice N°. 1º, Nota 4ª.), y en la Provincia del Tungurahua, como se explicará después. Esta cerámica no se ha encontrado al otro lado del Nudo de Huaca, en la región de Tulcán, pero barrunto que debe encontrarse en Gualmatán y continuar esporádicamente aún en la región de Pasto.

El tiempo del oro de El Angel se caracteriza por la cerámica de barniz rojo con sobrepintura negativa de fondo negro, siendo una de sus decoraciones más frecuentes una estrella de fondo negro, concéntrica al asiento, a la boca o a ambas extremidades de la vasija. Tal es la olla más grande que hemos representado en nuestra Lám. 3ª., todos los que Uhle clasifica en su 5ª. civilización del Carchi y especialmente los que representa en la Lám. XI, en la Lámina XII, en las figuras 2-a y 2-b de la Lám. XIV y por lo menos el N°. 1 de la Lám. XV de su Informe; el N°. 4 de la Lám. 8ª., el reverbero de la Lám. XVIII del Atlas González Suárez y quizá alguna otra.

En el decurso de nuestro estudio, hemos incluido también en el grupo anterior los objetos pintados de rojo en fondo claro que demuestran sobrepintura negativa de color negro, en los que hemos sospechado una pintura de líneas amarillas en los espacios vacíos del fondo, que coinciden con la ornamentación roja y la recubren. La técnica de la sobrepintura denota ser la misma, y no tenemos certeza si ambos grupos se demues-

LAMINA XXI

Cerámica del Cañar y Azuay decorada con pintura negra en fondo rojo; objetos pertenecientes a la colección formada por el Ilmo. Sr. Dr. Dn. Manuel María Pólit, cuando Obispo de Cuenca.

(Pág. 245).



La pintura de los objetos aquí representados, no sólo por el estilo, sino por la identidad de motivos ornamentales, es la misma del tiempo del oro de El Angel, no obstante de que decora grupos de cerámica diferentes al N. de Quito y al S. de la Prov. del Tungurahua, lo que determina su contemporaneidad.

Ya hemos probado que el corte a bisel del asiento de la vasija central es del tiempo de los incas en el Azuay, según nuestra Lám. XI; que el tiempo del oro de El Angel viene del Sur y su solución de continuidad no va más allá del Nudo de Huaca, salvando la posibilidad de que sean encontrados esporádicamente tales objetos en el Departamento de Nariño en los lugares a que penetraron los quichuas, posiblemente hasta el río Mayo.

La adquisición de esta fotografía, aclarada con pintura efímera, la debemos al inteligente y virtuoso Padre Ministro del Colegio de Cotacollo Carlos A. M. Almeida, S. J.

tran indistintamente en una misma tumba o se encuentran en tumbas independientes. En Puchué ha predominado el 2º grupo; en Las Tres Tolas se han encontrado de ambos, sin que podamos asegurar si pudieron hallarse mezclados; en el Chaquilulo, en el Capulí, al menos han predominado los del primer grupo; los de Agualonguito pertenecen al 2º. y los de Zuleta, al 1º. Pertenecen al 2º grupo aquí especializado todos los de nuestra Lám. 3ª. a excepción de la olla más grande, el N.º 3 de la Lám. VIII del Atlas González Suárez, el N.º 3 de la Lám. XIV y ningún otro, porque talvez no se ha advertido que esta cerámica caracteriza a una ramificación indígena. El segundo grupo aquí descrito no hemos de confundir con la cerámica que Uhle asigna a sus civilizaciones 2ª. y 3ª., que no tienen pintura negativa.

Pues bien, el primer grupo ultimamente descrito corresponde al período de los incas, porque demuestra el mismo estilo de pintura de vasijas incaicas encontradas en la Provincia del Tungurahua. Visitando el Noviciado de los Padres Jesuitas, en Cotacollao, dimos con una pequeña colección de objetos arqueológicos, entre los cuales se encuentran varias piezas del arte incaico, pero sólo citaré las individualizadas con los números 104 y 106; la 104 es un jarroncito pequeño, especie de florero, y el 106, una vasija de forma semejante al N.º 2 de nuestra Lám. XI, sin ornamentación plástica de ninguna clase y también de tamaño pequeño; ambas piezas tienen sobrepintura negra en fondo rojo y, entre sus motivos ornamentales, se destaca la consabida estrella haciendo centro en la boca de la vasija... El estilo de la sobrepintura es el mismo de las figuras 1-a y 1-b de la Lám. XI del Informe del gran Uhle, habiendo sido excavados tales objetos en la Provincia del Tungurahua!... ¡Toma cerámica colombiana o panameña, toma ornamentación Protonazca, en objetos incaicos del tiempo de los fondos adicionales!... ¡Bien creía yo haber reconocido sobrepintura negra negativa en el tinaco colonial de mi Lám. XV! El estudio de los estilos de cerámica implica imponderables sacrificios, amor inmenso al suelo cuya historia se averigua y muchos lustros de vida para encontrar los datos que deben concatenarse y que muchas veces no llegan a concatenarse nunca. La vida misma de las asociaciones científicas es escasa para el estudio de la Historia y no es para que la rebaga un extranjero en su edad senil, durante cuatro o seis años de permanencia en el Ecuador y pase a figurar su nombre junto con el de Alejandro von Humboldt, al pie del busto de este varón excelso.

Debo generalizar mi observación anterior y convenir en que si el estilo de la pintura es una razón concluyente para determinar un tiempo y una civilización, que sí lo es, la figurilla de mujer encontrada en una de las tumbas de el Capulí, parroquia de Tusa, según se la describió en la Pág. 186 de este mismo estudio, la cual tenía anaco con pintura roja y sobrepintura negativa de fondo negro, como estaba pintada totalmente la figura masculina y el tigre de que también dimos cuenta; tales figurillas, digo, pertenecen al tiempo de los incas de aquellos que habitaron en la Provincia del Tungurahua y suponga el lector el tiempo más remoto de su existencia. De la misma manera, a ese mismo tiempo pertenecen también el dios D, o sea el cacique de Chiles que tiene la misma pintura y su compañero de barro negro, por haber sido hallado en el mismo sepulcro, el encontrado en Pasto y que nos da a conocer Uhle en la Pág. 9 del Informe, así como también las Figs. 2 y 3 de la Lám. II del Atlas González Suárez, 1910; la 1-2 de la Lám. III; la 1-2 de la Lám. V; la 1-2 de la Lám. VII. Por consiguiente, a ese mismo tiempo pertenecen también la figura femenina y el chusalongo de nuestra Lám. XIII; la Fig. 1 de la Lám. XV del Informe de Uhle; el N.º. 3-4 de la Lam. V del Atlas últimamente indicado; la Fig. 1 de la Lám. VI y quizá alguna otra. Y porque varias de estas figuras demuestran una gorra de corte horizontal en la frente y parte posterior a raíz del cabello y borlas en los lados de las sienes, concluyamos que son incaicas por estar varias de ellas determinadas por el estilo de la pintura.

Pero aún hay algo más grave todavía: abrid el Informe de Max Uhle, que vengo comentando, y en el acápite 7.º de la Pág. XI, leeréis: «Figuras de arañas dibujadas en el plato de la civilización 2.ª de la Lám. 13, figura 1 (del Informe) corresponden estrechamente al mismo motivo usado frecuentemente en objetos cerámicos de la civilización de Protonazca, una de las primeras civilizaciones mayoides peruanas, y la contemporánea de Protolima. El motivo se encuentra usado sólo en estas tres alfarerías». Reunid, lector, con lo que dice en la Pág. 38, al hablar de la misma Lám. 13, Fig. 1, de su Informe y comparad con las arañas que contiene uno de los dos timbales incaicos que os he dado a conocer en la Lam. 1 de este estudio y cuyos dibujos os hago conocer en la Lám. XXII del mismo y os venceréis de que las arañas del plato de Gualchán (Fig. 1, Lám. 13 del Informe de Uhle) que este señor atribuye a su civilización 2.ª, así desca-radamente, pertenece a los incas de 1495 a 1535. Publ, la arqueología de Uhle!...

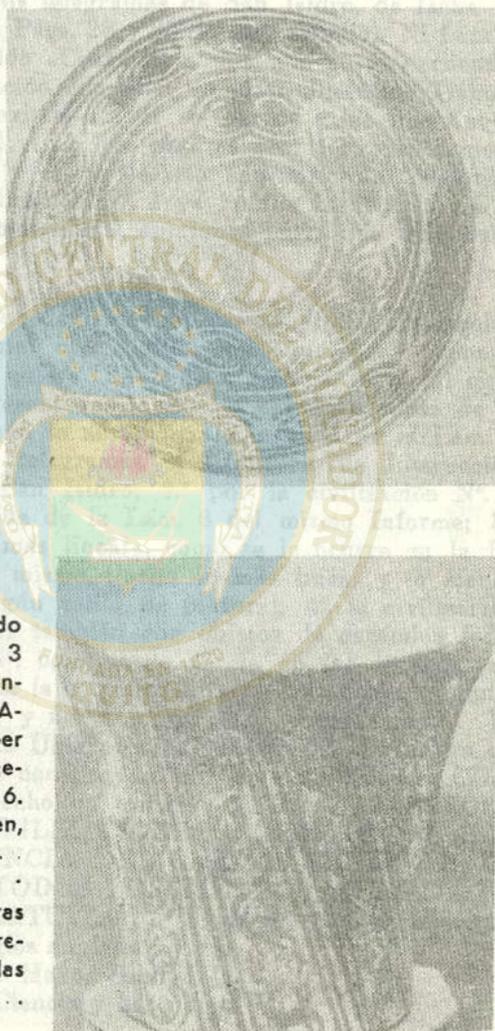
LAMINA XXII

Copia de la figura 1ª., Lám. 13 del Informe de Uhle,
o sea plato de tipo mayoide con pie anular,
encontrado en Gualchán, provincia del Carchi.

"FIGURAS DE ARAÑAS
dibujadas en el plato de
la civilización 2, de la
lámina 13, figura 1, co-
rresponden estrechamente
al mismo motivo usado
frecuentemente en objetos
cerámicos de la civiliza-
ción de Protonazca, una
de las primeras civiliza-
ciones mayoide perua-
nas, y la contemporánea
de Protolima. El motivo
se encuentra usado sólo
en estas tres alfarerías".
Uhle, Uhle, Uhle, Informe
al Ministerio de Instruc-
ción Pública del Ecuador,
dado a conocer en los
Anales de la Universidad
Central de Quito, en 1928.

Timbal del Cuzco encontrado
por Heredia en Cuzmal, (Nº. 3
de nuestra lámina 1ª.) ornamen-
tado con FIGURAS DE ARA-
ÑAS!... "(3) Vea Uhle, Ueber
die Fruhkulturen in der Umge-
bung von Lima: Verh. des 16.
Intern. Amerik-Kongresses Wien,
pág. 367, figs. 17 a y b" . . .

Lo que se dice de las figuras
de araña se dice de las del «re-
loj de arena» adjunto, de las
estrellas y así sucesivamente. . .
Uhle, Informe, Pág. 11.



La cerámica de la 4.^a y 5.^a civilización de Uhle, a la que yo llamo González Suárez, difiere completamente de la que el Sr. Jijón llama «cerámica policroma de El Angel», y es perfectamente falso que a esta última se la haya encontrado en Cuasmal, como quiere el doctor Uhle, representándola con objetos no encontrados en esas tumbas, no obstante de asegurarlo así en la Lám. 3 de su Informe, en relación a sus telegramas de San Isidro, de fecha 1.^o y 3 de abril de 1926. (V. Págs. 28 y 30 de este estudio). Ni faltaba más que llamar civilización «Cuasmal» a una que no se encuentra en Cuasmal ni tiene relación con ella; como si dijésemos Tiahuanaco, a una que jamás existió allí ni se parece a las que tienen alguna remota semejanza!... Lo que pasa es que la Prensa empezó a burlarse del hallazgo y era necesario adornarlo de cualquier manera. Después, la civilización N.^o 1 ya no fue la de Cuasmal y siguió cambiando y cambiando sus opiniones hasta que todo hubo de quedar en nada.

Mas, cómo puede suceder que representando la civilización de los bohíos de Cuasmal una civilización típica, sea primera, segunda o tercera, como quiere Uhle, cómo, diablos, digo tal civilización puede estar representada: 1.^o por la cerámica mixta de la época de Tuncahuán, según lo afirma en la leyenda de la Lám. 3 de su Informe y en los telegramas al Ministerio de Instrucción Pública, dirigidos desde San Isidro; 2.^o por la civilización N.^o 3 como quiere en la leyenda de la Lám. 6 del mismo Informe; 3.^o por objetos de «pintura más lineal», como se le ocurre en la leyenda de la Lám. 7 del mismo, (luego lo más lineal y lo menos lineal no determinan ningún estilo de pintura); 4.^o la civilización Cuasmal está representada también con objetos de cerámica inferior de la civilización N.^o 6, como lo afirma en las leyendas de las láminas 9 y 10, (luego, la cerámica inferior se encuentra junto con la cerámica superior y no siempre está separadamente). Es decir que con objetos que Uhle pretende haber encontrado en un conjunto de tumbas, que constituyen una sola civilización, (Vide supra, Pág. 57) se ha hecho un reparto **PARA ESTABLECER CASI TODAS LAS CIVILIZACIONES CLASIFICADAS POR UHLE EN LA PROVINCIA DEL CARCHI, EN MILES DE AÑOS Y PARA CASI TODOS LOS TIEMPOS QUE FIJA DE LA MANERA MAS GRATUITA!...** Y ahora, señores miembros de la Comisión Arqueológica enviada a Cuasmal, inclusive el Sargento Mayor Samuel Izquierdo, personificad la Ciencia y haceos vóceros de ella!...

* * *

Después de esta digresión, volveremos a considerar la cerámica que venimos estudiando e indefectiblemente tendremos que formar los siguientes grupos:

1º.—Uno de cerámica clásica del Cuzco, que se halla representado por objetos de pintura ornamental de estilo netamente quichua.

2º.—Un grupo de objetos de cerámica quichua, reconocidos por el estilo plástico, por sus formas o por el hecho de haber sido encontrados juntamente con otros ya conocidos, en una región habitada por los quichuas. Esta cerámica no tiene pintura de ninguna clase o la tiene uniforme.

3º.—Un grupo de objetos con sobrepintura negativa negra en fondo rojo, cuyas formas son peculiares para el N. de Pichincha, Imbabura y Carchi, pero cuya sobrepintura ornamental cerámica quichua en las provincias del Tungurahua, Cañar y Azuay, siendo los mismos motivos ornamentales.

4º.—Un grupo de objetos ornamentados positivamente con líneas rojas en fondo claro, que frecuentemente demuestran decoraciones plásticas; en nuestro concepto, las líneas rojas han sido recubiertas por pintura amarilla y el fondo con sobrepintura negra negativa, que ha llegado a desaparecer así como la amarilla.

5º.—Los platos de pintura roja en fondo claro de la civilización N°. 2 de Uhle.

En el primer grupo hacemos figurar los aribales y los timbales, que nos sirven de punto de partida; la cara N°. 3 de la Lám. VII del Atlas González Suárez 1910; las tres caras y cabezas de nuestra Lám. 4; la bocina de nuestra Lám. 10, así como todos cuatro objetos de nuestra lámina 1ª. En la procedencia de esta cerámica no hay discusión posible, ya nuestra clasificación está hecha de acuerdo a lo dicho por todos los arqueólogos, y por eso a esta cerámica la llamamos clásica del Cuzco.

En el segundo grupo colocamos los objetos de nuestra lámina XI, los de nuestras láminas 6ª. y XV, no obstante de que estos

últimos tienen una pintura café o lacre uniforme, sin adornos pictóricos de ninguna clase. La procedencia de esta cerámica es también quichua, como lo demuestran la forma de los artefactos y la plástica, ya que al menos la una o la otra son iguales a las del grupo anterior.

En el tercer grupo hacemos constar las figuras 1, 3 y 4 de nuestra lámina XII; las de nuestra lámina XIII; el cacique I de nuestra lámina XIV; el chusalongo de Max Uhle de la lámina XV de su Informe y el pondo 2 de la misma lámina; las figuras 2 y 3 del Atlas González Suárez, 1910; las Fig. 1 y 4 de la Lám. VI; la 1-2 de la Lám. VII; la 2 y la 4 de la Lám. 8; la I de la Lám. XVIII del mismo Atlas. Los objetos aquí enumerados corresponden a la 5ª. civilización de Uhle y los encontrados en las provincias de Tungurahua, Cañar y Azuay, que se hallan en la colección del Ilmo. Señor Dr. Manuel María Pólit Lasso, los damos a conocer en láminas posteriores.

Al considerar nuestro tercer grupo, nos encontramos con dos clases de cerámicas diferentes: la que corresponde al N. de Pichincha, Imbabura y Carchi, está representada por ídolos y ollas típicas de variadas formas; la que corresponde a las provincias sureñas antes indicadas está representada por tinacos de variadas dimensiones; las unas pertenecen a la 5ª. civilización de Uhle, las otras pertenecen a la cerámica quichua, y aunque así no fuera, son dos clases de objetos diferentes ornamentados no solamente con el mismo estilo de pintura, sino con la misma pintura, ya se la considere en su técnica, ya también en los motivos ornamentales. Esto de estilos ornamentales no es un problema fácil de resolver, mucho más con un criterio simplista en el que, por la consideración de un solo objeto, se le asigna una civilización diferente y en veces, exagerando tanto las clasificaciones, a punto de asegurar que las líneas horizontales pertenecen a una cultura, las verticales a otra y a otra las oblicuas...

En el cuarto grupo colocamos las cinco ollas más pequeñas de nuestra Lám. III, la Fig. I de la Lám. XII del Atlas González Suárez, 1910 y un sin número de objetos que coloca Uhle en su 4ª. civilización. Tales objetos, como los hemos precisado en nuestra clasificación, caracterizan también la época del oro de El Angel y nos dan indicios para asignarles el tiempo respectivo.

En el quinto grupo hacemos constar los platos de pintura roja en fondo claro de la civilización N.º 2 de Uhle. Es evidente que la forma de los objetos de cerámica, considerada en abstracto, no puede servir de criterio para determinar tiempos y civilizaciones aborígenes, pero no es así si la consideramos en concreto y en relación a los estilos que conocemos en las regiones limítrofes; nada más natural que, dando atención preferente a la pintura y a la plástica, conozcamos la forma y el material de los objetos ornamentados. Entonces podemos notar formas predominantes entre los grupos que por otros medios hemos reconocido como homogéneos, y así la forma sirve para distinguir objetos no ornamentados y nos guía en la caracterización de los pueblos.

No obstante de que en el Carchi nos encontramos con pintura roja en fondo claro, que caracteriza dos o más variedades de pueblos estudiados por los motivos ornamentales, nos encontramos con tal pintura en los platos representados en los números 1, 2 y 3 de la lámina 13 del Informe de Uhle que venimos comentando. En nuestra lámina XXII hemos estudiado las «figuras de arañas» que corresponden al N.º 1; ahora veamos lo que se puede decir del N.º 3. Se trata de una rueda de figuras femeniles, representadas por relojes de arena, a los que se les ha puesto brazos, piernas y cabeza provista de una gorra. Si el «reloj de arena» se halla junto con las figuras de arañas y si éstas están representadas en los timbales del Cuzco, creo que estos otros relojes de arena-mujeres van por el mismo tiempo, tanto y más si están provistos de pillos, como muchos otros objetos que hemos dado a conocer en nuestras láminas anteriores.

Es ciertamente una particularidad que este estilo de pintura se halle representado solamente en platos semiesféricos y que sus motivos ornamentales difieran un tanto del tiempo del oro en El Angel; tienen aspectos de contacto, como la estrella representada en el plato N.º 2 de la lámina 13 del Informe que estudiamos, pero, de ordinario, varían sus motivos decorativos. A la civilización representada por los objetos de esta clase, nosotros la llamaríamos civilización de Tulcanquer, le atribuiríamos un origen del Norte imitando la técnica del tiempo del oro de El Angel y la situaríamos a continuación de la ultimamente indicada.

Y ahora es tiempo de que volvamos a insistir en que el pueblo de las Tres Tolas, en el Angel, y sus similares no pertenecen

a las civilizaciones del Norte, porque, como hemos dicho, esa cerámica no tiene solución de continuidad manifiesta más allá del Nudo de Huaca. Los pueblos o caseríos similares tampoco tienen relación conocida con los pueblos de Occidente, ya que los motivos ornamentales de su alfarería son de pueblos que participaron de la cultura incaica. Debieron penetrar al Norte del Ecuador en forma de pequeñas colonias pacíficas, antes y después de la conquista del Cañar por Tupac-Yupanqui. (1)

La existencia de colonias quichuas en la región de Pasto no es improbable, si se tiene en cuenta que la vida de los hombres y de las sociedades humanas, así como su desarrollo, está sujeto a leyes naturales que se cumplen independientemente del tiempo y el lugar. No es posible suponer la conquista del Norte de Chinchasuyo, hecha por los incas, sin poderosos motivos que les hubieran determinado a ella; era necesario el conocimiento de la región y una suma de intereses creados que la motivaran. La Historia está llena de hechos que demuestran insistentemente el modo y manera como se han preparado las conquistas políticas. El nombre mismo de Quillasinga y los hechos de armas atribuidos a Tupac-yupanqui, en Pasto, hacen presumir vehementemente este supuesto que ya se demuestra arqueológicamente, de una manera más o menos ostensible.

(1) La disposición testamentaria de Don Ambrosio Taques, cacique de Taques, uno de los dos pueblos llamados «los Tulcanes», sugiere esta posibilidad, ya que parece una fórmula usada en tiempos anteriores: Declara herederos universales a su mujer e hijos, pero las tierras reparte preferentemente entre sus caciques subordinados, y dispone de una caballería de tierras comunales en favor de gente indígena, sin distinción de ninguna clase: «si son indios vayan viendo y haciendo sus viviendas y es mi voluntad». Testamento de fecha 2 de agosto de 1720, reproducido en una Provisión Real de la Audiencia de Quito, archivo de la Biblioteca Nacional. La fórmula vayan viniendo debió ser la suprema ley en tiempos en que acaso no se luchaba por territorio, sino por nimiedades de convivencia social. Las colonias de que hemos hablado acaso hayan penetrado esporádicamente a formar los aposentos de Gualmatán, el de Cumbal y constituir el pueblo de Quillasinga, que dio su nombre al río cerca del cual se habían asentado, el que, según Jijón, debió ser el río Mayo, en los confines de la región de Pasto.

Párrafo VII

Cerámica policroma de El Angel. Tuncahuán

Hay en el Carchi muchos conjuntos de tumbas correspondientes a bohíos que han desaparecido, cuyas gentes han ocupado una región bien delimitada, que corresponde a las parroquias de Concepción, Mira, San Isidro, El Angel, San Gabriel y Huaca. No he tenido noticia de que se hubieran encontrado tumbas correspondientes a esta época en la región de Tulcán, hacia el Norte, ni en La Paz, Bolívar y Los Andes, hacia el Sur; lo que equivale a decir que estas gentes no ocuparon el territorio de los pastos sino en lo que corresponde a la región central del Carchi; su cerámica es la que el señor Jijón llama «cerámica policroma de El Angel» y la refiere a la época de Tuncahuán.

A todas luces parece fundado suponer que estas gentes vinieron desde el Occidente, porque su cerámica no se la encuentra en Imbabura, ni siquiera en la vega izquierda del río Chota, a donde era posible suponer su avance. En la región indicada ha subsistido por muchos años, hasta la venida de gentes del Sur, siendo posible que hubieran llegado a convivir con ellas por algún tiempo, ya que en su cerámica empiezan a aparecer algunas muestras de pintura roja. Su cerámica típica es la indicada por Uhle para su civilización N.º 1.º, según lo dicho en la página 6 de su Informe y los objetos representados en la lámina 3 del mismo, además de muchos otros, de cerámica inferior, entre los que deben mencionarse las ollas de cocina, trípodes y cuatrípodes, y algunas ollas de repisa. Ciertamente, su técnica ornamental es mixta: pintura negativa de color negro en fondo claro, con decoración positiva de líneas rojas. En ese tiempo sólo se encuentra alguna vez cierta decoración plástica que consiste en la cara de un hombre viejo con brazos de niño que le salen de la cabeza; en la pintura se ha representado casi exclusivamente al mono y cierto palmípedo, que deben tener su origen en la mitología de alguna civilización centroamericana. Por su forma, esa cerámica se caracteriza por los consabidos platos y botijuelas ornamentales de que hemos hablado en otro lugar; parece que su cerámica ha venido evolucionando regresivamente, hasta cambiar la forma de algunos de esos objetos: los platos de casquete cónico con pie anular han disminuido de tamaño y van cambiando al estilo colonial (platos de recipiente

esférico con pie anular y gollete plegado hacia afuera), aparecen los pucos con pintura propia o barniz totalmente rojo.

Estas gentes conocieron el cobre y además, el cobre dorado, bien puede afirmarse por lo mismo que llegan al tiempo del oro; ya que hay necesidad de oro para dorar el cobre, y semejante trabajo implica una cultura bastante desarrollada, por lo que se refiere a la industria minera. Desde este tiempo se nota el influjo de las civilizaciones del Sur, en virtud del intercambio comercial que debió haber llevado al Carchi las muestras de los metales que se explotaban en otros lugares. Entonces sí puede hablarse de un influjo propiamente dicho, porque se introduce objetos fabricados en otros lugares, pero se conserva la cerámica característica; mas el cobre se introduce en abundancia en forma de cascabeles, medias lunas, llautos dorados y sombreros en forma de media calabaza, por lo que se comprende que los «cabezas de calabaza» eran los que enviaban su cultura desde el Cañar. (1)

En estas tumbas no se encuentra los huesos de venado o de caza mayor y sólo sí los cuyes y los conejos; no confan churos; abundan también en las mismas los mullos negros y verdes, la chaquiras, los mullos de concha, los objetos para el telar de mano y las armas de chonta, así como hachas de piedra. (2)

Tal es la civilización N° 1° del Dr. Uhle, según el Informe de 1928, o sea la llamada de «los botijueleros» por Aparicio Mier. Esta civilización se halla representada en El Angel, entre otros pueblos, por el que existió en una extensa colina que se levanta al Sur de aquella población. En esa colina se hicieron excavaciones intensas desde 1894 hasta 1916 proximately. Además de esa localidad, son muchos los lugares en que se han encontrado conjuntos de tumbas

(1) Desde luego puede afirmarse, sin temor alguno de error, que el cobre que empleaban los aborígenes del Ecuador, no era importado del Sur (del Perú), pues salvo en algunos objetos de bronce, su composición es enteramente distinta, ni tampoco del N., ya que la importancia de la elaboración del cobre disminuye a medida que se avanza hacia el Setentrion y que todo induce a señalar el centro de dispersión en el antiguo Reino de Quito, hacia las actuales provincias de Azuay, Cañar, Guayas y Chimborazo. Jijón, Boletín de la Academia Nacional, N° 1°, Pág. 23.

(2) Véase lo que a este respecto tenemos dicho en la pág. 148.

caracterizados por la cerámica polícroma, tanto en la región del Angel como en la zona de avance que hemos indicado anteriormente.

La colina antes mencionada, que la individualizamos con el nombre de von Buchwald, tiene una importancia especial para la prehistoria de El Angel, porque en ella se ha constituido un pueblo, o talvez una sucesión de pueblos, los más grandes y densos de aquella comarca; se halla muy próxima a la actual población de El Angel y, de otra parte, contigua al pueblo González Suárez. Dícese que Ramón Cuaical, comprador del terreno González Suárez, conoció la colina von Buchwald llena de ruinas de bohíos como los de Cuasmal; colina donde se han hecho tantas excavaciones de sepulturas que, vistas a la distancia, parecía no haber punto no removido sobre aquel terreno.

Dos tumbas contiguas, que habían permanecido abiertas por muchos años en la parte más prominente de aquel terreno, llamaron nuestra atención sobre manera: tendría cada una de ellas 4.16 cent. de diámetro y 20 mtr. de profundidad; (V. lo dicho en la Pág. 171) una de ellas, acaso la que ocupaba el centro de la concavidad, tenía nombre particular y se llamaba del "Pailón". Cuentan los que presenciaron aquellas excavaciones que, entre los objetos metálicos allí encontrados, se pudo distinguir llautos en forma de aros y de semicalabazas; muchos de los cuales estaban aplastados juntamente con los cráneos de las personas allí enterradas; habían muchos tincullpas de cobre, argollas del mismo metal de diferentes tamaños, cascabeles etc., etc. En una de las cuevas hechas junto al fondo de aquellas sepulturas se había colocado un tendido de damajagua o estera de fibra de montaña. Los muertos se hallaron en contorno de la cueva y tres de ellos, a la entrada; el cadáver que ocupaba la parte central del fondo, además del llauto, tenía dos patenas grandes de cobre dorado, en que los excavadores creyeron encontrar la representación del sol y de la luna, los que posiblemente no serían sino la representación del puma que se halla en todos los tincullpas. Entre otros objetos les llamó la atención una placa de cobre muy grande, que demostraba haber sido hecha para colocarse en la espalda, semejando aquellas de cartón que ahora usan los indígenas para sus bailes y fiestas.

Hemos adoptado la designación de Tuncahuán para la civilización representada por la «cerámica polícroma de El Angel», pero

sólo de un modo provisional, porque nuestros estudios son de investigación propia y de ningún modo nos interesa englobar los conocimientos de otros escritores, en tanto que no hayamos llegado a ellos por nuestros propios esfuerzos. Ciertamente el Sr. Jijón ha hecho vastos y profundos estudios para determinar esta cultura, pero nosotros no nos hallamos capacitados para comprobar sus clasificaciones y muy menos para coincidir en las características que él asigna a esta civilización poliferoma. ¿Cómo es que esta cultura puede ser general a casi todo el Ecuador interandino y de Occidente, hallándose representada por estilos de pintura, no sólo variados, sino diferentes, como los que se asigna a las provincias de Manabí y el Carchi? ¿Cómo es que resulta tan remota y antigua, en tanto que en el Carchi ocupa una región limitada y las características de sus pueblos son tan homogéneas y revelan poca densidad? Por lo que barruntamos, ya se ha dicho que esta cultura solamente ocupa la región central y no se la halla hacia el Norte y Sur del Carchi, como no se la encuentra en Imbabura; ni siquiera en la vega izquierda del río Chota. Nos parece que tal civilización viene del Norte, penetra al Carchi por el Occidente y perdura hasta la introducción de la cerámica roja, que viene del Sur, y cuyas primeras muestras aparecen en las tumbas de Tuncahuán juntamente con la cerámica característica.

Tales indígenas fueron buenos cultivadores de verduras, cultivos con el maíz y trillaron el oro estirado y en láminas; pues en sus tumbas se han encontrado cuentas de oro en forma de espi-
ral, patenas y resacas; han hallado también tumbas (las sepas de maíz), semillas de algodón y muchas conchas marítimas. Dices que en las sepas del Carchi no se han encontrado otros objetos de cerámica que el pedazo o una en que han sido esparadas aquellas gentes; empero, personas que han presenciado tales exco-
vaciones en la parroquia de Pimampiro aseguran que dentro de

(1) Atlas de la Historia de la República del Ecuador, 1892, Pág. 28.

Párrafo VIII

La civilización de las urnas funerarias

En tanto que la región central de la provincia del Carchi, desde la Concepción hasta Huaca, ha sido el teatro de avance de gentes representadas por la cerámica policroma de El Angel (excepto la región de Tulcán, al Norte, y la de Los Andes, Bolívar y La Paz, al Sur), casi toda la provincia aparece habitada por grupos de familias que, desde el Sur, se las encuentra en Puenbo, provincia de Pichincha; en Pimampiro, provincia de Imbabura, y, por el Occidente, en la provincia de Esmeraldas. En el Carchi se las encuentra representadas por pequeños grupos de tumbas diseminados en la región del Chota, en Mira, San Isidro, El Angel, Los Andes, San Gabriel y Huaca, inclusive la sección de Casafría, donde se ha hallado el grupo más numeroso, pero no hemos sabido que se hayan encontrado en la región de Tulcán. De tres a seis tumbas de jefes de familia, en torno de las que se han agrupado también las de sus allegados, forman el conjunto o colectividad de cada lugar, excepción hecha de Pucará de Santo Domingo y Casafría, en donde hay noticia de que han sido más numerosas. González Suárez dice a este respecto: «Las tribus de ese mismo valle de Puenbo solían dar sepultura a sus muertos, guardando el cadáver en una urna fúnebre, grande, de barro, donde cupiera el cuerpo sentado en cuclillas: esta misma manera de enterramiento era practicada por las tribus de Esmeraldas, establecidas en la costa ecuatoriana, al Norte de la línea equinoccial: varias tribus caribes practicaban ese mismo modo de dar sepultura a sus difuntos». (1)

Tales indígenas fueron buenos cazadores de venados, cultivaron el maíz y trabajaron el oro estirado y en láminas; pues, en sus tumbas se han encontrado cuentas de oro en forma de espiral, patenas y máscaras; han hallado también tusas (las espadas de maíz), semillas de algodón y muchas conchas marinas. Dícese que en las sepulturas del Carchi no se han encontrado otros objetos de cerámica que el pondón o urna en que han sido enterradas aquellas gentes; empero, personas que han presenciado tales excavaciones en la parroquia de Pimampiro aseguran que, dentro de

(1) Atlas de la Historia de la República del Ecuador, 1892, Pág. 26.

la tumba que contiene la urna funeraria se han hallado otros objetos de barro, entre los cuales mencionan tinajas de forma semi-elíptica con un pequeño asiento anular. Refiriéndose especialmente a las tumbas encontradas en la colina «El Naranjo», en la hacienda Santa Rosa, aseguran que, entre las seis tumbas excavadas, una de ellas tenía cuatro metros de profundidad, desde cuyo fondo seguía una amplia cueva o sótano, a cuya entrada se halló un cadáver y dentro, dos o tres pondones con el respectivo muerto; en uno de ellos se encontró, al asiento, cinco o seis patenas y una máscara de oro, entre un poco de ceniza. No hubieron tumbas pequeñas localizadas en torno de las que contenían los pondones, ni los orificios que, en el Carchi, se asegura salen desde el pondón a la superficie del suelo.

Tal forma de enterramiento se encuentra, además, en San José, sección de la hacienda San Nicolás, de la misma parroquia de Pimampiro.

Los huaqueros de El Angel aseguran que, en el Carchi, las tumbas que contienen urnas funerarias son bastante espaciosas y de profundidad apreciable; que tienen una cueva muy amplia, provista de un tendido de damajagua, sobre la que se ha asentado la urna; en ella se ha verificado el acomodo de una pareja humana, con muestras de conchas marinas, maíz, algodón, y astas de ciervo; que desde la urna suben dos orificios paralelos hacia la superficie del suelo, los cuales debieron ser formados por tubos de madera, destinados a llevar bebidas y alimentos a la urna. (1) Aseguran además que, junto a las tumbas principales, están dispuestas otras pequeñas en contorno, que no contienen ajuar de ninguna clase.

(1) «Les gens du commun étaient enterrés assis; par un long tube de bambou placé dans la bouche et dont l'extrémité émergeait du sol, la veuve et les parents versaient de temps à autre de la chicha». Verneau et Rivet, *Etnographie Ancienne de l'Équateur*, Pág. 18.

Párrafo IX

Otras clases de tumbas desconocidas

En la página 49 de este estudio, mencionamos ya en el primer grupo de ruinas arqueológicas del Carchi: Sepulturas en pequeñas tolas sin fosa cavada. (Tolas que se dibujan en la arista de la altura del Pichitán, que perteneció a la antigua hacienda del Tambo, frente al collado del Churo, en la hacienda del Pucará; un grupo en la llanura del Alizo, llamada Cofradía de indígenas, de la parroquia La Libertad, cerca de El Angel; hoy agregaremos que hemos visto también tolas al parecer de esta clase en la llanura de Cayambe, al paso del ferrocarril, antes de llegar a la población del mismo nombre, viajando de N. a S.)

Las tolas en referencia deben haberse formado después de colocar el cadáver en la superficie del suelo y con un volumen de tierra que actualmente se puede calcular en una altura de 0.30 centímetros a 1.20 metros; en algunas de esas tolas ya no hay vestigios del cadáver y, en otras, el polvo *sui generis* de los huesos principales apenas se dibuja en el barro que los contiene; junto al sepultado se encuentra a veces una o dos piedras rústicas, sin pulimentación de ninguna clase. Ni la resistencia de los huesos en su completa destrucción puede ser un criterio para calcular el tiempo de su existencia, ya que el carácter pantanoso que debió haber tenido el terreno impide las posibilidades de un cálculo aproximado; mas, tales sepulturas deben ser muy antiguas, talvez las más antiguas de las que se encuentran en la Provincia del Carchi.

Empleados de la hacienda La Rinconada, de El Angel, que han viajado frecuentemente a Morán, sección de la parroquia Maldonado, han encontrado en las crestas de los páramos de esa cordillera esqueletos humanos colocados a descubierto en las concavidades de las rocas, entonces recordamos las noticias que acerca de esta clase de tumbas se nos da en la Etnografía Antigua del Ecuador.

Hay también otra clase de tolas funerarias, de que hemos hablado en el N°. 2 de la página 49 de este libro; entonces enunciamos: Sepulturas de fosa cavada dentro de las tolas. (Grupo del Chichu, hacienda Pucará de Santo Domingo).

Efectivamente, al S. de El Angel se encuentran 17 tolas de fosa cavada, a juzgar por los trabajos que se han hecho en algunas de ellas; su altura es considerable, ya que puede calcularse entre 1,50 y 5 metros, pero en la parte superior no cabe una superficie plana para asentar ningún edificio; no nos fue posible hacer ninguna excavación y sólo si diremos que la contemplación de aquella llanura nos hizo descubrir tal o cual bohío que no debió tener ninguna relación con esas tolas. Un gran derrumbe de la altura del Cerotal ha bajado hasta la llanura en forma de semicírculo, de manera que posteriormente ha sido aprovechado como estanque para recoger las aguas lluvias. Pagamos al Tnte. Samuel Jarrín para que levantase el plano del Chichu y su trabajo quizá se nos facilite publicarlo cuando se imprima nuestro 2º. tomo, referente a la toponimia de los lugares que estudiamos.

Lo que ha dado en llamarse cerámica inferior, comprende una variedad de objetos de barro, como ollas de pared, trípodes de cocina, platos pequeños sin ornamentación y muchos otros objetos de variados tamaños y formas, como los que se han representado en las láminas 9 y 10 del Informe de Uhle, se encuentran en las tumbas, ya acompañados de otros de estilo superior según el tiempo a que pertenecen, ya también independientemente de la cerámica ornamental; pero en todo caso formando grupos de objetos según el tiempo y las civilizaciones a que pertenecen tales objetos. Los arqueólogos como Uhle querrían despreciarlos porque no encuentran estilos ornamentales que sirvan para su interpretación, pero si se los estudia y sitúa según los estilos a que van acompañados, ya pueden servir para completar las características del pueblo que los poseyó, ya también para determinar otros pueblos estudiando esa cerámica, siquiera por la forma y en relación a las tumbas en que se la encuentra. Entre las tumbas independientes que contienen objetos de cerámica inferior, pueden distinguirse dos clases: unas de poca profundidad; otras son muy angostas y profundas, las que constituyen la desesperación de los huaqueros, porque son muy difíciles de excavar y su resultado es nugatorio; a estas últimas llaman los campesinos guargüeros (esófagos); unas y otras coinciden con los sepulcros excavados por el señor Jijón en Urcuquí.

Desde el Nudo de Huaca, hacia el Norte, se encuentra, con mucha frecuencia, medianas habitaciones de forma cuadrangular, se hallan en la región a veces mezcladas

Apéndice Número I

ADVERTENCIA.— Antes de principiar este Apéndice, debemos pedir excusas al lector por las incoherencias que acaso se encuentran en este trabajo; hay además ampliaciones y restricciones de conceptos, según el grado del conocimiento adquirido en el desarrollo de la investigación; de esta manera, no es extraño que nos hayamos visto en el caso de modificar nuestras opiniones, a medida que hemos avanzado en tan escabroso trabajo, que se ha verificado intermitentemente en el curso de catorce años. Por esto, pedimos al lector prefiera nuestras opiniones posteriores, que en ningún caso queremos imponerle, y, por el contrario, dejamos muy clara la ruta seguida en nuestro estudio, a fin de que pueda apreciar nuestras fluctuaciones y corregir en definitiva toda nuestra investigación. Hemos empleado un método adecuado, procediendo de lo conocido a lo desconocido, de lo más reciente a lo menos reciente, procurando siempre un desarrollo lógico y gradual, heridos profundamente en nuestro espíritu de veracidad ante el dogmatismo de ciertos escritores que enseñan como cierto lo que no está investigado, invocando razones de Estado para imponer sus opiniones, que otros las propagan adoptando fraseología religiosa y aún valiéndose de congregaciones místicas.

Otro es el caso del Dr. Uhle, quien, habiendo adoptado un método docente, cambia de opiniones como de camisa en todos sus escritos, sin importarle un ardite que, por propia boca, se vayan anulando todos sus trabajos anteriores.

NOTA N° 1, —La Figura XV de la Lámina 34 (Atlas Verneau y Rivet, Etnografía Antigua del Ecuador), representa un objeto de cerámica del tiempo del oro de El Angel, el que, por su forma y estilo de pintura, es el mismo de otro de mi propiedad (adoptado para arenillero); este último fue encontrado en la hacienda Agualonguito, parroquia de Atuntaqui, juntamente con otras piezas de barro de pintura roja en fondo claro; lo que demuestra que la cerámica del tiempo del oro de El Angel no es extraña a la Provincia de Imbabura.

Ahora debemos precisar de algún modo la cerámica a que hemos hecho referencia, la que Max Uhle no incluye en ninguna de sus clasificaciones, no obstante de que tal estilo de pintura es el que predomina en la dehesa de San Antonio de Pichués.

Hay dos o más clases de pintura roja en fondo claro, que decoran las correspondientes especies de artefactos de cerámica en el Carchi y, para abreviar su descripción, diremos que la primera clase la componen la 2ª. y 3ª. civilización indicadas por Max Uhle en su Informe y en los grabados respectivos según sus leyendas, excepción hecha de los números 2 y 3 de la lámina 5, que están mal clasificados, aún aceptando sus mismos puntos de vista. No nos interesa, por el momento, dilucidar si las civilizaciones 2ª. y 3ª. de Uhle son tales o representan una sola; lo haremos en otra nota, apurando los antecedentes y noticias que acaso podamos recoger al respecto. Aquí sólo diremos que tal pintura roja en fondo claro, más lineal y menos lineal, como quiere el doctor Uhle, se la encuentra representada en platos de casquete semiesférico con pié anular y de ninguna manera en otra clase de objetos de barro.

Hay otra clase de objetos ornamentados con pintura roja en fondo claro, la que se halla representada por la mayor parte de los objetos de barro encontrados en la dehesa San Antonio de Pichués, en la cual han desaparecido los platos anteriormente indicados, así como los de la cerámica policroma de El Angel (Lámina 3 del Informe), que son de casquete cónico con pié anular. El grupo de que actualmente me ocupo es el que Uhle trató de determinar por razón de la plástica y lo llamó tipo figurativo (4ª. civilización), sin deslindar figuras que corresponden a otros grupos. No quiso determinar su pintura, porque también se encontró con pintura roja en fondo claro, y además debió

observar que al menos el 50% de los objetos de este grupo no tienen decoración plástica, sino un mismo estilo de pintura que los caracteriza, pudiendo comprobar este acerto por el hecho de encontrarse estos objetos dentro de unas mismas tumbas y en poder de los mismos dueños. Como ejemplares citaremos los cinco objetos más pequeños de nuestra Lám. 3ª, exceptuando firmemente la olla más grande, de pintura negativa en fondo rojo, que corresponde a la 5ª civilización de Uhle; las cinco ollas restantes las englobamos en la 4ª civilización de Uhle, aunque ninguna de ellas tiene decoración plástica; a las tumbas en que se encuentran unos y otros objetos las llamamos tumbas González Suárez. De este modo rectificamos la leyenda de nuestra Lám. 3ª y concluimos, en definitiva, que los estilos 4º y 5º son contemporáneos entre sí, como el 2º toca con la Conquista de los incas. Sólo la civilización N.º 1º, que no es la de Cuasmal, difiere esencialmente de las cuatro siguientes que trató de establecer Max Uhle, bien entendido que las restantes acaso no han empezado a existir al mismo tiempo.

Mas, volviendo a la cuestión inicial, diremos que es digno de llamar la atención que el señor González Suárez no dió lugar preferente en su Atlas 1910 a la alfarería predominante en las excavaciones a que él concurrió en El Angel y que, como hemos dicho, caracteriza el tiempo del oro en aquella región. De las pocas piezas que se han representado en ese Atlas, ninguna tiene una ornamentación precisa. Algo peor le ha sucedido a Uhle, quien no obstante de tener a la vista todo el muestrario de Puchué, apenas ha dado en su Informe una sola pieza: el N.º 2º de la lámina 5, sin indicación de la civilización a que pertenece.

NOTA N.º 2.—Debemos dar noticia circunstanciada de otro grupo de objetos de cerámica que pertenece al tiempo del oro de El Angel, encontrado en la hacienda de Zuleta, sección Potrerillos, cerca del caserío de la misma hacienda, que actualmente pertenece a los herederos del General Leonidas Plaza G., por haberse constatado que los objetos caracterizados por pintura negativa en fondo rojo (5ª civilización de Uhle) llegan al Carchi desde el Sur, o al menos el estilo de pintura, el mismo que en las provincias del Cañar, Azuay y Tungurahua ornamenta cerámica del Cuzco... como lo ampliaremos en nota posterior. (V. Apéndice N.º 2, réplica a la observación de la Pág. 124).

Los objetos encontrados en Zuleta fueron excavados por Aparicio Mier a presencia del señor Alberto Mora Paredes y su esposa, la señora María Andrade, hoy viuda de Mora (Diciembre de 1940), quienes los hicieron llevar a Quito, como lo hizo el señor Miguel Angel Albornoz con otros excavados en el mismo grupo de tumbas.

Los que se encuentran en poder de doña María Andrade son, entre otros, los siguientes: un reverbero, según lo que hemos dicho en la página 180 de este estudio; varias compteras, según lo dicho en la misma página, por lo que se ve que la civilización del tiempo del oro de El Angel es la dueña de estas formas; una ollita adornada en la parte central con tres puntos que, de trecho en trecho, rodean la unión exterior de los casquetes, hallándose provista de boca ancha, de cuello bajo, con orejas pequeñas y provistas de orificios exteriores para introducir una cuerda. Además, un pondito de forma globular, de mediano tamaño; pondito mediano provisto de una olla pequeña antropomorfa, que se ha formado para adornar el cuello; pondito muy pequeño, de cuello largo y angosto; ollita que semeja hallarse introducida en un asiento cuadrangular, etc. Todos estos objetos han sido pintados de rojo, con sobrepintura negativa de fondo negro; por su ornamentación son del mismo estilo de una parte de la alfarería del tiempo del oro de El Angel y de los que Uhle encontró al Occidente de Cuasmal. He aquí como esta cerámica viene al Carehi desde el Sur: se la encuentra en Imbabura, en el Norte de Pichincha (en Cayambe) y la técnica es la misma que decora objetos incásicos en las provincias de Tungurahua y Azuay, a juzgar por las muestras encontradas en la colección del Noviciado de los Padres Jesuitas, que la formó el Ilmo. señor Pólit, cuando Obispo de Cuenca.

NOTA N° 3.—Los objetos de cerámica negra de El Angel, como los representados en la Lám. 5ª. de este estudio, son del tiempo del oro de la misma localidad, a juzgar por la pintura que demuestra el N°. 6 de la Lám. 35 del Atlas Verneau y Rivet, la cual es del mismo estilo del N°. 15 de la Lám. 34 del mismo Atlas.

NOTA N°. 4.—El número 3 de la Lám. 46 del Atlas V. y R, objeto de El Angel, es incaico, a juzgar por la representación semejante de la Lám. 1ª, Fig. 1ª. de mi estudio; ambos tienen el mismo motivo de la figura 2 de mi

Lám. XIII encontrada en el Chaquilulo. El dios D, o sean los caciques sentados en tiana, por el estilo de la pintura, igual al encontrado en el Capulí y al N.º 1 de los de Chiles, según mi Lám. XIV, juntamente con la figurilla de mujer y la del tigre, según dá cuenta en la página 186, corresponden a la época del oro de El Angel; todas ellas tienen sobrepintura negra negativa en fondo rojo. Las representaciones figurativas con la estólida o el miembro viril erguido tienen una borla en la gorra, semejante a una de las figuras antedichas, lo que indica un mismo tiempo, como todas las figuras que demuestran igualdad de gorras u otras prendas del vestuario; ahora, pues, por el motivo, estas representaciones figurativas son contemporáneas con aquellas del Cuzco, que tienen las piernas en cuclillas y demuestran un miembro viril con orificio en forma de tubo.

NOTA N.º 5.—A juzgar por la Fig. II de la Lám. 24 del Atlas Verneau y Rivet, encontrada en Huaca, así como por objetos encontrados en Cayambe, según se indica en el mismo Atlas, se observa que siendo del mismo estilo de los que caracterizan el tiempo del oro de El Angel, es de notar que no se ha encontrado oro ni en Huaca ni en Cayambe; de esto se infiere que no todas las parcialidades indígenas del Carchi, Imbabura y Norte de Pichincha lo tuvieron dentro de un mismo tiempo; que ese tiempo fue de corta duración, como lo demuestra el número de tumbas localizadas dentro de los bohíos de Pachués y El Angel, así como los escasos grupos de población que llegaron a constituir en el Carchi. Por tanto, si en las tumbas del oro en El Angel no se hubieran encontrado crisoles, sería de concluir que el oro no fue explotado dentro de las antedichas provincias, sino adquirido mediante el comercio. ¿De dónde pudo ser llevado al Carchi?...

Lo dicho respecto del oro se aplica también al cobre. El cobre fue poseído en el Carchi en la época de Tuncahuán y en el tiempo del oro de El Angel; en la primera, lo tuvieron los caciques con abundancia y el segundo fue de corta duración; mas, ¿por qué no tuvieron oro los de la época de Tuncahuán habiendo tenido cobre dorado? La respuesta no se haría esperar: los objetos de cobre dorado serían adquiridos mediante el comercio; mas, entonces, ¿de dónde fue traído? La respuesta torna a sur pimitiva complejidad, porque el cobre fue conocido por muchas ramificaciones indígenas desde untiempo muy remoto; en este caso, más

luz haría al respecto pasar a otro momento de la investigación y averiguar si los pastos del tiempo de la Conquista española tuvieron o no tuvieron cobre y, en caso de tenerlo, cuales fueron sus piezas favoritas. ¿Hubo cobre en Cuasmal?

NOTA N°. 6.—Sean cuales fueren los bohíos habitados por los pastos en el siglo XVI, de entre las ruinas que hasta ahora se conservan, lo cierto es que algunas de esas ruinas pertenecen a los pastos, según noticia cierta dada por Cieza de León y aceptada por Uhle, cuando dice en su Informe: «Ya Pedro Cieza de León, en la Primera Parte de su Crónica del Perú, publicada por primera vez en Sevilla en el año 1553, se refiere sin duda a ellos” etc. (Uhle, Informe, Pág. 2). Por tanto, siquiera algunos de estos bohíos pertenecen a los pastos y, por lo mismo denotan un tiempo protohistórico. Ahora, pues, si la civilización de los bohíos es una sola, (Telegrama de Ibarra al Ministerio de Instrucción Pública, el 6 de Abril de 1926. V. Pág. 33 de este estudio), que nos explique el sabio Uhle, cómo es que esta civilización, que corresponde al principio del período mayoide centroamericano, (Informe, Pág. 36) originó la civilización de Tiahuanaco

(Trunco, por pérdida del original en la imprenta)

que los pastos llegaron a desarrollar en Tiahuanaco un grado de progreso tal que culminó con una arquitectura tan sorprendente? Tiahuanaco, con enormes recursos de subsistencia y engrandecimiento, llegó a desaparecer del tiempo como un aerolito y sólo perduraron sus pseudo-progenitores, los mayas, agazapados en Cuasmal y sólo progresando en sus triángulos escalerados y con sus dibujos más lineales!...

Si los pastos hubieran perdurado en el Carchi, desde el principio del período mayoide-centro americano hasta la Conquista española, las ruinas de sus bohíos habrían formado grupos tan numerosos que no habría bastado la región para albergarlos.

NOTA N°. 7.—La admirable civilización de Tiahuanaco, al decir de Max Uhle, no conoció ni el oro ni la plata ni el bronce, sólo conoció el cobre; la civilización de Tuncahuán conoció el cobre dorado y, por consiguiente, el oro y el cobre. Ahora, pues, ¿cómo es que la época de Tuncahuán resulta anterior a la civilización de Tiahuanaco si, como afirma Uhle, la época del oro es posterior a la del cobre? Si la época del oro es anterior al cobre, ¿por qué afirma el Sr. Jijón que los tincullpas de oro de El Angel son muy posteriores a los tincullpas de Alchipichí, y la cerámica del tiempo del oro de El Angel tiene motivos de Tiahuanaco? O ¿cómo es que el oro aparece antes y después de Tiahuanaco y sólo desconoce este metal una civilización mucho más adelantada que la de los incas? Si lo que ha dado en llamarse civilizaciones Proto-lima, Proto-chimú y Proto-nazca no conocieron el oro, ¿cómo es que estas civilizaciones son posteriores a la de Tuncahuán? No hay medio: o la civilización de Tiahuanaco es anterior a la de Tuncahuán o el oro llegó a desaparecer con estas dos últimas civilizaciones y a reaparecer con los incas; entonces, ¿cómo es que el estilo de cerámica del tiempo del oro de El Angel conserva motivos ornamentales de la civilización de Tiahuanaco y tiene el oro que allá no conocieron sus descendientes o contemporáneos? Y, lo que es más, ¿cómo así la civilización del oro de El Angel adornó con plata sus objetos de oro, como el idolillo de la Lám. XXIV, Fig. 1ª., del Atlas González Suárez, 1910? ¿Cómo así esa civilización, que adornaba con plata sus objetos de oro, solamente conserva motivos ornamentales de Tiahuanaco, tincullpas de oro con motivos de Chimú y, separadamente, cerámica de Chimú incaico y nadie ha encontrado en El Angel motivos ornamentales de Proto-nazca, de Proto-chimú y Proto-lima?... Luego, el tiempo del oro del Angel es posterior a Tiahuanaco; luego, la época de Tuncahuán es posterior a la de Tiahuanaco; luego, el tiempo de las urnas funerarias es posterior a Tiahuanaco; luego, el tiempo de los pastos es posterior a Tiahuanaco. Luego, la civilización de Tiahuanaco no ha evolucionado ni en Huaca ni en Cuasmal.

Las civilizaciones que originaron las de Nazca y Tiahuanaco no pueden ser reconocidas solamente por analogías en la ornamen-

tación de sus alfarerías, sino también por la evolución de su arquitectura; algunos siglos antes sus progenitores debieron usar construcciones de piedra que, pica que te pica, llegaron a producir las admirables columnas de asperón y todo lo demás que patentiza su capacidad y fortaleza. En «bohíos de tierra firme» no se puede engendrar de un salto a esa raza de titanes, y luego una escala gradual de construcciones ya podríamos encontrar junto a los objetos de oro artificialmente descolorido de Narrío y otros lugares por donde ha rodado el Dr. Uhle.

NOTA N.º 8.—Tres conclusiones importantes se deducen del estudio de las ruinas de los bohíos, sean cuales fueren las gentes que los habitaron: la primera se refiere al cálculo del tiempo en que una casa fue habitada, en relación al número de sepulturas que contiene cada bohío; la segunda se refiere al cálculo del tiempo de duración de una población, en relación al número de sepulturas que contienen los bohíos colectivamente considerados, y, la tercera, al cálculo del tiempo que cada ramificación indígena ocupó el territorio estudiado, en relación a la densidad y a la mayor o menor dispersión de los bohíos determinados por la cerámica que les es característica.

En cuanto a lo primero, tomo, por ejemplo, un bohío de sepulturas múltiples y averiguo el número de tumbas que éste contiene y, comparándolo con otros bohíos, encuentro que unos tienen más y otros tienen menos tumbas, de lo cual infero que el tiempo de habitación de una morada indígena está en relación con el número de tumbas que contiene la respectiva habitación. Entonces parece razonable calcular un promedio de tiempo en la vivienda, tal cual fuere necesario para que se hiciese cierto número de sepulturas en el decurso ordinario en la vida de cada familia, y así asigno veinticinco años, por ejemplo, para los bohíos que tienen solamente dos sepulturas de dimensiones ordinarias, exceptuando las tumbas pequeñas de los niños, que a veces se las encuentra superpuestas a menor profundidad. No me preocupa el número de muertos que contiene cada sepultura, porque conocido el precedente de que entre pastos y quillasingas se acostumbraba acompañar el cadáver de una persona con las que en vida le fueron más queridas y de las que regalaban los caciques y parcialidades amigas, el hecho es que todas ellas debieron ser enterradas en un mismo momento y sólo es necesario distinguir cuidadosamente los enterramientos a diferente profundidad de

ada tumba, porque sí es meramente posible que, habida cuenta de una profundidad conocida, se hiciesen posteriormente otros enterramientos a menor profundidad que la primera; o diremos más bien es meramente posible que los enterramientos que a veces se encuentran a mediana profundidad de una misma tumba sean posteriores al primer enterramiento. Y porque tratamos no solamente de los pastos y quillasingas sino de aquellos del tiempo del oro de El Angel, diremos también que es posible que cada cueva, formada en la parte inferior de una tumba, pudiera ser un enterramiento independiente, ya que, en el tiempo del oro, se encuentran tapadas las cuevas con una especie de adobe, respetando la concavidad cilíndrica de la perforación del suelo. Conservando tapa de cada cueva podían abrirse otras posteriormente. Anotadas estas cuestiones, otros podrán resolverlas con observaciones más prolijas.

Con el mismo raciocinio anterior calculo el tiempo de aquellas habitaciones que contienen hasta veintidos tumbas, y del número de éstas infero que la casa ha podido ser habitada hasta por trescientos años, así hubiera sido necesario reconstruirla de tiempo en tiempo; y vuelvo a encontrar un motivo por el cual sospecho que la cerámica de estas últimas habitaciones no puede ser del todo uniforme; a causa de tan largo tiempo de habitación en el suelo de una vivienda. Todo esto hay que tener presente en el momento de clasificar la cerámica de una tumba determinada, tanto y más si es del todo desconocida; yo no creo que dentro de un mismo bohío pudiera hablarse de estratificaciones o que se trate de una serie de basureros acumulados por los años y los siglos, en donde cada basurero demuestre objetos de cerámica de los tiempos en que ha llegado a formarse ese terreno. Yo no he tenido la suerte de encontrar un basurero que, por ser tal, implica siempre un plano inclinado, inadaptable para la construcción de una vivienda y que repetidamente con el transcurso de los siglos, se hubiese tornado a basurero para volver a ser vivienda; si otros escritores los han encontrado, tales basureros no hablan con las civilizaciones de los bohíos.

La segunda conclusión a que podemos llegar por el estudio de las tumbas en relación con los bohíos es la determinación aproximada del tiempo de duración de una población, en relación al número de sepulturas que contiene cada bohío y a las variedades de cerámica que en ellos se encuentre.

Tomemos, por ejemplo, un grupo de bohíos de la misma clase anterior: son ostensibles a la simple vista, y cuento: 30, 70, o 200 bohíos; tal ha sido el caserío que me he propuesto considerar. Llámese lo que se hubiere llamado, el caserío es ése, está completo, no le falta ni una habitación; mas bien pueden sobrarle, cuando se trata de un agregado que la Cerámica puede precisar. ¿Qué tiempo fue habitado aquel caserío? — Ante todo, tengo el cálculo de duración de las viviendas y debo tomar el máximun de él para hacerlo extensivo a la duración del conjunto; luego después la frecuencia y dispersión de los conjuntos en una región determinada y su densidad, así como el estudio de las variedades y diferencias de la cerámica me darán motivos para calcular el tiempo de duración del conjunto o pueblo y el de todos sus similares en la región estudiada, lo que constituye la 2.^a y 3.^a conclusiones a que podemos llegar investigando la relación que guardan entre las tumbas y los bohíos. Ciertamente, estudiar la dispersión de los pueblos similares que han existido en una misma región, constatados por su cerámica, inquiriendo la densidad de su población, es calcular el número de años que tal ramificación indígena habitó un determinado territorio, y, comparando este resultado con el que suministran otras ramificaciones, ya se podría barruntar el tiempo que ha sido habitada una comarca.

Lo que se ha dicho de los bohíos, ostensibles a la simple vista, debe aplicarse a aquellos que han desaparecido, ya sea por su inconsistencia o por los cultivos agrícolas, ya que se puede determinarlos por medio de las tumbas que dentro de ellos se han hecho, los cuales forman grupos circunscritos por las paredes de los bohíos que a su vez han formado el pueblo de la superficie. Procederemos a contar las tumbas que contiene cada grupo y, de este modo, calcularemos el tiempo de habitación de cada bohío y el presunto de duración del pueblo, para luego después examinar la dispersión de tal ramificación indígena en una extensión territorial determinada y compararla con la dispersión y densidad de otras colectividades, ahondando así el estudio que nos hemos propuesto, porque, de otro modo, no hay criterio para establecer esta clase de cálculos.

Loado sea el método Paleolítico europeo, al que hemos venido a parar tan sólo por nuestras propias orientaciones y puntos de vista; ignorábamos su existencia como método conocido de investigación; ignorábamos su nombre, que nos

lo hizo conocer el Sr. Jacinto Jijón, cuando leyó este trabajo manuscrito, disimulando con exquisita cultura el espíritu de petulancia que debió habernos atribuido. Solamente años más tarde leímos otro informe de Uhle a nuestro Gobierno, haciéndonos saber que el Dr. Rivet abrió el Congreso de Historia de Estocolmo o Cristianía, preguntando si sería posible emplear el método paleolítico europeo en los estudios de historia americana, y sólo entonces caímos en la cuenta del desconcepto que pudimos merecer al Sr. Jijón. Nuestro trabajo lo hemos escrito sin pretensiones de ninguna clase, aislados del mundo científico y reducidos a la penosa vida de un agricultor pobre. Si hay algún mérito en él, lo dedicamos a la agricultura, a los heliotropos de las cercas espinosas, a las espigas de trigo que, al anaranjar, exhalan su olor de heno; al pegujal, a la aldea y a Don Pancho de la Cafiaspirina!

NOTA N.º 9.—Elías Mier y Carlos Duque, de El Angel, aseguran haber encontrado un timbal en la misma tumba en que se halló la figurilla sentada en cuclillas, que pertenece al Dr. Fernando López G., la misma que hemos representado en la Fig. 2 de la Lám. XIII. Tal vasija tiene, como toda la cerámica del potrero del Rincón, en el Chaquilulo, sobrepintura negativa de color negro en fondo rojo. En el mismo grupo de tumbas y en la parte inferior del terreno, se halló cerámica negra, de la misma clase de la que hemos representado en la Lám. 5; los huaqueros designan esta alfarería con el nombre de «ollas tortugas».

NOTA N.º 10.—El Sr. Isaac J. Barrera tuvo la bondad de dar cuenta de la circulación de la primera entrega de este trabajo, en «El Comercio» de Quito, con fecha 12 de Dbra. de 1938 y, entre frases verdaderamente estimuladoras, dijo: «Respecto de los bohíos de Cuasmal, las conclusiones del Sr. Grijalva, en contraposición a las que sobre el mismo asunto sacó el Dr. Uhle, son las que esos bohíos fueron habitaciones de los pastos del siglo XVI; que la civilización de los bohíos de construcción firme de tierra, fue conocida por los incas; que los pastos del siglo XVI° vivieron en bohíos de construcción idéntica a los de Cuasmal, y que los cinco tipos de civilización encontrados por el Dr. Uhle, es una sola y caracteriza a una misma ramificación de gentes, los pastos».

Aceptamos como nuestras las primeras conclusiones, pero de ningún modo la última. Los cinco tipos de civilizaciones encontra-

dos por el Dr. Uhle no son una sola, ni caracterizan todos ellos a una misma ramificación de gentes.

Lo que dijimos en la Pág. 134 de este estudio es lo siguiente: «Si la civilización de los bohíos—con sepulturas múltiples—es una sola, los cinco hermosos tipos de civilización encontrados por el Dr. Uhle en el Carchi caracterizarían a una misma ramificación de gentes, los pastos, y las diferencias de estilo en la cerámica representarían su desarrollo cultural en el decurso de los tiempos, si acaso tales bohíos estuvieran bien clasificados, según lo dicho en la Pág. 122 y siguientes.

Ante todo, nuestra proposición es limitativa: se concreta únicamente a uno de los cuatro grupos en que provisionalmente hemos clasificado los bohíos, empezando por reconocer diferencias de civilización desde el punto de vista de las tumbas. Luego después, lo que quisimos es dar a Uhle el golpe de gracia, probándole *ab absurdum* que la civilización de los bohíos no es una sola, como lo afirmó tan rotundamente en su telegrama fechado en Ibarra, el 6 de abril de 1926. (V. Págs. 33 y 57 de este estudio). Ciertamente toda la cerámica del Carchi que Uhle nos da a conocer en su Informe es sacada de las tumbas que se han hecho dentro de los bohíos; si la civilización de los bohíos es una sola, ¿no es verdad que resulta sumamente candoroso pretender la reconstrucción de las civilizaciones americanas haciendo un reparto de despojos de una sola y misma civilización?...

La segunda parte de la proposición de que nos ocupamos es condicional y no tiene otro propósito que sugerir las variantes de estilo que tienen que producirse con el transcurso del tiempo en la vida de los pueblos, por lo mismo que un estilo es como una moda y constituye el mejor criterio para calcular la sucesión del tiempo. Es además una consecuencia sardónica de los antecedentes propuestos por Uhle, para que palpe ese Sr. el resultado de sus afirmaciones, bien entendido que nosotros nunca hemos tenido la menor duda de que nuestra clasificación es incompleta, pero quisimos también determinar el peldaño a que habíamos llegado en el estudio de los bohíos, por ver si después fuese posible obtener nuevos motivos de clasificación, que no los hemos conseguido sino desde el punto de vista de la Cerámica, la que, de un modo ostensible, nos sugiere otras clasificaciones.

NOTA N.º 11.—En el año de 1933, Max Uhle volvió a presentar al Gobierno del Ecuador otro Informe intitulado «Estudio sobre las Civilizaciones del Carchi e Imbabura», el cual no lo hemos tenido en cuenta al verificar este trabajo; advertimos que también el segundo Informe merece rectificaciones clamorosas, que acaso las hagamos al publicar el segundo tomo de nuestra Prehistoria.

NOTA N.º 12.—El autor de este estudio conserva el grato recuerdo de haber sido el encargado de conducir, de Ibarra a Quito, los originales del Atlas arqueológico que González Suárez hizo publicar en 1910.

Tiempo de trastornos políticos era el mes de enero de 1905, y seguramente por ese motivo no quiso el Sr. Obispo valerse del correo. Al día siguiente del encargo, unime a otros compañeros estudiantes universitarios y emprendimos nuestro viaje. Tomamos la ruta abandonada del camino de Mojanda para llegar a Malchinguí y, por la noche, continuamos nuestro viaje hacia Pomasqui, a donde no pudimos entrar a caballo por temor de encontrarnos con comisiones militares; regresamos nuestras acémilas a Ibarra y continuamos a pie hasta llegar a Pomasqui. Allí alquilamos una carreta halada por bueyes, y, festejando la feliz idea de tal vehículo, seguimos el viaje, sin que escaparan a nuestras travesuras ni los cornúpedos que tan airosamente nos transportaban. Un latigazo inoportuno hizo saltar la yunta, volcó la carreta y nos vació automáticamente al borde de la quebrada Parcayacu, donde cayó también el tubo que contenía las láminas para el antedicho Atlas, el que siguió rodando hasta cerca del agua. En poco estuvo que hiciéramos un verdadero maleficio a la Ciencia, no obstante la solicitud con que el bondadoso Obispo nos había hecho el encargo, pagándonos por demás con una honrosa carta de recomendación, que fue la siguiente:

«Rvmo. Señor Dr. Don José Antonio Eguiguren, Administrador Apostólico de la Diócesis de Loja. — Quito. — Mi muy querido amigo: — El Padre Villacreses no puede regresar todavía a Quito, y, por eso, le mando las láminas con el Señor Carlos Emilio Grijalva Sierra, quien se las entregará a Ud. en un tubo de hojalata. — Deseo que Ud. conozca y estime al joven Grijalva, porque es lleno de prendas personales, que lo hacen muy apreciable: también quisiera que Ud. ponga a este joven

en relación con el R. P. Clerk, para que le haga algunas indicaciones sobre fotograbado, arte en el cual el señor Grijalva desea adelantar. Cualquiera servicio que Ud. le hiciere a este joven se lo agradecerá. — Su Afmo. — † Federico, Obispo de Ibarra. — Ibarra, 10 de enero de 1905».

Ya que, con tanto interés, se viene coleccionando la correspondencia privada del Ilustre Arzobispo de Quito, daremos a conocer la siguiente carta, que por tantos años ha pasado desconocida, aunque en nada se relaciona con nuestro propósito científico:

«Arzobispado de Quito.—Señor Don Rafael Castro Bustillos.—Ibarra. — Muy estimado Señor y amigo:— Ya, de palabra, le tengo pedido a Ud. el servicio de representarme a mí y hacer mis veces en la colocación de la primera piedra para una Casa de Artes y de Oficios, que se ha de fundar en la ciudad de Ibarra, pues, para esa ceremonia se me designó a mí por padrino, en compañía del Señor David Andrade González. Yo acepté con la mejor voluntad, la designación; y, ahora le pido a Ud., por escrito, lo mismo que le tengo pedido ya de palabra, y que Ud. me ha ofrecido desempeñar gustosamente.

«Será, pues, Ud. quien me represente a mí en esa ceremonia y quien haga allá mis veces en ella: de este servicio le quedaré yo a Ud. muy reconocido.

«Muy necesario me parece con este motivo aclarar algunos puntos, acerca de cuya trascendencia social no quiero ni debo guardar silencio. El primero es el siguiente.— Esa Casa será, sin duda, la que se debe fundar allí por un decreto legislativo, expedido por el Congreso ordinario del año de 1902; en ese decreto se enumeran, entre los fondos de la futura Casa, los legados píos dejados por los Señores Don Fernando Pérez y Don Antonio Grijalva a la Autoridad eclesiástica de Ibarra, para que ésta, (es decir el Obispo de Ibarra) fundara una Casa de Artes y Oficios, la cual debería estar siempre bajo la inmediata vigilancia y dirección del Obispo: los testamentos de ambos señores son terminantes.— El Congreso, por lo mismo, atentó contra la propiedad individual y puso mano en los testamentos, violando la última voluntad de dos ciudadanos ecuatorianos, que habían dado a sus bienes la inversión que a ellos les plugo.

Yo estoy firmemente resuelto a cumplir, con escrupulosa fidelidad, la última voluntad de esos dos benefactores de Ibarra, y solamente un abuso de autoridad podrá arrebatarme de mis manos unos fondos, que son y no pueden menos de ser sagrados.

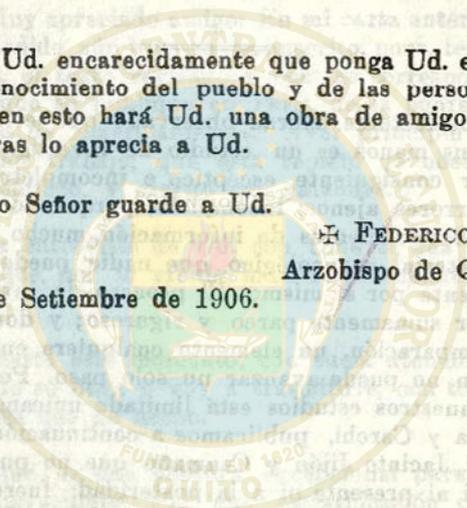
El segundo punto es muy grave. — Al prestarme yo para servir de padrino para la colocación de la primera piedra de la Casa de Artes y Oficios, declaro categóricamente que lo hago con la expresa condición de que en esa Casa se ha de dar a los niños una educación moral, inspirada por el Evangelio y según las enseñanzas de la Religión católica: si de esa Casa han de salir artesanos y oficiales sin moral, sin conciencia y sin Dios, sepa Ibarra y no olvide nunca, que esa Casa será para ella una positiva calamidad.

Le ruego a Ud. encarecidamente que ponga Ud. esta comunicación mía en conocimiento del pueblo y de las personas honorables de Ibarra: en esto hará Ud. una obra de amigo sincero de quien tan de veras lo aprecia a Ud.

Dios Nuestro Señor guarde a Ud.

F. FEDERICO,
Arzobispo de Quito.

Quito, 17 de Setiembre de 1906.



Apéndice Número 2º.

Nuestros lectores habrán observado que el libro que hemos puesto en sus manos es un estudio de investigación propiamente dicha y, por consiguiente, escéptico e incompleto; escéptico, para evitar los errores ajenos; incompleto, porque no es posible disponer de fuentes suficientes de información, mucho más si éstas han de ser el material arqueológico, que nadie puede completarlo satisfactoriamente por sí mismo. El proceso de investigación científica debe ser sumamente parco y riguroso; y donde falta un término de comparación, un elemento cualquiera en el raciocinio, la investigación no puede avanzar un solo paso. Por esto, y porque el área de nuestros estudios está limitada únicamente a las Provs. de Imbabura y Carchi, publicamos a continuación cartas particulares del Sr. Jacinto Jijón y Caamañó que no pueden quedar desconocidas ni al presente ni a la posteridad: fueron escritas fuera de todo aspecto de orden personal y se deben al acervo científico; de análoga manera piensa el Sr. Jijón respecto de las que nosotros le hemos enviado. Las cartas pertinentes a nuestro propósito son las siguientes:

Quito, 9 de Marzo de 1929. — Señor Don Carlos Emilio Grijalva. — El Angel. — Muy apreciado Sr. Grijalva:
Por el Dr. Navas, he sabido que Ud. ha publicado unos artículos en los cuales refuta las teorías cronológicas del Dr. Uhle sobre los bohíos de Cuasmal, y que yo no los conozco, aunque recibía en el destierro casi todos los periódicos, sin

duda porque la censura oficial creyó inconveniente que yo supiese que Ud. no estaba de acuerdo con Uhle. — Yo he leído el estudio de Uhle sobre sus excavaciones en el Carchi, y lo he encontrado plagado de absurdos que desdicen de las anteriores producciones de ese escritor. En cuanto a los bohíos de Cuasmal, me parece que él mismo proporciona la prueba arqueológica concluyente de que son de la misma edad que las tolas de Imbabura, esto es, que pertenecen al último período preincaico. Como, probablemente, pronto publicaré algo al respecto, me interesa mucho saber cuales fueron los argumentos que condujeron a Ud. a igual conclusión. — De Ud. amigo y S. — J. Jijón y Caamaño.

Quito, 1º de Junio de 1929.— Señor Don Carlos Emilio Grijalva.— Ibarra.— Muy apreciado amigo: En mi carta anterior dije a Ud. que no había podido aún leer su manuscrito, pues, tenía que remitir al Dr. Rivet, el texto revisado y con las correspondientes ilustraciones, para que se publique en París, de la conferencia que di en la «Sociedad de Americanistas». Ayer principié la lectura de su importantísimo trabajo; que está repleto de observaciones de mucho valor científico, y escrito con galanura.

La primera entrevista de Ud. con Uhle es una página literaria brillante y que, por lo vivida, hará reír a cuantos conozcan a aquel doctor.

He leído, hasta este momento, con suma atención, las 53 primeras páginas de su obra y voy a trasmitirle, con toda franqueza, las observaciones que he hecho.

Ud. sabe que es una ventura excepcional para el arqueólogo dar en sus excavaciones, con una estratificación cultural clara; pero de todas aquellas que me son conocidas, tanto por la literatura, como por mis propios estudios, se decir que la cerámica cambia con las épocas y que no hay mejor criterio, para determinar los períodos que los estilos y tipos de cerámica. En un mismo tiempo se han usado, muy frecuentemente, distintas clases de vasos; desde luego vasos de cocina y ornamentales, pero aún en la ornamentación, varios procedimientos: pintura, modelado, gravado etc.; pero dentro de un mismo estilo, determinado por la forma y disposición de los motivos ornamentales.

Este valor cronológico de los estilos es un hecho histórico; el eclecticismo artístico,

es un producto especial de las civilizaciones ya maduras, y del que en Occidente sólo podemos citar dos ejemplos: el de la época actual y el del tiempo helenístico. Hace cien años aún los estilos tenían valor cronológico; el Luis XIV, XV, XVI, Imperio, no son sólo nombres, sino fechas; lo mismo pasa con los distintos estilos de cerámica que el arqueólogo registra en América o en Asia, son o diferencias de época o de raza, o corresponden a divisiones geográficas.

Diversidades tipológicas que tienen valor cronológico son las distintas divisiones del Paleolítico europeo. Las formas de la vivienda, las de la sepultura; las de la cerámica misma se mudan con suma lentitud, *sirven mejor para determinar factores como la raza que para el estudio del problema tiempo; no así los estilos de decoración.* Un templo católico tiene, casi siempre, un mismo plano; pero es muy raro el caso en que no se pueda decir cuándo fue hecho, estudiando su ornamentación.

No es Ud. el único que ha protestado por el uso impropio de la palabra civilizaciones, para indicar períodos diversos en los que se usa distinto estilo; pero este uso se ha generalizado y es común, aún en la prehistoria del viejo mundo.

Temo que Ud. no esté en lo justo al diferenciar en Imbabura a los ANGOS de los IMBAS; los argumentos aducidos por Ud. me parece que a lo más autorizan a deducir que, entre otros clanes de un mismo pueblo, habían dos más importantes, el de los Angos e Imbas. Y los supongo pertenecientes a un mismo pueblo, por cuanto me parece forman los nombres distinguidos por Ud. parte de un solo grupo filológico: Caguasquí, Caguascango, Cayambi, Cayanqui, Cayamburo, Imbabura; las mismas bases se juntan con los finales angó, bi, güela, qui, buro, todas de seguro origen cayapa - colorado.

Yo no creo que las finales, citadas por el Sr. Jijón, determinen la procedencia lingüística de las bases; por el contrario, estoy persuadido de que las palabras aglutinantes se han formado frecuentemente con el transcurso del tiempo, de manera que cuando ha habido sucesión de pueblos se han formado vocablos mixtos. Los elementos aglutinantes deben estudiarse separadamente, principiando por la final, que denota un tiempo más reciente en la formación de la voz; por ejemplo, en la palabra CAYAMBE; BE o BI, voz perteneciente al idioma cayapa - colo-

rado, que se ha perpetuado entre nosotros con desconocimiento de su acepción propia, ya que se la ha tomado del río correspondiente, cuando designamos al pueblo de este mismo nombre; su acepción propia es CAYANGUE o CAYANQUI, como lo he demostrado en otra ocasión. Pero el estudio de estas finales de nada me sirve para inquirir los elementos CAYAN, ya que esta última palabra la tengo por quichua; cayan, en quichua, significa «lugar de las invocaciones», o sea adoratorio; lo que está en perfecto acuerdo con el adoratorio quichua, que seguramente existió en el lugar o cerca del pueblo actual. Lo que quiere decir, que los aborígenes de Imbabura emplearon ese vocablo después de haberlo oído a los quichuas, pero lo pronunciaron en conformidad a los usos de su idioma, es decir con el aditamento de las finales por ellos acostumbradas; pero que, andando el tiempo, prevaleció una sola acepción, cuando había desaparecido el idioma de los imbabureños.

A este respecto contesté al Sr. Jijón, en carta fechada en Ibarra, el 21 de junio de 1929: Revolviendo en mi mente mis listas de nombres aborígenes, he podido convencerme de que las palabras de un idioma son el resultado lento de la vida de los pueblos y que ni figuradamente les corresponde la idea de nacimiento, pero sí la de desarrollo y muerte, porque ninguna de las palabras que perduran en la actualidad han acabado de nacer hasta ahora: son sonidos que van evolucionando, modificándose; creciendo y decreciendo, transformándose y es difícil distinguir en Imbabura, qué parte del sonido es quichua, qué sonido es caya-pa, páez, talamanca, tukano, muisca, chimú, maya, tolteca, esquimal, etc., etc. Las finales de los nombres son, de ordinario, las más recientes y hasta se las puede entender sin consultar ningún vocabulario, pero las bases tienen una antigüedad que hace perder el juicio y no se sabe a qué idioma pertenecen: lo que se sospecha es que son nombres de otras personas anteriores, que han existido en áreas de dispersión diferentes y que, por lo mismo, han designado personas de otras hermosas civilizaciones y, por fin, aves, animales y otros objetos. Tomemos por ej. la palabra Cuatinango, que si queremos estudiarla, debemos principiar considerando la final, y así vemos lo que se puede decir de la final en ango; mas, revestida esta palabra con *cushma* imbabureña, a primera vista, parece pertenecer al idioma de los puendos, y sólo después, a fuerza de estudio y suerte, se la encuentra con bayetón pastense en la palabra Cuatimpás, y cuando el investigador hasta ha cometido errores en sus apreciaciones, con harta sorpresa, se la

vuelve a encontrar con el barniz de Pasto en la palabra Cuatim-dioy, y entonces otro orden de consideraciones viene a la mente del investigador y acaba por convergerse de que tal nombre no es solamente imbabureño ni pastense, sino de otro antiquísimo, que bien pudo originarse a fuerza de luchar con los mastodontes, o qué se yo. El Dr. Buchwald lo traduce por «astuto» y lo refiere a un animal de la familia de los agutis, pero quien sabe en qué idioma se originó y en qué forma la recibieron los cayapas.

Esto lo digo para que no se fie Ud. de las palabras Cahuasquí, Cayangue, Cayamburo, Cahuascango, etc., etc. Ciertamente es que, por sus finales, pertenecen al idioma de los puendos, pero digo que la palabra ango no pertenece al grupo de los imbas o cayapas.

He puesto a la consideración de los científicos lo dicho acerca de los imbas y de los angos. En cuanto a los imbas, no los creo tantos ni tan bien deslindados de manera que hayan llegado a constituir una ramificación indígena independiente; lo único que sé es que hubo un pueblo que se llamó Imbaquí, el que existió hasta el año de 1578; que la Toponimia acusa muchos apellidos indígenas con la base o la final en imba y que estos indígenas debieron ser tantos que merecieron que la laguna de Chicapán o San Pablo se designase con el nombre de Imbacocho: «laguna de los imbas». Por lo demás, el mismo nombre indica que era gente de origen cayapa, como todos de la Cordillera Occidental de Imbabura y como gran parte de los de la región interandina, que aparecen mezclados con otros indígenas de quienes se distinguían con un gentilicio: Ango. Entonces nada hay más propio que asignarles y reconocerles el nombre de una colectividad difundida en toda la meseta interandina de Imbabura, para poder investigar su historia. En esto no hay inexactitud y, por el contrario, vamos planteando los problemas preliminares.

Los angos no pueden ser cayapas en su origen ni en la conservación del gentilicio con que se distinguen; la palabra ango no debe pertenecer al idioma de los cayapas; la palabra ango no ha evolucionado como quiere el Dr. Buchwald, sino que se la encuentra con todas sus letras en todos los documentos antiguos que hablan de indígenas de Imbabura, y designa hombres, como ha designado en su sede principal (Méjico) y posiblemente en Cuba, a juzgar por la palabra Angol, héroe de una novela modernísima, y por los angos que esporádicamente se han en-

contrado en Chile, en la Rep. Argentina, en el Purhuá, y en muchos otros lugares. No niego que la palabra *aco* pertenezca al idioma cayapa, pero afirmo que la palabra *Taitacu* es real y substancialmente quichua, porque se compone del sustantivo *Taita* y del diminutivo *cu*, en conformidad a las leyes de este idioma, que se halla vivo en Imbabura. En esta Provincia se oye todos los días, no sólo *taitacu*, sino también *mamacu*, lo que equivale a decir: *papacito*, *mamacita*; *viejecito*, *viejecita*: es muy egoísta eso de tomar un vocabulario e interpretar todas las palabras posibles en un solo idioma.

Los *ango* sí que no pudieron constituir solamente un *clam*, sino una ramificación indígena que se habría mezclado con los *cayapas*, llegando a perder su idioma; no de otro modo se explica tan acentuada diferencia con los *cayapas*, de quienes buen cuidado tuvieron en distinguirse no sólo colectivamente, más también individualmente. Señor, esto es de una elocuencia imponderable y dice más que si se hubiese escrito un volumen. Cierto que entre los dos términos que al momento comparamos, en el uno se encuentra la palabra *cayapa* respaldada por todo un idioma y por una ramificación indígena que vive hasta ahora; el otro término comparado no es sino un nombre, no *cayapa*, sino de toda la América Central y una costumbre fija, inalterable, ineludible, perfectamente histórica y que también perdura hasta ahora. Entonces, tengo derecho de exigir a Ud. que me explique esta costumbre que, aunque se encuentra entre las gentes de origen *cayapa* de Imbabura, no es costumbre de ellos. Esta costumbre, en Imbabura, implica una ramificación indígena, como un cráneo encontrado en una montaña implica una persona que antes existió, y no importa que yo no pueda señalar palabras *imbabureñas* diferentes de las palabras de origen *cayapa*, pero, en cambio, puedo probar que los *ango* se distinguieron, por su nombre, de otros indígenas con quienes tuvieron convivencia durante cuatro siglos.

Siempre creí con Ud., que los cayapas fueron de Esmeraldas a Imbabura; pero ahora dudo, casi me inclino a pensar lo contrario; Barrett ha recogido entre los cayapas, la tradición de que, oriundos de Imbabura, son inmigrantes recientes en la Costa; Karsten escuchó lo propio de boca de los Colorados, y la tradición es antigua, pues, la consignó Cabello Balboa en su Crónica inédita del Descubrimiento de Esmeraldas.

Ya es tiempo de acabar con esta historia de Barrett y Karsten en cuanto a la emi-

gración de los cayapas, de Imbabura, a la Prov. de Esmeraldas. El hecho de que hubieran emigrado imbabureños a Esmeraldas al tiempo de la Conquista española no implica la negación de que Imbabura hubiera estado poblada por gentes occidentales; lo que tendríamos, en definitiva, es que, habiendo venido los cayapas a poblar Imbabura, tuvieron que regresar al lugar de origen, cuando la venida de los españoles. Lo que se dice de los cayapas puede predicarse de los colorados, quienes, antes que tradiciones, pudieron llegar a tener noticias de lo que ha quedado escrito en la Crónica de Balboa. Y luego, ¿por qué no se afirma lo mismo de los telembés y cuayqueres, debiendo extirpar por completo el núcleo central de los barbacoas, que relaciona a todos los demás, de un modo natural, al tiempo y a la región?

La palabra tradición no la he encontrado bien empleada sino por algunos eminentes teólogos católicos; Barrett y Karsten no afirman cosa verosímil. Tradición, tradición que pasa de cuatro siglos, no es una verdad especulativa transmitida de boca en boca por los habitantes nómadas de las montañas; esto es absurdo, esto es imposible. Tradición de la existencia de Dios es una verdad que, más bien que por palabras, se la encuentra aceptada en los hechos por los hombres de todos los lugares y los tiempos; verdad que se la encuentra en los monumentos arqueológicos, en los usos y prácticas de los pueblos. Tradición de una gran verdad que se compenetra en la vida de los hombres, convenido; noticias que pasan de boca en boca, como las que llegaron a Pedro Juan en «La Re Arcillosa» son pueriles. (V. José María Pereda, La Puchera, en La Re Arcillosa).

Además, la toponimia de la región de Esmeraldas al tiempo de la Conquista española es elocuente, si no bastan los nombres de los núcleos humanos que juraron sumisión al Rey, ante las autoridades de la Audiencia de Quito. En otra oportunidad trataremos de los caciques Gualapiango, de su propiedad de Yambaquí y su reducción a Cahuasquí; todo lo cual contribuye eficazmente al esclarecimiento de la cuestión. Empero, si hemos de referirnos al primitivo origen de los cayapas, más valen los estudios lingüísticos de Rivet, que los han englobado al grupo chibcha de la región occidental de Colombia; en este caso, no hemos de desechar el resultado de una verdadera investigación lingüística para dar cabida a tradiciones sin fundamento verosímil.

«Pág. 105 (1) Me parece que hay alguna obscuridad en lo que Ud. dice acerca de la técnica negativa y a color perdido. Son casi la misma cosa; toda decoración a color perdido es negativa. Si el fondo se ha pintado de negro u otro color, dejando la figura del color del barro, se ha hecho una figura negativa; si bien no se ha usado la técnica negativa propiamente tal y sólo se la ha imitado; únicamente se puede distinguir decoración negativa con técnica positiva, de decoración negativa propiamente tal, o a color perdido; como hay también figuras positivas hechas con técnica positiva. (Observación aceptada).

«La cerámica del Carchi, a la que pertenecen los vasos de la Lám. 3 del informe de Uhle, tienen decoración negativa y sobrepintura, ordinariamente roja. La edad de este estilo es para mí segura: pertenecen al período o civilización de Tuncahuán; esto es, son con muchos siglos anteriores a la Conquista. Esto lo sabemos de cierto, por datos estratigráficos claros y concluyentes observados en Manta, Guano y los alrededores de Lima. Los que fabricaron esos vasos pueden haber sido pastos; pero en una época muy remota, cuando una gran marea cultural (no digo emigración de pueblos, la que tampoco niego se haya producido entonces, como no lo afirmo) propagó ese estilo, juntamente con una serie de ornamentos de significado mitológico.

Pág. 110—112.—Sería bueno ilustrar el texto con los planos a que se hace referencia.

Pág. 110.—Que los bohíos debieron tener un poste central, me parece indudable; si la sepultura ocupa el lugar del poste, será porque se la hizo al abandonar la casa.

Pág. 122.—No me parece muy apropiado el calificativo de compañero de Benalcázar que Ud. da a Ciexa.

Pág. Id.—No veo la relación entre las ocarinas y el período de San Sebastián. (aceptada).

Pg. 120.—No todas las casas en que no hay tumba han de ser necesariamente postcolombinas; pues, en tal caso, lo serían todas las de la costa del Perú y del Cuzco y Tiahuanaco.

(1) (La numeración de las páginas citadas en la carta del Sr. Jijón se la ha sustituido con la del libro impreso, para precisar las citas).

Tampoco nosotros hemos creído semejante error, y por esto hemos indicado los bohíos clasificados en el tercer grupo, de que hablamos en la Pág. 111 de este estudio; pero era preciso hacer todo lo posible para inquirir el tiempo inicial y el tiempo terminal de la costumbre de sepultar a los muertos dentro de sus propias viviendas. Es evidente que la Conquista española debía determinar el final de tal costumbre.

Pág. 124.—En general, en el Ecuador, los timbales son incaicos; pero para afirmar con seguridad que lo son hay que fijarse en la decoración; los hay más antiguos, sobre todo en el S. (Véase Puruhá, Vol 1°. Págs. 51 57).

No sólo de un modo general, sino que siempre los timbales en el Ecuador son incaicos; su ornamentación y su forma nos sirven para determinar de mejor modo la cerámica de los quichuas. No hay ni la menor sospecha de que los timbales de Tiahuanaco o su cerámica hayan penetrado en el Carchi, ya que hasta ahora se creó que aún la penetración de los quichuas fue débil y transitoria, lo cual es redondamente inexacto. Moriré probando que la penetración de los quichuas en ese territorio tiene dos períodos: uno de penetración pacífica y otro de conquista. Los timbales de Tiahuanaco son bastante angostos, de curvas más acentuadas y tienen una ornamentación acordonada a media altura exterior del vaso.

Pág. Id.—Ni uno solo de los objetos reproducidos por Uhle, ni los centenares de semejantes, que yo conozco, tienen el más remoto indicio de influjo cuzqueño, el que, pasado el Chota, fue muy débil, por no decir nulo. Sólo he visto tres o cuatro vasos incaicos del Carchi.

Para estudiar Arqueología es necesario olvidar las apreciaciones de cronistas e historiadores. Son objetos incaicos del primer período de penetración de los quichuas en el Carchi los N^{os}. 2 y 3 de la Lám. 4; los N^{os}. 2, 3 y 4 de la Lám. 5; absolutamente todos los de la Lám. 11; los dos de la Lám. 12; todos los de la Lám. 13; el 2a y 2b de la Lám. 14, y el 1^o de la Lám. 15, el cual es enteramente semejante al N^o. 2 de nuestra Lám. XIII, los demás pertenecen al Informe de Uhle. Son objetos incaicos del período de la Conquista: la Fig. 1^a de la Lám. 4, por su estilo de pintura de ángulos colocados unos dentro de otros, semejante a los grabados de nuestra Lám. XV; la Fig. 1^a.

de la Lám. 14 y el N.º 2 de la Lám. 15 del mismo Informe de Uhle. Estamos muy lejos del Sr. Jijón en las dos cuestiones tratadas en este acápite que vengo comentando; en la segunda parte de este estudio he fundamentado mis opiniones al respecto: el influjo de los incas en el Carchi, desde su conquista y en el tiempo de la Colonia, es de completa asimilación, y en cuanto a las «figuras de arañas» que Uhle coloca en el tiempo de una civilización proto-nazca para su civilización N.º 2, del Carchi, ya he probado que es ornamentación de los timbales de los incas y ésto no me lo puede rechazar el Sr. Jijón; luego, si hay en el Informe de Uhle objetos que tienen un inmediato influjo cuzqueño.

Pág. 130.—Ninguno de los vasos citados por Ud. tiene nada incaico. (Está contestada).

Pág. 136.—Las cruces en la decoración de telas o vasos no es indicio de influjo español. (Palenque, Tiahuanaco, Recuay).

Tampoco yo las he tenido por tal influjo español, pero sí como un motivo que ha venido conservándose a través de varias civilizaciones: «Los motivos religiosos perduran por muchos siglos». Max Uhle. (V. Pág. 188 de este estudio).

En la Pág. 21 hay una nota que me parece inconveniente. El Padre, no Profesor, W. Schmidt es uno de los etnólogos y lingüistas de mayor autoridad de los que viven; acaba de publicarse un volumen en su honor, con la colaboración de Rivet, Lehmann, Preuss & C; es el director de la famosísima revista «Anthropos», y autor de infinidad de libros; con esa nota Ud. le daría un triunfo barato a Uhle. (Observación aceptada).

Max Uhle siempre fue intratable, caprichoso y falto de tacto social, pero fue un investigador muy distinguido, su cronología peruana ha sido confirmada por estudios posteriores de otros arqueólogos; pero a juzgar por sus últimos trabajos, principiando por aquel sobre las antiguas civilizaciones de Panamá, que se publicó en el Boletín de la Academia y siendo la corona y remate el famoso Informe, motivo de su estudio, demuestran a todas luces que está ya chocho; son obras de decrepitud mental, indignas de sus anteriores producciones...

Como avance en el estudio de su trabajo, le comunicaré mis objeciones, para que

contrados, como lo son todos, del lado del Embarcadero los supongo de este último combate.

¿Posee un ejemplar de mi *Contribución publicada en Madrid?*
Si no lo tiene avíseme para mandarle.

Las tolas viviendas y sepulturas, mientras el estudio de ellas no demuestre que corresponden a dos o más períodos, hay que considerarlas como características del último período imbabureño.

Por tanto, las ocarinas que Max Uhle encontró en Cuasmal y que se hallan representadas en los N^{os}. 1 y 2 de la Lám. 6 ya son al menos contemporáneas de los incas, poco anteriores o poco posteriores, porque los imbabureños siguieron viviendo y sepultándose en las tolas, como hemos visto por el documento publicado en el N^o. 12 del Boletín de la Academia Nacional, Pág.

No eran las tolas la base sobre la que se edificaba un pueblo, (V. pág. 162) sino solo una casa, que no podemos pretender sea la de un cacique, ya que jamás se ha excavado ninguna de las grandes, que no faltan en ningún grupo.

Si unas pocas casas del tipo tukano pueden constituir una población, con igual fundamento puede presumirse esto respecto de los habitantes en las tolas. (V. Jijón, carta a Grijalva, Pág. 55).

Por los que yo conozco, éstos están formados por varios sub-grupos de tres, cuatro o seis tolas y son varios los que forman el grupo total, en el que nunca faltan uno de montículos de mayores proporciones; así las he visto en Urcuquí: en «San José» hay sólo medianas o pequeñas, mientras en «San Juan» hay un grupo de grandes. Además hay tolas de otras formas no estudiadas aún, como una con terrazas en «San Juan».

Lo que dificulta el estudio cronológico de la prehistoria de Imbabura es la absoluta pobreza de la cerámica, mientras la del Carachi es tan rica en ornamentación.

Pág. 165.—*Las Tolas del Aliso ¿eran tolas viviendas o sepulcros?*

Son tolas sepulcrales solamente, las que en verdad no deben tener ninguna relación con las tolas viviendas.

Pág. 182.—*Las figuras con el órgano viril larguísimo que sustituye a la estólica deben ser imágenes del Chusalongo. ¿Se conoce este mito en el Carchi?*

V. nuestra Lám. XIII, Fig. 2, que la debemos a una atención del Dr. Fernando López G.

Pág. 182. — *La representación del mono es de origen maya-chorotega.*

Ciertamente, la representación del mono es muy antigua y debe corresponder a varias civilizaciones, pero al través de muchas de ellas ha venido conservándose en la civilización de los incas, a juzgar según lo dicho por La-Gasca, en el manuscrito que el Sr. Jijón encontró en Viena.

Pág. 190. — *Un estilo, como lo demuestra la Historia, es un conjunto de usos y costumbres artísticas, de motivos ornamentales, más o menos saturados de significado ideológico, que tiene un período de vida mudable; en épocas cercanas a las civilizaciones maduras, corto; bastante largo en los principios de las culturas.*

Los estilos están en función con tres factores: a) raza; b) medio geográfico; c) tiempo.

El estilo incaico es el producto de estos tres factores y dura un cierto número de años (trescientos más o menos). Los kechuas ocuparon el Cuzco, quizás por más de un milenio; pero sólo en un momento dado crearon el estilo incaico, en el que se nota la huella ancestral; mas, este estilo es, además, un efecto de la influencia de Tiahuanaco y de los Chinchas y atacameños especialmente de la de estos pueblos que dominaron en el valle del Cuzco; estos factores contribuyen en determinada época a la formación del estilo, que no existe antes de la formación del Imperio y con él concluye.

Un estilo es como una moda, que se propaga a diferentes pueblos, por obra de contacto mediano o inmediato, ya por conquistas o migraciones, en cuyo caso se trasmite íntegro, o por olas de cultura, produciéndose entonces variedades locales.

Una religión, un culto, una usanza se puede transmitir a pueblos distintos — no creo que un solo maya haya venido al Ecua-

dor — de la misma manera que un estilo; pero son fenómenos más sutiles y de estudio más difícil y de VIDA más larga que un estilo, por lo cual los segundos se prestan mejor para los estudios cronológicos, que son, no el remate, pero sí la base de la Arqueología científica.

La toponimia del Ecuador — Puruhá, Cañar — demuestran que los cayapas fueron, si no los más antiguos, de los primeros pobladores del callejón interandino, hasta el Chinchipe; mas, al tiempo de la Conquista, el único lugar de la Sierra por ellos ocupado es Imbabura; mientras en la Costa, divididos en dos ramas, los Campaces (Colorados) y los Niguas (Cayapas) moran desde cerca del golfo del Guayas, hasta la Cordillera de Lachas y, desde la Cordillera del Daule, hasta la Occidental. Niguas y Campaces conservan el recuerdo de su estadia en la zona Interandina, en donde — en parte — han sido sustituidos por otros pueblos panxaleo - quijos (Chinchas, paniquitas), puruhá - cañaris (mochicas), paltas (jibaros). Ahora bien, ¿los Cayapas imbabureños del siglo XVI son efecto de una segunda inmigración, como lo he creído en escritos anteriores, o restos de la antiquísima ocupación? Los cráneos mesaticéfalos de los sepuleros en pozos de Urcuquí y los braquicéfalos de las tolas del mismo lugar, ¿a quienes pertenecen? Este es para mí un problema irresoluble.

La cerámica típica de El Angel (civilización 1ª. de Uhle) es del estilo de Tuncahuán; la edad de éste la conocemos de modo cierto: en Puruhá precede a San Sebastián; en el valle de Yunguilla la encontró Uhle bajo un montículo, en cuyo interior había restos de lo que él llama período mayoide, dato que él olvidó luego por completo, y que he encontrado al revisar el catálogo de las colecciones que hizo para mi museo; pero es en Manabí donde con mayor certeza se determina la edad de este estilo. Hay en Manta un llano, al pie de una tola de la época de Proto-panxaleo I., que en nada se parece a las de Imbabura, en el que si se excava se encuentra: 1º) una capa con numerosos fragmentos de cerámica negra de la última época, que corresponde a San Sebastián, Elén-pata y Hualac de Puruhá; 2º) un estrato con restos numerosísimos en el estilo Tuncahuán; 3º) una capa con pocos restos de Proto-panxaleo II°. En el valle de Lima, donde hice grandes excavaciones, uno que otro fragmento del estilo de Tuncahuán aparece mezclado con los productos de la cerámica del segundo período, en el basurero sobre el que se ha edificado la Huaca III de

Arámburo, que es proto-limeña, éste es anterior a Tiahuanaco en la Costa; por fin. en Bolivia hay vasos de Tiahuanaco mismo, que deben ser de los más antiguos, en que la influencia de Tuncahuán es indiscutible, como lo es la derivación directa del estilo de Recuay del de Tuncahuán; Recuay, que Tello tiene por el más antiguo del Perú. Son, pues, una serie de fenómenos concordantes, los que nos autorizan a fijar de un modo definitivo la edad de Tuncahuán, hacia el año 300-600 de nuestra era. Creo haber demostrado en el estudio que se publicará en París que Tuncahuán es el producto de una ola de cultura, de origen chorotega, propagada por los Chibchas y que esta ola se produce en la época del Primer Imperio Maya.

Logicamente tiende nuestro espíritu, de acuerdo con el esquema, bien discutible, del progreso continuo, a dar mayor antigüedad a lo más tosco y primitivo; pero en América hay que ser muy escéptico a este respecto. Nazca es mucho más bello que Tiahuanaco y es más antiguo; Tiahuanaco, mil veces superior al Cuzco y lo precede; el Primer Imperio Maya, más adelantado que el segundo, y éste, superior, en todo concepto, al estado en que los españoles encontraron a los yucatecos; los toltecas superaron a los astecas, sus sucesores; los constructores de los Mounds de los EE. UU., a las tribus vistas por los primeros blancos; la degeneración parece haber sido una ley fatal de las civilizaciones precolombinas.

De Ud. sincero amigo,

J. JIJON Y CAAMAÑO.

NOTA.— No se encuentran observaciones del Sr. Jijón a la segunda entrega de nuestro trabajo, porque cuando la leyó se hallaba redactada en forma muy diminuta.

Punto Final

No he contestado por la prensa ninguna de las correspondencias injuriosas que contra mí dirigió el Mayor Samuel Izquierdo, a los periódicos de Quito en Marzo de 1926, como instrumento del Dr. Uhle. Hoy tampoco deseo contestarle y, por el contrario, quiero reproducir una de esas correspondencias, para que juzgue la posteridad de la participación que tuvo en la investigación de las ruinas de Cuasmal el Primer Jefe del Batallón «Vencedores», acantonado en la ciudad de San Gabriel por aquel tiempo:

«Señor Director de «El Comercio».— Quito.— San Gabriel, Marzo 27 de 1926.—No creyó su periódico que *había valta* en los estudios del Dr. Uhle sobre las ruinas de Cuasmal; este sabio opina lo contrario y está plenamente satisfecho de su misión. Si las ruinas de Cuasmal son prolongación de las de Chitán, ¿por qué se dijo antes que nada significaban a más de un simple cementerio, y hoy se las junta con más de ocho kilómetros de distancia? (1)

He dado cuenta al Gobierno que según el Dr. Uhle, estas ruinas no son de los pastos, quillasingas ni de incas; son muy anteriores a las de El Angel, algo como el origen de esta civilización, que se ve reflejar hasta Huano. En toda la corriente superior del alto Chota, da muestras de avance ésta que lleva siglos de *progreso* de la pintura *del positivo al negativo*.

El Dr. Uhle, no ha querido dar noticias a su Diario por la forma dura como se trató a esta Comisión, indicando que se iban

(1) Nada tenemos que ver con las apreciaciones del Sr. Federico Martínez Acosta; nuestras opiniones se publicaron en el N.º de «El Comercio», correspondiente al 23 de Marzo de 1926, y en nuestro telegrama a Max Uhle del 11 del mismo mes. (La importancia científica estaba en la constatación de las ruinas, de los baños, no en el lugar del hallazgo).

a derrochar dinerales. Valga la oportunidad para hacerle saber que el «Vencedores», hace todo por el *sentimiento* de ayudar a la ciencia, sin exigir un centavo por esta labor; no nos ha llevado el deseo del oro, sino de que se establezca la verdad por un sabio de renombre y que los huaqueros dejen el puesto al maestro.

El Dr. Uhle prepara un libro, sin quitar las glorias al Dr. Grijalva y Mier, que igual a mí no conocen nada de Arqueología, pues el Maestro Uhle dice: «donde llega el pensamiento y la palabra del huaquero, es el límite, desde donde principia la ciencia, de allí para atrás no hay nada; para adelante todo».

No he hecho mal, señor al proponer que venga un sabio a estudiar esta región, sin grandes gastos para el Erario, con lo que se evita que más tarde, cualquier huaquero venda al Gobierno un libro malo por fuerte suma.

Hago esta aclaración *por respeto al público y a la prensa* y quiero manifestar que no busco glorias a costa de nadie, sólo cumplo mi deber.

Afectísimo amigo.—Jefe Vencedores, Mayor Izquierdo».

Ahora, pues, para que el lector pueda darse exacta cuenta de la corrección y seriedad con que el Dr. Uhle ha venido ejecutando su labor científica en nuestro País, traído por la munificencia del Sr. Jacinto Jijón y Caamaño y poco después costado por el Gobierno del Ecuador, voy a reproducir un documento, suscrito por el mismo Dr. Uhle, el que acaso lo inspiró. Tal documento demuestra el concepto que le había merecido un trabajo mío, DEL CUAL SE ENTRESACO LA CORRESPONDENCIA ENVIADA A «EL COMERCIO» DE QUITO, publicada por este periódico el 22 y 23 de marzo de 1926, que tanto critica Uhle en su Informe. (1)

La contestación a la anterior correspondencia la dió «El Comercio», de Quito, en la siguiente forma: «Al Redactor de un Telegrama del Mayor Izquierdo.—«Saliendo por los fueros de la seriedad de este Diario, cuya atención, sobre los asuntos de importancia que

(1) (Véase el acápite reproducido en la Pág. 108-116 de este estudio).

en una u otra forma interesen a la vida nacional, ha sido siempre preferente y dirigida dentro de un marco de serena compostura; y para corroborar el criterio que sobre el señor Grijalva ha tenido, respecto de la notoriedad de sus estudios histórico-arqueológicos, publicamos el fallo que jurados de la Academia Nacional de Historia expidieron a favor de un trabajo suyo, presentado en ocasión del concurso histórico-literario que la Universidad Central abrió en julio de 1923, y cuyo tenor es el siguiente:

«Para el concurso histórico-literario en la Universidad de Quito, con ocasión del centenario de la gloriosa batalla de Ibarra, se presentó un solo trabajo, intitulado: «Cuestiones previas al estudio filológico-etnográfico de las provincias de Imbabura y Carchi, tomo primero: Investigación», con el pseudónimo de EUSEBIO BORRERO (Carlos E. Grijalva).

«Caracterizan este extenso estudio, tanto un perfecto conocimiento de los puntos que trata y de los problemas históricos con ellos conexonados, como una gran prolijidad, en el vivo empeño de resolver los segundos en la forma más conveniente. El método seguido corresponde al de los mejores trabajos anteriores de su clase.

«Las listas de nombres geográficos y apellidos que, en las referidas «Cuestiones» se incluyen — recogidos, en parte, de fuentes difícilmente accesibles — conservarán su valor en todo el progreso de la ciencia ecuatoriana.

«En suma, la monografía que hemos examinado merece encomio, por la elevación y seriedad con que discurre sobre la materia; y aún lo merecería en el caso de que hubiese habido numerosos competidores. Por lo mismo, juzgamos que es acreedor al premio ofrecido, mayormente si se considera que, dentro de su especie, son raras todavía en el suelo sudamericano investigaciones tan serias como la expresada, la cual puede servir muy bien de excelente modelo a otras que deben, sin duda, realizarse con el transcurso del tiempo.

Quito, 25 de Julio de 1923.

Max Uhle, Alfredo Flores y Caamaño, Julio Tobar Donoso.

108	Las Notas Análogas del profesor Grijalva
117	El estudio de los bohios hecho por el Dr. Uhle
118	La construcción de los bohios
126	Estudio de las tumbas que se encuentran en los bohios
132	Las excavaciones del Dr. Uhle en Pachá
134	De la recuerda al Dr. Uhle el cuento de las conchas
143	Mis conclusiones

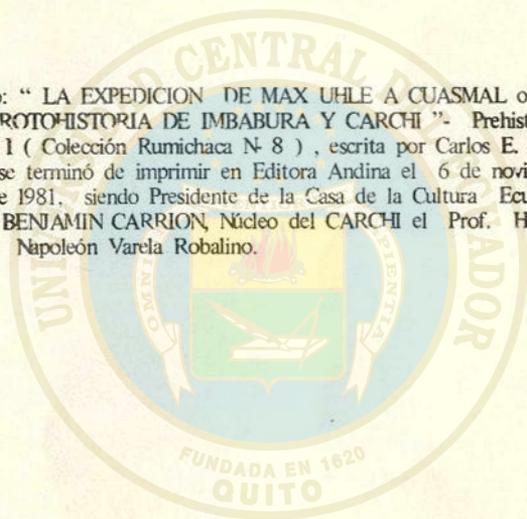
153	CAPITULO IV.—Las tumbas de las cerámicas provisionales
165	Clasificación provisional de las tumbas en las tumbas
172	Clasificación de las tumbas en las tumbas
173	Conclusiones
175	CAPITULO V.—Estudio preliminar de las cerámicas

INDICE

	Págs.
Importancia de este estudio	9
Introducción	13
CAPITULO I.—Visita al Doctor Max Uhle	15
Opinión del Dr. Uhle sobre el encuentro arqueológico de Cuasmal, según el Mayor Izquierdo	22
La ciudad preincaica de Cuasmal, según telegrama del Presidente del Concejo de Montúfar	23
El fracaso del descubrimiento de la ciudad prehistórica, según el corresponsal de El Guante, de Guayaquil	25
Los estudios de Uhle, por telégrafo, de San Isidro a Quito	28
Opinión de Verneau y Rivet acerca de los bohios de Huaca	32
Otro donoso telegrama arqueológico desde Ibarra	33
CAPITULO II.— La desautorización de los estudios de Grijalva por telégrafo	35
Enumeración de las ruinas arqueológicas en el Carchi	49
Modo como proceden los huaqueros en sus excavaciones	50
CAPITULO III.—El Informe del Dr. Uhle, su método arqueológico	71
Algo acerca de los quillasingas, pastos, angos, imbas y puendos	74
Los Corregidores de Otavalo hasta la fundación de Ibarra	79
Indígenas de Tusa designados sin nombre cristiano en 1568	83
Los cinco hermosos tipos de civilizaciones en el Carchi, según Uhle	90
Lo que son los estilos en materia de Arqueología, según el señor Jijón	96

Las «Notas Anteriores del profesor Grijalva»	108
El estudio de los bohíos hecho por el Dr. Uhle	117
La construcción de los bohíos	119
Estudio de las tumbas que se encuentran en los bohíos	126
Las excavaciones del Dr. Uhle en Puchué	132
Se le recuerda al Dr. Uhle el cuento de los conejos	134
Mis conclusiones	143
CAPITULO IV.—Las tolas de Imbabura y Carchi	153
Clasificación provisional de las tumbas en los sepulcros de fosa cavada y en las tolas	165
Clasificación de las tumbas en los sepulcros de fosa cavada	172
Cerámica votiva	173
CAPITULO V.—Estudio particular de algunos objetos de cerámica.	175
Ollas tripodes y cuadrípodas	175
Ollas de pared o de repisa	177
Las botijuelas	181
Las máscaras	184
Los ídolos	186
CAPITULO VI.—Clasificación de los aborígenes del Carchi, In- troducción	193
Influjo quichua en la provincia del Carchi, según el idioma	195
Consideraciones acerca de las civilizaciones del Sur	209
Breves noticias acerca de la cerámica de los incas	212
La civilización de los pastos	219
Periodo del oro de El Angel	226
Las excavaciones en el Cañar y Azuay según el Sr. Eloy Dávila.	230
Resumen de las características del pueblo estudiado por González Suárez, en El Angel	239
Interpretación del tiempo en que existió	244
Clasificación de la cerámica roja	248
Cerámica policroma de El Angel, época de Tuncahuán	252
La civilización de las urnas funerarias	256
Otras clases de tumbas desconocidas	258
APENDICE N.º 1.º.—Notas	261
APENDICE N.º 2.º.—Cartas del Sr. Jacinto Jijón y Caamaño...	276
Punto final	292

Título: " LA EXPEDICION DE MAX UHLE A CUASMAL o sea LA PROTOHISTORIA DE IMBABURA Y CARCHI " - Prehistoria tomo 1 (Colección Rumichaca N° 8) , escrita por Carlos E. Grijalva se terminó de imprimir en Editora Andina el 6 de noviembre de 1981, siendo Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana BENJAMIN CARRION, Núcleo del CARCHI el Prof. Humberto Napoleón Varela Robalino.



Las «Notas Anteriores del profesor Grigalva»	108
El estudio de los bobios hecho por el Dr. Uhle.....	117
La construcción de los bobios	119
Estudio de las tumbas que se encuentran en los bobios.....	126
Las excavaciones del Dr. Uhle en Pachaó.....	182
Se le recuerda al Dr. Uhle el cuento de los conjes	184
Mis conclusiones	149
CAPITULO IV.—Las tolas de Imbabura y Carchi.....	
Clasificación provisional de las tumbas en los sepulcros de fosa cavada y en las tolas.....	159
Clasificación de las tumbas en los sepulcros de fosa cavada.....	172
Cerámica votiva.....	179
CAPITULO V.—Estudio de las cerámicas de las tumbas de las provincias de	
Las tripodes y cráteras.....	175
Ollas de pasta o de cerámica.....	177
Las vajillas.....	181
Las misceláneas.....	184
Los ídolos.....	184
CAPITULO VI.—Estudio de las cerámicas de las tumbas de las provincias de	
Elloje.....	185
Occurrencias acerca de las cerámicas.....	202
Breves noticias acerca de las cerámicas de las tumbas.....	212
La civilización de los pastos.....	219
Periodo del oro de El Angel.....	226
Las excavaciones en El Angel según el Sr. Eloy Dávila.....	230
Resumen de las características de las tumbas estudiadas por González Sáenz, en El Angel.....	239
Interpretación del tiempo en que existió.....	244
Clasificación de la cerámica roja.....	248
Cerámica polícrroma de El Angel, época de Tunoshuán.....	252
La civilización de las urnas funerarias.....	253
Otras clases de tumbas desconocidas	278
APENDICE N.º 1. — Notas.....	
APENDICE N.º 2. — Cartas del Sr. Jacinto Jijón y Gamallo.....	
Punto final.....	290





IMPRESO POR EDITORA ANDINA
QUITO - ECUADOR